

UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO I

UNA
VEZ
DESAPARECIDO



BLAKE PIERCE

UNA VEZ DESAPARECIDO

(UN MISTERIO DE RILEY PAIGE—LIBRO 1)

BLAKE PIERCE

Blake Pierce

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y thriller. **UNA VEZ DESAPARECIDO** es la primera novela de Blake. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para unirte a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratis, recibir regalos gratis, conectarte en Facebook y Twitter y mantenerte en contacto.

Derechos de autor © 2015 por Blake Pierce. Todos los derechos reservados. Excepto según lo permitido bajo la Ley de Derechos de Autor de Estados Unidos de 1976, ninguna parte de esta publicación podrá ser reproducida, distribuida transmitida en cualquier forma o por cualquier medio, o almacenada en una base de datos o sistema de recuperación, sin el permiso previo del autor. Este eBook está disponible sólo para su disfrute personal. Este libro electrónico no puede ser revendido o dado a otras personas. Si te gustaría compartir este libro con otra persona, por favor compra una copia adicional para cada destinatario. Si estás leyendo este libro y no lo compraste, o no fue comprado sólo para tu uso, por favor regresa y compra tu propia copia. Gracias por respetar el trabajo duro de este autor. Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, empresas, organizaciones, lugares, eventos e incidentes son productos de la imaginación del autor o se emplean como ficción. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, es totalmente coincidente. Derechos de autor de la imagen de la cubierta de GoingTo, utilizada bajo licencia de Shutterstock.com.

CONTENIDO

[Prólogo](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)
[Capítulo 32](#)
[Capítulo 33](#)
[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

Prólogo

Un nuevo espasmo de dolor sacudió la cabeza de Reba, colocándola en posición vertical. Tiró contra las cuerdas que tenían atado su cuerpo, atadas alrededor de su estómago a una longitud vertical de tubería que había sido atornillada al suelo y al techo en medio de la pequeña habitación. Sus muñecas estaban atadas al frente, y sus tobillos también estaban atados.

Notó que había estado dormitando, e inmediatamente se llenó de miedo. Sabía que el hombre iba a matarla. Poco a poco, herida por herida. Su muerte no era lo que buscaba, y tampoco el sexo. Sólo buscaba su sufrimiento.

Tengo que permanecer despierta, pensó. Tengo que salir de aquí. Si me quedo dormida otra vez, moriré.

A pesar del calor en la habitación, su cuerpo desnudo sintió frío por el sudor. Miró hacia abajo, retorciéndose, y vio que sus pies estaban desnudos contra el piso de madera. El piso alrededor de ellos estaba cubierto de manchas de sangre seca, indicios claros de que ella no era la primera persona que había sido atada aquí. Su pánico se intensificó.

Él se había ido a un sitio. La única puerta de la habitación estaba cerrada, pero él volvería. Siempre volvía. Y entonces haría lo que fuera para hacerla gritar. Las ventanas estaban bloqueadas con tablas, y no tenía idea si era de día o de noche, la única luz provenía de un único bombillo que colgaba del techo. Dondequiera que quedaba este lugar, parecía que nadie podía oír sus gritos.

Se preguntaba si esta habitación había sido una vez el dormitorio de una niña; grotescamente, era de color rosado, con adornos de cuentos de hadas por todas partes. Alguien—ella suponía que su captor—había destrozado el lugar hace mucho, rompiendo y volteando las banquetas, sillas y mesas. El piso estaba lleno de las extremidades y torsos desmembrados de muñecas. Pequeñas pelucas—pelucas de muñecas, Reba suponía—estaban clavadas como cueros cabelludos en las paredes, la mayoría de ellas trenzadas elaboradamente, todas ellas de colores poco naturales y de juguete. Una mesa de tocador rosada magullada estaba junto a una pared, su espejo en forma de corazón roto en pedazos. El único otro mobiliario intacto era una cama individual angosta con un dosel rosado. Su captor a veces descansaba allí.

El hombre la miraba con ojos oscuros, redondos y brillantes, a través de su pasamontañas negra. Al principio, le había alentado el hecho de que

siempre usaba el pasamontañas. ¿Si él no quería que ella viera su cara, eso significaba que no planeaba matarla, que quizás la dejaría ir?

Pero pronto descubrió que la máscara tenía otro propósito. Podía notar que la cara detrás de la misma tenía un mentón hundido y una frente inclinada, y que las facciones del hombre eran débiles y acogedoras. Aunque él era fuerte, era más bajo que ella y probablemente se sentía inseguro por ello. Suponía que llevaba el pasamontañas para parecer más aterrador.

Se había rendido en tratar de convencerlo de que no la lastimara. Al principio había pensado que podía hacerlo. Después de todo, ella sabía que era bonita. *O al menos solía serlo*, pensó con tristeza.

El sudor y las lágrimas se mezclaron en su rostro magullado, y podía sentir la sangre en su pelo largo y rubio. Sus ojos le ardían: le había hecho colocarse lentes de contacto, y no podía ver bien por ellos.

Sólo Dios sabe cómo me veo ahora.

Dejó caer su cabeza.

Muérete ya, se suplicó a sí misma.

Debería ser bastante fácil de hacer. Estaba segura de que otras se habían muerto aquí antes.

Pero no podía hacerlo. Sólo pensar en eso hacía que su corazón latiera más fuerte mientras jadeaba, tensando la cuerda alrededor de su vientre. Lentamente, como sabía que se enfrentaba a una muerte inminente, un nuevo sentimiento comenzó a surgir dentro de ella. No era ni pánico ni miedo esta vez. No era desesperación. Era algo más.

¿Qué siento?

Luego entró en cuenta. Era *rabia*. No contra su captor. Había agotado su ira hacia él desde hace mucho.

Soy yo, pensó. *Estoy haciendo lo que él quiere*. Cuando grito y lloro y ruego, estoy haciendo lo que él quiere.

Cada vez que tomaba ese frío caldo que le daba a través de una pajita, estaba haciendo lo que él quería. Cada vez que le decía patéticamente que era una madre con dos hijos que la necesitaban, estaba deleitándolo sin fin.

Su mente ahora tenía un nuevo propósito; al fin dejó de retorcerse. Tal vez necesitaba intentar una nueva táctica. Había estado luchando arduamente contra las cuerdas todos estos días. Tal vez no lo estaba abordando de la forma correcta. Eran como esos pequeños juguetes de bambú, la trampa de dedos china, donde pones los dedos en cada extremo del tubo y entre más fuerte jales, más se atascan tus dedos. Quizá el truco era relajarse, deliberada

y completamente. Tal vez esa era la forma de salir de todo esto.

Músculo por músculo, relajó su cuerpo, sintiendo cada ardor, cada moretón donde su carne tocaba las cuerdas. Y, lentamente, notó donde se encontraba la tensión de la cuerda.

Por fin encontró lo que necesitaba. Había una pequeña holgura alrededor de su tobillo derecho. Pero no podía jalar por ahí todavía. Tenía que mantener sus músculos relajados. Movi6 su tobillo suavemente, luego más agresivamente mientras la cuerda se aflojaba.

Finalmente, se soltó su tal6n, y sacó todo el pie derecho.

Inmediatamente exploró el piso. A sólo un pie de distancia, en medio de las piezas de muñeca dispersas, estaba su cuchillo de caza. Siempre se reía cuando lo dejaba allí, tan cerca. La cuchilla llena de sangre brillaba burlonamente en la luz.

Movi6 su pie libre hacia el cuchillo. No llegó a su destino.

Dejó que su cuerpo se aflojara otra vez. Se deslizó unas pocas pulgadas por la tubería y movió su pie hasta que el cuchillo estaba a su alcance. Agarró la cuchilla sucia entre sus dedos, la raspó por el piso y la levantó con cuidado con su pie hasta que el mango estaba en la palma de su mano. Agarró el mango firmemente con dedos entumecidos y lo volteó, cortando poco a poco la cuerda que ataba sus muñecas. El tiempo parecía detenerse mientras contenía la respiración, esperando y rogando que no se le cayera. Que él no entrara.

Finalmente oyó un ruido, y quedó totalmente asombrada ya que sus manos se soltaron. Inmediatamente cortó la cuerda alrededor de su cintura, su corazón latiendo con fuerza.

Libre. Casi no podía creerlo.

Por un momento lo único que podía hacer era agacharse allí, sus manos y pies hormigueando mientras volvía a circular la sangre completamente. Empezó a tocarse los lentes de contacto, resistiendo las ganas de sacarlos de un solo golpe. Cuidadosamente los rodó hacia un lado, los pellizcó y se los sacó. Sus ojos le dolían terriblemente, y fue un alivio ya no tenerlos adentro. Mientras miraba los dos discos de plástico en la palma de su mano, su color la asqueó. Los lentes eran de color azul brillante, antinatural. Los arrojó a un lado.

Su corazón latiendo con fuerza, Reba se levantó y rápidamente cojeó a la puerta. Tomó el pomo en sus manos pero no le dio vuelta.

¿Y si él estaba allá afuera?

No tenía otra opción.

Reba dio vuelta al pomo y jaló la puerta, la cual se abrió sin hacer ruido. Miró por un pasillo largo y vacío, iluminado sólo por una abertura arqueada a la derecha. Se arrastró por el mismo, desnuda, descalza y silenciosa, y vio que el arco daba a una habitación tenuemente iluminada. Se detuvo y miró fijamente. Era un simple comedor, con una mesa y sillas totalmente ordinarias, como si una familia pronto llegaría a cenar allí. Antiguas cortinas colgaban por las ventanas.

Sintió terror nuevamente. La cotidianeidad del lugar era inquietante de una manera que un calabozo no lo hubiera sido. A través de las cortinas podía ver que estaba oscuro afuera. El pensar que la oscuridad le facilitaría su escape le levantó el ánimo.

Se volvió al pasillo de nuevo. Terminaba en una puerta, una puerta que simplemente tenía que dar al aire libre. Cojeó y apretó el picaporte de latón frío. La puerta se abrió hacia ella para revelar la noche afuera.

Vio un pequeño porche, y un patio más allá del mismo. El cielo nocturno estaba estrellado y sin luna. No había ninguna otra luz, ningún indicio de casas cercanas. Caminó lentamente al porche y por el patio, que era seco y no tenía grama. Aire fresco inundó sus pulmones adoloridos.

Mezclado con su pánico, se sintió eufórica. El regocijo de la libertad.

Reba dio su primer paso, preparándose para correr, cuando de repente sintió el duro agarre de una mano en su muñeca.

Luego vino la risa fea y familiar.

Lo último que sintió fue un objeto duro, tal vez de metal, impactando su cabeza y luego estaba girando en el abismo más profundo.

Capítulo 1

Al menos no se siente el hedor todavía, pensó el Agente Especial Bill Jeffreys.

Todavía inclinado sobre el cuerpo, no pudo evitar detectar los primeros rastros del mismo. Se mezclaba con el olor fresco de los pinos y la neblina limpia del arroyo; debía ya estar acostumbrado al hedor de un cadáver. Pero nunca podría acostumbrarse a eso.

El cuerpo desnudo de la mujer había sido cuidadosamente dispuesto en una gran roca en el borde del arroyo. Estaba sentada, apoyada en otra roca, sus piernas rectas y abiertas, sus manos a los lados. Un extraño recodo en su brazo derecho surgiría un hueso roto. El pelo ondulado era obviamente una peluca raída, con tonalidades de rubio que no combinaban. Una sonrisa color rosada estaba pintada con lápiz labial sobre su boca.

El arma asesina todavía estaba firmemente alrededor de su cuello; había sido estrangulada con una cinta rosada. Una rosa roja artificial estaba colocada sobre la roca delante de ella, a sus pies.

Suavemente, Bill intentó levantar su mano izquierda. No se movió.

“Todavía está en rigor mortis”, le dijo Bill al Agente Spelbren, agachado en el otro lado del cadáver. “No tiene más de veinticuatro horas de muerta”.

“¿Qué le pasa a sus ojos?” preguntó Spelbren.

“Cosidos con hilo negro para mantenerlos abiertos”, respondió, sin molestarse en mirar de cerca.

Spelbren lo miró fijamente con incredulidad.

“Revísalo tú mismo”, dijo Bill.

Spelbren le miró los ojos.

“Dios”, murmuró en voz baja. Bill notó que no se asqueó. Bill apreciaba eso. Había trabajado con otros agentes de campo, algunos de ellos veteranos experimentados como Spelbren, que estarían vomitando ahora mismo.

Bill nunca había trabajado con él antes. Spelbren había sido llamado a este caso de una oficina de campo de Virginia. Había sido idea de Spelbren traer a alguien de la Unidad de Análisis de Conducta en Quántico. Por eso es que Bill estaba aquí.

Movida inteligente, pensó Bill.

Bill podía ver que Spelbren era unos años menor que él, pero, aun así, tenía una mirada desgastada que le gustaba bastante.

“Está usando lentes de contacto”, señaló Spelbren.

Bill miró más de cerca. Estaba en lo cierto. Un azul extraño y artificial lo hizo mirar al otro lado. Había un poco de frío en el arroyo a estas horas de la mañana pero, aun así, sus ojos se estaban aplanando en sus cuencas. Iba a ser difícil determinar la hora exacta del fallecimiento. Todo lo que Bill sabía era que el cuerpo había sido traído aquí en algún momento durante la noche y luego fue cuidadosamente posicionado.

Oyó una voz cerca.

“Malditos empleados federales”.

Bill miró a los tres policías locales, parados a unas pocas yardas de distancia. Estaban susurrando de forma inaudible ahora, así que Bill sabía que dijeron esas tres palabras más alto a propósito. Eran de Yarnell, un pueblo cercano, y claramente no estaban felices de tener el FBI aquí. Pensaban que podían manejar esto por su cuenta.

El jefe de guardabosques del Parque Estatal Mosby había pensado otra cosa. No estaba acostumbrado a nada peor que el vandalismo, la basura y la caza y la pesca ilegal, y él sabía que los lugareños de Yarnell no eran capaces de lidiar con esto.

Bill había hecho el viaje de centenares de millas en helicóptero, así que pudo llegar antes de que el cuerpo fuera movido. El piloto había seguido las coordenadas a un prado en una colina cercana, donde el guardabosque y Spelbren lo habían recibido. El guardabosques los había llevado unas pocas millas por un camino de tierra en vehículo y, cuando se detuvieron, Bill pudo vislumbrar la escena del crimen desde la carretera. Quedaba a poca distancia del arroyo.

Los policías impacientes parados cerca de ellos ya habían examinado la escena. Bill sabía exactamente lo que estaban pensando. Querían resolver este caso por su cuenta; un par de agentes del FBI era lo último que querían ver.

Lo siento, pueblerinos, Bill pensó, pero sus habilidades no son suficientes para esto.

“El sheriff piensa que esto es tráfico”, dijo Spelbren. “No tiene razón”.

“¿Por qué dice eso?” preguntó Bill. Sabía la respuesta, pero quería tener una idea de cómo funcionaba la mente de Spelbren.

“Es treintañera, no tan joven”, dijo Spelbren. “Estrías, por lo que tuvo por lo menos un hijo. No el tipo que generalmente es traficado”.

“Tienes razón”, dijo Bill.

“Pero, ¿y la peluca?”

Bill negó con la cabeza.

“Su cabeza ha sido afeitada”, contestó, “así que la finalidad de la peluca no era para cambiar el color de su pelo”.

“¿Y la rosa?” preguntó Spelbren. “¿Un mensaje?”

Bill la examinó.

“Flor de tela barata”, contestó. “La clase que encontrarías en cualquier tienda de precios bajos. La rastreamos, pero no encontraremos nada”.

Spelbren lo miró, claramente impresionado.

Bill dudaba de que lo que encontraran serviría de algo. El asesino era muy metódico, muy útil. Esta escena había sido preparada con cierto estilo enfermizo que lo enervaba.

Vio a los policías locales con ganas de acercarse. Se habían tomado fotos, y el cuerpo sería retirado en cualquier momento.

Bill suspiró, sintiendo la rigidez en sus piernas. Sus cuarenta años estaban empezando a ralentizarlo, por lo menos un poco.

“Ha sido torturada”, observó, exhalando tristemente. “Mira todas las cortadas. Algunas están empezando a cerrarse”. Él sacudió la cabeza.

“Alguien la torturó por días antes de matarla con esa cinta”.

Spelbren suspiró.

“El perpetrador estaba cabreado por algo”, dijo Spelbren.

“Oye, ¿cuándo vamos a terminar?” gritó uno de los policías.

Bill miró en su dirección y los vio arrastrando sus pies. Los dos estaban quejándose en voz baja. Bill sabía que ya el trabajo estaba terminado, pero no dijo nada. Prefería mantener a esos tarados esperando y dudando.

Se volteó lentamente y analizó toda la escena. Era una zona boscosa y espesa, puros pinos y cedros y un montón de sotobosque, con el arroyo burbujeando en su forma bucólica y serena en camino hacia el río más cercano. Incluso ahora, en pleno verano, el día no se calentaría mucho más, así que el cuerpo no iba a pudrirse tan rápidamente. Aun así, lo mejor sería sacarlo de aquí y enviarlo a Quántico. Los examinadores allí querían examinar cada centímetro mientras que todavía estaba razonablemente fresco. El carro del forense estaba parado en el camino de tierra detrás del carro de policía, esperando.

El camino no era nada más que pistas de neumático paralelas por el bosque. El asesino seguramente había conducido hasta aquí por el mismo. Había llevado el cuerpo la corta distancia a lo largo de un estrecho camino a este lugar, lo dispuso y luego se fue. No se quedó por mucho tiempo. A pesar

de que la zona parecía apartada, los guardabosques patrullaban por aquí regularmente y los carros privados no debían usar ese camino. Había querido que encontraran el cuerpo. Estaba orgulloso de su trabajo.

Y *había sido* encontrado por un par de jinetes tempraneros. Turistas en caballos alquilados, el guardabosque le había dicho a Bill. Eran vacacionistas de Arlington, quedándose en un rancho falso en las afueras de Yarnell. El guardabosque había dicho que estaban un poco histéricos ahora. Les dijeron que no salieran de la ciudad, y Bill planeaba hablar con ellos más tarde.

Al parecer no había nada fuera de lugar en el área alrededor del cuerpo. El tipo había sido muy cuidadoso. Había arrastrado algo detrás de él cuando había regresado del arroyo, una pala tal vez, para ocultar sus propias huellas. Nada fue dejado intencionalmente, ni accidentalmente. Cualquier huella de neumático en la carretera probablemente había sido borrada por el carro de policía o el carro del forense.

Bill se suspiró a sí mismo.

Maldita sea, pensó. *¿Dónde está Riley cuando la necesito?*

Su compañera desde hace mucho tiempo y su mejor amiga estaba de permiso involuntario, recuperándose del trauma de su último caso. Sí, había sido uno muy desagradable. Necesitaba el tiempo libre y, a decir verdad, podría no regresar jamás.

Pero realmente la necesitaba ahora. Era mucho más inteligente que Bill, y a él no le importaba admitirlo. Le encantaba ver su mente trabajar. La imaginaba analizando la escena minuciosamente, detalle por detalle. Ya estaría burlándose de él por todas las pistas dolorosamente evidentes que habían estado delante de sus ojos.

¿Qué vería Riley aquí que Bill no veía?

Se sintió perplejo, y no disfrutaba de esa sensación. Pero no había nada más que podría hacer al respecto ahora.

“Listo, muchachos”, Bill le dijo a los policías. “Pueden retirar el cadáver”.

Los policías se rieron y chocaron los cinco.

“¿Crees que lo hará de nuevo?” preguntó Spelbren.

“Estoy seguro que sí”, dijo Bill.

“¿Cómo lo sabes?”

Bill respiró profundamente.

“Porque he visto su trabajo antes”.

Capítulo 2

“Se puso peor para ella cada día”, dijo Sam Flores, colocando otra imagen horrible en la gran pantalla multimedia que se asomaba sobre la mesa de conferencias. “Hasta el momento en que la mató”.

Bill había supuesto eso, pero odiaba estar en lo cierto.

La Oficina había volado el cuerpo a la Unidad de Análisis de Conducta en Quántico, los técnicos forenses habían tomado fotos, y el laboratorio empezó todas las pruebas. Flores, un técnico de laboratorio con lentes negros, estaba presentando las diapositivas espeluznantes, y las pantallas gigantes fueron una presencia imponente en la sala de conferencias de la Unidad de Análisis de Conducta.

“¿Cuánto tiempo tenía de muerta antes de que se encontrara el cuerpo?” preguntó Bill.

“No mucho”, respondió. “Tal vez la noche anterior”.

Spelbren estaba sentado al lado de Bill, había volado a Quántico con él después de salir de Yarnell. En la cabecera de la mesa estaba sentado el Agente Especial Brent Meredith, el jefe de equipo. Meredith tenía una presencia intimidante por su gran contextura, sus rasgos negros y angulares y su rostro decidido. Bill no se sentía intimidado por él, ni siquiera un poco. Le gustaba pensar que tenían mucho en común. Ambos eran veteranos experimentados, y habían visto muchas cosas.

Flores colocó una serie de primeros planos de las heridas de la víctima.

“Las heridas a la izquierda fueron infligidas en el principio”, dijo. “Las de la derecha son más recientes, algunas infligidas horas o incluso minutos antes de que la estrangulara con la cinta. Parece haberse tornado progresivamente más violento durante el tiempo que la tuvo en cautiverio. Romper su brazo podría haber sido lo último que hizo mientras aún estaba viva”.

“Las heridas parecen la obra de un solo perpetrador para mí”, observó Meredith. “Juzgando por el nivel de agresión, probablemente masculino. ¿Qué más tienes?”

“Por el rastrojo en su cuero cabelludo, creemos que su cabeza fue afeitada dos días antes de su muerte”, Flores continuó. “La peluca fue cosida con pedazos de otras pelucas, todas baratas. Las lentes de contacto probablemente fueron pedidos por correo. Y una cosa más”, dijo, mirando las caras, vacilante. “La cubrió con vaselina”.

Bill podía sentir la tensión de la habitación aumentar.

“¿Vaselina?”, preguntó.

Flores asintió.

“¿Por qué?” preguntó Spelbren.

Flores se encogió de hombros.

“Ese es tu trabajo”, respondió.

Bill pensó en los dos turistas que había entrevistado ayer. No habían ayudado en lo absoluto, divididos entre la curiosidad morbosa y al borde del pánico por lo que habían visto. Estaban deseosos de regresar a Arlington y no había habido ninguna razón para detenerlos. Habían sido entrevistados por cada funcionario. Y se les había dicho que no dijeran nada sobre lo que habían visto.

Meredith exhaló y puso ambas palmas sobre la mesa.

“Buen trabajo, Flores”, dijo Meredith.

Flores parecía estar agradecido por los elogios, y tal vez un poco sorprendido. Brent Meredith no solía dar cumplidos.

“Ahora Agente Jeffreys”, Meredith se volteó hacia él, “infórmanos sobre cómo esto se relaciona esto con tu caso anterior”.

Bill respiró profundamente y se reclinó en el asiento.

“Hace un poco más de seis meses”, comenzó, “el dieciséis de diciembre, el cuerpo de Eileen Rogers fue encontrado en una granja cerca de Daggett. Me llamaron para que investigara, junto con mi compañera, Riley Paige. El clima era extremadamente frío, y el cuerpo estaba completamente congelado. Fue difícil descifrar cuánto tiempo llevaba allí, y la hora del fallecimiento nunca fue determinada con exactitud. Flores, muéstrales”.

Flores volvió a las diapositivas. La pantalla se dividió y, junto a las imágenes en la pantalla, apareció una nueva serie de imágenes. Las dos víctimas fueron exhibidas lado a lado. Bill jadeó. Era increíble. Aparte de la carne congelada de uno de los cuerpos, los cadáveres estaban en casi la misma condición, las heridas casi idénticas. Ambas mujeres tenían sus ojos cosidos para que se mantuvieran abiertos de la misma forma horrible.

Bill suspiró, las imágenes trajeron todo de vuelta. No importaba cuántos años llevaba en la fuerza, le dolía ver a cada víctima.

“El cuerpo de Rogers fue encontrado sentado en posición vertical contra un árbol”, Bill continuó, su voz más triste. “No estaba en una pose tan elaborada como la mujer que encontramos en el Parque Mosby. Nada de lentes de contacto ni vaselina, pero la mayoría de los otros detalles son

iguales. El pelo de Rogers fue cortado, no afeitado, pero había una peluca similar toda cosida. También fue estrangulada con una cinta rosada, y una rosa falsa fue encontrada frente a ella.

Bill hizo una pausa por un momento. Odiaba lo que tenía que decir ahora.

“Paige y yo no pudimos resolver el caso”.

Spelbren se volvió hacia él.

“¿Cuál fue el problema?” preguntó.

“Todo fue un problema”. Bill respondió, innecesariamente defensivo.

“No tuvimos nada con qué empezar. No había testigos; la familia de la víctima no nos dio ninguna información útil; Rogers no tenía enemigos, ningún ex-marido, ningún novio enojado. No había ni una sola buena razón para que fuera perseguida y asesinada. El caso se enfrió inmediatamente”.

Bill se quedó en silencio. Pensamientos oscuros inundaron su cerebro.

“No lo hagas”, Meredith dijo en un tono muy suave. “No es tu culpa. No pudiste haber detenido este nuevo asesinato”.

Bill agradeció su bondad, pero se sentía muy culpable. ¿Por qué no pudo haberlo resuelto antes? ¿Por qué tampoco pudo Riley? Nunca se había sentido tan perplejo en toda su carrera.

En ese momento, sonó el teléfono de Meredith y el jefe tomó la llamada.

Casi lo primero que dijo fue, “Mierda”.

Lo repitió varias veces. Luego dijo: “¿Seguro que es ella?” Hizo una pausa. “¿Hubo algún contacto para pedir rescate?”

Se levantó de su silla y salió de la sala de conferencias, dejando a los otros tres hombres sentados perplejos. Volvió después de unos minutos. Se veía mayor.

“Caballeros, ahora estamos en modo de crisis”, anunció. “Acabamos de obtener una identificación positiva de la víctima de ayer. Su nombre era Reba Frye”.

Bill jadeó como si hubiera sido golpeado en el estómago; también podía ver el shock de Spelbren. Pero Flores se veía confundido.

“¿Debería saber quién es?” preguntó Flores.

“Su apellido de soltera es Newbrough”, explicó Meredith. “La hija del Senador Estatal Mitch Newbrough, probablemente el próximo gobernador de Virginia”.

Flores exhaló.

“No había escuchado que había desaparecido”, dijo Spelbren.

“No fue divulgado oficialmente”, dijo Meredith. “Su padre ya fue

contactado. Y, *por supuesto*, piensa que es político, personal o ambos. Sin importar que lo mismo le sucedió a otra víctima hace seis meses”.

Meredith sacudió la cabeza.

“El Senador se está apoyando fuertemente en esto”, añadió. “Una avalancha de prensa está a punto de golpearnos. Se asegurará de que sea así, para exigirnos resultados”.

El corazón de Bill se hundió. Odiaba la sensación como si esto superaba sus habilidades. Pero así exactamente se sentía ahora.

Un sombrío silencio cayó sobre la habitación.

Finalmente, Bill se aclaró la garganta.

“Vamos a necesitar ayuda”, dijo.

Meredith se volvió hacia él, y Bill se encontró con su mirada endurecida. De repente, el rostro de Meredith se llenó de preocupación y desaprobación. Claramente sabía lo que Bill estaba pensando.

“No está lista”, respondió Meredith, sabiendo claramente que Bill quería traerla de vuelta.

Bill suspiró.

“Señor”, respondió, “conoce el caso mejor que nadie. Y no hay nadie más inteligente”.

Después de otra pausa, Bill dijo lo que realmente estaba pensando.

“No creo que lo podemos hacer sin ella”.

Meredith golpeó su lápiz contra una libreta de papel unas cuantas veces, claramente deseando estar en cualquier otra parte.

“Es un error”, dijo. “Pero si ella se cae a pedazos, es *tu* error”. Exhaló de nuevo. “Llámala”.

Capítulo 3

La adolescente que abrió la puerta parecía como si pudiera cerrarla en la cara de Bill. En cambio, se dio la vuelta y se alejó sin decir una palabra, dejando la puerta abierta.

Bill entró.

“Hola, April”, dijo automáticamente.

La hija de Riley, una chica taciturna y desgarrada de catorce años de edad, con el cabello oscuro y los ojos color avellana de su madre, no respondió. Vestida sólo con una camiseta demasiado grande, su pelo un desastre, April cruzó en una esquina y se acostó en el sofá, muerta ante todo excepto sus auriculares y teléfono celular.

Bill estaba parado allí torpemente, no estaba seguro que hacer. Cuando llamó a Riley, había accedido a su visita, aunque a regañadientes. ¿Había cambiado de parecer?

Bill miró alrededor mientras caminaba por la casa oscura. Caminó a través de la sala de estar y vio que todo estaba limpio y en su lugar, lo que era característico de Riley. Sin embargo, también notó que las persianas estaban cerradas y que había un poco de polvo en los muebles, lo que no se parecía a ella en lo absoluto. En una estantería, vio una fila de nuevos libros brillantes de suspenso que le había comprado durante su permiso, con la esperanza de que la distraerían de sus problemas. Ninguno parecía haber sido abierto.

La sensación de temor de Bill aumentó. Esta no era la Riley que conocía. ¿Tenía razón Meredith? ¿Necesitaba más tiempo de permiso? ¿Hacía las cosas mal por buscarla antes de que estuviera preparada?

Bill se preparó y siguió caminando por la casa oscura y, al cruzar en una esquina, encontró a Riley, sola en la cocina, sentada en la mesa de formica en su bata y pantuflas, una taza de café delante de ella. Lo miró y vio un destello de vergüenza, como si había olvidado que él iba a venir. Pero lo ocultó rápidamente con una débil sonrisa y se puso de pie.

Dio un paso hacia adelante y la abrazó, y le devolvió el abrazo débilmente. En sus pantuflas, ella era un poco más baja que él. Se había puesto flaca, muy flaca, y su preocupación creció.

Se sentó en la mesa frente a ella y la estudió. Su cabello estaba limpio, pero no estaba peinado, y parecía como si había estado usando esas pantuflas por días. Su rostro parecía demacrado, muy pálido, y mucho, mucho mayor

desde que la había visto por última vez cinco semanas atrás. Parecía que la estaba pasando mal. Tendría que estar pasándolo mal. Trató de no pensar acerca de lo que el último asesino le había hecho.

Ella evitó su mirada, y ambos se quedaron sentados allí en silencio. Bill había estado tan seguro que sabría exactamente qué decirle para animarla; pero mientras estaba sentado allí, se sintió consumido por su tristeza, y perdió todas sus palabras. Quería verla con un aspecto más robusto, como era antes.

Rápidamente escondió el sobre con los archivos sobre el nuevo caso de asesinato en el piso al lado de su silla. No estaba seguro de que debía mostrárselos ahora. Él estaba empezando a sentirse más seguro de que había cometido un error al venir aquí. Definitivamente necesitaba más tiempo. De hecho, verla así como estaba, hizo que se sintiera inseguro por primera vez si su pareja desde hace mucho tiempo volvería.

“¿Café?”, preguntó. Podía sentir su incomodidad.

Sacudió la cabeza. Se veía que estaba muy frágil. Cuando la había visitado en el hospital y aún después de que se fuera a casa, se había sentido asustado por ella. Se había preguntado si se recuperaría por completo del dolor y el terror que había soportado, de lo más profundo de su oscuridad. Era tan diferente a lo que solía ser; parecía invencible con todos los otros casos. Algo sobre este último caso, este último asesino, fue diferente. Bill podía entenderlo: el hombre había sido el psicópata más retorcido que jamás había conocido, y esto ya era decir mucho.

Mientras la estudiaba, se le ocurrió algo más. Se veía realmente de su edad. Tenía cuarenta años, la misma edad que él, pero cuando estaba trabajando, animada y concentrada, siempre parecía ser varios años menor. Se empezaban a notar destellos de gris en su cabello oscuro. Bueno, su pelo también estaba empezando a mostrar canas.

Riley llamó a su hija, “¡April!”

No respondió. Riley llamó su nombre varias veces, más fuerte cada vez, hasta que finalmente respondió.

“¿Qué?” respondió April desde la sala de estar, sonando completamente molesta.

“¿A qué hora es tu clase hoy?”

“Sabes la hora”.

“Sólo dime, ¿está bien?”

“Ocho y media”.

Riley frunció el ceño y se veía molesta también. Miró a Bill.

“Reprobó Inglés. Falta a muchas clases. Estoy tratando de ayudarla a salir de eso”.

Bill negó con la cabeza, entendiendo. Ser agente cobraba un precio demasiado alto y sus familias eran las víctimas más grandes.

“Lo siento”, dijo.

Riley se encogió de hombros.

“Tiene catorce años. Me odia”.

“Eso no es bueno”.

“Odiaba a todo el mundo cuando tenía catorce años”, respondió. “¿Tú no?”

Bill no respondió. Era difícil imaginar a Riley odiando a todo el mundo.

“Espera a que tus chicos tengan esa edad”, dijo Riley. “¿Cuántos años tienen ahora? Se me olvida”.

“Ocho y diez”, Bill respondió, luego sonrió. “Como van las cosas con Maggie, no sé si aún estaré en sus vidas cuando lleguen a la edad de April”.

Riley inclinó su cabeza y lo miró con preocupación. Extrañaba esa mirada.

“¿Tan mal entonces?”, dijo.

Alejó la mirada, no queriendo pensar en eso.

Los dos se quedaron callados por un momento.

“¿Qué es lo que escondes en el piso?” preguntó.

Bill miró hacia abajo y luego hacia arriba y sonrió; incluso en su estado, nunca se perdía de nada.

“No estoy escondiendo nada”, dijo Bill, recogiendo el sobre y colocándolo sobre la mesa. “Solo algo de lo que me gustaría hablarte”.

Riley sonrió. Era obvio que sabía perfectamente la razón por la cual estaba aquí.

“Muéstrame”, dijo y luego agregó, mirando nerviosamente a April, “Vamos al patio. No quiero que ella lo vea”.

Riley se quitó sus pantuflas y caminó por el patio trasero descalza por delante de Bill. Se sentaron en una mesa de picnic de madera desgastada que había estado allí desde mucho antes de que Riley se mudara aquí, y Bill miró alrededor del patio pequeño con su único árbol. Había bosques en todos los lados. Le hizo olvidar que estaba incluso cerca de una ciudad.

Demasiado aislado, pensó.

Nunca había sentido que este lugar era adecuado para Riley. La pequeña casa de estilo de rancho quedaba a quince millas de la ciudad, estaba

deteriorada y era muy común. Quedaba justo al lado de una carretera secundaria, con nada más que bosques y pastos a la vista. No que jamás había pensado que la vida suburbana era adecuada para ella tampoco. Le costaba pensar en ella siendo la anfitriona de fiestas cóctel. Al menos podía manejar a Fredericksburg y tomar el Amtrak a Quántico cuando regresara a trabajar. Cuando aún *podía* trabajar.

“Muéstrame lo que tienes”, dijo.

Separó los informes y las fotografías en la mesa.

“¿Recuerdas el caso Daggett?” preguntó. “Tenías razón. El asesino no había terminado”.

Vio sus ojos abrirse mientras examinaba las fotos. Un largo silencio cayó mientras estudiaba los archivos intensamente, y se preguntaba si esto podría ser lo que necesitaba para volver, o si retrasaría su progreso.

¿Qué te parece?” preguntó finalmente.

Otro silencio. Todavía no levantó la mirada del archivo.

Finalmente levantó la mirada y, cuando lo hizo, se sorprendió al ver lágrimas en sus ojos. Nunca la había visto llorar, ni en los peores casos, cerca de un cadáver. Definitivamente esta no era la Riley que conocía. Ese asesino le había hecho algo, más que lo que él sabía.

Ahogó un sollozo.

“Tengo miedo, Bill”, dijo. “Tengo mucho miedo. Todo el tiempo. De todo”.

Bill sintió su corazón hundirse al verla así. Se preguntó a dónde se había ido la Riley de antes, la única persona en la que siempre podría confiar ser más fuerte que él, la roca a la que siempre podía acudir cuando tenía problemas. La echaba de menos.

“Está *muerto*, Riley”, dijo en el tono más seguro que pudo. “Ya no puede lastimarte”.

Negó con la cabeza.

“No sabes eso”.

“Sí lo sé”, respondió. “Encontraron su cuerpo después de la explosión”.

“No pudieron identificarlo”, dijo.

“Sabes que era él”.

Su cara se cayó hacia adelante y la cubrió con una mano mientras lloraba. Tomó su otra mano.

“Este es un nuevo caso”, dijo. “No tiene nada que ver con lo que te sucedió”.

Negó con la cabeza.

“No importa”.

Lentamente, mientras lloraba, subió la mano y le entregó el archivo, alejando la mirada.

“Lo siento”, dijo, mirando hacia abajo, sosteniéndolo con una mano temblorosa. “Creo que debes irte”, añadió.

Bill, sorprendido y triste, tomó nuevamente el archivo. Jamás en un millón de años habría esperado este resultado.

Bill se quedó sentado allí por un momento, luchando contra sus propias lágrimas. Finalmente, le dio unas palmaditas suaves a su mano, se levantó de la mesa y caminó por la casa. April todavía estaba sentada en la sala de estar, sus ojos cerrados, su cabeza moviéndose al ritmo de la música.

*

Riley se quedó llorando sola en la mesa de picnic, después de que Bill se fuera.

Pensé que estaba bien, pensó.

Y realmente quería estar bien para Bill. Y pensó que realmente podía hacerlo. Sentada en la cocina hablando de trivialidades había estado bien. Luego habían salido y cuando vio el archivo, había pensado que estaría bien, también. Mejor que bien, realmente. Estaba siendo atrapada por él. Fue reavivado su deseo de trabajar, quería volver al campo. Estaba dividiendo todo en compartimientos, por supuesto, pensando en esos asesinatos casi idénticos como un rompecabezas a resolver, casi abstracto, un juego intelectual. Eso también estuvo bien. Su terapeuta le había dicho que tendría que hacer eso si tenía la esperanza de volver al trabajo.

Pero luego, por alguna razón, el rompecabezas intelectual se convirtió en lo que realmente era: una monstruosa tragedia humana en la que dos mujeres inocentes habían muerto en la agonía de dolor y terror inconmensurable. Y de repente se preguntó: *¿Fue tan malo para ellas como lo fue para mí?*

Su cuerpo ahora estaba inundado de pánico y miedo. Y de vergüenza y pena. Bill era su compañero y su mejor amigo. Ella le debía tanto. Había estado a su lado durante las últimas semanas cuándo nadie más lo había hecho. No podía haber sobrevivido su tiempo en el hospital sin él. Lo último que quería era que la viera reducida a un estado de indefensión.

Oyó a April gritar desde la puerta trasera.

“Mamá, tenemos que comer ahora o llegaré tarde”.

Sintió ganas de gritar, “¡Prepárate tu propio desayuno!”

Pero no lo hizo. Ya estaba bastante agotada de sus peleas con April. Había renunciado a pelear.

Se levantó de la mesa y caminó hacia la cocina. Jaló una toalla de papel del rollo y lo utilizó para limpiar sus lágrimas y sonarse la nariz, y luego se preparó para cocinar. Trató de recordar las palabras de su terapeuta: *Incluso realizar las tareas rutinarias tomará un gran esfuerzo consciente, al menos por un tiempo.* Tuvo que conformarse con hacer las cosas poco a poco.

Primero era sacar las cosas del refrigerador, el cartón de huevos, el tocino, la mantequilla, la mermelada, porque a April le gustaba la mermelada. Y así fue hasta que colocaba seis tiras de tocino en un sartén en la cocina, y luego prendió la estufa debajo del sartén.

Se tambaleó hacia atrás al ver las llamas amarillas y azules. Cerró sus ojos, y todo vino a ella.

Riley estaba en un pequeño sótano de poca altura debajo de una casa, en una pequeña jaula improvisada. La antorcha de propano era la única luz que vio. El resto del tiempo transcurrió en completa oscuridad. El piso del sótano de poca altura era de tierra. Los tablones encima de ella eran tan bajos que apenas podía agacharse.

La oscuridad era total, incluso cuando él abría una pequeña puerta y se deslizaba en el sótano de poca altura con ella. No podía verlo, pero podía oír su respiración y sus gruñidos. Él abría la jaula y se metía adentro.

Y entonces encendía esa antorcha. Podía ver su rostro cruel y feo por la luz. Se burlaba de ella con un plato de comida miserable. Si trataba de alcanzarlo, le empujaba la llama hacia ella. No podía comer sin quemarse...

Abrió los ojos. Las imágenes eran menos intensas con los ojos abiertos, pero no podía sacudir los recuerdos. Continuó haciendo el desayuno como un robot, su cuerpo entero lleno de adrenalina. Apenas estaba poniendo la mesa cuando la voz de su hija gritó otra vez.

“Mamá, ¿cuánto falta?”

Saltó, y el plato se resbaló de su mano y cayó al suelo, rompiéndose.

“¿Qué pasó?” April gritó, apareciendo a su lado.

“Nada”, dijo Riley.

Limpió el desorden, y ella y April se sentaron a comer juntas, la hostilidad silenciosa era palpable, como de costumbre. Riley quería terminar el ciclo, poder acercarse a April, decirle, *April, soy yo, tu mamá, y te amo*. Pero lo había intentado demasiadas veces, y sólo empeoró las cosas. Su hija la odiaba, y no podía entender el por qué, o cómo terminarlo.

“¿Qué vas a hacer hoy?” le preguntó a April.

¿Qué crees?” April dijo con desdén. “Ir a clase”.

“Quiero decir después de eso”, dijo Riley, manteniendo su voz calmada y compasiva. “Soy tu mamá. Quiero saberlo. Es normal”.

“Nada en nuestra vida es normal”.

Comieron en silencio por unos momentos.

“Nunca me dices nada”, dijo Riley.

“Tú tampoco”.

Eso detuvo cualquier esperanza de que conversaran de una vez por todas.

Eso es justo, Riley pensó amargamente. Es más cierto de lo que incluso sabía April. Riley nunca le había hablado de su trabajo, de sus casos; nunca le había hablado sobre su cautiverio o su tiempo en el hospital, o por qué ahora estaba “de vacaciones”. Todo lo que April sabía fue que tuvo que vivir con su padre durante la mayor parte de ese tiempo, y ella lo odiaba más que a Riley. Pero aunque tenía muchas ganas de contárselo, Riley pensaba que era mejor que April no tuviera idea de lo que su madre había vivido.

Riley se vistió y llevó a April a la escuela, y no se hablaron en el camino. Cuando April se bajó del carro, le dijo, “Nos vemos a las diez”.

April se despidió con la mano mientras se alejaba.

Riley condujo a una cafetería cercana. Se había convertido en una rutina para ella. Era difícil para ella pasar tiempo en un lugar público, y sabía que era exactamente la razón por la cual tenía que hacerlo. La cafetería era pequeña y nunca estaba llena, incluso en las mañanas como esta, por lo que no le resultaba amenazadora.

Mientras se sentaba allí, disfrutando de un cappuccino, recordó la súplica de Bill de nuevo. Había pasado seis semanas, maldita sea. Esto tenía que cambiar. *Ella* tenía que cambiar. No sabía cómo iba a hacerlo.

Pero se estaba formando una idea. Sabía exactamente lo que necesitaba hacer primero.

Capítulo 4

La llama blanca de la antorcha de propano se movía frente a Riley. Tenía que moverse hacia atrás y hacia adelante para evitar quemarse. El brillo la cegaba a todo lo demás y ni siquiera podía ver la cara de su captor ahora. Mientras la antorcha se movía, parecía dejar rastros persistentes en el aire.

“¡Basta!” gritó. “¡Basta!”

Su voz estaba ronca de tanto gritar. Se preguntaba por qué perdía el tiempo. Sabía que no dejaría de atormentarla hasta que estuviera muerta. Luego, levantó una bocina de aire y la sopló en su oído.

Sonó la bocina de un carro. Riley volvió de nuevo al presente y vio que la luz en la intersección se acababa de poner verde. Había una fila de conductores detrás de su vehículo, así que pisó el acelerador.

Riley, palmas sudorosas, alejó la memoria y se recordó a sí misma donde estaba. Iba a visitar a Marie Sayles, la otra superviviente del sadismo atroz de su casi-asesino. Se reprendió a sí misma por permitir que el flashback la abrumara. Había logrado mantener su mente enfocada en conducir durante una hora y media ahora, y había pensado que lo estaba haciendo bien.

Riley condujo a Georgetown, pasando casas exclusivas victorianas y se estacionó en la dirección que Marie le había dado por teléfono, una casa de ladrillos rojos con un hermoso ventanal. Se quedó sentada en el carro por un momento, debatiendo si debía bajarse y tratando de reunir el coraje.

Finalmente se bajó del carro. Mientras subía los escalones, se alegró en ver a Marie esperándola en la puerta. Sombríamente, pero elegantemente vestida, Marie sonrió lánguidamente. Su rostro parecía cansado y exhausto. Por los círculos bajo sus ojos, Riley estaba bastante segura de que había estado llorando. Eso no la sorprendió en lo absoluto. Ella y Marie se habían visto bastante durante sus semanas de videoconferencias, y había poco que podían ocultarse.

Cuando se abrazaron, Riley notó que Marie no era tan alta y robusta como había esperado que fuera. Incluso en tacones, Marie era más baja que Riley, su cuerpo pequeño y delicado. Eso sorprendió a Riley. Ella y Marie habían hablado mucho, pero esta fue la primera vez que se conocían en persona. La pequeña figura de Marie la hizo parecer más valiente por haber

sobrevivido.

Riley analizó todo el entorno mientras caminaban al comedor. El lugar estaba impecablemente limpio y amueblado con buen gusto. Normalmente sería una casa alegre para una mujer exitosa. Pero Marie tenía cerradas todas las cortinas y las luces bajas. El ambiente era opresivo. Riley no quería admitirlo, pero le recordaba a su propia casa.

Marie tenía un ligero almuerzo preparado en la mesa del comedor, y ella y Riley se sentaron a comer. Se sentaron en un silencio incómodo, Riley sudando sin saber la razón. Ver a Marie trajo todos los recuerdos de vuelta.

“Bueno... ¿cómo se sintió?” Marie preguntó tentativamente. “¿Salir al mundo?”

Riley sonrió. Marie sabía mejor que nadie lo tanto que le costó el viaje de hoy.

“Bastante bien”, dijo Riley. “En realidad, *muy* bien. Sólo tuve un mal momento”.

Marie asintió, comprendiendo claramente.

“Bueno, lo lograste”, dijo Marie. “Y eso fue valiente”.

Valiente, pensó Riley. Así no es como se hubiese descrito a sí misma. Una vez, tal vez, cuando era una agente activa. ¿Nunca se describiría a sí misma de esa manera otra vez?

“¿Y tú?” preguntó Riley. “¿Sales mucho?”

Marie quedó en silencio.

“No sales de la casa, ¿cierto?” preguntó Riley.

Marie negó con la cabeza.

Riley se acercó y sostuvo su muñeca en un agarre compasivo.

“Marie, tienes que intentarlo”, instó. “Si te dejas quedarte atrapada aquí así como ahora, es como si todavía fueras su prisionera”.

Un sollozo ahogado salió de la garganta de Marie.

“Lo siento”, dijo Riley.

“Está bien. Tienes razón”.

Riley observó a Marie mientras comían un momento y un largo silencio descendió. Quería pensar que a Marie le estaba yendo bien, pero tenía que admitir que se veía alarmantemente débil. Le hizo temer por sí misma, también. ¿Tan mal se veía entonces?

Riley se preguntó en silencio si era bueno que Marie estuviera viviendo sola. ¿Estaría mejor con un esposo o un novio? se preguntó. Entonces se preguntó lo mismo acerca de sí misma. Sin embargo, sabía que

probablemente la respuesta para ambas era no. Ninguna de ellas estaba en un buen estado de ánimo emocional para tener una relación sostenida. Sería sólo una muleta.

“¿Alguna vez te he dado las gracias?” Marie le preguntó después de un tiempo, rompiendo el silencio.

Riley sonrió. Sabía perfectamente que Marie lo decía por el hecho de que Riley la había rescatado.

“Muchas veces”, dijo Riley. “Y no necesitas hacerlo. Realmente no tienes que hacerlo”.

Marie jugó con la comida en su plato con un tenedor.

“¿Alguna vez te dije que lo siento?”

Riley estaba sorprendida. “¿Lo siento? ¿Por qué?”

Marie habló con dificultad.

“Si no me hubieras sacado de allí, no te hubiera atrapado”.

Riley apretó suavemente la mano de Marie.

“Marie, solo estaba cumpliendo con mi trabajo. No puedes sentirte culpable por algo que no fue tu culpa. Ya estás lidiando con mucho”.

Marie asintió con la cabeza, reconociendo que tenía razón.

“Levantarme de la cama todos los días es un desafío”, admitió. “Supongo que notaste lo oscura que está la casa. Cualquier luz brillante me recuerda a su antorcha. No puedo ni siquiera ver televisión, ni escuchar música. Tengo miedo de que alguien pueda cogerme por sorpresa. Cualquier ruido me hace sentir pánico”.

Marie comenzó a llorar silenciosamente.

“Nunca miraré el mundo de la misma manera. Nunca. Hay mucha maldad. No tenía ni idea de esto. Las personas son capaces de cosas tan horribles. No sé cómo confiaré en las personas otra vez”.

Mientras Marie lloraba, Riley quería tranquilizarla, decirle que estaba equivocada. Pero una parte de Riley no estaba tan segura que lo estaba.

Finalmente, Marie la miró.

“¿Por qué viniste aquí hoy?” le preguntó sin rodeos.

Riley se sorprendió por la franqueza de Marie, y por el hecho de que ella realmente no se conocía a sí misma.

“No lo sé”, dijo. “Sólo quería visitarte. Ver como estabas”.

“Hay algo más”, dijo Marie, entrecerrando sus ojos con una sensación misteriosa.

Quizás tenía razón, pensó Riley. Se acordó de la visita de Bill, y se dio

cuenta de que ella, de hecho, había venido por el nuevo caso. ¿Qué era lo que quería de Marie? ¿Asesoramiento? ¿Permiso? ¿Ánimo? ¿Consuelo? Una parte de ella quería que Marie le dijera que estaba loca, así podría estar tranquila y olvidarse de Bill. Pero tal vez otra parte de ella quería que Marie la animara a hacerlo.

Finalmente, Riley suspiró.

“Hay un nuevo caso”, dijo. “Bueno, no un *nuevo* caso. Pero un viejo caso que nunca fue resuelto”.

La expresión de Marie se volvió tensa y seria.

Riley tragó.

“¿Y has venido a preguntarme si debes hacerlo?” preguntó Marie.

Riley se encogió de hombros. Pero también miró hacia arriba y buscó en los ojos de Marie ánimo y consuelo. Y en ese momento se dio cuenta que esa era exactamente la razón por la cual había venido.

Pero, para su decepción, Marie bajó los ojos y sacudió lentamente la cabeza. Riley siguió esperando una respuesta, pero en su lugar hubo un silencio interminable. Riley sintió que Marie estaba sintiendo algún miedo especial en estos momentos.

En el silencio, Riley miró por todo el apartamento, y sus ojos cayeron sobre el teléfono fijo de Marie. Se sorprendió al ver que estaba desconectado de la pared.

“¿Qué le pasa a tu teléfono?” preguntó Riley.

Marie se veía muy afectada, y Riley se dio cuenta de que había dado en un nervio.

“Me sigue llamando”, dijo Marie, en un susurro casi inaudible.

“¿Quién?”

“Peterson”.

El corazón de Riley latió con fuerza.

“Peterson está muerto”, respondió Riley, su voz temblorosa. “Incendí el lugar. Encontraron su cuerpo”.

Marie negó con la cabeza.

“Podría haber sido cualquier persona la que encontraron. No era él”.

Riley sintió pánico. Sus propios temores volvieron.

“Todo el mundo dice que fue él”, dijo Riley.

“¿Y realmente crees eso?”

Riley no sabía qué decir. Ahora no era el momento de confesar sus propios temores. Después de todo, Marie probablemente estaba delirando.

Pero, ¿cómo podría Riley convencerla de algo que ella no creía completamente?

“Sigue llamando”, dijo Marie otra vez. “Llama, respira y cuelga. Sé que es él. Está vivo. Todavía está acechándome”.

Riley sintió terror.

“Probablemente es sólo una persona obscena”, dijo, pretendiendo estar calmada. “Pero puedo hacer que la Oficina lo compruebe. Puedo hacer que envíen un carro de vigilancia si estás asustada. Ellos rastrearán las llamadas”.

“¡No!” Marie dijo bruscamente. “¡No!”

Riley la miró, perpleja.

“¿Por qué no?” preguntó.

“No quiero enojarlo”, dijo Marie en un lloriqueo patético.

Riley, abrumada, sintiendo que se acercaba un ataque de pánico, de repente se dio cuenta que había sido una terrible idea venir aquí. En todo caso, se sentía peor. Sabía que no podría sentarse en este comedor opresivo un momento más.

“Tengo que irme”, dijo Riley. “Lo siento. Mi hija me está esperando”.

Marie agarró la muñeca de Riley con sorprendente fuerza, cavando sus uñas en su piel.

Sostuvo la mirada, sus ojos azules helados tan intensos que aterrorizaban a Riley. Esa mirada inquietante quemó su alma.

“Toma el caso”, instó Marie.

Riley podría ver en sus ojos que Marie estaba confundiendo el nuevo caso con Peterson, volviéndolos uno.

“Encuentra a ese hijo de puta”, añadió. “Y mávalo por mí”.

Capítulo 5

El hombre mantuvo una distancia corta pero discreta de la mujer, mirándola sólo fugazmente. Colocó algunos artículos en su cesta para que pareciera otro comprador más. Se felicitó a sí mismo por lo discreto que podía ser. Nadie adivinaría su verdadero poder.

Pero claro, nunca había sido el tipo de hombre que atraía mucha atención. De niño, se sintió prácticamente invisible. Ahora, por fin, podía convertir su inocuidad en su ventaja.

Justo hace un momento, había estado justo a su lado, a unos pies de distancia. Enfocada en elegir su champú, no lo notó en lo absoluto.

Él sabía mucho sobre ella, sin embargo. Sabía que su nombre era Cindy; que su esposo era propietario de una galería de arte; que trabajaba en una clínica médica gratuita. Hoy era uno de sus días libres. Ahora estaba en su celular hablando con alguien, su hermana, al parecer. Se reía de algo que la otra persona le estaba diciendo. Estaba lleno de ira, preguntándose si estaban riéndose de él, así como todas las chicas solían hacerlo. Su furia aumentó.

Cindy vestía pantalones cortos, una camiseta sin mangas y zapatos para correr. La había visto desde su carro, corriendo, y esperó hasta que terminara de correr y entrara en la tienda de comestibles. Conocía su rutina en un día no laborable como este. Llevaría las cosas a su casa y las guardaría, tomaría una ducha, y luego iría a reunirse con su marido para almorzar.

Su buena figura se debía a mucho ejercicio físico. No tenía más de treinta años, pero la piel alrededor de sus muslos ya no estaba tensa. Probablemente perdió mucho peso en un momento u otro, tal vez recientemente. Sin duda se sentía orgullosa de eso.

De repente, la mujer se dirigió a la caja registradora más cercana. Esto lo sorprendió. Había terminado las compras antes de lo habitual. Corrió para ponerse en la fila detrás de ella, casi empujando a otro cliente para hacerlo. Se reprendió a sí mismo en silencio por eso.

Mientras el cajero pasaba los artículos de la mujer, avanzó y se colocó muy cerca de ella, lo suficientemente cerca para oler su cuerpo, ahora sudoroso y picante después de correr. Era un olor que esperaba oler mucho, mucho más muy pronto. Pero el olor estaría mezclado con otro olor, uno que le fascinaba por su extrañeza y misterio.

El olor del dolor y terror.

Por un momento, el acechador se sentía eufórico, incluso agradablemente mareado, con gran impaciencia.

Después de pagar su comida, empujó su carrito hacia fuera a través de las puertas automáticas de cristal y al estacionamiento.

No sentía prisa ahora de pagar sus propios artículos. Él no tenía que seguirla a casa. Ya había estado ahí, había incluso estado dentro de su casa. Incluso había tocado su ropa. Retomaría su vigilia cuando estuviera libre del trabajo.

Falta poco, pensó. Muy poco.

*

Después de que Cindy MacKinnon se metió en su carro, se quedó sentada allí por un momento, sintiéndose sobresaltada sin saber el por qué. Recordó la extraña sensación que había tenido en el supermercado. Fue una sensación extraña e irracional de que alguien la estaba mirando. Pero era más que eso. Sólo le tomó unos instantes descifrar que era.

Finalmente, comprendió de era una sensación de que alguien había querido hacerle daño.

Tembló. Durante los últimos días, esa sensación había estado yendo y viniendo. Se reprendió a sí misma, segura de que no tenía razón.

Negó con la cabeza, eliminando los vestigios de esa sensación. Al encender su carro, se obligó a pensar en algo más, y sonrió por la conversación de teléfono celular que tuvo con su hermana, Becky. Esta tarde, Cindy le ayudaría con la fiesta de cumpleaños grande de su hija de tres años de edad, con todo incluyendo pastel y globos.

Sería un día hermoso, pensó.

Capítulo 6

Riley estaba sentada en la camioneta al lado de Bill mientras cambiaba la velocidad, empujando el vehículo con tracción en las cuatro ruedas de la Oficina más arriba en las colinas, y limpió sus palmas en sus pantalones. No sabía por qué estaba sudando, y no sabía cómo sentirse por estar aquí. Después de seis semanas fuera del trabajo, se sentía ajena a lo que su cuerpo le estaba diciendo. Estar de vuelta era surrealista.

Riley estaba perturbada por la incómoda tensión. Ella y Bill apenas habían hablado durante su hora de viaje. Su vieja camaradería, su alegría, su extraña relación—nada de eso estaba allí ahora. Riley se sentía bastante segura de que sabía la razón por la cual Bill estaba tan distante. No era por mala educación—era de preocupación. También parecía tener dudas sobre si ella debía estar de vuelta en el trabajo.

Condujeron hacia el Parque Estatal Mosby, donde Bill le había dicho que había visto a la víctima del asesinato más reciente. Mientras andaban, Riley absorbió la geografía a su alrededor y, poco a poco, volvió su viejo sentido de profesionalismo. Sabía que tenía que recuperarse.

Encuentra a ese hijo de puta y mátalos por mí.

Las palabras de Marie la torturaron, la impulsaron a seguir e hizo que su decisión fuera fácil.

Pero nada parecía tan sencillo ahora. Por un lado, no podía evitar preocuparse por April. Enviarla a casa de su padre no era lo ideal. Pero hoy era sábado y Riley no quiso esperar hasta el lunes para ver la escena del crimen.

El profundo silencio empezó a incrementar su ansiedad, y sintió desesperadamente la necesidad de hablar. Hurgando en su cerebro para encontrar algo que decir, finalmente, dijo:

“¿Así que vas a decirme lo que está sucediendo entre Maggie y tú?”

Bill se volvió hacia ella, una mirada sorprendida en su rostro, y no podía decir si era debido a que rompió el silencio, o por su pregunta contundente. Fuera lo que fuera, lamentó inmediatamente haberlo preguntado. Muchas personas decían que su franqueza podía ser desagradable. Nunca quería ser contundente, sólo que no tenía tiempo que perder.

Bill exhaló.

“Piensa que estoy teniendo una aventura”.

Riley sintió una sacudida de sorpresa.

“¿Qué?”

“Con mi trabajo”, dijo Bill riendo con un poco de amargura. “Piensa que estoy teniendo una aventura con mi trabajo. Piensa que amo *todo esto* más que a ella. Sigo diciéndole que es tonto. De todos modos, no puedo terminarlo exactamente, no puedo dejar de trabajar”.

Riley negó con la cabeza.

“Suena igual a Ryan. Se ponía muy celoso cuando todavía estábamos juntos”.

No le contó toda la verdad. Su ex marido no había estado celoso del trabajo de Riley. Había estado celoso de Bill. A menudo se preguntaba si Ryan podría haber tenido alguna razón para ello. A pesar de la incomodidad de hoy, se sentía demasiado bien estar cerca de Bill. ¿Era esa sensación exclusivamente profesional?

“Espero que no sea un viaje perdido”, dijo Bill. “La escena del crimen fue limpiada, sabes”.

“Lo sé. Sólo quiero ver el sitio. Las fotos e informes no son suficientes para mí”.

Riley estaba empezando a sentirse un poco mareado ahora. Estaba bastante segura que era la altitud mientras seguían subiendo. La anticipación también tenía que ver. Sus palmas todavía estaban sudando.

“¿Cuánto falta?” preguntó, mientras observaba el bosque volverse más grueso, el terreno más remoto.

“No mucho”.

Unos minutos más tarde, Bill cruzó en la carretera. El vehículo deambuló bruscamente a lo largo de la misma, luego pararon alrededor de un cuarto de milla en los densos bosques.

Apagó el vehículo, luego se volvió hacia Riley y la miró con preocupación.

“¿Segura que quieres hacer esto?” preguntó.

Sabía exactamente lo que lo preocupaba. Estaba asustado a que volviera a su cautiverio traumático. Sin importar que se trataba de un caso y un asesino totalmente diferente.

Ella asintió.

“Estoy segura”, dijo, no del todo convencida de que estaba diciendo la verdad.

Se salió del coche y siguió a Bill fuera de la carretera a un sendero

estrecho por el bosque. Oía el gorgoteo de un arroyo cercano. A medida que la vegetación se volvía más gruesa, tuvo que empujarse por ramas bajas y pequeños erizos pegajosos empezaron a agruparse en sus pantalones. Le molestaba la idea de tener que quitárselos luego.

Por fin ella y Bill llegaron a la orilla del arroyo. Riley inmediatamente fue impresionada por lo encantador que era el lugar. La luz del sol por la tarde entraba por las hojas, dándole al arroyo luz caleidoscópica. El constante borboteo del arroyo era relajante. Era extraño pensar que esto era una escena de crimen espantosa.

“Fue encontrada aquí”, dijo Bill, llevándola a una roca amplia y nivelada.

Cuando llegaron allí, Riley se detuvo, miró a su alrededor y respiró profundamente. Sí, venir aquí había sido lo correcto. Estaba empezando a sentirlo.

“¿Las fotos?” preguntó Riley.

Se agachó al lado de Bill en la roca, y comenzaron a hojear una carpeta llena de fotografías tomadas poco después de que había sido encontrado el cuerpo de Reba Frye. Otra carpeta estaba llena de informes y fotos del asesinato que ella y Bill habían investigado hace seis meses—el que no pudieron resolver.

Esas fotos trajeron recuerdos vivientes del primer asesinato. La transportó a esa zona de granjas cerca de Daggett. Recordaba cómo Rogers había sido colocada de manera similar contra un árbol.

“Muy parecido a nuestro caso anterior”, Riley observó. “Ambas mujeres en sus treinta años, ambas con niños pequeños. Parece ser parte de su MO. Le gustan las madres. Necesitamos consultar los grupos de padres, saber si hubo alguna conexión entre las dos mujeres, o entre sus hijos”.

“Haré que alguien se encargue de eso”, dijo Bill. Estaba tomando notas.

Riley continuó estudiando los informes y las fotos, comparándolas con la escena real.

“El mismo método de estrangulamiento, con una cinta rosada”, señaló. “Otra peluca y el mismo tipo de rosa artificial delante del cuerpo.”

Riley sostuvo dos fotografías lado a lado.

“Ojos cosidos para mantenerlos abiertos, también”, ella dijo. “Si recuerdo bien, los técnicos descubrieron que los ojos de Rogers habían sido cosidos post mórtem. ¿Fue igual con Frye?”

“Si. Supongo que quería que las observara incluso después de que estuvieran muertas”.

Riley sintió un cosquilleo repentino por su columna vertebral. Casi había olvidado esa sensación. La sentía cada vez que algo sobre un caso tenía sentido. No sabía si sentirse animada o aterrorizada.

“No”, dijo. “Eso no es. No le importaba si las mujeres lo vieran o no”.

“Entonces, ¿por qué lo hizo?”

Riley no respondió. Ideas comenzaban a entrar en su cerebro. Estaba entusiasmada. Pero no estaba lista para ponerlo en palabras, ni siquiera a ella misma.

Colocó pares de fotografías en la roca, señalándole detalles a Bill.

“No son exactamente iguales”, dijo. “El cuerpo no fue tan cuidadosamente escenificado en Daggett. Había intentado mover ese cadáver cuando ya estaba rígido. Mi conjetura es que esta vez la trajo aquí antes de que comenzara el rigor mortis. De lo contrario no pudiera haberla acomodado tan...”

Suprimió el deseo de terminar la frase con “bien”. Entonces se dio cuenta de que esa era exactamente la clase de palabra que habría utilizado cuando estaba en el trabajo antes de su captura y tortura. Sí, estaba volviendo a ser ella, y sintió la misma vieja obsesión creciendo dentro de ella. Muy pronto no habría vuelta atrás.

¿Pero eso era algo bueno o algo malo?

“¿Y qué le pasan a los ojos de Frye?” preguntó, señalando una foto. “Ese azul no parece real”.

“Lentes de contacto”, respondió Bill.

El cosquilleo en la columna de Riley se volvió más fuerte. El cadáver de Eileen Rogers no había tenido lentes de contacto. Era una diferencia importante.

“¿Y el brillo de su piel?” preguntó.

“Vaselina”, dijo Bill.

Otra diferencia importante. Sentía sus ideas acomodándose en un gran rompecabezas.

“¿Qué descubrieron los forenses sobre la peluca?” le preguntó a Bill.

“Nada todavía, salvo que fue reconstruida con pedazos de pelucas baratas”.

La emoción de Riley aumentó. Para el último asesinato, el asesino había usado una peluca sencilla y entera, no algo que reconstruyó con pedazos. Como la rosa, que había sido tan barata que los forenses no pudieron rastrearla. Riley sintió que el rompecabezas se estaba armando—no todo el

rompecabezas, pero una gran parte de él.

“¿Qué piensan hacer los forenses sobre esta peluca?” preguntó.

“Lo mismo que la última vez—realizar una búsqueda de sus fibras, tratar de rastrearla en tiendas de pelo postizo”.

Sorprendida por la certeza en su propia voz, Riley dijo: “Están perdiendo su tiempo”.

Bill la miró, claramente lo tomó por sorpresa.

“¿Por qué?”

Sentía una impaciencia familiar con Bill, la se sentía cuando se encontraba unos pasos más adelante de él.

“Mira la imagen que está tratando de mostrarnos. Lentes de contacto azules para hacer que los ojos no parezcan reales. Párpados cosidos para que los ojos permanezcan abiertos. El cuerpo sentado, piernas abiertas de forma peculiar. Vaselina para que la piel parezca de plástico. Una peluca reconstruida de pedazos de pelucas pequeñas; no pelucas humanas, pelucas de *muñecas*. Quería que ambas víctimas parecieran *muñecas*, como *muñecas* desnudas en exhibición”.

“Dios”, dijo Bill, tomando notas febrilmente. “¿Por qué no vimos esto la vez pasada en Daggett?”

La respuesta le parecía tan obvia a Riley que sofocó un gemido impaciente.

“No era lo suficientemente bueno en ello todavía”, dijo ella. “Todavía estaba averiguando cómo enviar el mensaje. Está aprendiendo poco a poco”.

Bill levantó la mirada de su bloc de notas y sacudió la cabeza con admiración.

“Maldita sea, te he extrañado”.

Aunque apreciaba el piropeo, Riley sabía que venía una realización aún más grande. Y por sus años de experiencia, sabía que no podía forzarla. Simplemente tenía que relajarme y dejar que llegara espontáneamente. Se agachó en la roca silenciosamente, esperando que pasara. Mientras esperaba, trataba de quitarse los erizos de sus pantalones.

Qué maldita molestia, pensó.

De repente sus ojos reposaron sobre la superficie de piedra bajo sus pies. Otros erizos pequeños, algunos de ellos enteros, otros rotos en fragmentos, yacían en medio de los erizos que se estaba quitando ahora.

“Bill”, dijo, su voz temblorosa con emoción, “¿estos erizos estaban aquí cuando encontraron el cadáver?”

Bill se encogió de hombros. “No lo sé”.

Sus manos temblando y sudando más que nunca, agarró un montón de fotos y hurgó a través de ellas hasta que encontró una vista frontal del cadáver. Allí, entre sus piernas extendidas, cerca de la rosa, estaba un grupo de pequeñas manchas. Eran los erizos, los erizos que acababa de encontrar. Pero nadie había pensado que eran importantes. Nadie había tomado la molestia de tomar una foto más nítida y más de cerca de ellos. Y nadie se había molestado en barrerlos cuando se limpió la escena del crimen.

Riley cerró los ojos, imaginándose todo. Se sintió mareada. Era una sensación que conocía muy bien—una sensación de caer en un abismo, en un terrible vacío, en la mente malvada del asesino. Estaba caminando en sus zapatos, en su experiencia. Era un lugar peligroso y aterrador. Pero era en donde pertenecía, por lo menos ahora. Lo aceptó completamente.

Sentía la confianza del asesino mientras arrastraba el cuerpo por el camino al arroyo, perfectamente segura de que no iban a atraparlo, no tenía prisa en lo absoluto. Podría haber estado tarareando o silbando. Sintió su paciencia, su arte y habilidad, mientras exhibía el cadáver en la roca.

Y pudo ver el espeluznante cuadro a través de sus ojos. Sentía su profunda satisfacción por un trabajo bien hecho, el mismo cálido sentimiento de satisfacción que siempre sentía cuando había resuelto un caso. Se había agachado sobre esta roca, haciendo una pausa por un momento, o durante el tiempo que quiso, admirando su propia obra.

Y mientras lo hizo, se había arrancado los erizos de los pantalones. Se tomó su tiempo. Él no se molestó en esperar hasta que se pudo ir libre y limpio. Y casi podía oírle diciendo en voz alta sus palabras exactas.

“Qué maldita molestia”.

Sí, incluso se había tomado el tiempo para arrancarse los erizos.

Riley abrió la boca y sus ojos se abrieron. Jugando con el erizo en su mano, observó lo pegajoso que era, y que sus espinas estaban lo suficientemente afilado para sacarle sangre.

“Reunir esos erizos”, ordenó. “Podríamos obtener un poco de ADN”.

Los ojos de Bill se ensancharon y extrajo inmediatamente una bolsa plástica y pinzas. Mientras trabajaba, su mente seguía andando.

“Hemos estado equivocados todo este tiempo”, dijo. “Este no es su segundo asesinato. Es su tercero”.

Bill se detuvo y miró hacia arriba, claramente aturdido.

“¿Cómo lo sabes?” preguntó Bill.

El cuerpo entero de Riley se tensó mientras intentó controlar sus temblores.

“Ya se ha vuelto demasiado bueno. Su aprendizaje terminó. Es un profesional ahora. Y apenas está empezando. Él *ama* su trabajo. No, esta es su tercera vez, por lo menos”.

La garganta de Riley se apretó y tragó duro.

“Y el próximo será muy pronto”.

Capítulo 7

Bill se encontró en un mar de ojos azules, ninguno de ellos reales. Generalmente no tenía pesadillas sobre sus casos, y no estaba teniendo una ahora—pero seguro que se sentía como una. Aquí en medio de la tienda de muñecas, pequeños ojos azules simplemente estaban por todas partes, todos ellos completamente abiertos y brillantes y alertas.

Los labios color rubí de las muñecas, la mayoría de ellos sonriendo, también eran inquietantes. También era el cuidadosamente peinado pelo artificial, tan rígido e inmóvil. Absorbiendo todos estos detalles, Bill se preguntaba ahora cómo pudo haber pasado por alto la intención del asesino, hacer que sus víctimas parecieran muñecas. Riley fue la que hizo esa conexión.

Gracias a Dios que está de vuelta, pensó.

Aun así, Bill no podía evitar preocuparse por ella. Había estado deslumbrado por su brillante trabajo en el Parque Mosby. Pero después, en camino a su casa, parecía agotada y desmoralizada. Apenas había dicho una palabra en todo el camino. Quizás había sido demasiado para ella.

Sin embargo, Bill deseaba que Riley estuviera aquí ahora mismo. Ella había decidido que sería mejor para ellos dividirse, cubrir más terreno más rápidamente. Le parecía que tenía razón. Le había pedido que cubriera las tiendas de muñecas en la zona, mientras que ella volvería a la escena del crimen que había cubierto hace seis meses.

Bill miró a su alrededor y, sintiéndose abrumado, se preguntó qué pensaría Riley sobre esta tienda. Fue la más elegante de las que había visitado hoy. Aquí en el borde de Circunvalación Capital, la tienda probablemente tenía un montón de compradores con clase de los ricos condados de Virginia del norte.

Caminó por la tienda y exploró. Una pequeña muñeca llamó su atención. Con su sonrisa ligeramente curvada y piel pálida, la recordaba especialmente de su última víctima. Aunque estaba completamente vestida con un vestido rosado con un montón de encaje en el cuello, puños y dobladillo, también estaba sentada en una posición inquietantemente similar.

De repente, Bill escuchó una voz a su derecha.

“Creo que está buscando en la sección equivocada”.

Bill se volvió y se encontró de frente a una mujer poco robusta con una cálida sonrisa. Algo sobre ella le dijo inmediatamente que estaba a cargo

aquí.

“¿Por qué dice eso?” preguntó Bill.

La mujer se echó a reír.

“Porque no tiene hijas. Puedo notar cuando un hombre no tiene hijas. No me pregunte cómo, es sólo una especie de instinto, supongo”.

Bill se sorprendió por su perspicacia y estaba profundamente impresionado.

Le ofreció a Bill su mano.

“Ruth Behnke”, dijo.

Bill negó con la cabeza.

“Bill Jeffreys. Por lo visto es la dueña de esta tienda”.

Se echó a reír de nuevo.

“Veo que también tiene algún tipo de instinto”, dijo. “Mucho gusto. Pero *tiene* hijos varones, ¿cierto? Tres, supongo”.

Bill sonrió. Sus instintos eran bastante agudos. Bill pensó que ella y Riley se llevarían bien.

“Dos”, respondió. “Pero casi acierta”.

Se rio entre dientes.

“¿Cuántos años tienen?” preguntó.

“Ocho y diez”.

Miró el espacio.

“No creo que tengo mucho para ellos aquí. Ah, en realidad, tengo unos cuantos soldados de juguete pintorescos en el siguiente pasillo. Pero esa no es la clase de cosas que les gustan a los chicos ahora, ¿no? Puros videojuegos. Y violentos, de paso”.

“Me temo que sí”.

Ella entrecerró los ojos.

“No estás aquí para comprar una muñeca, ¿cierto?” preguntó.

Bill sonrió y negó con la cabeza.

“Sí que sabe”, contestó.

“Eres un policía, ¿tal vez?” preguntó.

Bill se rio silenciosamente y sacó su placa.

“No del todo, pero una buena suposición”.

“¡Ay, Dios!” dijo con preocupación. “¿Qué quiere el FBI con mi pequeña tienda? ¿Estoy en algún tipo de lista?”

“De una manera”, dijo Bill. “Pero no tiene nada de qué preocuparse. Su tienda salió en nuestra búsqueda de tiendas en esta zona que venden muñecas

antiguas y coleccionables”.

De hecho, Bill no sabía exactamente *lo que* estaba buscando. Riley había sugerido que le echara un vistazo a un puñado de estos sitios, suponiendo que el asesino podría haber frecuentado en ellos— o al menos visitado uno en alguna ocasión. No sabía lo que ella esperaba. ¿Esperaba que el asesino estuviera aquí? ¿O que uno de los empleados hubiera conocido al asesino?

Era dudoso que lo habían hecho. Aunque lo hubieran hecho, era dudoso que lo hubieran reconocido como un asesino. Probablemente todos los hombres que entraban aquí, si los había, eran escalofriantes.

Es más probable que Riley estaba buscándolo para obtener más ideas sobre cómo era la mente del asesino, su forma de ver el mundo. Si era así, Bill suponía que se decepcionaría. Él simplemente no tenía su mente, ni el talento para caminar fácilmente en la mente de los asesinos.

Le pareció como si realmente estaba pescando. Había docenas de tiendas de muñecas en el radio en el que habían estado buscando. Mejor dejar que los forenses sigan localizando a los fabricantes de muñecas, pensó. Sin embargo, hasta el momento, no habían descubierto nada.

“Preguntaría qué tipo de caso es este”, dijo Ruth, “pero probablemente no debería”.

“No”, dijo Bill, “probablemente no debería”.

No que el caso era un secreto, no después que la gente del Senador Newbrough emitiera una nota de prensa sobre él. Los medios de comunicación ahora estaban saturados de noticias. Como de costumbre, la Oficina estaba recibiendo un montón de pistas erróneas por teléfono y había muchas teorías extrañas en internet. Todo esto se había convertido en un dolor de cabeza.

Pero, ¿por qué hablarle a la mujer de eso? Parecía tan agradable, su tienda tan sana e inocente, que Bill no quería molestarla con algo tan triste y chocante como un asesino en serie obsesionado con muñecas.

Aun así, había una cosa que quería saber.

“Dígame algo”, dijo Bill. “¿Cuántas ventas hace a adultos, me refiero a adultos sin niños?”

“Ah, esa es la mayor parte de mis ventas, en gran medida. A los coleccionistas”.

Bill estaba intrigado. No se hubiera imaginado eso.

“¿Por qué cree que es así?” preguntó.

La mujer sonrió con una sonrisa extraña y distante y habló en un tono

suave.

“Porque las personas mueren, Bill Jeffreys”.

Ahora Bill estaba realmente asustado.

“¿Cómo?”, dijo.

“A medida que envejecemos, *perdemos* gente. Nuestros amigos y seres queridos mueren. Hacemos el luto. Las muñecas detienen el tiempo para nosotros. Nos hacen olvidar nuestro dolor. Nos dan consuelo. Mire a su alrededor. Tengo muñecas con más de un siglo de antigüedad, y algunas que son casi nuevas. Con algunas, por lo menos, probablemente no puede notar la diferencia. Son eternas”.

Bill miró a su alrededor, sintiéndose intimidado por todos los ojos mirándolo fijamente de vuelta, preguntándose cuántas personas han muerto antes de estas muñecas. Se preguntaba lo que habían visto; amor, ira, odio, tristeza, violencia. Y todavía tenían esa mirada y esa expresión vacía. No tenían sentido para él.

La gente *debería* envejecer, pensó. Deberían volverse viejos y grises, como él, dado toda la oscuridad y el terror que había en el mundo. Teniendo en cuenta todo lo que había visto, sería un pecado si todavía se viera igual, pensó. Las escenas de crimen se habían asentado en él como un ser viviente, le había hecho no querer permanecer joven.

“Pero tampoco están vivas”, Bill dijo finalmente.

Su sonrisa se volvió agrídulce, casi con lástima.

“¿Es realmente verdad eso, Bill? La mayoría de mis clientes no lo creen. Tampoco pienso que lo creo”.

Cayó un silencio extraño. La mujer lo rompió con una sonrisa. Le ofreció a Bill un pequeño folleto colorido con imágenes de muñecas por todas partes.

“Sucede que me dirijo a una próxima Convención en D.C. Quizás quiera ir, también”. Tal vez le dará algunas ideas de lo que sea que está buscando”.

Bill le agradeció y salió de la tienda, agradecido por el dato acerca de la convención. Esperaba que Riley fuera con él. Bill recordó que debía entrevistar al Senador Newbrough y a su esposa esta tarde. Era una cita importante, no sólo porque el Senador podría tener buena información, pero por razones diplomáticas. Newbrough realmente estaba dificultándole las cosas al FBI. Riley era la agente indicada para convencerlo de que estaban haciendo todo lo posible.

¿Pero realmente iría? Bill se preguntó.

Parecía realmente extraño que él no podía estar seguro. Hasta hace seis

meses, Riley era lo único confiable en su vida. Siempre le había confiado con su vida. Pero su angustia evidente lo preocupaba.

Y aún más, la echaba de menos. Intimidado como se sentía a veces por su mente caprichosa, la necesitaba en un trabajo como este. Durante las últimas seis semanas, también se dio cuenta de que necesitaba su amistad.

¿O era más que eso?

Capítulo 8

Riley condujo por la autopista de dos carriles, tomándose su bebida energética. Era una mañana soleada y cálida, las ventanas del carro estaban abajo, y el cálido olor del heno recién embalado llenaba el aire. Los pastos circundantes de modesto tamaño estaban salpicados de ganado y se veían montañas en ambos lados del valle. Le gustaba aquí.

Pero se recordó a sí misma que no había venido aquí para sentirse bien. Tenía un trabajo duro por hacer.

Riley cruzó en un camino de grava, y después de un minuto o dos, llegó a una encrucijada. Cruzó al Parque Nacional, condujo una corta distancia y detuvo su carro en el pendiente de la carretera.

Se bajó y caminó a través de un área abierta a un roble alto y robusto que estaba ubicado en la esquina noreste.

Este era el sitio. Allí fue hallado el cuerpo de Eileen Rogers, posado torpemente contra este árbol. Ella y Bill habían estado aquí juntos hace seis meses. Riley comenzó a recrear la escena en su mente.

La diferencia más grande fue el tiempo. Era diciembre y había un frío terrible. Un delgado manto de nieve cubría el suelo.

Regresa, se dijo a sí misma. Regresa y siéntelo.

Respiró profundamente, dentro y fuera, hasta que se imaginó que podía sentir un frío abrasador pasando por su tráquea. Casi podía ver las espesas nubes de hielo formándose con cada respiración.

El cadáver desnudo había estado completamente congelado. No era fácil decir cuál de las muchas lesiones corporales eran heridas de cuchillo, y cuáles eran grietas y fisuras causadas por el frío.

Riley convocó nuevamente la escena, hasta el último detalle. La peluca. La sonrisa pintada. Los ojos cosidos para que se mantuvieran abiertos. La rosa artificial en la nieve entre las piernas abiertas del cadáver.

La imagen en su mente ahora estaba lo suficientemente viva. Ahora tenía que hacer lo que había hecho ayer, tener una idea de la experiencia del asesino.

Una vez más, cerró los ojos, se relajó y bajó al abismo. Le dio la bienvenida a esa sensación de mareo y vértigo mientras se deslizaba en la mente del asesino. Muy pronto, ella estaba con él, dentro de él, viendo exactamente lo que veía, sintiendo lo que sentía.

Conducía hacia aquí por la noche, cualquier cosa menos seguro. Observaba la carretera ansiosamente, preocupado por el hielo bajo sus ruedas. ¿Y si perdía el control y caía en una zanja? Y tenía un cadáver en el carro. Lo atraparían de una vez. Tenía que conducir con cuidado. Esperaba que su segundo asesinato fuera más fácil que el primero, pero todavía estaba muy nervioso.

Detuvo el vehículo aquí. Bajó el cuerpo de la mujer, ya desnudo. Pero ya estaba atiesado por rigor mortis. Él no había contado con eso. Lo frustró, sacudió su confianza. Para empeorar las cosas, no podía ver lo que estaba haciendo tan bien, ni siquiera con los faros delanteros que dirigió al árbol. La noche estaba demasiado oscura. Hizo una nota mental para hacerlo durante el día la próxima vez si era posible.

Arrastró el cuerpo al árbol y trató de ponerla en la pose que se había imaginado. No le fue tan bien. La cabeza de la mujer estaba inclinada a la izquierda, congelada allí por rigor mortis. La jaló y la torció. Incluso después de romper su cuello, todavía no podía ponerla para que mirara hacia adelante.

¿Y cómo haría para abrir sus piernas correctamente? Una de las piernas estaba muy torcida. No tuvo más remedio que sacar la barreta de la maleta y romper el muslo y la rótula. Luego torció la pierna lo más que pudo, pero no quedó como él quiso.

Por último, dejó debidamente la cinta alrededor de su cuello, la peluca en su cabeza y la rosa en la nieve. Luego se metió en su carro y se fue manejando. Estaba decepcionado y desanimado. También estaba asustado. En toda su torpeza, ¿había dejado alguna pista fatal? Repitió obsesivamente todas sus acciones en su mente, pero no podía estar seguro.

Sabía que tenía que hacerlo mejor la próxima vez. Se prometió a sí mismo que lo haría mejor.

Riley abrió los ojos. Dejó que la presencia del asesino se alejara. Ahora estaba satisfecha consigo misma. No se dejó conmover, ni abrumar. Y había conseguido cierta perspectiva valiosa. Había conseguido una sensación de cómo el asesino estaba aprendiendo su oficio.

Sólo deseaba saber algo—cualquier cosa—sobre su primer asesinato. Estaba más segura que nunca que había matado a otra persona anteriormente. Esto había sido obra de un aprendiz, pero no de un principiante.

Justo cuando Riley iba a darse la vuelta y caminar hacia su coche, algo en el árbol llamó su atención. Era algo amarillo en el tronco.

Caminó al otro lado del árbol y miró para arriba.

“¡Ha estado aquí!” Riley gritó en voz alta. Sintió escalofríos por todo su cuerpo y miró a su alrededor nerviosamente. Nadie parecía estar por allí ahora.

Ubicada en la rama de un árbol mirando a Riley estaba una muñeca desnuda con pelo rubio, en la pose precisa en la cual el asesino había querido posicionar a la víctima.

No tenía mucho tiempo allí— tres o cuatro días como máximo. No había sido movida por el viento o empañada por la lluvia. El asesino había vuelto aquí cuando se había estado preparando para el asesinato de Reba Frye. Igual como lo había hecho Riley, había venido aquí a reflexionar sobre su trabajo, a examinar sus errores críticamente.

Tomó fotos con su teléfono celular. Las enviaría a la Oficina de inmediato.

Riley sabía por qué había dejado la muñeca.

Es una disculpa por sus descuidos anteriores, descifró.

También era una promesa de un trabajo mejor por venir.

Capítulo 9

Riley condujo hacia la casa del Senador Mitch Newbrough, y su corazón se llenó de temor a lo que entró a la vista. Situada en el extremo de un largo camino bordeado de árboles, era enorme, formal y desalentadora. Siempre encontraba que le era más difícil lidiar con los ricos y poderosos que con la gente más abajo en la escala social.

Se estacionó en un círculo bien cuidado frente a la mansión de piedra. Sí, esta familia era muy rica.

Se bajó del carro y caminó a las enormes puertas. Después de tocar el timbre, fue recibida por un hombre pulcro de unos treinta años.

“Soy Robert”, dijo. “El hijo del Senador. Y tú debes ser la Agente Especial Riley. Pasa adelante. Mis padres te están esperando”.

Robert Newbrough condujo a Riley por la casa, que inmediatamente le recordaba lo cuánto que le disgustaban las casas ostentosas. La casa de Newbrough era especialmente cavernosa, y la caminata hasta donde sea que estaban el Senador y su esposa fue desagradablemente larga. Riley estaba segura de que hacer que los huéspedes caminaran tal distancia inconveniente era una especie de táctica de intimidación, una manera de comunicar que los habitantes de esta casa eran demasiado poderosos como que para que se metieran con ellos. Riley también encontró que la decoración y muebles coloniales era bastante feo.

Más que nada, temía lo que venía a continuación. Para ella, hablar con los familiares de las víctimas era simplemente horrible, mucho peor que enfrentarse a escenas de crímenes o incluso cadáveres. Le resultaba demasiado fácil quedarse atrapada en el dolor, la ira y la confusión de las personas. Tales emociones intensas destruían su concentración y la distraían de su trabajo.

Mientras caminaban, Robert Newbrough dijo, “Mi padre ha estado en casa de Richmond desde...”

Se atragantó un poco en medio de la oración. Riley podía sentir la intensidad de su pérdida.

“Desde que nos enteramos de lo de Reba”, continuó. “Ha sido terrible. Madre ha estado especialmente conmocionada. Trata de no molestarla mucho”.

“Lamento mucho tu pérdida”, dijo Riley.

Robert la ignoró y la llevó a una sala de estar espaciosa. El Senador Mitch Newbrough y su esposa estaban sentados juntos en un enorme sofá, tomados de la mano.

“Agente Paige”, dijo Robert, introduciéndola. “Agente Paige, permítame presentarte a mis padres, el Senador y su esposa, Annabeth”.

Robert le dijo a Riley que se sentara, luego él tomó asiento.

“En primer lugar”, dijo Riley, “mi más sentido pésame por su pérdida”.

Annabeth Newbrough respondió asintiendo silenciosamente en reconocimiento. El Senador sólo estaba sentado mirando hacia adelante.

En el breve silencio que siguió, Riley hizo una rápida evaluación de sus caras. Había visto a Newbrough en televisión muchas veces, usando siempre una sonrisa de político. Él no estaba sonriendo ahora. Riley no había visto a la Sra. Newbrough mucho, quién parecía poseer la docilidad típica de la esposa de un político.

Ambos tenían unos sesenta años. Riley detectó que ambos habían recurrido a dolorosos y costosos esfuerzos para lucir más jóvenes: implantes de cabello, tinte de pelo, lifting facial, maquillaje. A Riley le parecía que sus esfuerzos los habían dejado viéndose vagamente artificiales.

Como muñecas, Riley pensó.

“Tengo que hacerle unas preguntas sobre su hija”, dijo Riley, sacando su cuaderno. “¿Estuvieron en estrecho contacto con Reba recientemente?”

“Oh, sí”, dijo la Sra. Newbrough. “Somos una familia muy unida”.

Riley notó una leve rigidez en la voz de la mujer. Sonaba como si era algo que decía demasiado a menudo, algo demasiado rutinario. Riley estaba bastante segura de que la vida familiar de los Newbrough era lejos de ser ideal.

“¿Reba les dijo algo recientemente sobre sentirse amenazada?” preguntó Riley.

“No”, dijo la Sra. Newbrough. “Ni una palabra”.

Riley observó que el Senador no había dicho una palabra hasta ahora. Se preguntaba por qué él estaba tan callado. Tenía que analizarlo, ¿pero cómo? Ahora Robert habló.

“Había estado pasando por un divorcio difícil recientemente. Las cosas se pusieron feas entre ella y Paul por la custodia de sus dos hijos”.

“Ah, él nunca me cayó bien”, dijo la Sra. Newbrough. “Tenía un mal genio. ¿Crees que posiblemente—?” Dejó de hablar en media oración.

Riley negó con la cabeza.

“Su ex marido no es un sospechoso probable”, dijo.

“¿Por qué demonios no?” preguntó la Sra. Newbrough.

Riley sopesó en su mente lo que debería y no debería decirles.

“Pueden haber leído que el asesino ha matado antes”, dijo. “Hubo una víctima similar cerca de Daggett”.

La Sra. Newbrough se estaba agitando más y más.

“¿Qué debe significar todo esto para nosotros?”

“Estamos tratando con un asesino en serie”, dijo Riley. “No había nada doméstico sobre el asesinato. Su hija puede no haber conocido al asesino en lo absoluto. Es muy probable que no fue personal”.

La Sra. Newbrough estaba sollozando ahora. Riley inmediatamente lamentó su elección de palabras.

“¿No fue *personal*?” La Sra. Newbrough casi gritó. “¿Cómo podría ser cualquier otra cosa *menos* que personal?”

El Senador Newbrough le habló a su hijo.

“Robert, por favor llévate a tu madre a otra parte y cálmala. Necesito hablar con la Agente Paige a solas”.

Robert Newbrough obedientemente se llevó a su madre. El Senador Newbrough no dijo nada por un momento. Miró a Riley fijamente a los ojos. Estaba segura que él estaba acostumbrado a intimidar a la gente con esa mirada. No funcionó en ella. Simplemente le devolvió esa mirada.

Por último, el Senador alcanzó en el bolsillo de su chaqueta y sacó un sobre de tamaño carta. Caminó a su silla y se lo entregó.

“Toma”, dijo. Luego caminó hacia el sofá y se sentó de nuevo.

“¿Qué es esto?” preguntó Riley.

El Senador volvió a mirarla.

“Todo lo que necesitas saber”, dijo.

Riley ahora estaba totalmente desconcertada.

“¿Puedo abrirlo?”, preguntó.

“Por supuesto”.

Riley abrió el sobre. Contenía una sola hoja de papel con dos columnas de nombres en ella. Reconocía algunos de ellos. Tres o cuatro era periodistas conocidos en las noticias locales de TV. Otros eran políticos prominentes de Virginia. Riley estaba aún más perpleja que antes.

“¿Quiénes son estas personas?” preguntó.

“Mis enemigos”, dijo el Senador Newbrough en un tono equilibrado.

“Probablemente no es una lista completa. Pero éstos son los que importan.”

Alguien de esa lista es el culpable”.

Riley ahora estaba totalmente estupefacta. Se quedó sentada allí y no dijo nada.

“No estoy diciendo que alguien en esa lista mató a mi hija directamente, cara a cara”, dijo. “Pero seguro que le pagaron a alguien para que lo hiciera”.

Riley habló lentamente y con cautela.

“Senador, con todo respeto, creo que acabo de decir que el asesinato de su hija probablemente no fue personal. Ya hubo un asesinato casi idéntico a él”.

“¿Estás diciendo que mi hija fue atacada por pura coincidencia?” preguntó el Senador.

Sí, probablemente, pensó Riley.

Pero ella sabía mejor que decirlo en voz alta.

Antes de que pudiera responder, él añadió, “Agente Paige, he aprendido por experiencia a no creer en coincidencias. No sé por qué ni cómo, pero la muerte de mi hija fue política. Y en la política, *todo* es personal. Así que no me digas que es cualquier otra cosa menos personal. Es tu trabajo y el de la Oficina encontrar al responsable y llevarlo ante la justicia”.

Riley respiró profundamente. Estudió el rostro del hombre en detalle. Podía verlo ahora. El Senador Newbrough era un narcisista total.

Esto no debe sorprenderme, pensó.

Riley entendió otra cosa. El Senador consideraba inconcebible que algo en su vida no fuera específicamente acerca de él y él solamente. Hasta el asesinato de su hija era sobre él. Reba simplemente había quedado atrapada entre él y alguien que lo odiaba. Él probablemente creía eso.

“Señor”, Riley comenzó, “con todo respeto, no pienso que—”

“No quiero que pienses”, dijo Newbrough. “Tienes toda la información que necesitas justo allí en frente de ti”.

Sostuvieron la mirada durante varios segundos.

“Agente Paige”, dijo el Senador finalmente, “me da la sensación que no estamos en la misma onda. Eso es una pena. Quizás no lo sepas, pero tengo buenos amigos en las altas esferas de la Agencia. Algunos me deben favores. Me pondré en contacto con ellos de inmediato. Necesito a alguien en este caso que haga el trabajo”.

Riley se quedó sentada allí, sorprendida, sin saber qué decir. ¿Este hombre realmente era tan delirante?

El Senador se puso de pie.

“Enviaré a alguien a que te escolte afuera, Agente Paige”, dijo. “Lamento que no pudiéramos ponernos de acuerdo”.

El Senador Newbrough salió de la habitación, dejando a Riley allí sola. Se quedó con la boca abierta. Definitivamente era narcisista. Pero sabía que había más a él que eso.

Había algo que el Senador estaba escondiendo.

Y no importa lo que costara, ella averiguaría qué era.

Capítulo 10

Lo primero que llamó la atención de Riley fue la muñeca: la misma muñeca desnuda que había encontrado ese mismo día en el árbol cerca de Daggett, en exactamente la misma pose. Por un momento, se sorprendió en verla sentada allí en el laboratorio de análisis forense del FBI rodeada de una amplia gama de equipos de alta tecnología. Parecía estar extrañamente fuera de lugar—como una especie de pequeño santuario enfermo a una era de antaño, no digital.

Ahora la muñeca era sólo otra prueba más, protegida por una bolsa de plástico. Sabía que un equipo había sido enviado a recuperarla tan pronto como había llamado para informar sobre la misma. Aun así, era algo discordante.

El Agente Especial Meredith dio un paso hacia adelante para saludarla. “Ha pasado mucho tiempo, Agente Paige”, dijo con afecto. “Bienvenida”. “Es bueno estar de vuelta, Señor”, dijo Riley.

Caminó a la mesa para sentarse con Bill y el técnico de laboratorio, Flores. Cualquier incertidumbre que podría estar sintiendo, realmente se sentía bien volver a ver a Meredith. Le gustaba su estilo rudo y práctico, y siempre la había tratado con respeto y consideración.

“¿Cómo te fue con el Senador?” preguntó Meredith.

“Nada bien, señor”, respondió.

Riley notó molestia en la cara de su jefe.

“¿Crees que va a darnos problemas?”

“Estoy segura que será así. Lo siento, señor”.

Meredith asintió con simpatía.

“Estoy seguro que no es tu culpa”, dijo.

Riley supuso que tenía una idea bastante clara de lo que había sucedido. El comportamiento del Senador Newbrough era, sin duda, típico de los políticos narcisistas. Meredith probablemente estaba demasiado acostumbrado a ello.

Flores tipeaba rápidamente y, mientras lo hacía, imágenes de fotografías espeluznantes, informes oficiales y noticias surgieron en monitores grandes alrededor de la habitación.

“Investigamos un poco y resulta que tenías razón, Agente Paige”, dijo Flores. “El asesino sí mató antes, mucho antes del asesinato en Daggett”.

Riley oyó el gruñido de satisfacción de Bill y, por un segundo, Riley se

sintió reivindicada, sentía que volvía su confianza en sí misma.

Pero luego se hundieron sus espíritus. Otra mujer había muerto una muerte terrible. No era motivo de celebración. En realidad, había deseado no tener razón.

¿Por qué no puedo disfrutar tener razón de vez en cuando? se preguntó.

Un gigantesco mapa de Virginia estaba en el monitor de la pantalla plana principal, luego se redujo al norte del estado. Flores etiquetó un punto alto en el mapa, cerca de la frontera de Maryland.

“La primera víctima fue Margaret Geraty, de treinta y seis años”, dijo Flores. “Su cuerpo fue encontrado en unas tierras de cultivo, cerca de trece millas en las afueras de Belding. Fue asesinada el veinticinco de junio, hace casi dos años. El FBI no fue convocado para ese caso. Los locales dejaron que se enfriara”.

Riley miró las fotos de la escena de crimen que Flores colocó en otro monitor. El asesino obviamente no trató de posar el cuerpo. Simplemente la había tirado en una prisa y se fue.

“Hace dos años”, dijo, pensando, absorbiéndolo todo. Una parte de ella se sorprendió de que llevaba tanto tiempo haciendo esto. Pero otra parte de ella sabía que estos asesinos enfermos podrían operar por años. Podían tener una paciencia extraordinaria.

Examinó las fotos.

“Veo que todavía no había desarrollado su estilo”, señaló.

“Correcto”, dijo Flores. “Hay una peluca allí, y le cortó el pelo, pero no dejó una rosa. Sin embargo, fue estrangulada hasta la muerte con una cinta rosada”.

“Se apresuró en todo”, dijo Riley. “Sus nervios lo vencieron. Fue su primera vez, y carecía de confianza en sí mismo. Lo hizo un poco mejor con Eileen Rogers, pero no fue hasta Reba Frye que alcanzó su máximo desempeño”.

Recordó algo que había querido preguntar.

“¿Encontraste alguna conexión entre las víctimas? ¿O entre los niños de las dos madres?”

“Nada”, dijo Flores. “Revisamos los grupos de padres y no encontramos nada. No parecían conocerse”.

Eso desanimó a Riley, pero en realidad no la sorprendió.

“¿Y la primera mujer?” preguntó Riley. “Era una madre, supongo”.

“No”, dijo Flores rápidamente, como si hubiera estado esperando esa

pregunta. “Era casada, pero no tenía hijos”.

Riley se sorprendió. Estaba *segura* que el asesino estaba persiguiendo madres. ¿Cómo podría haberse equivocado en eso?

Podía sentir su creciente confianza en sí misma de repente desinflarse.

Mientras Riley vacilaba, Bill le preguntó, “Entonces ¿qué tan cerca estamos a identificar un sospechoso? ¿Pudieron obtener algo de esos erizos del Parque Mosby?”

“No tuve suerte”, dijo Flores. “Encontramos restos de cuero en vez de sangre. El asesino llevaba guantes. Parece ser escrupuloso. Incluso en la primera escena, no dejó huellas ni ADN”.

Riley suspiró. Había estado tan esperanzada que había encontrado algo que otros habían pasado por alto. Pero ahora sentía que se estaba ponchando. Estaban de vuelta en el principio.

“Obsesivo sobre los detalles”, comentó.

“Aun así, creo que estamos acercándonos a encontrarlo”, agregó Flores.

Utilizó un puntero electrónico para indicar lugares, dibujando líneas entre ellos.

“Ahora que sabemos sobre este asesinato anterior, tenemos el orden y una mejor idea de su territorio”, dijo Flores. “Tenemos número uno, Margaret Geraty, en Belding al norte, número dos, Eileen Rogers, al oeste en el Parque Mosby y número tres, Reba Frye, cerca de Daggett, más al sur”.

Mientras Riley miraba, notó que los tres lugares formaban un triángulo en el mapa.

“Estamos viendo una superficie de alrededor de mil millas cuadradas”, dijo Flores. “Pero eso no es tan malo como parece. Estamos hablando de zonas rurales sobre todo con unos pequeños pueblos. En el norte tienes algunas fincas grandes como la del Senador. Mucho campo abierto”.

Riley vio una mirada de satisfacción profesional en la cara de Flores. Obviamente le encantaba su trabajo.

“Lo que voy a hacer es sacar todos los delincuentes sexuales registrados que viven en esta área”, dijo Flores. Tipió un comando, y el triángulo fue punteado con cerca de una docena de pequeñas etiquetas rojas.

“Ahora vamos a eliminar a los pederastas”, dijo. “Podemos estar seguros de que nuestro asesino no es uno de ellos”.

Flores tipió otro comando, y aproximadamente la mitad de los puntos desaparecieron.

“Ahora delimitemos solo los casos duros, chicos que han estado en

prisión por violación, asesinato o ambos”.

“No”, dijo Riley abruptamente. “Eso no está bien”.

Los tres hombres la miraron con sorpresa.

“No estamos buscando un criminal violento”, dijo.

Flores gruñó.

“¡Pues claro que sí!” protestó.

Cayó un silencio. Riley sentía un conocimiento formándose, pero que no había tomado forma en su mente todavía. Miró la muñeca, que todavía estaba sentada grotescamente sobre la mesa, viéndose tan fuera de lugar como siempre.

Si sólo pudieras hablar, pensó.

Entonces comenzó lentamente a exponer sus pensamientos.

“Quiero decir, no *obviamente* violento. Margaret Geraty no fue violada. Ya sabemos que Rogers y Frye tampoco lo fueron”.

“Fueron torturadas y asesinadas”, dijo Flores.

Una tensión llenó la habitación; Brent Meredith se veía preocupado, mientras que Bill estaba mirando fijamente a uno de los monitores.

Riley señaló a las imágenes del cadáver horriblemente mutilado de Margaret Geraty.

“Su primer asesinato fue el más violento”, dijo. “Estas heridas son profundas y feas, peores incluso que las de sus otras dos víctimas. Puedo apostar a que tus técnicos ya han determinado que les causó estas heridas rápidamente, una tras otra”.

Flores asintió con la cabeza con admiración.

“Tienes razón”.

Meredith miró a Riley con curiosidad.

“¿Y qué te dice eso?” preguntó Meredith.

Riley respiró profundamente. Se encontró deslizándose en la mente del asesino otra vez.

“Estoy bastante segura de algo”, dijo. “Nunca ha tenido sexo con otro ser humano en su vida. Probablemente ni siquiera ha tenido una cita. Es acogedor y no es atractivo. Las mujeres siempre lo han rechazado”.

Riley hizo una pausa por un momento, organizando sus pensamientos.

“Un día finalmente colapsó”, dijo. “Secuestró a Margaret Geraty, la ató, la desnudó y trató de violarla.”

Flores abrió la boca con comprensión repentina.

“¡Pero no pudo hacerlo!” dijo Flores.

“Exacto, es totalmente impotente”, dijo Riley. “Y cuando no pudo violarla, se enfureció. Empezó a apuñalarla—lo más cercano que pudo llegar a la penetración sexual. Fue el primer acto de violencia que había cometido en su vida. Ni siquiera se molestó en mantenerla viva por mucho tiempo”.

Flores señaló un párrafo en el informe oficial.

“Tu suposición es correcta”, dijo. “El cuerpo de Geraty fue encontrado sólo un par de días después de que desapareció”.

Riley sintió un terror creciente en sus propias palabras.

“Y le gustó”, dijo. “Le gustó el terror y el dolor de Geraty. Le gustó apuñalarla y cortarla. Así que lo ha hecho su ritual desde entonces. Y ha aprendido a tomarse su tiempo, disfrutar de cada minuto de eso. Con Reba Frye, el miedo y la tortura duró por más de una semana”.

El silencio se apoderó de la habitación.

“¿Y qué pasa con la conexión con las muñecas?” preguntó Meredith. “¿Por qué estás tan segura de que está creando una muñeca?”

“Los cuerpos de verdad parecen muñecas”, dijo Bill. “Por lo menos los dos últimos. Riley tiene razón sobre eso”.

“Sí se trata de muñecas”, Riley dijo tranquilamente. “No sé exactamente el por qué. Probablemente hay algún tipo de elemento de venganza”.

Finalmente Flores le preguntó, “¿Así que crees que estamos buscando un agresor registrado?”

“Podría ser”, dijo Riley. “Pero no un violador, no un depredador violento. Sería alguien más inofensivo y menos amenazante, un acosador o un exhibicionista o alguien que se masturba en público”.

Flores estaba escribiendo en la computadora vigorosamente.

“Está bien”, dijo. “Me voy a deshacer de los delincuentes violentos”.

El número de puntos rojos en el mapa se redujo a un puñado.

“¿Así que quiénes nos quedan?” Riley le preguntó a Flores.

Flores miró unos cuantos registros y luego abrió la boca.

“Creo que lo tengo”, dijo Flores. “Creo que tengo a tu hombre. Su nombre es Ross Blackwell. Y mira esto. Estaba trabajando en una tienda de juguetes cuando lo encontraron posando muñecas en posiciones raras. Como si estuvieran teniendo todo tipo de sexo raro. El propietario llamó a la policía. Blackwell está en libertad condicional, pero las autoridades lo han estado vigilado desde ese entonces”.

Meredith acarició su barbilla pensativamente. “Podría ser nuestro hombre”, dijo.

“¿Debemos ir la Agente Paige y yo a buscarlo ahora mismo?” preguntó Bill.

“No tenemos lo suficiente para traerlo”, dijo Meredith. “O para obtener una orden judicial para cualquier tipo de búsqueda. Sería mejor que no lo alarmemos. Si es nuestro hombre y es tan inteligente como creemos que es, quizás se deslice por nuestros dedos. Ve a visitarlo mañana. Descubre lo que tiene que decir acerca de sí mismo. Manéjalo con cuidado”.

Capítulo 11

Ya estaba muy oscuro para cuando Riley llegó a casa en Fredericksburg y, en todo caso, sintió que su noche iba a empeorar. Sintió un espasmo de déjà vu cuando detuvo su carro frente a la casa grande en un vecindario suburbano respetable. Una vez había compartido esta casa con Ryan y su hija. Había un montón de recuerdos aquí, muchos de ellos buenos. Pero muchos no eran tan buenos, y algunos eran realmente terribles.

Cuando estuvo a punto de bajarse del carro y caminar a la casa, se abrió la puerta principal. April salió y Ryan estaba parado en la luz brillante de la puerta. Saludó a Riley mientras April se marchó, y luego regresó a la casa y cerró la puerta.

Le parecía a Riley que cerró la puerta con firmeza, pero sabía que probablemente era su propia mente. Esa puerta se había cerrado para siempre hace algún tiempo, y esa vida había pasado. Pero la verdad era que, en realidad, ella nunca había pertenecido en un mundo tan ordenado, rutinario, seguro y respetable. Su corazón estaba siempre en el campo, donde reinaba el caos, la imprevisibilidad y el peligro.

April llegó al carro y se metió en el asiento del pasajero.

“Llegas tarde”, April gritó, cruzando sus brazos.

“Perdón”, dijo Riley. Quería decir más, decirle a April lo mucho que lo sentía, no sólo por esta noche, no sólo por su padre, sino por toda su vida. Riley quería ser una mejor madre, estar en casa, estar ahí para April. Pero su vida laboral no la soltaba.

Riley se alejó de la acera.

“Los padres normales no trabajan todo el día y toda la noche”, dijo April.

Riley suspiró.

“He dicho antes que—” comenzó.

“Lo sé”, interrumpió April. “Los criminales no tienen días libres. Eso es bastante pobre, Mamá”.

Riley condujo en silencio por unos momentos, queriendo hablar con April, pero demasiado cansada, demasiado abrumada por su día. Ni siquiera sabía qué decir ya.

“¿Cómo te fue con tu padre?” preguntó finalmente.

“Pésimo”, contestó April.

Era una respuesta previsible. April parecía odiar más a su padre que a su madre estos días.

Otro largo silencio cayó entre ellas.

Luego, en un tono más suave, April agregó, “Al menos Gabriela está allí. Siempre es agradable ver una cara amable para variar”.

Riley sonrió un poco. Riley apreciaba a Gabriela, la mujer guatemalteca de mediana edad que había trabajado durante años como su criada. Gabriela siempre fue muy responsable y de buen fundamento, que era más que Riley podía decir sobre Ryan. Se sentía alegre que Gabriela todavía estaba en sus vidas—y que todavía estaba allí para cuidar a April cada vez que se quedaba en casa de su padre.

En su viaje a casa, Riley sintió una enfermedad palpable de comunicarse con su hija. ¿Pero qué podría decirle para romper el hielo? No era como si no entendía cómo se sentía April—especialmente en una noche como esta. La pobre muchacha simplemente tenía que sentirse no deseada, moviéndose entre las casas de sus padres. Tenía que ser duro para una joven de catorce años que ya estaba enfadada por muchas cosas en su vida. Afortunadamente, April estuvo de acuerdo en ir a casa de su padre después de la escuela cada día hasta que Riley la recogiera. Pero hoy, el primer día del nuevo acuerdo, Riley había llegado tan, tan tarde.

Riley se encontró cerca de lágrimas mientras manejaba. No podía pensar en nada que decir. Simplemente estaba demasiado agotada. *Siempre* estaba demasiado agotada.

Cuando llegaron a casa, April caminó sin una palabra a su cuarto y cerró la puerta ruidosamente detrás de ella. Riley estuvo parada en el pasillo un momento. Entonces tocó a la puerta de April.

“Sal, amorcito”, dijo. “Vamos a hablar. Vamos a sentarnos en la cocina por un tiempo, tomarnos una taza de té de hierbabuena. O tal vez en el patio trasero. Es una noche bastante bonita. Es una pena desaprovecharla”.

Oyó la respuesta de April, “Adelante, hazlo tú, mamá. Estoy ocupada”.

Riley se inclinó fatigadamente contra el marco de la puerta.

“Dices que no paso suficiente tiempo contigo”, dijo Riley.

“Ya es medianoche, mamá. Es muy tarde”.

Riley sintió su garganta apretarse y sus ojos llenarse de lágrimas. Sin embargo, no iba a dejarse llorar.

“Estoy tratando, April”, dijo. “Estoy haciendo mi mejor esfuerzo, con todo”.

Cayó un silencio.

“Lo sé”, dijo April finalmente desde el interior de su cuarto.

Luego todo estuvo en silencio. Riley deseaba poder ver la cara de su hija. ¿Era posible que había escuchado sólo un rastro de simpatía en esas dos palabras? No, probablemente no. ¿Era ira, entonces? Riley no lo creía. Probablemente era separación.

Riley fue al baño y tomó una larga ducha caliente. Dejó que el vapor y las fuertes gotas calientes masajear su cuerpo, que dolía después de un día tan largo y difícil. Cuando se salió y se secó su cabello, ya se sentía mejor físicamente. Pero por dentro todavía se sentía vacía y afligida.

Y sabía que no estaba lista para dormir.

Se colocó sus pantuflas y una bata y entró a la cocina. Al abrir un armario lo primero que vio fue una botella casi llena de borbón. Pensó en verterse un trago doble de whisky.

No es una buena idea, se dijo a sí misma con firmeza.

En su estado de ánimo actual, no podía solo tomarse uno. A pesar de todos sus problemas de las últimas seis semanas, logró no dejar que el alcohol la venciera. Este no era el momento de perder el control. Se preparó una taza de té caliente de menta en su lugar.

Luego Riley se sentó en la sala de estar y empezó a mirar la carpeta llena de fotografías e información sobre los tres casos de asesinato.

Ya sabía bastante sobre la víctima de hace seis meses cerca de Daggett—la que ahora sabían que era la segunda de los tres asesinatos. Eileen Rogers había sido una madre casada con dos niños y operaba un restaurante junto con su marido. Y, por supuesto, Riley había visto también el sitio donde había sido dejada la tercera víctima, Reba Frye. Incluso había visitado a la familia de Frye, incluyendo el Senador narcisista.

Pero el caso de Belding de hace dos años era nuevo para ella. Mientras leía los informes, Margaret Geraty empezó a convertirse en una imagen de un ser humano real, una mujer que alguna vez había vivido y respirado. Había trabajado en Belding como contador público y recientemente se había mudado a Virginia del norte del estado de Nueva York. La sobrevivió su marido, dos hermanas, un hermano y una madre viuda. Sus amigos y familiares la describían como buena, pero solitaria—posiblemente aislada.

Bebiéndose su té, Riley no pudo dejar de preguntarse— ¿qué hubiese sido de Margaret Geraty si hubiera vivido? A los treinta y seis, su vida todavía tenía muchas posibilidades—niños y muchas cosas más.

Riley sintió un escalofrío al darse cuenta de otra cosa. Apenas hace seis semanas, su propia historia de vida casi había llegado a su fin, a terminar en

una carpeta como la que ahora estaba abierta frente a ella. Su existencia entera podría haberse reducido a una pila de fotos horribles y prosa oficial.

Cerró los ojos, tratando de sacudir todo eso al sentir que las memorias la inundaban nuevamente. Pero aunque lo intentaba, no podía detenerlos.

Mientras se arrastró por la casa oscura, escuchó un rasguño por debajo de los tablones, luego un grito de ayuda. Después de palpar las paredes, la encontró—una pequeña puerta cuadrada que daba a un sótano de poca altura debajo de la casa. Alumbrió la linterna adentro.

El rayo de luz cayó sobre un rostro aterrorizado.

“Estoy aquí para ayudarte”, dijo Riley.

“¡Viniste!” gritó la víctima. “¡Ay, gracias a Dios que viniste!”

Riley se escabulló por el piso de tierra hacia la pequeña jaula en la esquina. Jugó con la cerradura por un momento. Luego sacó su navaja y empezó a darle a la cerradura hasta que logró abrirla. Un segundo después, la mujer se arrastró fuera de la jaula.

Riley y la mujer se dirigieron a la abertura cuadrada. Pero la mujer apenas había salido antes de que una figura masculina amenazante bloqueara la salida de Riley.

Estaba atrapada, pero la otra mujer tenía una oportunidad.

“¡Corre!” Riley gritó. “¡Corre!”

Riley trajo sus pensamientos de vuelta al presente. ¿Se libraría algún día de esos horrores? Sin duda, trabajar en un nuevo caso que involucraba la tortura y la muerte no se lo estaba haciendo más fácil.

Aun así, había una persona a la que siempre podría recurrir en busca de apoyo.

Sacó su teléfono y le envió un mensaje de texto a Marie.

Hola. ¿Sigues despierta?

Después de unos segundos, llegó la respuesta:

Sí. ¿Cómo estás?

Riley escribió: *Bastante temblorosa. ¿Y tú?*

Muy asustada para dormir.

Riley quería escribir algo para hacer que ambas se sintieran mejor. De un modo u otro, solo enviar mensajes de texto no parecía ser suficiente.

¿Quieres hablar? escribió. *Me refiero a HABLAR, ¿no sólo enviar*

textos?

Pasaron varios segundos antes de que Marie respondiera.

No, no creo.

Riley se sorprendió por un momento. Luego se dio cuenta de que su voz podría no siempre ser confortante para Marie. A veces incluso podría desencadenar flashbacks horribles para ella.

Riley recordó las palabras de Marie la última vez que hablaron.

Encuentra a ese hijo de puta. Y mávalo por mí. Y mientras las contemplaba, Riley tenía noticias que pensó que Marie podría querer saber.

Ya volví al trabajo, Riley escribió.

Las palabras de Marie salieron en un torrente de frases escritas.

¡Ay, qué bien! ¡Me alegra! Sé que no es fácil. Estoy orgullosa. Eres muy valiente.

Riley suspiró. No se sentía tan valiente—no sólo en este momento, de todos modos.

Las palabras de Marie continuaron.

Gracias. Saber que estás trabajando otra vez me hace sentir mucho mejor. Tal vez puedo dormir ahora. Buenas noches.

Riley escribió: *No te rindas.*

Luego bajó su teléfono. También se sentía un poco mejor. Después de todo, había logrado algo por volver al trabajo. Sin prisa pero sin pausa, realmente estaba empezando a sanar.

Riley se bebió el resto de su té, luego se fue directamente a la cama. Dejó que su agotamiento la venciera y se quedó dormida rápidamente.

Riley tenía seis años, estaba en una tienda de caramelos con mamá. Estaba tan contenta por todos los dulces que mamá le estaba comprando.

Pero luego un hombre caminó hacia ellas. Un hombre grande y escalofriante. Llevaba algo en su rostro—una media de nylon, las mismas que mamá llevaba en sus piernas. Sacó una pistola. Le gritó a mamá para que le entregara su cartera. Pero mamá estaba tan asustada que no podía moverse. No podía dársela.

Y por eso le disparó en el pecho.

Cayó sangrando al piso. El hombre le arrebató la cartera y salió corriendo.

Riley comenzó a gritar y a gritar y a gritar.

Entonces oyó la voz de Mamá.

“No hay nada que puedas hacer, mi amor. Me fui y no puedes evitarlo”.

Riley todavía estaba en la tienda de dulces pero ahora era grande. Mamá estaba justo en frente de ella, parada sobre su propio cadáver.

“¡Tengo que traerte de vuelta!” gritó Riley.

Mamá le sonreía tristemente a Riley.

“No puedes,” dijo Mamá. “No puedes revivir a los muertos”.

Riley se sentó, respirando con dificultad, sobresaltada por un sonido. Miró a su alrededor, nerviosa. La casa estaba silenciosa ahora.

Pero había escuchado algo, estaba segura de ello. Como un sonido en la puerta principal.

Riley se levantó de golpe, sus instintos poniéndose en marcha. Tomó una linterna y su arma de la cómoda y se movió con cuidado por la casa hacia la puerta principal.

Miró por el pequeño cristal de la puerta, pero no vio nada. Puro silencio.

Riley se preparó y abrió la puerta rápidamente, dirigiendo el rayo de luz hacia afuera. Nadie. Nada.

Mientras movió la luz, algo alrededor del escalón llamó su atención. Había algunas piedritas regadas allí. ¿Alguien las había arrojado a la puerta, causando ese ruido?

Riley se rompió la cabeza, tratando de recordar si esas piedritas habían estado allí cuando llegó a casa la noche anterior. En su confusión, simplemente no podía saberlo con certeza.

Riley se quedó parada allí por unos momentos, pero no había señal de nadie por ninguna parte.

Cerró y trabó la puerta y se dirigió por el corto pasillo a su dormitorio. Al llegar al final del pasillo, le sorprendió el ver que la puerta del dormitorio de April estaba ligeramente abierta.

Riley abrió la puerta y miró adentro.

Su corazón golpeaba con terror.

April no estaba.

Capítulo 12

“¡April!” Riley gritó. “¡April!”

Riley corrió al baño y miró adentro. Su hija no estaba allí tampoco.

Corrió desesperadamente por toda la casa, abriendo puertas, buscando en cada habitación y en cada armario. No encontró nada.

“¡April!” gritó otra vez.

Riley reconoció el sabor amargo de bilis en su boca. Era el sabor del terror.

Por último, en la cocina, notó un olor extraño entrando por una ventana abierta. Reconocía ese olor de sus días universitarios. Su terror se fue, sustituido por fastidio.

“Ay, Dios”, dijo Riley en voz alta, sintiendo un alivio inmenso.

Abrió la puerta trasera. Pudo ver a su hija, todavía en su pijama, en la luz matutina, sentada en la vieja mesa de picnic. April se veía avergonzada y culpable.

“¿Qué quieres, Mamá?” preguntó April.

Riley caminó por el patio, tendiendo su mano.

“Dámelo”, dijo Riley.

April torpemente trató de mostrar una expresión inocente.

“¿Darte qué?” preguntó.

La voz de Riley se llenó más de tristeza que de ira. “El porro que te estás fumando”, dijo. “Y por favor, no me mientas”.

“Estás loca”, dijo April, haciendo su mejor esfuerzo para sonar indignada. “No estaba fumando nada. Siempre estás asumiendo lo peor de mí. ¿Sabes eso, Mamá?”

Riley notó lo encorvada que estaba su hija.

“Mueve tu pie”, dijo Riley.

“¿Qué?” dijo April, fingiendo incompreensión.

Riley señaló al pie sospechoso.

“Mueve tu pie”.

April refunfuñó en voz alta y obedeció. Efectivamente, su pantufla había estado cubriendo un porro de marihuana recién machacado. Salió un hilito de humo de él, y el olor fue más fuerte que nunca.

Riley se inclinó y lo agarró.

“Ahora dame el resto”.

April se encogió de hombros. “¿El resto de qué?”

Riley no podía mantener su voz firme. “April, lo digo en serio. No me mientas. Por favor”.

April puso sus ojos en blanco y alcanzó en el bolsillo de su camisa. Sacó un porro que no había sido prendido todavía.

“Ay, por amor a Cristo, ten”, dijo, dándoselo a su madre. “No trates de decirme que no vas a fumártelo tú misma tan pronto como tengas la oportunidad”.

Riley colocó ambos porros en el bolsillo de su bata.

“¿Qué más tienes?” ella exigió.

“Eso es todo, eso es todo lo que tengo”, April respondió. “¿No me crees? Bueno, adelante, regístrate. Registra mi habitación. Busca por todas partes. Eso es todo lo que tengo”.

Riley estaba temblando por todas partes. Luchó para controlar sus emociones.

“¿De dónde los sacaste?” preguntó.

April se encogió de hombros. “Cindy me los dio”.

“¿Quién es Cindy?”

April dejó escapar una risa cínica. “Bueno, tú no lo sabrías, ¿cierto Mamá? No es como si supieras mucho acerca de mi vida. ¿Qué te importa, de todos modos? Quiero decir, ¿hay alguna diferencia si me drogo?”

Riley estaba dolida ahora. April había ido directo a la yugular, y dolió. Riley no pudo contener las lágrimas ya.

“April, ¿por qué me odias?” exclamó.

April se veía sorprendida, pero no arrepentida. “No te odio, Mamá”.

“¿Entonces por qué me estás *castigando*? ¿Qué hice para merecer esto?”

April miraba fijamente hacia el espacio. “Tal vez deberías pasar algún tiempo pensando en eso, Mamá”.

April se puso de pie y caminó hacia la casa.

Riley vagó por la cocina, mecánicamente sacando todo lo que necesitaba para hacer el desayuno. Cuando sacó los huevos y el tocino del refrigerador, se preguntó qué hacer acerca de esta situación. Debería castigar a April inmediatamente. Pero, ¿cómo podría ella hacer eso?

Cuando Riley había estado fuera del trabajo, había sido capaz de vigilar a April. Pero todo era diferente ahora. Ahora que Riley estaba de vuelta en el trabajo, su horario sería violentamente impredecible. Y, al parecer, también lo sería su hija.

Riley pensó en sus opciones mientras colocaba las tiras de tocino en la sartén. Una cosa parecía cierta. Como April pasaría tanto tiempo con su padre, Riley realmente debería decirle a Ryan lo que había sucedido. Pero eso causaría muchos otros problemas. Ryan ya estaba convencido de que Riley era incompetente domésticamente, como esposa y como madre. Si Riley le dijera que había atrapado a April fumando marihuana en el patio trasero, se sentiría absolutamente seguro de ello.

Y tal vez tendría razón, pensó miserablemente al colocar dos rebanadas del pan en la tostadora.

Hasta el momento, Ryan y Riley habían logrado evitar una batalla de custodia sobre April. Sabía que aunque nunca lo admitiría, Ryan estaba disfrutando de su libertad como soltero demasiado como para querer ser molestado con tener que criar a una adolescente. No había estado muy entusiasmado cuando Riley le dijo que April estaría pasando más tiempo con él.

Pero también sabía que la actitud de su ex esposo podría cambiar muy rápidamente, sobre todo si tenía una excusa para culparla de algo. Si se enteraba que April había estado fumando marihuana, trataría de quitársela de Riley por completo. Ese pensamiento era insoportable.

Unos minutos más tarde, Riley y su hija estaban sentadas en la mesa, comiéndose su desayuno. El silencio entre ellas es aún más incómodo que de costumbre.

April preguntó finalmente “¿Se lo vas a decir a Papá?”

“¿Crees que debería hacerlo?” Riley respondió.

Parecía una respuesta lo suficientemente honesta dadas las circunstancias.

April bajó su cabeza, viéndose preocupada.

Luego April rogó, “Por favor no se lo digas a Gabriela”.

Las palabras tocaron el corazón de Riley. April estaba más preocupada de que su criada se enterara que de lo que su padre podría pensar—o su propia madre, en este sentido.

Así que las cosas ya se volvieron así de malas, Riley pensó miserablemente.

Lo pocopreciado que quedaba de su vida familiar se estaba desmoronando ante sus ojos. Se sentía como si ya casi ni era una madre. Se preguntaba si Ryan se sentía así acerca de ser padre.

Probablemente no. Sentirse culpable no era el estilo de Ryan. A veces le envidiaba su indiferencia emocional.

Después del desayuno, mientras April se alistaba para la escuela, la casa quedó en silencio, y Riley comenzó a obsesionarse sobre lo otro lo que había sucedido esa mañana, si de verdad ocurrió. ¿Qué o quién provocó ese golpeteo en la puerta de entrada? ¿Había habido un golpeteo en la puerta de entrada? ¿De dónde habían venido esas pequeñas piedritas?

Recordó el pánico de Marie sobre las extrañas llamadas telefónicas, y un miedo obsesivo fue creciendo dentro de ella, saliéndose de control. Sacó su teléfono celular y llamó a un número familiar.

“Betty Richter, Técnica de Análisis Forense del FBI”, respondió.

“Betty, es Riley Paige”. Riley tragó saliva. “Y creo que ya sabes por qué te estoy llamando”.

Después de todo, Riley había estado haciendo esta llamada exacta mismo cada dos o tres días durante las últimas seis semanas ahora. La Agente Richter había estado encargada de cerrar los detalles sobre el caso Peterson, y Riley desesperadamente ansiaba una resolución.

“Quieres que te diga que Peterson está muerto de verdad”, dijo Betty en un tono simpático. Betty era el alma misma de la paciencia, la comprensión y el buen humor, y Riley siempre había estado agradecida de tenerla para hablar sobre esto.

“Sé que es ridículo”.

“¿Después de todo lo que viviste?” dijo Betty. “No, no lo creo. Pero no tengo nada nuevo que decirte. Lo mismo de siempre. Encontramos el cuerpo de Peterson. Estaba completamente quemado, pero era exactamente su altura y su contextura. No hay nadie más que podría haber sido”.

“¿Qué tan segura estás? Dame un porcentaje”.

“Diría noventa y nueve por ciento”, dijo.

Riley respiró profundamente.

“¿No puedes llegar a cien?” preguntó.

Betty suspiró. “Riley, no puedo darte una certeza del 100% de casi *nada* en la vida. Nadie puede. Nadie está cien por ciento seguro de que el sol va a salir mañana por la mañana. La Tierra podría ser golpeada por un asteroide gigante y todos podríamos estar muertos”.

Riley emitió una risa triste.

“Gracias por darme algo más de qué preocuparme,” dijo.

Betty se echó a reír un poco también. “De nada”, dijo. “Me alegro de poder ayudarte”.

“¿Mamá?” Llamó April, lista para ir a la escuela.

Riley terminó la llamada, sintiéndose un poco mejor y preparada para salir. Después de dejar a April en la escuela, había acordado en recoger a Bill hoy. Tenían un sospechoso al que debían entrevistar que encajaba en la demografía.

Y Riley tenía una sensación que quizás podría ser el salvaje asesino que buscaban.

Capítulo 13

Riley apagó el carro y se quedó allí delante de la casa de Bill, admirando su agradable bungalow de dos pisos. Siempre se había preguntado cómo se las arreglaba para mantener el césped un color verde tan bonito y sus arbustos ornamentales tan impecablemente recortados. La vida doméstica de Bill podría ser en un caos, pero mantenía un patio hermoso, perfecto para este pintoresco vecindario residencial. No podía dejar de preguntarte como se veían los demás patios en esta pequeña comunidad tan cerca de Quántico.

Bill salió, su esposa, Maggie, apareciendo detrás de él y dándole a Riley una mirada feroz. Riley alejó la mirada.

Bill entró al carro y cerró la puerta de golpe detrás de él.

“Vámonos de esta mierda”, dijo entre dientes.

Riley encendió el carro y se alejó de la acera.

“Veo que todo en casa no está bien”, dijo.

Bill negó con la cabeza.

“Tuvimos una gran pelea cuando llegué a casa tan tarde anoche. Todo comenzó otra vez esta mañana”.

Él guardó silencio por un momento, luego añadió, “Está hablando de divorcio otra vez. Y ella quiere la custodia total de los niños”.

Riley vaciló, pero luego siguió adelante e hizo la pregunta que tenía en su mente, “¿Y yo soy parte del problema?”

Bill se quedó en silencio.

“Sí”, admitió finalmente. “No estaba feliz de saber que estamos trabajando juntos otra vez. Ella dice que eres una mala influencia”.

Riley no sabía qué decir.

Bill agregó, “Dice que me porto peor cuando estoy trabajando contigo. Estoy más distraído, más obsesionado con mi trabajo”.

Es cierto, pensó Riley. Ambos estaban obsesionados con su trabajo.

Silencio cayó otra vez mientras iban en viaje. Después de unos minutos, Bill abrió su ordenador portátil.

“Tengo algunos detalles sobre el tipo con el que vamos a hablar. Ross Blackwell”.

Escaneó la pantalla.

“Un delincuente sexual”, añadió.

El labio de Riley se levantó hacia arriba en disgusto.

“¿Cuáles cargos?”

“Posesión de pornografía infantil. Era sospechoso de más pero nunca se probó nada. Está en la base de datos pero sin restricciones en sus actividades. Fue hace diez años, y esta foto es bastante vieja”.

Engañoso, pensó. Tal vez difícil de atrapar.

Bill continuó leyendo.

“Despedido de varios puestos de trabajo, por razones vagas. La última vez estuvo trabajando en una cadena de tiendas en un gran centro comercial en Beltway—cosas comerciales más que todo, y su mercado es principalmente familias con niños. Cuando pillaron a Blackwell posando muñecas en posiciones perversas, lo despidieron y lo reportaron”.

“Un hombre con una peculiaridad sobre muñecas y un registro de pornografía infantil”, murmuró Riley.

Hasta el momento, Ross Blackwell encajaba en el perfil que ella estaba empezando a juntar.

“¿Y ahora?” preguntó.

“Tiene un trabajo en una tienda de manualidades y miniaturas”, respondió Bill. “Otra cadena de tiendas en otro centro comercial”.

Riley estaba un poco sorprendida.

“¿Los gerentes sabían acerca de los antecedentes de Blackwell cuando lo contrataron?”

Bill se encogió de hombros.

“Tal vez no les importa. Sus intereses parecen ser completamente heterosexuales. Tal vez supusieron que no haría mucho daño en una tienda de carros y aviones y trenes”.

Sintió un escalofrío por todo su cuerpo. ¿Por qué un tipo así sería capaz de conseguir otro trabajo? Este hombre parecía poder ser un asesino vicioso. ¿Por qué dejarían que saliera cada día y que caminara entre aquellos que eran vulnerables?

Finalmente hicieron su camino a través del incesante tráfico a Sanfield. El suburbio de D.C. le pareció a Riley como un ejemplo típico de una “ciudad de borde”, compuesta principalmente de centros comerciales y oficinas. Le pareció deprimente, sin alma y plástico.

Se estacionó afuera del gran centro comercial. Por un momento, solo se quedó sentada en el asiento del conductor y miró fijamente a la fotografía antigua de Blackwell en la computadora portátil de Bill. No había nada distintivo sobre su rostro, sólo un hombre blanco con cabello oscuro y una expresión insolente. Ahora estaría en sus cincuenta.

Ella y Bill se bajaron del carro y caminaron por la utopía de los consumidores, hasta que vieron una tienda de miniaturas.

“No quiero que se nos escape”, dijo Riley. “¿Qué pasa si nos ve y se escapa?”

“Debemos ser capaces de llevarlo a una esquina dentro de la tienda”, respondió Bill. “Inmovilizarlo y sacar a los clientes”.

Riley puso una mano sobre su arma.

Todavía no, se dijo a sí misma. *No causemos pánico si no tenemos que hacerlo.*

Se quedó parada allí por un momento, viendo a los clientes de la tienda yendo y viniendo. ¿Una de esas personas era Blackwell? ¿Ya estaba escapando de ellos?

Riley y Bill entraron por la puerta de la tienda. La mayor parte del espacio lo ocupaba una extensa y detallada reproducción de un pequeño pueblo, con un tren en marcha y luces de tráfico. Modelos de avión colgaban del techo. No había una muñeca a la vista.

Varios hombres parecían estar trabajando en la tienda, pero ninguno de ellos encajaba con la imagen que tenía en su mente.

“No lo veo”, dijo Riley.

En la recepción Bill preguntó, “¿Tienen a un cierto Ross Blackwell trabajando aquí?”

El hombre en la caja registradora asintió y señaló hacia un estante con maquetas a escala. Un hombre bajo y rechoncho con pelo grisáceo estaba clasificando la mercancía. Estaba de espalda a ellos.

Riley tocó su arma otra vez, pero la dejó en la funda. Ella y Bill se desplegaron para que pudieran bloquear cualquier intento de escape que podría hacer Blackwell.

Su corazón latía más rápidamente a medida que se acercaba.

“¿Ross Blackwell?” preguntó Riley.

El hombre se volteó. Llevaba anteojos gruesos y su barriga se salía sobre su cinturón. Riley le sorprendió la anémica palidez de su piel. Pensó que no parecía probable que se escapara, pero su juicio de “asqueroso” iba bien con él.

“Depende”, Blackwell respondió con una sonrisa amplia. “¿Qué quieren?”

Riley y Bill ambos le mostraron sus placas.

“¿Guau, los Federales, ah?” Blackwell dijo, sonando casi complacido.

“Esto es nuevo. Estoy acostumbrado a tratar con las autoridades locales. No están aquí para arrestarme, espero. Porque realmente pensé que todos aquellos extraños malentendidos eran cosa del pasado”.

“Nos gustaría hacerle algunas preguntas”, dijo Bill.

Blackwell sonrió un poco e inclinó su cabeza inquisitivamente.

“Algunas preguntas, ¿ah? Bueno, me sé la Carta de Derechos de los Estados Unidos casi de memoria. No tengo que hablar con ustedes si no quiero hacerlo. Pero bueno, ¿por qué no? Incluso puede ser divertido. Si me compran una taza de café, lo haré”.

Blackwell caminó hacia la recepción, y Riley y Bill lo siguieron cerca. Riley estaba alerta ante cualquier intento para evadirlos.

“Tomaré un descanso para un cafecito, Bernie”, Blackwell le dijo al cajero.

Riley podría notar por la expresión de Bill que se preguntaba si habían encontrado al hombre adecuado. Entendió por qué él podría sentirse de esa manera. Blackwell no parecía estar ni un poco molesto por su presencia. De hecho, parecía estar bastante contento.

Pero para Riley, esto le hizo parecer más amoral y psicópata. Algunos de los más viles asesinos en serie en la historia habían sido encantadores y mostraron seguridad en sí mismos. Lo último que esperaba era que el asesino *pareciera* ser el menos culpable.

La zona de restaurantes quedaba cerca. Blackwell había escoltado a Bill y a Riley directamente a un mostrador de café. Si el hombre estaba nervioso por estar con dos agentes del FBI, no lo mostraba en lo absoluto.

Una niña que estaba caminando detrás de su madre tropezó y cayó justo en frente de ellos.

“¡Ups!” Blackwell gritó con alegría. Se inclinó y colocó a la niña sobre sus pies.

La madre dijo unas gracias automáticas y luego se llevó a su hija por la mano. Riley observó que Blackwell miró las piernas desnudas de la niña bajo su falda corta, y se sintió asqueada. Sus sospechas aumentaron.

Riley agarró el brazo de Blackwell fuertemente, pero él le dio una mirada de asombro e inocencia. Ella sacudió su brazo y lo dejó ir.

“Agarra tu café”, dijo ella, asintiendo con la cabeza cerca al mostrador de café.

“Me gustaría un capuchino”, dijo Blackwell a la joven detrás del mostrador. “Ellos pagarán”.

Luego, volteándose para mirar a Bill y Riley, preguntó, “¿Qué quieren ustedes?”

“Estamos bien”, dijo Riley.

Bill pagó por el capuchino, y los tres se dirigieron hacia una mesa que no tenía a otras personas sentadas cerca.

“Entonces, ¿qué quieren saber de mí?” preguntó Blackwell. Parecía relajado y agradable. “Espero que no se pongan moralistas, como las autoridades a las que estoy acostumbrado. Las personas tienen la mente muy cerrada estos días”.

“¿Mente cerrada acerca de colocar a muñecas en poses obscenas?” preguntó Bill.

Blackwell se veía honestamente herido. “Haces que suene tan sucio”, dijo. “No había nada obsceno sobre eso. Échenle un vistazo ustedes mismos”.

Blackwell sacó su celular y comenzó a mostrar fotografías de su obra. Incluían pequeños retablos pornográficos que había creado dentro de casas de muñecas. Las pequeñas figuras humanas estaban en varios estados de desnudez. Habían sido posadas en una matriz imaginativa de agrupaciones y posiciones en diferentes partes de las casas. Riley quedó atónita ante la variedad de actos sexuales retratados en las imágenes, algunos de ellos probablemente muy ilegales en muchos estados.

A mí me parece bastante obsceno, pensó Riley.

“Estaba siendo satírico”, explicó Blackwell. “Estaba haciendo una declaración social importante. Vivimos en una cultura tan vulgar y materialista. *Alguien* tiene que hacer este tipo de protesta. Estaba ejerciendo mi derecho a la libertad de expresión de una manera totalmente responsable. No estaba abusando. No es como si quitara 'fuego' en un teatro lleno”.

Riley notó que Bill estaba empezando a verse indignado.

“¿Qué pasa con los niños pequeños que se tropezaron con estas escenitas tuyas?” preguntó Bill. “¿No piensas que le estabas haciendo daño?”

“No, de hecho, no”, Blackwell dijo algo con aires de suficiencia. “Ven peores cosas en los medios de comunicación cada día. Ya no existe la inocencia infantil. Eso es justo lo que quería decirle al mundo. Me rompe el corazón, te digo”.

Realmente suena como si lo dijera en serio, pensó Riley.

Pero era obvio para ella que él no lo decía en serio. Ross Blackwell no tenía un solo hueso moral o empático en su cuerpo. Riley sospechaba más de su culpabilidad con cada momento que pasaba.

Ella intentó leer su expresión. No era fácil. Como todos los verdaderos sociópatas, él enmascaraba sus sentimientos con una habilidad increíble.

“Dime algo, Ross”, ella dijo. “¿Te gusta el aire libre?”, preguntó. “Me refiero al camping y a la pesca”.

La cara de Blackwell se iluminó con una amplia sonrisa. “Ah, sí. Desde que era niño. Fui un niño explorador. A veces entro en tierra salvaje solo y me quedé allí por semanas a la vez. A veces creo que fui Daniel Boone en una vida anterior”.

Riley le preguntó, “¿Te gusta ir de caza también?”

“Seguro, todo el tiempo”, dijo con entusiasmo. “Tengo un montón de trofeos en casa. Tú sabes, cabezas montadas de alces y ciervos. Las monto yo mismo. Me gusta mucho la taxidermia”.

Riley entrecerró los ojos hacia Blackwell.

“¿Tienes algún sitio preferido? Bosques y tal, quiero decir. Parques nacionales y estatales”.

Blackwell acarició su barbilla, pensativo.

“Voy a Yellowstone bastante”, dijo. “Supongo que es mi favorito. Por supuesto, es difícil superar las Grandes Montañas Humeantes. Yosemite, también. No es fácil elegir”.

Bill añadió, “¿Qué tal el Parque Estatal Mosby? ¿O tal vez el Parque Nacional cerca de Daggett?”

Blackwell se puso un poco precavido.

“¿Por qué lo quieren saber?” preguntó inquietamente.

Riley sabía que el momento de la verdad—o su opuesto—finalmente había llegado. Alcanzó en su cartera y sacó fotografías de las víctimas de asesinato, cuando todavía estaban vivas.

“¿Puedes identificar a cualquiera de estas mujeres?” preguntó Riley.

Los ojos de Blackwell se ampliaron con inquietud.

“No”, dijo. “Nunca las he visto”.

“¿Estás seguro?” Riley continuó. “Tal vez sus nombres refrescarán tu memoria. Reba Frye. Eileen Rogers. Margaret Geraty”.

Blackwell parecía estar al borde del pánico total.

“No”, dijo. “Nunca las he visto. Nunca he oído sus nombres”.

Riley estudió su rostro muy de cerca por un momento. Finalmente, entendió completamente la situación. Sabía todo lo que necesitaba saber sobre Ross Blackwell.

“Gracias por conversar con nosotros, Ross”, dijo. “Estaremos en contacto

si necesitamos saber algo más”.

Bill se veía estupefacto mientras la seguía al alejarse de la zona de restaurantes.

“¿Qué sucedió allí?” espetó. “¿Qué estás pensando? Es culpable y sabe que sospechamos de él. No podemos perder la vista de él hasta que podamos arrestarlo”.

Riley soltó un suspiro de impaciencia.

“Piénsalo, Bill”, dijo ella. “¿Viste su piel pálida? Ni una sola peca. Ese tipo apenas ha pasado un día entero al aire libre en su vida”.

“¿Así que realmente no fue un niño explorador?”

Riley se rio ligeramente. “No”, dijo. “Y puedo asegurarte de que nunca ha ido a Yosemite, Yellowstone o a las Grandes Montañas Humeantes. Y él no sabe nada de taxidermia”.

Bill se veía muy avergonzado ahora.

“Realmente me tenía creyendo”, dijo Bill.

Riley asintió con la cabeza, estando de acuerdo.

“Por supuesto que lo hizo”, dijo. “Es un gran mentiroso. Puede hacer creer que está diciendo la verdad sobre cualquier cosa. Y le encanta mentir. Lo hace cuando tiene la oportunidad—y entre más grande la mentira, mejor”.

Hizo una pausa por un momento.

“El problema es”, añadió Riley, “que es pésimo para decir la verdad. No está acostumbrado a hacerlo. Pierde la calma cuando trata de hacerlo”.

Bill caminó silenciosamente a su lado por un momento, tratando de absorber esto.

“¿Entonces estás diciendo—?” comenzó.

“Estaba diciendo la verdad sobre las mujeres, Bill. Es por eso que sonaba tan culpable. La verdad siempre suena como una mentira cuando él intenta decirla. Realmente nunca vio a ninguna de esas mujeres. No estoy diciendo que no es capaz de asesinato. Probablemente lo es. Pero no cometió *estos* asesinatos”.

Bill gruñó en voz baja.

“Maldita sea”, dijo.

Riley no dijo nada más el resto del camino al carro. Esto fue un grave revés. Cuanto más pensaba sobre ello, más alarmada se sentía. El verdadero asesino todavía andaba por ahí, y no tenían ni idea de quién era o en dónde estaba. Y lo sabía, sabía que pronto mataría otra vez.

Riley se estaba frustrado con su incapacidad de resolver este caso, pero

mientras pensaba y pensaba, de repente se le ocurrió con quién necesitaba hablar. Ahora mismo.

Capítulo 14

Estaban cerca de Sanfield cuando Riley repentinamente cruzó dos carriles y giró en una rampa de salida.

Bill estaba sorprendido. “¿A dónde vamos?” preguntó.

“Belding,” dijo Riley.

Bill la miró desde el asiento del pasajero, esperando una explicación.

“El esposo de Margaret Geraty todavía vive allí”, dijo. “Su nombre es Roy, ¿cierto? Roy Geraty. ¿Y no es dueño de una gasolinera o algo así?”

“En realidad, es un taller de reparación de carros y tienda de suministros”, dijo Bill.

Riley asintió. “Vamos a visitarlo”, dijo.

Bill se encogió de hombros de nuevo, dudando.

“Está bien, pero no sé por qué”, preguntó. “Los locales hicieron un trabajo bastante minucioso de entrevistarlo sobre el asesinato de su esposa. No obtuvieron pistas”.

Riley no dijo nada durante un rato. Ya ella sabía esto. Aun así, sentía como si faltaba algo que necesitaban saber. Algún cabo suelto que habrá quedado en Belding, a poca distancia en carro a través de la zona de granjas de Virginia. Tenía que descubrir lo que era, si podía hacerlo. Pero estaba empezando a dudar de sí misma.

“Estoy oxidada, Bill”, Riley murmuró mientras manejaba. “Por un tiempo estuve realmente segura que Ross Blackwell era nuestro asesino. Debería haber sabido que no era así a primera vista. Mis instintos ya no sirven”.

“No seas demasiado dura contigo misma”, respondió Bill. “Parecía encajar con tu perfil”.

Riley refunfuñó. “Sí, pero mi perfil era el equivocado. Nuestro hombre no posaría muñecas así— y no en un lugar público”.

“¿Por qué no?” preguntó Bill.

Riley pensó por un momento.

“Porque él se toma las muñecas demasiado en serio”, dijo. “Tienen un significado muy profundo para él. Es algo personal. Creo que estaría ofendido por las escenitas de Blackwell, las maneras en que las posó. Él lo consideraría vulgar. Las muñecas no son juguetes para él. Son...no lo sé. No he podido descifrarlo”.

“Sé cómo funciona tu mente”, dijo Bill. “Y lo descifrarás en algún momento”.

Riley se quedó en silencio mientras repetía mentalmente algunos de los acontecimientos de los últimos días. Sólo aumentó su sensación de inseguridad.

“He estado equivocado sobre otras cosas, también”, le dijo a Bill. “Pensé que el asesino estaba seleccionando madres. Estaba seguro de ello. Pero Margaret Geraty no era una madre. ¿Cómo pude haberme equivocado en eso?”.

“Pronto volverás a ser como antes”, dijo Bill.

Llegaron a las afueras de Belding. Era un pueblo pequeño de aspecto cansado que debía haber estado allí durante generaciones. Pero las granjas cercanas habían sido mantenidas por familias ricas que querían ser agricultores y aún trasladarse a puestos de poder en D.C. La ciudad estaba desapareciendo y casi podías conducir por ella sin siquiera darte cuenta.

Era imposible no ver la tienda de suministros y taller de reparación de carros de Roy Geraty.

Riley y Bill se bajaron del carro y entraron en la oficina. No había nadie allí. Riley sonó la campana pequeña en el mostrador. Esperaron, pero no vino nadie. Después de unos minutos, entraron al garaje. Un solo par de pies se asomaba por debajo de un carro.

“¿Eres Roy Geraty?” preguntó Riley.

“Sí”, vino una voz desde debajo del coche.

Riley miró a su alrededor. No había otro empleado a la vista. ¿Las cosas se habían puesto tan malas que el dueño tenía que hacer todo solo?

Geraty vino rodando de debajo del carro y entrecerró los ojos hacia ellos sospechosamente. Era un hombre voluminoso en sus treintas y llevaba un mono manchado de aceite. Se limpió las manos en un trapo sucio y se puso de pie.

“No son locales”, dijo. Luego añadió, “Bueno, ¿en qué puedo ayudarles?”

“Somos del FBI”, dijo Bill. “Nos gustaría hacerle algunas preguntas”.

“Ay, Dios”, gruñó el hombre. “No necesito esto”.

“No tomará mucho tiempo”, dijo Riley.

“Bueno, vamos”, dijo el hombre. “Si tenemos que hablar, tenemos que hablar”.

Condujo a Riley y a Bill a una pequeña área de descanso con un par de máquinas expendedoras. Todos se sentaron en sillas plásticas. Casi como si

nadie más estaba allí, Roy tomó un control remoto y encendió un televisor viejo. Pasó canales hasta que encontró una vieja comedia. Entonces miró fijamente a la pantalla.

“Pregunten lo que quieran para salir de esto”, dijo. “Estos últimos días han sido horribles”.

A Riley le resultó fácil adivinar lo que quería decir.

“Lamento que el asesinato de tu esposa esté de nuevo en las noticias”, dijo.

“Los periódicos dicen que han habido dos más como el de ella”, dijo Geraty. “No puedo creerlo. Mi teléfono ha estado sonando y sonando con reporteros y pendejos. Mi buzón de correo electrónico está inundado también. Ya no hay respeto por la privacidad. Y pobre Evelyn—mi esposa—está realmente agitada por esto”.

“¿Te volviste a casar?” preguntó Bill.

Geraty asintió, todavía mirando a la pantalla del televisor. “Nos casamos siete meses después que Margaret...”

No pudo terminar la frase.

“La gente de por aquí pensó que fue demasiado rápido”, dijo. “A mí no me pareció demasiado rápido. Nunca me había sentido más solo en mi vida. Evelyn ha sido un regalo del cielo. No sé qué hubiese sido de mí sin ella. Supongo que tal vez habría muerto”.

Su voz se llenó de emoción.

“Tenemos una niña ahora. Seis meses de edad. Su nombre es Lucy. La alegría de mi vida”.

Sonó una risa inapropiada, viniendo de la comedia en el televisor. Geraty resopló, despejó su garganta y se inclinó hacia atrás en su silla.

“De todos modos, no entiendo lo que quieren preguntarme”, él dijo. “Me parece que contesté todo tipo de preguntas hace dos años. No sirvió de nada. No pudieron atraparlo en ese entonces, y tampoco podrán hacerlo ahora”.

“Todavía estamos intentando”, dijo Riley. “Lo llevaremos ante la justicia”.

Pero ella podía sentir el vacío en sus propias palabras.

Se detuvo un momento, luego preguntó, “¿Vives cerca de aquí? Me preguntaba si podríamos visitar tu casa, echarle un vistazo”.

Geraty frunció el ceño, pensando.

“¿Tengo que hacerlo? ¿Tengo una opción?” preguntó.

La pregunta tomó a Riley por sorpresa.

“Es una solicitud”, dijo. “Pero podría ser útil”.

Geraty negó con la cabeza.

“No”, dijo. “Tengo que trazar una línea. Los policías prácticamente se mudaron a mi casa en esos días. Algunos de ellos estaban seguros de que la había matado. Tal vez ustedes están pensando lo mismo ahora. Que maté a alguien”.

“No”, le aseguró Riley. “No es por eso que estamos aquí”.

Riley vio que Bill estaba mirando al mecánico muy de cerca.

Geraty no levantó la mirada, pero continuó. “Y pobre Evelyn, ella está en casa con Lucy, y ya está hecha un manojo de nervios por todas las llamadas telefónicas. No la haré pasar por más de esto. Lamento ser poco cooperativo. Es solo que ya es suficiente”.

Riley podía notar que Bill estaba a punto de insistir. Ella habló antes de que él pudiera hacerlo.

“Entiendo”, dijo. “Está bien”.

Riley se sentía segura de que ella y Bill probablemente no aprenderían algo importante de una visita a la casa Geraty de todos modos. Pero tal vez contestaría unas preguntas.

“¿A tu esposa—Margaret, tu primera esposa—le gustaban las muñecas?” Riley le preguntó con cautela. “¿Las coleccionó, tal vez?”

Geraty se dio la vuelta hacia ella, alejando la mirada de la TV por primera vez.

“No”, dijo, sorprendido por la pregunta.

Riley se dio cuenta de que nadie hubiera hecho esa pregunta particular antes. De todas las teorías que la policía podría haber tenido hace dos años, las muñecas no hubieran estado entre ellas. E incluso en el acoso al que estaba siendo sometido ahora, nadie más habría hecho una conexión con muñecas.

“A ella no le gustaban”, continuó Geraty. “No era que las odiaba ni nada. Es que la ponían triste. Ella no podía—*nosotros* no podíamos—tener hijos y las muñecas siempre la hacían pensar en eso. Se lo recordaban. A veces lloraba cuando estaba alrededor de muñecas”.

Con un profundo suspiro, volvió hacia la TV otra vez.

“Estuvo descontenta sobre eso los últimos años”, dijo en una voz baja y lejana. “No tener hijos, quiero decir. Muchos amigos y familiares teniendo hijos propios. Parecía como si todo el mundo excepto nosotros estaba teniendo bebés todo el tiempo, o tenían hijos que ya estaban creciendo.

Siempre había algún baby shower, madres siempre pidiéndole a ayudar con fiestas de cumpleaños. Realmente eso la hacía sentir mal”.

Riley sintió un nudo de condolencia formarse en su garganta. Sintió empatía con este hombre, que todavía estaba tratando de arreglar su vida después de una tragedia incomprensible.

“Creo que eso será todo, Sr. Geraty”, dijo. “Muchas gracias por tu tiempo. Y sé que es muy tarde para decirlo, pero lamento mucho tu pérdida”.

Unos instantes más tarde, Riley y Bill se fueron manejando.

“Un viaje perdido”, Riley le dijo a Bill.

Riley miró en el espejo retrovisor y vio la pequeña ciudad de Belding desapareciendo detrás de ellos. El asesino no estaba allí, ella lo sabía. Pero estaba en algún lugar en el área que Flores les había mostrado en el mapa. En algún lugar cerca. Tal vez estaban manejando por su tráiler ahora mismo y ni siquiera lo sabían. El pensamiento torturaba a Riley. Casi podía sentir su presencia, su entusiasmo, su deseo de torturar y matar que se estaba convirtiendo en una necesidad cada vez más absorbente.

Y ella tenía que detenerlo.

Capítulo 15

El hombre fue despertado por la alarma de su teléfono celular. Al principio no sabía dónde estaba. Pero enseguida sabía que hoy iba a ser importante. Vivía para días como estos.

Sabía que había despertado en este extraño lugar por una muy buena razón, porque sería ese tipo de día. Sería un día de satisfacción deliciosa para él, y de puro terror y dolor indescriptible para alguien más.

¿Pero dónde estaba? Todavía dormido medio, no podía recordarlo. Estaba acostado en un sofá en una habitación pequeña y alfombrada, mirando una nevera y un microondas. Luz matutina entraba por una ventana.

Se levantó, abrió la puerta de la habitación y miró hacia un pasillo oscuro. Encendió la luz con el interruptor al lado del marco de la puerta. La luz brilló hacia el pasillo y a una puerta abierta por el pasillo. Pudo distinguir una mesa de revisión médica negra tapizada con papel blanco esterilizado extendida por ella.

Por supuesto, pensó. La clínica médica gratuita.

Ahora recordaba dónde estaba y cómo había llegado allí. Se felicitó a sí mismo por su sigilo y astucia. Había llegado a la clínica ayer en el día, cuando estaba especialmente ocupada. En medio del bullicio de los pacientes, había pedido una prueba de presión sanguínea simple. Y *ella* había sido la enfermera que le hizo la prueba.

La mujer que había venido aquí a ver. La mujer que había estado observando durante días, en su casa, cuando iba de compras, cuando venía aquí a trabajar.

Después de la prueba de presión arterial, se había metido en un espacio reducido dentro un armario de suministros. Que inocente había sido todo el personal. La clínica había cerrado y todos se habían ido a casa sin siquiera revisar los armarios. Luego se había salido y se había acomodado aquí mismo, en el pequeño salón del personal. Él había dormido bien.

Y hoy iba a ser un día muy extraordinario.

Apagó la lámpara de techo inmediatamente. Nadie afuera debía saber que alguien más estaba en el edificio. Miró la hora en su teléfono celular. Faltaban pocos minutos para ser las 7:00 de la mañana.

Ella llegaría en cualquier momento ahora. Él sabía esto por sus días de vigilancia. Era su trabajo preparar la clínica para los médicos y pacientes por las mañanas. La clínica en sí abría a las ocho. Entre las siete y las ocho,

siempre estaba sola aquí.

Pero hoy sería diferente. Hoy no estaría sola.

Oyó un carro entrar al estacionamiento afuera. Ajustó las persianas lo suficiente como para mirar afuera. Era ella, bajándose del carro.

No tuvo problemas para estabilizar sus nervios. Esta no era como sus primeras dos veces, cuando se había sentido tan temeroso y aprensivo. Desde su tercera vez, cuando todo había fluido tan bien, sabía que realmente había alcanzado su máximo desempeño. Ahora era experimentado y hábil.

Pero había una cosa que quería hacer un poco diferente, para variar su rutina, para hacer que esta vez fuera un poco diferente de las demás.

Iba a sorprenderla con un pequeño símbolo, su propia tarjeta de visita personal.

*

Mientras que Cindy MacKinnon caminaba por el estacionamiento vacío, ensayó mentalmente su rutina diaria. Después de colocar todos los materiales en su lugar, su primera orden del día sería firmar solicitudes de recarga en las farmacias y asegurarse de que el calendario de citas estuviera actualizado.

Los pacientes estarían esperando afuera de la puerta en el momento en que abrieran a las ocho. El resto del día estaría dedicado a tareas diversas, incluyendo tomar signos vitales, sacar sangre, poner vacunas, hacer citas y cumplir con las demandas a menudo irrazonables de los enfermeros y médicos.

Su trabajo aquí como una enfermera práctica con licencia no era nada glamoroso. Aun así, ella amaba lo que hacía. Era muy gratificante ayudar a las personas que de lo contrario no podrían pagar por atención médica. Sabía que salvaban vidas aquí, incluso con los servicios básicos que ofrecían.

Cindy sacó las llaves de la clínica de su cartera y abrió la puerta de vidrio. Entró rápidamente y cerró la puerta con llave detrás de ella. Alguien la abriría de nuevo a las ocho. Luego introdujo un código para desactivar la alarma del edificio inmediatamente.

Mientras caminaba por la sala de espera, algo captó su atención. Era un objeto pequeño tirado en el suelo. En la luz tenue, no podía ver lo que era.

Prendió las luces de arriba. El objeto en el piso era una rosa.

Caminó hacia ella y la recogió. La rosa no era real. Era artificial, hecha de tela barata. ¿Pero qué estaba haciendo aquí?

Probablemente se le había caído a un paciente ayer. Pero, ¿por qué nadie la había recogido después de que la clínica cerrara a las cinco p.m.?

¿Por qué *ella* no la había visto ayer? Había esperado hasta que la mujer de la limpieza terminara. Había sido la última en salir y estaba segura de que la rosa no había estado allí.

Entonces vino una descarga de adrenalina y una explosión de puro miedo. Sabía lo que significaba la rosa. Ella no estaba sola. Sabía que tenía que salir de allí. No tenía un segundo que perder.

Pero a lo que se dio la vuelta para correr hacia la puerta, una mano fuerte agarró su brazo por detrás, deteniéndola. No había tiempo para pensar. Tenía que dejar que su cuerpo actuara por sí solo.

Levantó su codo y se dio la vuelta, lanzando todo su peso al lado y hacia atrás. Sintió su codo golpear una superficie dura pero flexible. Oyó un gemido feroz y fuerte y sintió el peso del cuerpo de su atacante inclinándose sobre ella.

¿Había tenido suerte y golpeado su plexo solar? No podía darse la vuelta para verlo. No había tiempo—unos segundos, si acaso.

Corrió hacia la puerta. Pero el tiempo se detuvo, y sintió que no estaba corriendo. Sintió que estaba corriendo a través de gelatina espesa y clara.

Finalmente llegó a la puerta e intentó jalarla para abrirla. Pero, por supuesto, la había cerrado con llave después de entrar.

Buscó a tientas frenéticamente en su cartera hasta que encontró sus llaves. Entonces sus manos temblaron tanto que no pudo sostenerlas. Cayeron al suelo. El tiempo se había estirado aún más mientras se inclinó y las recogió. Buscó entre las llaves hasta que encontró la correcta. Luego metió la llave en la cerradura.

Era inútil. Su mano era inútil por estar temblando. Se sentía como si su cuerpo la estaba traicionando.

Por último, su ojo alcanzó ver un poco de movimiento afuera. En la acera, más allá del estacionamiento, una mujer estaba paseando a su perro. Todavía agarrando las llaves, levantó sus puños y golpeó contra el vidrio increíblemente duro. Abrió la boca para gritar.

Pero su voz fue ahogada por algo apretado a través de su boca, tirando dolorosamente en las esquinas. Era de tela, un trapo o un pañuelo o una bufanda. Su agresor la había amordazado con fuerza despiadada e implacable. Sus ojos se abrieron, pero en vez de un grito, todo lo que pudo emitir fue un horrible gemido.

Bajó sus brazos, y las llaves se cayeron otra vez de su mano. Fue jalada hacia atrás, lejos de la luz a un mundo oscuro y turbio de terror repentino e inimaginable.

Capítulo 16

“¿Te sientes algo fuera de lugar?” preguntó Bill.

“Sí”, dijo Riley. “Y estoy segura de que nos vemos fuera de lugar, también”.

Una mezcla aparentemente al azar de muñecas y personas estaban sentadas en el mueble tapizado de cuero del vestíbulo ostentoso. Las personas —en su mayoría mujeres y algunos hombres—estaban bebiendo té y café y conversando uno con el otro. Muñecas de diversos tipos, tanto hombres como mujeres, se sentaron entre ellos como niños que se comportaban perfectamente. Riley pensó que parecía algún tipo extraño de reunión familiar en la que ninguno de los niños eran reales.

Riley no pudo evitar mirar la extraña escena fijamente. Con ninguna otra pista a la cual seguir, ella y Bill habían decidido venir aquí, a esta convención de muñecas, con la esperanza de que podría toparse con alguna pista.

“¿Están registrados?” preguntó.

Riley se volvió a ver a un guardia de seguridad mirando la chaqueta de Bill, sin duda habiendo detectado su arma oculta. El guardia colocó su mano cerca de su propia pistola.

Pensó que con tanta gente alrededor, el guardia tenía buena razón para preocuparse. Un francotirador loco podría causar un caos en un sitio como este.

Bill le enseñó su placa. “FBI”, dijo.

El guardia se echó a reír.

“No puedo decir que estoy sorprendido”, dijo.

“¿Por qué no?” preguntó Riley.

El guardia sacudió la cabeza.

“Porque esta es la cantidad más grande de personas extrañas que he visto en un solo lugar”.

“Sí”, dijo Bill, estando de acuerdo. “Y no todas son personas”.

El guardia se encogió de hombros y respondió: “Puedes *apostar* que alguien ha hecho algo aquí que no deberían haber hecho”.

El hombre tiró su cabeza hacia un lado y luego al otro, analizando la sala.

“Estaré feliz cuando todo haya terminado”. Entonces se alejó, viéndose desconfiado y alerta.

Mientras caminaba con Bill por un pasillo adyacente, Riley no estaba segura de lo que preocupaba tanto al guardia. En general, los asistentes

parecían más excéntricos que amenazadores. Las mujeres a la vista oscilaban entre jóvenes y ancianos. Algunas se veían severas y ariscas, mientras que otras parecían abiertas y amistosas.

“Dime otra vez lo que esperas encontrar aquí”, murmuró Bill.

“No estoy segura”, Riley admitió.

“Tal vez estás tomándote muy en serio lo de las muñecas”, dijo, claramente nada feliz de estar aquí. “Blackwell fue espeluznante sobre muñecas, pero no era el perpetrador. Y ayer nos enteramos que a la primera víctima ni siquiera le gustaban las muñecas”.

Riley no respondió. Bill bien podría tener razón. Pero cuando le había mostrado un folleto anunciando esta convención, de alguna manera no pudo evitar venir. Quería intentarlo de nuevo.

Los hombres que Riley vio solían verse estudiosos y profesoriales, la mayoría de ellos usando gafas y más que algunos de ellos tenían perillas. Ninguno de ellos parecía ser capaz de cometer asesinato. Pasó a una mujer sentada que amorosamente estaba meciendo una muñeca en brazos, cantándole una canción de cuna. Un poco más lejos, una anciana entablaba una conversación con un mono de muñeco de tamaño real.

Bueno, Riley pensó, si están sucediendo cosas raras.

Bill sacó el folleto del bolsillo de su chaqueta y lo ojeó mientras caminaban.

“¿Sucederá algo interesante?” le preguntó Riley.

“Charlas, conferencias, talleres, ese tipo de cosas. Algunos grandes fabricantes están aquí para actualizar a los dueños de tiendas sobre las tendencias y manías. Y hay algunas personas que parecen haberse vuelto famosas en la escena de las muñecas. Estarán dando charlas de uno u otro tipo”.

Entonces Bill se echó a reír.

“Oye, hay una conferencia con un título muy loco”.

“¿Cuál es?”

“La Construcción Social del Género Victoriano en Muñecas de Porcelana de Época. Empezará en unos minutos. ¿Vamos a echarle un ojo?”

Riley se echó a reír también. “Estoy segura de que no entenderíamos ni una palabra. ¿Algo más?”

Bill negó con la cabeza. “No, en realidad no. Nada que nos ayudaría a comprender los motivos de un asesino sádico, de todos modos”.

Riley y Bill se mudaron la siguiente gran sala abierta. Era un gigantesco

laberinto de cabinas y mesas, donde cada clase concebible de muñeca o marioneta estaba en exhibición. Oscilaban entre tan pequeñas como un solo dedo a tamaño real, desde antiguas a recién salidas de la fábrica. Algunos de ellos estaban caminando y algunos estaban hablando, pero la mayoría de ellos sólo estaban parados o sentados, mirando hacia los espectadores que se agrupaban delante de cada una.

Por primera vez Riley vio que habían niñas reales presentes: nada de niños, solo niñas pequeñas. La mayoría estaban bajo la supervisión inmediata de sus padres, pero algunas estaban sueltas en pequeños grupos rebeldes, poniendo nerviosos a los exhibidores.

Riley recogió una cámara en miniatura de una mesa. La etiqueta adjunta afirmó que funcionaba. En el mismo contador había pequeños periódicos, peluches, bolsos, carteras y mochilas. En la siguiente mesa había bañeras de tamaño de muñeca, así como otros accesorios sanitarios.

La estación de camisetas imprimía camisas para muñecas y para personas de tamaño real, pero el salón de belleza era para muñecas solamente. El ver tantas pelucas cuidadosamente peinadas hizo que Riley sintiera escalofríos. El FBI ya había encontrado los fabricantes de las pelucas de las escenas de crimen y sabía que eran vendidas en innumerables tiendas por todas partes. Verlas alineadas de tal forma le trajo a Riley imágenes que sabía que otras personas aquí no compartían. Imágenes de mujeres muertas, desnudas, sentadas posadas como muñecas con pelucas mal ajustadas hechas de pelo de muñecas.

Riley se sentía segura de que esas imágenes jamás se irían de su mente. Mujeres siendo tratadas tan cruelmente, pero tan cuidadosamente posadas para representar...algo que no podía precisar. Pero por supuesto esa era la razón por la cual ella y Bill estaban aquí.

Caminó hacia adelante y habló con la joven alegre que parecía estar a cargo del salón de belleza para muñecas.

“¿Venden estas pelucas aquí?” preguntó Riley.

“Por supuesto”, respondió la mujer. “Ésas son sólo para exhibición, pero tengo unas nuevas en cajas. ¿Cuál te gustaría?”

Riley no estaba segura de qué decir ahora. “¿Peinas estas pequeñas pelucas?” preguntó finalmente.

“Podemos cambiar el estilo para ti. Es un pequeño cargo adicional”.

“¿Qué tipo de personas las compran?” dijo Riley. Quería preguntar si algunos tipos raros habían estado por aquí para comprar pelucas para

muñecas.

La mujer la miró, con los ojos abiertos. “No estoy segura de lo que quieres decir”, dijo. “Todo tipo de personas las compran. A veces traen una muñeca que ya tienen para cambiarle el pelo”.

“Quiero decir, ¿los hombres a menudo las compran?” preguntó Riley.

La joven parecía estar claramente incómoda ahora. “No que yo sepa”, dijo. Se volteó abruptamente para atender a un nuevo cliente.

Riley sólo se quedó parada allí por un momento. Se sentía como un idiota, acosando a alguien con este tipo de preguntas. Era como si había empujado su propio mundo oscuro en uno que debía ser dulce y sencillo.

Sintió un toque en el brazo. Bill dijo, “No creo que vas a encontrar al perpetrador aquí”.

Riley podría sentir su cara sonrojarse. Pero al darse la vuelta para alejarse del salón de belleza de muñecas, notó que no era la única señora extraña que los exhibidores tenían que lidiar. Casi tropezó a una mujer desesperadamente agarrando una muñeca recién comprada, llorando apasionadamente, al parecer de alegría. En otra mesa, un hombre y una mujer habían se habían puesto a discutir sobre cuál de ellos llegaría a comprar un artículo de coleccionista particularmente raro. Estaban jalando la mercancía, de una manera que amenazaba con partirla por la mitad.

“Ahora empiezo a ver por qué ese guardia de seguridad estaba preocupado”, dijo Bill.

Vio que Bill estaba observando atentamente a alguien cerca.

¿Qué?” le preguntó.

“Échale un vistazo a ese chico”, dijo Bill, asintiendo con la cabeza hacia un hombre parado en una exhibición cercana de muñecas grandes en vestidos adornados. Tenía unos treinta años y era bastante guapo. A diferencia de la mayoría de los hombres aquí, él no se veía estudioso o erudito. En cambio, aparentaba ser un hombre de negocios próspero y seguro, adecuadamente vestido con un traje caro y corbata.

“Se ve tan fuera de lugar como nosotros”, murmuró Bill. “¿Por qué un hombre como ese está jugando con muñecas?”

“No lo sé”, respondió Riley. “Pero también parece que podría contratar a un compañero de juegos real si quisiera”. Miró al empresario por un momento. Se había detenido para mirar una exhibición de pequeñas muñecas de niñas en vestidos adornados. Miró a su alrededor, como para asegurarse de que nadie estuviera mirando.

Bill le dio la espalda al hombre y se inclinó hacia adelante, como si estuviera conversando animadamente con Riley. “¿Qué está haciendo ahora?”

“Mirando la mercancía”, dijo. “De una manera que realmente no me gusta”.

El hombre se inclinó hacia una muñeca y la contempló de cerca—quizás un poco demasiado de cerca—y sus labios se volvieron en una sonrisa. Entonces escaneó a los demás en la habitación de nuevo.

“O en busca de posibles víctimas”, añadió.

Riley estaba segura de que había detectado algo furtivo en la manera del hombre mientras tocaba el vestido de la muñeca, examinando la tela de manera sensual.

Bill miró al hombre otra vez. “Dios”, murmuró. “¿No es este tipo espeluznante?”

Riley sintió frío. Racionalmente, sabía perfectamente bien que ese hombre no podía ser el asesino. Después de todo, ¿cuáles eran las posibilidades de que se lo encontraran en un sitio público como este? Sin embargo, en ese momento Riley estaba convencida de que estaba en la presencia del mal.

“No lo pierdas de vista”, dijo Riley. “Si se porta lo suficientemente raro, le haremos algunas preguntas”.

Pero después, la realidad alejó esos pensamientos oscuros. Una niña de cinco años de edad llegó corriendo al hombre.

“Papi”, le dijo.

La sonrisa del hombre se expandió, y su rostro irradiaba inocentemente con amor. Le mostró a su hija la muñeca que había encontrado, y aplaudió sus manos y se echó a reír con deleite. Se la entregó y ella la abrazó firmemente. El padre sacó su cartera para pagarle al vendedor.

Riley sofocó un gemido.

Mis instintos fallan de nuevo, ella pensó.

Vio que Bill estaba escuchando a alguien en su teléfono celular. Se volvió hacia ella, su expresión afligida.

“Se ha llevado a otra mujer”.

Capítulo 17

Riley maldijo en voz baja al entrar al estacionamiento al lado de un edificio largo y de techo plano. Tres personas con chaquetas del FBI estaban parados afuera, hablando con varios policías locales.

“Esto no puede ser bueno”, dijo Riley. “Ojalá hubiéramos llegado aquí antes de que las hordas descendieran”.

“De verdad que sí”, dijo Bill, estando de acuerdo.

Les habían dicho que una mujer había sido secuestrada dentro de esta pequeña clínica médica, temprano esta mañana.

“Al menos estamos llegando antes que las otras veces”, dijo Bill. “Tal vez tenemos la posibilidad de encontrarla viva”.

Riley estuvo de acuerdo con lo que dijo Bill. En los casos anteriores, nadie había sabido exactamente cuándo o dónde había sido secuestrada la víctima. Las mujeres solo habían desaparecido y más tarde aparecido muertas, acompañadas por señales crípticas de la forma de pensar del asesino.

Tal vez será diferente esta vez, ella pensó.

Estaba aliviada de que alguien había visto lo suficiente del delito para llamar al 911. La policía local sabía sobre una alerta para un secuestrador y un asesino en serie, y habían llamado al FBI. Todos estaban suponiendo que todo esto era obra del mismo desviado.

“Todavía nos lleva la delantera”, dijo Riley. “Si realmente es él. Este no es el tipo de lugar que esperaba que nuestro perpetrador agarrara a alguien”.

Había pensado que el asesino acecharía en un garaje o una aislada pista para correr. Tal vez incluso en un vecindario mal iluminado.

“¿Por qué una clínica comunitaria?” preguntó. “¿Y por qué durante el día? ¿Por qué arriesgarse entrando al edificio?”

“No parece una elección al azar”, Bill dijo, estando de acuerdo. “Vamos a empezar entonces”.

Riley se estacionó lo más cerca de la zona con cinta que pudo. Cuando ella y Bill se bajaron del carro, reconoció al Agente Especial Encargado, Carl Walder.

“Esto es *realmente* malo”, Riley le murmuró a Bill mientras caminaban hacia el edificio.

Riley no pensaba mucho de Walder—un hombre infantil con la cara pecosa y pelo rizado color cobre. Ni Riley, ni Bill habían trabajado

personalmente en un caso donde él era el encargado, pero tenía una mala reputación. Otros agentes dijeron que era el peor tipo de jefe, alguien que no tenía idea de lo que estaba haciendo y por lo tanto estaba más decidido a afirmar su autoridad.

Para empeorar las cosas para Riley y Bill, Walder excedía hasta su jefe de equipo, Brent Meredith. Riley no sabía cuántos años tenía Walder, pero estaba segura que había subido por la cadena alimentaria de FBI demasiado rápido para su propio bien, o para el de cualquiera otra persona.

En cuanto a lo que sabía Riley, era un ejemplo clásico del Principio de Peter en el trabajo. Walder había alcanzado el nivel de su incompetencia con éxito.

Walder caminó hacia adelante para encontrarse con Riley y Bill.

“Agentes Paige y Jeffreys, me alegro que pudieran llegar”, dijo.

Sin sutilezas, Riley se adelantó y le preguntó a Walder la pregunta que la estaba molestando.

“¿Cómo sabemos que es el mismo perpetrador que se llevó a las otras tres mujeres?”

“Por esta razón”, dijo Walder, sosteniendo una bolsa de evidencia con una rosa de tela barata. “Estaba tirada en el piso adentro”.

“Ay, mierda”, dijo Riley.

La Oficina ha sido cuidadosa en no filtrar a la prensa los detalles de su MO—de cómo había dejado rosas en las escenas donde él había posado los cuerpos. No era la obra de un imitador o de un nuevo asesino.

“¿Quién fue esta vez?” preguntó Bill.

“Su nombre es Cindy MacKinnon”, dijo Walder. “Es una enfermera practicante registrada. Fue secuestrada cuando entró temprano para arreglar todo en la clínica”.

Luego Walder señaló a los otros dos agentes, una mujer joven y un hombre aún más joven. “Tal vez han conocido a los Agentes Craig Huang y Emily Creighton. Se unirán a ustedes en este caso”.

Bill murmuró audiblemente, “Qué—”

Riley hincó a Bill en las costillas para silenciarlo.

“Huang y Creighton ya han sido informados”, añadió Walder. “Saben lo mismo sobre los asesinatos que ustedes”.

Riley gruñó silenciosamente. Quería decirle a Walder que no, que Huang y Creighton no sabían *tanto* como ella. Ni tanto como Bill. No pueden saber lo mismo sin haber pasado tanto tiempo en las escenas del crimen, o sin haber

pasado incontables horas revisando evidencia. No habían hecho la misma inversión profesional que ella y Bill en el caso. Y estaba segura de que ninguno de estos jóvenes había convocado la mente de un asesino para tener una idea de su experiencia.

Riley respiró profundamente para apaciguar su rabia.

“Con el debido respeto, señor”, dijo, “el Agente Jeffreys y yo tenemos un muy buen manejo del caso y tendremos que trabajar rápidamente. Ayuda extra...no ayudará”. Casi había dicho que la ayuda adicional sólo los frenaría, pero logró detenerse a tiempo. No tenía sentido insultar a los chicos.

Riley detectó un rastro de una sonrisa en la cara infantil de Walder.

“Con el debido respeto, Agente Paige”, él contestó, “el Senador Newbrough no está de acuerdo”.

El corazón de Riley se hundió. Recordó su desagradable entrevista con el Senador y algo que había dicho. *“Quizás no lo sepas, pero tengo buenos amigos en las altas esferas de la Agencia”*.

Aparentemente Walder había sido uno de esos “buenos amigos”.

Walder levantó su barbilla y habló con autoridad prestada. “El Senador dice que te está costando captar la magnitud total de este caso”.

“Temo que el Senador está dejando que sus emociones obtengan lo mejor de él”, dijo Riley. “Es comprensible, y me solidarizo. Él está angustiado. Piensa que el asesinato de su hija fue político o personal, o ambos. Obviamente no lo era”.

Walder entrecerró los ojos con escepticismo.

“¿Cómo es obvio?”, dijo. “Parece obvio para mí que tiene razón”.

Riley no podía creer lo que está oyendo.

“Señor, la hija del Senador fue la tercera mujer de lo que ahora son cuatro”, dijo. “Su marco de tiempo se ha extendido más de dos años. Es pura coincidencia que su hija pasó a ser una de las víctimas”.

“Me permito disentir”, dijo Walder. “Y también los Agentes Huang y Creighton”.

Como si fuera una señal, la Agente Emily Creighton empezó a hablar.

“¿Este tipo de cosas no ocurre de vez en cuando?”, dijo. “¿Que a veces un perpetrador arreglará otro asesinato antes de matar a su víctima? ¿Sólo para que parezca que es en serie y no personal?”

“Este último secuestro podría servir el mismo propósito”, agregó el Agente Craig Huang. “Un señuelo final”.

Riley logró no poner los ojos en blanco por la ingenuidad de los niños.

“Esa es una vieja, vieja historia”, dijo. “Una obra de ficción. No sucede en la vida real”.

“Bueno”, Walder dijo en un tono autoritario, “sucedió *esta vez*”.

“No tenemos tiempo para esto”, dijo Riley. Su paciencia se había agotado. “¿Tenemos algún testigo?”

“Uno”, dijo Walder. “Greta Tedrow llamó al 911 pero realmente no vio mucho. Está sentada adentro. La recepcionista está allí también, pero ella no lo vio suceder. A lo que llegó a las 8:00, los policías ya estaban aquí”.

A través de las puertas de cristal de la clínica, Riley pudo ver a dos mujeres sentadas en la sala de espera. Una era una mujer delgada en ropa deportiva, con un cocker spaniel con una correa al lado de ella. La otra era grande, de mediana edad y de aspecto hispano.

“¿Han entrevistado a la Sra. Tedrow?” Riley le preguntó a Walder.

“Está demasiado conmocionada para hablar”, dijo Walder. “La llevaremos de vuelta a la Unidad de Análisis de Conducta”.

Riley no pudo evitar poner los ojos en blanco esta vez. ¿Por qué hacer que un testigo inocente se sienta como sospechoso? ¿Por qué ser un abusón, como si eso no la conmocionaría más?

Ignorando el gesto de Walder de protesta, abrió una de las puertas y entró.

Bill la siguió, pero le dejó la entrevista a Riley mientras que revisaba un par de oficinas adyacentes y luego se asomó en la sala de espera.

La mujer con el perro miraba ansiosamente a Riley.

“¿Qué está pasando?” preguntó Greta Tedrow. “Estoy lista para responder a sus preguntas. Pero nadie me está preguntando nada. ¿Por qué no puedo irme a casa?”

Riley estaba sentada en una silla junto a ella y le dio unas palmaditas a su mano.

“Se irá a casa, Srta. Tedrow, y pronto”, dijo. “Soy la Agente Paige, y le preguntaré unas cosas ahora mismo”.

Greta Tedrow asintió temblorosamente. El cocker spaniel solo estaba allí en el piso mirando a Riley en una manera amistosa.

“Buen perro”, dijo Riley. “Muy bien educado. ¿Cuántos años tiene él, o es hembra?”

“Es macho. Su nombre es Toby. Tiene cinco años de edad”.

Riley acercó su mano al perro. Con el permiso silencioso del animal, ella acarició su cabeza ligeramente.

La mujer asintió un agradecimiento tácito. Riley sacó su lápiz y su bloc

de notas.

“Ahora, tómate tu tiempo, no te apresures”, dijo Riley. “Dime con tus propias palabras cómo sucedió. Trata de recordar todo lo que puedas”.

La mujer habló lenta y dificultosamente.

“Estaba paseando a Toby”. Apuntó afuera. “Veníamos de la esquina más allá de las coberturas, por allá. Apenas tenía la clínica a la vista. Pensé que oí algo. Miré. Había una mujer en la puerta de la clínica. Ella estaba golpeando el vidrio. Creo que su boca estaba amordazada. Entonces alguien la jaló hacia atrás, fuera de la vista”.

Riley le dio unas palmaditas a la mano de la mujer otra vez.

“Lo está haciendo genial, Srta. Tedrow”, dijo. “¿Vio su atacante?”

La mujer luchó con su memoria.

“No vi su rostro”, dijo. “No *podía* ver su rostro. La luz estaba encendida en la clínica, pero...”

Riley podría ver un destello de un recuerdo cruzar el rostro de la mujer.

“Ay”, dijo la mujer. “Llevaba un pasamontañas oscuro”.

“Muy bien. ¿Qué pasó después?”

La mujer se agitó un poco más.

“No me detuve para pensar. Saqué mi teléfono celular y llamé al 911. Parecía que pasó mucho tiempo antes de que me pude comunicar con un operador. Estaba en el teléfono hablando con el operador cuando una camioneta salió rápidamente de la parte de atrás del edificio. Sus neumáticos chillaron a lo que salió del estacionamiento, y cruzó a la izquierda”.

Riley estaba tomando notas rápidamente. Estaba consciente de que Walder y sus dos jóvenes favoritos habían entrado en la sala y estaban parados allí, pero ella no les hizo caso.

“¿Qué tipo de camioneta?”

La mujer se tocó la frente. “Una Dodge Ram, creo. Sí, eso es correcto. Bastante vieja, tal vez de los noventa. Estaba muy sucia, pero creo que era de un color azul marino muy oscuro. Y tenía algo en la parte de atrás. Como una caravana, solamente que no era una caravana. Como uno de esos de aluminio con ventanas”.

“¿Una tapa de aluminio?” Riley sugirió.

La mujer asintió con la cabeza. “Creo que se llaman así”.

Riley estaba contenta e impresionada por la memoria de la mujer.

“¿Un número de licencia?” preguntó Riley.

La mujer parecía un poco desconcertada.

“No, no lo vi”, dijo, sonando decepcionada consigo misma.

“¿Ni siquiera una letra o número?” preguntó Riley.

“Lo siento, pero no lo vi. No sé cómo no pude fijarme”.

Walder susurró intensamente en el oído de Riley.

“Tenemos que llevarla a la Unidad de Análisis de Conducta”, dijo.

Se echó para atrás un poco cuando Riley se puso de pie.

“Muchas gracias Srta. Tedrow”, dijo Riley. “Eso es todo por hoy. ¿Ya la policía tomó su información de contacto?”

La mujer asintió con la cabeza.

“Entonces váyase a casa a descansar un poco”, dijo Riley. “Estaremos en contacto pronto”.

La mujer sacó a su perro de la clínica y se dirigió a casa. Walder parecía dispuesto a explotar de rabia y exasperación.

“¿Qué diablos fue eso?” exigió. “Dije que teníamos que llevarla a la Unidad de Análisis de Conducta”.

Riley se encogió de hombros. “No puedo imaginar por qué haríamos eso”, dijo. “Tenemos que seguir en este caso y ella nos ha dicho todo que puede.

“Quiero que uno de los hipnotizadores trabajen con ella. Para ayudarla a recordar el número de placa. Está en su cerebro en alguna parte”.

“Agente Walder”, dijo Riley, tratando de no sonar tan impaciente como ella sentía, “Greta Tedrow es uno de los testigos más observantes que he entrevistado en mucho tiempo. Dijo que no vio el número de placa, no 'se fijó'. Ni siquiera un número. Eso la molestaba. No supo cómo no pudo fijarse. Viniendo de alguien con una memoria tan aguda como la suya, eso solo puede significar una cosa”.

Ella hizo una pausa, desafiando a Walder a que adivinara cuál podría ser esa “cosa”. Podía notar por su expresión vacía que no tenía ni idea.

“No *había* ninguna matrícula para ver”, dijo finalmente. “El atacante o la había retirado o había sido enturbiada e ilegible. Todo que vio fue un espacio en blanco donde debería haber estado la placa. Si una placa legible hubiera estado allí, esa mujer habría pillado al menos una parte de ella”.

Bill dejó escapar un resoplido de admiración silenciosa. Riley quería callarlo, pero pensó que eso solo empeoraría las cosas. Decidió cambiar de tema.

“¿Han sido contactados los parientes de la víctima?” preguntó Walder.

Walder asintió. “Su marido. Estuvo aquí por unos minutos. Pero no pudo

más. Lo enviamos a casa. Vive a unas cuadras de distancia. Mandaré a los Agentes Huang y Creighton a entrevistarlos”.

Los dos agentes más jóvenes habían estado parados hablando de algo con entusiasmo. En ese momento, se dieron la vuelta hacia Riley, Bill y Walder. Parecían estar muy felices con ellos mismos.

“Emily—eh, la Agente Creighton y yo desciframos todo”, dijo Huang. “No había rastro de un asalto, nada parecido a entrada forzada. Significa que el perpetrador tiene conexiones locales. De hecho, él conoce a alguien que trabaja en esta clínica. Quizás hasta trabaje aquí”.

“De alguna manera obtuvo las llaves”, Creighton agregó. “Tal vez las robó, o quizás las tomó prestado y les sacó copia, algo así. Y se sabía el código de la alarma. Entró y salió sin que se encendiera. Entrevistaremos al personal con eso en mente”.

“Y sabemos a quién estamos buscando”, dijo Huang. “Alguien con algún tipo de resentimiento contra el Senador Newbrough”.

Riley se tragó su ira. Estos dos estaban saltando a conclusiones infundadas. Por supuesto, podrían tener razón. ¿Pero qué habían pasado por alto? Miró alrededor de la sala de espera de la clínica y al pasillo contiguo y una posibilidad diferente se formó en su mente. Se dio la vuelta hacia la recepcionista hispana.

“*Perdóneme, señora*”, le dijo a la mujer. “*¿Dónde está el cuarto de provisiones?*”

“*Allá,*” dijo la mujer, señalando a una puerta del pasillo.

Riley fue a la puerta y la abrió. Miró adentro, luego se dirigió a Walder y dijo: “Puedo decirles exactamente cómo entró al edificio. Él entró por aquí”.

Walder se veía molesto. Por lo contrario, parecía cualquier cosa menos que molesto Bill—positivamente encantado, de hecho. Riley sabía que a Bill tampoco le caía nada bien Walder. Sin duda estaba deseando ver a Walder obtener una buena lección sobre el trabajo de detective.

Los dos jóvenes agentes miraron dentro de la puerta abierta, luego se volvieron hacia Riley.

“No lo entiendo”, se quejó Emily Creighton.

“Es sólo un armario”, hizo eco Craig Huang.

“Miren esas cajas en la parte posterior”, dijo Riley. “No toquen nada”.

Bill y Walder se unieron a la agrupación de personas que estaban mirando dentro del armario de suministros grande. Vendajes y suministros de papel estaban almacenados en estantes anchos. La ropa de los médicos estaba

apilada en una zona. Pero varias grandes cajas en el piso parecían fuera de lugar. Aunque todo lo demás en el armario estaba arreglado perfectamente, esas cajas estaban colocadas en ángulos extraños y había espacio visible detrás de ellas.

“Cajas alejadas de la pared de fondo”, comentó Bill. “Alguien podría haberse escondido allí muy fácilmente”.

“Traigan al equipo de evidencias”, Walder le dijo a los agentes más jóvenes. Luego le preguntó a Riley, “¿Cuál es tu teoría?”

Su cerebro estaba haciendo clic mientras el escenario rápidamente tomó forma para ella. Comenzó a exponerlo.

“Él llegó ayer a la clínica”, dijo. “Probablemente tarde en el día, a cierta hora especialmente ocupada. En medio del bullicio de los pacientes, le pidió a la recepcionista algo simple. Una prueba de presión arterial, tal vez. Y *ella* bien pudo haber sido la enfermera que le administró esa prueba—Cindy MacKinnon, la mujer que había estado acechando, la mujer que llegó aquí a secuestrar. Habría disfrutado eso”.

“No puedes estar segura de eso”, dijo Walder.

“No”, dijo Riley, estando de acuerdo. “Y por supuesto que no daría su nombre real, pero haz que alguien compruebe los registros de la clínica de sus servicios a cualquier persona que el personal no reconozca. De hecho, debemos comprobar todos los pacientes de ayer”.

Eso tomaría tiempo, ella lo sabía. Pero tenían que seguir cada posibilidad tan rápido como podían. Tenían que detener a este hombre.

“Estuvo aquí”, dijo Riley, “mezclándose con todos los pacientes. Tal vez alguien recuerde algo raro. Y cuando nadie estuvo mirando, se las arregló para entrar en este armario para suministros”.

“No es almacenamiento de drogas y no veo nada que sea lo suficientemente valioso para robar”, agregó Bill. “Así que probablemente no es revisado con mucho cuidado”.

“Entró por el espacio apretado bajo del estante inferior y se colocó detrás de esas cajas”, dijo Riley. “El personal no tenía idea que estaba allí. La clínica cerró a la hora habitual, y todos se fueron a casa sin darse cuenta. Cuando estaba seguro de que todo el mundo se había ido, el perpetrador empujó las cajas a un lado, se salió y se acomodó. Esperó toda la noche. Adivino que durmió bien”.

Entró el equipo de evidencias, y los agentes se echaron a un lado para dejarlos buscar pelos, huellas digitales o cualquier otra cosa que pudiera tener

ADN o dar alguna otra pista.

“Podrías tener razón”, murmuró Walder. “Nosotros también tendríamos que revisar cualquier lugar en el que podría haber estado durante la noche. Eso significa en todas partes”.

“Es la solución más simple”, dijo Riley. “Esa generalmente es la mejor”.

Se colocó sus guantes de plástico y caminó por el pasillo, mirando en cada habitación. Uno era un salón de personal, con un sofá cómodo.

“Aquí es donde pasó la noche”, dijo ella con una sensación de certeza.

Walder miró adentro. “Nadie entre aquí hasta que el equipo lo haya revisado”, dijo, haciendo todo lo posible para sonar eficiente.

Riley volvió a la sala de espera. “Ya él estaba aquí cuando Cindy MacKinnon llegó esta mañana, justo a su hora habitual. La agarró”.

Riley señaló hacia el final del pasillo.

“Luego salió con ella por la entrada trasera. Tenía su camioneta esperando justo allá afuera”.

Riley cerró los ojos por un momento. Casi podía verlo en su mente, una imagen oscura que ella no podía enfocar. Si llamara la atención, alguien se diera cuenta. Así que no era extremo en apariencia. No obeso, no inusualmente alto o bajito, ningún peinado extraño, no marcado por tatuajes impares o colores. Estaría vestido con ropa muy gastada, pero nada que se identificaría con un trabajo en particular. Ropa casual vieja. Sería natural para él, pensó. Así era cómo se vestía generalmente.

“¿Cuál es su conexión con estas mujeres?” ella murmuró. “¿De dónde viene su furia?”

“Lo descubriremos”, Bill dijo firmemente.

Walder ahora estaba completamente callado. Riley sabía por qué. La teoría recargada del protegido de que el secuestrador tenía una conexión interna ahora parecía perfectamente ridícula. Cuando Riley habló otra vez, fue en un tono que casi era condescendiente.

“Agente Walder, valoro el espíritu juvenil de sus dos agentes”, ella dijo. “Están aprendiendo. Se harán buenos en estos algún día. Realmente creo eso. Pero creo que mejor nos deje la entrevista del esposo al Agente Jeffreys y a mí”.

Walder suspiró y asintió su cabeza muy levemente, fue apenas visible.

Sin más, Riley y Bill dejaron la escena del secuestro. Tenía algunas preguntas importantes para el esposo de la víctima.

Capítulo 18

Mientras condujo a la dirección que la recepcionista de la clínica le había dado, Riley sintió su temor habitual de tener que entrevistar a los familiares o cónyuges de las víctimas. De alguna manera sentía que esta vez iba a ser peor que de costumbre. Pero el secuestro era fresco.

“Quizás esta vez, la encontraremos antes de que él la mate”, ella dijo.

“Si el equipo de evidencias puede obtener una pista sobre este tipo”, respondió Bill.

“De alguna manera, dudo que va a aparecer en cualquier base de datos”. La imagen que Riley estaba formando en su mente no era de un delincuente habitual. Esta cosa era profundamente personal para el asesino de alguna manera que ella no había podido identificar. Lo descifraría, estaba segura de ello. Pero tenía que descubrirlo lo suficientemente rápido para detener el terror y la agonía que Cindy estaba pasando ahora mismo. Nadie debería tener que soportar el dolor de ese cuchillo... o de esa oscuridad... de ese fuego abrasador...

“Riley”, dijo Bill, “es justo allí”.

Riley regresó al presente. Detuvo el carro sobre y detalló el vecindario a su alrededor. Era un poco destartado, pero más cálido e invitador por ello. Era la clase de zona de alquileres asequibles donde los jóvenes sin mucho dinero podrían perseguir sus sueños.

Por supuesto, Riley sabía que el vecindario no permanecería de esta manera. El aburguesamiento entraría en cualquier momento. Pero quizás eso sea bueno para una galería de arte. Si la víctima llegaba a casa viva.

Riley y Bill se bajaron del carro y se acercaron a la pequeña galería. Una hermosa escultura estaba exhibida en la ventana delantera detrás de un cartel que anunciaba “CERRADO”.

El apartamento de la pareja quedaba en el segundo piso. Riley sonó el timbre, y ella y Bill esperaban unos momentos. Se preguntaba quién iba a venir a la puerta.

Cuando abrió la puerta, estuvo aliviada al ser recibida por el rostro compasivo de la especialista de víctimas del FBI, Beverly Chaddick. Riley había trabajado con Beverly antes. La especialista había tenido este trabajo por al menos veinte años, y tenía una manera maravillosa de tratar con familiares y víctimas angustiadas.

“Necesitamos hacerle algunas preguntas al Sr. MacKinnon”, dijo Riley. “Espero que quiera hacerlo”.

“Sí”, dijo ella. “Pero no se pasen con él”.

Beverly llevó a Bill y Riley arriba al pequeño apartamento.

Inmediatamente le pareció a Riley que era desgarradoramente alegre, decorado con un maravilloso espacio de pinturas y esculturas. La gente que vivía aquí le encantaba celebrar la vida y todas sus posibilidades. ¿Se habrá acabado eso ahora? Su corazón dolía por la joven pareja.

Nathaniel MacKinnon, un hombre en sus últimos veinte, estaba sentado en la sala y el comedor combinado. Su languidez lo hacía verse aún más roto por dentro.

Beverly anunció en una voz suave, “Nathaniel, los Agentes Paige y Jeffreys están aquí”.

El joven miró a Bill y Riley con expectación. Su voz estaba llena de desesperación.

“¿Encontraron a Cindy? ¿Está bien? ¿Está viva?”

Riley se dio cuenta de que no podía decir nada útil. Estaba más agradecida todavía de que Beverly estaba aquí, y que ella ya había establecido una relación con el marido angustiado.

Beverly se sentó al lado de Nathaniel MacKinnon.

“Nadie sabe nada todavía, Nathaniel”, dijo. “Están aquí para ayudar”.

Bill y Riley se sentaron cerca.

Riley le preguntó, “Sr. MacKinnon, ¿su esposa le ha dicho algo recientemente de sentirse temerosa o amenazada?”

Sacudió la cabeza.

Bill agregó, “Esta es una pregunta difícil, pero tenemos que preguntar. ¿Usted o su esposa tienen enemigos, alguien quien podría querer hacerles daño?”

Parecía tener dificultades para entender la pregunta.

“No, no”, tartamudeó. “Mira, a veces hay unas pequeñas peleas en mi tipo de trabajo. Pero son simplemente cosas estúpidas, disputas entre artistas, no con personas que harían algo como...”

Se detuvo en medio de la oración.

“Y todo el mundo... *ama* a Cindy”, dijo.

Riley detectó su ansiedad e incertidumbre acerca de utilizar el tiempo presente. Sintió que interrogar a este hombre probablemente era inútil y posiblemente insensible. Ella y Bill probablemente deben cortar las cosas y

dejar la situación en manos de Beverly.

Mientras tanto, sin embargo, Riley miró alrededor del apartamento, tratando de recoger el menor rastro de una pista.

Claramente pudo notar que Cindy y Nathaniel MacKinnon no tenían hijos. El apartamento no era lo suficientemente grande y, además, las obras circundantes eran cualquier cosa menos a prueba de niños.

Sin embargo, sospechaba que la situación no era la misma como con Margaret y Roy Geraty. El instinto de Riley le dijo que Cindy y Nathaniel no tenían hijos por elección, y solo temporalmente. Estaban esperando el momento adecuado, más dinero, una casa más grande, un estilo de vida más establecido.

Pensaban que tenían todo tipo de tiempo del mundo, pensó Riley.

Pensó en su conjetura temprana de que el asesino iba en contra de las madres. Una vez más se preguntó cómo ella podría haberse equivocado de tal manera.

Notó algo más sobre el apartamento. No había fotografías en ningún lugar de Nathaniel o Cindy. Esto no era especialmente sorprendente. Como pareja, estaban más interesados en la creatividad de otros que en fotos de sí mismos. Eran cualquier cosa menos narcisistas.

Sin embargo, Riley sintió la necesidad de obtener una imagen más clara de Cindy.

“Sr. MacKinnon”, preguntó con cautela, ¿tiene alguna fotografía reciente de su esposa?”

La miró vacíamente por un momento. Entonces su expresión se tornó alegre.

“Pues claro”, dijo. “Tengo una nueva aquí en mi celular”.

Buscó la fotografía en su teléfono y se la pasó a Riley.

El corazón de Riley saltó a su garganta cuando la vio. Cindy MacKinnon estaba sentada con una niña de tres años en su regazo. Tanto ella como la niña estaban brillando con deleite mientras sostenían una muñeca bien vestida entre ellas.

Le tomó a Riley un momento para empezar a respirar otra vez. La mujer secuestrada, una niña y una muñeca. No había estado equivocada. Al menos no en todo. Tenía que haber una conexión entre este asesino y las muñecas.

“Sr. MacKinnon, ¿quién es la niña en esta foto?” Riley le preguntó, tan tranquilamente como pudo.

“Esa es la sobrina de Cindy, Gale”, respondió Nathaniel MacKinnon. “Su

madre es la hermana de Cindy, Becky”.

“¿Cuándo fue tomada esta fotografía?” preguntó Riley.

El hombre se detuvo a pensar. “Creo que Cindy me la envió el viernes”, dijo. “Sí, estoy seguro que me la envió ese día. Fue en la fiesta de cumpleaños de Gale. Cindy ayudó a su hermana con la fiesta. Salió temprano del trabajo para ayudarla”.

Riley luchó con sus pensamientos, insegura por un momento qué preguntar ahora.

“¿La muñeca fue un regalo para la sobrina de Cindy?” preguntó.

Nathaniel asintió. “A Gale le encantó. Eso alegró mucho a Cindy. Le encanta ver a Gale feliz. La niña es casi como una hija para ella. Me llamó de una vez para decirme. Luego me envió la fotografía”.

Riley luchó para mantener su voz firme. “Es una muñeca encantadora. Puedo ver por qué Gale estaba tan feliz con ella”.

Vaciló otra vez, mirando la imagen de la muñeca como si pudiera decirle lo que era que necesitaba saber. Seguramente esa sonrisa pintada, esos ojos azules vacíos, tenían la clave a sus preguntas. Ni siquiera sabía qué preguntar ahora.

Con el rabillo del ojo pudo ver a Bill mirándola atentamente.

¿Por qué un brutal asesino posaría a sus víctimas para que parecieran muñecas?

Finalmente Riley le preguntó, “¿Sabes dónde compró Cindy la muñeca?”

Nathaniel se veía realmente perplejo. Incluso Bill parecía sorprendido. Sin duda se preguntaba a dónde Riley iba con esto. La verdad es que Riley no estaba totalmente segura tampoco.

“No tengo ni idea”, dijo Nathaniel. “No me lo dijo. ¿Es eso importante?”

“No estoy segura”, Riley admitió. “Pero creo que quizás sí lo sea”.

Ahora Nathaniel se estaba agitando más. “No entiendo. ¿De qué trata todo esto? ¿Estás diciendo que mi esposa fue secuestrada por la muñeca de una niña?”

“No, no estoy diciendo eso”. Riley intentó parecer tranquila y convincente. Notó que, por supuesto, ella *sí* estaba diciendo eso. Pensó que su esposa probablemente fue secuestrada por la muñeca de una niña, a pesar de que eso no tenía sentido en absoluto.

Nathaniel estaba visiblemente angustiado. Riley vio que Beverly Chaddick, la especialista de víctimas que estaba sentada cerca, la estaba mirando inquieta. Con un leve movimiento de su cabeza, Beverly parecía

estar tratando de comunicar que Riley debía de no ser tan dura con el esposo angustiado. Riley se recordó que entrevistar a las víctimas y sus familias no era su fuerte.

Tengo que tener cuidado, se dijo a sí misma. Pero también sintió una urgente necesidad de apresurarse. La mujer estaba en cautiverio. Enjaulada o atada, eso no importaba. No le quedaba mucho tiempo para vivir. ¿Este era un momento donde debería retenerse ante cualquier fuente de información?

“¿Hay alguna forma de averiguar dónde Cindy la compró?” Riley preguntó, tratando de hablar en un tono más suave. “En caso de que necesitemos esa información”.

“Cindy y yo guardamos algunos recibos”, dijo Nathaniel. “Solo para los gastos deducibles de impuestos. No creo que guardara el recibo de un regalo familiar. Pero revisaré”.

Nathaniel fue a un armario y bajó una caja de zapatos. Se sentó de nuevo y abrió la caja, que estaba llena de recibos de papel. Empezó a revisarlos, pero sus manos temblaban incontrolablemente.

“No creo que puedo hacerlo”, dijo.

Beverly suavemente le alejó la caja.

“Está bien, Sr. MacKinnon”, dijo. “Yo lo buscaré”.

Beverly comenzó a rebuscar en la caja. Nathaniel estaba cerca de lágrimas.

“No entiendo”, dijo con una voz quebrada. “Solo compró un regalo. Podría haber sido cualquier cosa. De cualquier lugar. Creo que estaba considerando varias posibilidades, pero finalmente decidió comprar la muñeca”.

Riley se sentía asqueada. De alguna manera, decidir comprar una muñeca había llevado a Cindy MacKinnon directo a una pesadilla. ¿Si hubiera decidido comprar un animal de peluche en su lugar, estaría en casa hoy, viva y feliz?

“¿Por favor me pueden explicar todo esto de las muñecas?” Nathaniel insistió.

Riley sabía que el hombre merecía una explicación. No podía pensar en una forma suave de decirlo.

“Creo que—” ella comenzó con la voz entrecortada. “Creo que el secuestrador de su esposa—puede estar obsesionado con las muñecas”.

Estaba consciente de las respuestas instantáneas de los demás en la sala. Bill negó con la cabeza y bajó la mirada. La cabeza de Beverly se movió en

estado de shock. Nathaniel la miró con una expresión de desesperación.

“¿Qué te hace pensar eso?” preguntó con una voz conmovida. “¿Qué sabes de él? ¿Qué no me estás diciendo?”

Riley buscó una respuesta útil, pero pudo ver una realización terrible en sus ojos.

“Ha hecho esto antes, ¿cierto?”, dijo. “Han habido otras víctimas. ¿Tiene que ver con—?”

Nathaniel luchó para recordar algo.

“Ay, Dios mío. He estado leyendo sobre ello en las noticias. Un asesino en serie. Mató a otras mujeres. Sus cuerpos aparecieron en el Parque Mosby, y en ese parque nacional cerca de Daggett y en alguna parte alrededor de Belding”.

Se inclinó y comenzó a sollozar incontrolablemente.

“Piensas que Cindy es su próxima víctima”, sollozó. “Piensas que ya está muerta”.

Riley negó con la cabeza.

“No”, dijo Riley. “No, no creemos eso.”

“¿Entonces *qué* creen?”

Los pensamientos de Riley estaban desordenados. ¿Qué podría decirle? ¿Que su esposa probablemente estaba viva, pero totalmente aterrorizada y a punto de ser horriblemente torturada y mutilada? ¿Y que los rasguños y las puñaladas continuarían—hasta que Cindy fuera rescatada o la matara, lo que viniera primero?

Riley abrió la boca para hablar, pero ninguna palabra salió. Beverly se inclinó hacia adelante y colocó una mano en el brazo de Riley. La cara de la especialista todavía era cálida y acogedora, pero sus dedos eran bastante firmes.

Beverly habló muy despacio, como si explicándole algo a un niño.

“No puedo encontrar el recibo”, dijo. “No está aquí”.

Riley entendió el significado tácito de Beverly. Con sus ojos, Beverly le estaba diciendo que la entrevista se había salido de control, y que era hora de que se fuera.

“Me encargaré ahora”, dijo Beverly en un susurro apenas audible.

Riley le susurró de vuelta, “Gracias. Lo siento”.

Beverly sonrió y asintió con la cabeza con empatía.

Nathaniel estaba sentado con el rostro enterrado en sus manos. Ni siquiera miró a Riley cuando ella y Bill se pusieron de pie para irse.

Salieron del apartamento y bajaron por las escaleras a la calle. Se montaron en el carro de Riley pero no arrancaron el motor. Sentía sus propias lágrimas manando.

No sé a dónde ir, pensó. No sé qué hacer.

Parecía ser la historia de su vida estos días.

“Tiene que ver con muñecas, Bill”, dijo. Estaba tratando de explicar su nueva teoría a sí misma tanto como a él. “Definitivamente tiene algo que ver con muñecas. ¿Recuerdas lo que nos dijo Roy Geraty en Belding?”

Bill se encogió de hombros. “Dijo que a su primera esposa, Margaret, no le gustaban las muñecas. Las ponían triste, dijo. Dijo que a veces la hacían llorar”.

“Sí, porque no podía tener hijos”, dijo Riley. “Pero dijo algo más. Dijo que todo tipo de amigos y familiares estaban teniendo hijos propios. Dijo que siempre tenía que ir a baby showers y a ayudar con las fiestas de cumpleaños”.

Riley podría ver por la expresión de Bill que estaba empezando a comprender ahora.

“Así que a veces tenían que *comprar* muñecas”, dijo. “Incluso si la hacían sentirse triste”.

Riley golpeó el volante con su puño.

“Todas habían comprado muñecas”, dijo. “Las *vio* comprando muñecas. Y las vio comprar las muñecas en el mismo lugar, en la misma tienda”.

Bill asintió. “Tenemos que encontrar esa tienda”, dijo.

“Sí”, dijo Riley. “En algún lugar en nuestra área de más de mil millas cuadradas, hay una tienda de muñecas que todas las mujeres secuestradas visitaron. Y él fue allí también. Si la podemos encontrar, quizás—sólo quizás—podemos encontrarlo”.

En ese momento, sonó el celular de Bill.

“¿Aló?”, dijo. “Sí, Agente Walder, habla Jeffreys”.

Riley sofocó un gemido. Se preguntaba qué tipo de molestia Walder iba a causarles ahora.

Vio la boca de Bill abrirse, sorprendido.

“Dios”, dijo. “Dios. Está bien. Está bien. Ya vamos para allá”.

Bill terminó la llamada y miró fijamente a Riley, estupefacto durante unos segundos.

“Walder y esos niños que trajo”, dijo. “Lo encontraron y lo arrestaron”.

Capítulo 19

Riley y Bill llegaron a la Unidad de Análisis de Conducta para encontrar a Walder esperándolos en la puerta.

“Lo tenemos”, dijo Walder, escoltándolos dentro del edificio. “Tenemos al tipo”.

Riley podía escuchar euforia y alivio en su voz.

“¿Cómo?”, le preguntó.

“Agente Paige, seriamente has subestimado a Huang y Creighton”, dijo Walder. “Después que se fueron, la recepcionista les dijo sobre un tipo espeluznante que había estado pasando el rato en la clínica recientemente. Su nombre es Darrell Gumm. Pacientes mujeres se habían quejado de él. Siempre se acercaba demasiado a ellas, dijeron, no respetando su espacio personal. También les dijo algunas cosas muy desagradables. Y una o dos veces realmente se coló en el baño de las mujeres”.

Riley estaba analizando todo, comparándola con sus propias hipótesis sobre el perpetrador. *Podría ser él*, pensó. Sintió una oleada de emoción subiendo por su garganta.

Bill le preguntó a Walder, “¿Nadie en la clínica llamó a la policía por Gumm?”

“Dejaron que su propio tipo de seguridad lidiara con él. La guardia le dijo a Gumm que se mantuviera alejado. En este tipo de instalaciones a veces llegan tipos raros. Pero Huang y Creighton estuvieron atentos de la descripción. Se dieron cuenta que sonaba como el chico que buscábamos. Consiguieron su dirección de la recepcionista, y todos nos dirigimos a su apartamento”.

“¿Cómo saben que es él?” preguntó Riley.

“Confesó”, dijo Walder firmemente. “Le sacamos una confesión”.

Riley comenzó a sentir alivio. “¿Y Cindy MacKinnon?” preguntó.

“¿Dónde está?”

“Estamos trabajando en ello”, dijo Walder.

El alivio de Riley desapareció. “¿Qué quieres decir ‘trabajando en ello’?” preguntó.

“Tenemos a agentes de campo buscando en todo el vecindario. No pensamos que se la podría haber llevado muy lejos. De todos modos, nos lo va a contar muy pronto. Está hablando mucho”.

Más les vale que sea este tipo, pensó Riley. Cindy MacKinnon

simplemente tenía que estar viva. No podían perder a otra mujer inocente por este retorcido. Su línea de tiempo estaba agotándose, pero seguramente no estaría muerta tan poco después del secuestro. No había tenido el placer de torturarla todavía.

Bill le preguntó a Walder, ¿Dónde está el sospechoso ahora?”

Walder señaló el camino. “Lo tenemos en el centro de detención”, dijo. “Vamos. Voy para allá ahora”.

Walder les contó todo mientras caminaban a través de la Unidad de Análisis de Conducta al edificio donde se retenían a los sospechosos.

“Cuando le mostramos nuestras placas”, Walder dijo en tono grave, “nos invitó a entrar y a acomodarnos. Hijo de puta seguro de sí mismo”.

Riley pensó que eso sonaba bien. Si Darren Gumm era realmente el perpetrador, la llegada de los agentes pudo haber sido el desenlace que él había estado esperando. Podría haber pretendido quedar atrapado, después de un juego muy inteligente del gato y el ratón con las autoridades de dos años. Tal vez la recompensa que él había estado esperando era la fama, mucho más que quince minutos de fama.

El problema era, Riley sabía, que todavía podía usar a su última prisionera para jugar con todos. Y bien podría ser el tipo que hiciera tal cosa.

“Ojalá hubieras visto su casa”, continuó Walder. “Un hueco sucio pequeño de una habitación, con un sofá plegable y un pequeño baño que apestaba. Y, en las paredes, absolutamente en todas partes, tiene recortes de prensa sobre agresiones y violaciones y asesinatos de todo el país. Ninguna señal de una computadora, está totalmente fuera del mapa, pero tengo que decir, tiene una base de datos analógica de criminalidad psicopática que muchos departamentos de policía envidiaría”.

“Y déjame adivinar”, añadió Bill. “Tenía muchas historias sobre nuestros asesinatos—prácticamente toda la información que se ha hecho pública sobre ellos en estos dos años”.

“Pues sí”, dijo Walder. “Creighton y Huang le hicieron unas preguntas, y actuó demasiado sospechoso. Finalmente Huang le preguntó qué sabía sobre Cindy MacKinnon y se quedó callado. Era evidente que sabía a quién nos referíamos. Teníamos lo suficiente para arrestarlo. Y él confesó casi tan pronto como lo trajimos aquí”.

En ese momento, Walder condujo a Riley y a Bill a una pequeña sala con una ventana unidireccional que daba a una sala de interrogatorios.

El interrogatorio ya había empezado. En un lado de la mesa estaba

sentada la Agente Emily Creighton. El Agente Craig Huang caminaba de un lado a otro detrás de ella. Riley pensó que los dos agentes jóvenes realmente parecían más capaces que antes. Darrell Gumm estaba al otro lado de la mesa. Sus muñecas estaban esposadas a la mesa.

Riley se sintió asqueada por él inmediatamente. Era un sapito de hombre, en sus treinta, de textura mediana y algo rechoncho. Pero parecía lo suficientemente robusto para ser una amenaza física plausible, sobre todo para mujeres indefensas tomadas por sorpresa. Su frente estaba inclinada bruscamente hacia atrás, haciendo que su cráneo pareciera de algún homínido extinto. Su barbilla era prácticamente inexistente. Con todo, ciertamente cualificaba para las expectativas de Riley. Y su confesión parecía envolver las cosas.

“¿Dónde está?” Creighton le gritó a Gumm.

Riley podía notar por el crujido impaciente en la voz de Creighton que ya le había hecho esa pregunta muchas veces.

“¿Dónde está quién?” Gumm preguntó en una voz alta y desagradable. Su expresión estaba llena de desprecio y de insolencia.

“Deja de jugar con nosotros”, dijo Huang agudamente.

“No tengo que decir nada sin un abogado presente, ¿cierto?” dijo Gumm.

Creighton asintió. “Ya te dijimos eso. Traeremos un abogado cuando pidas uno. Sigues diciendo que no lo quieres. Ese también es tu derecho. Puedes renunciar al derecho de tener un abogado. ¿Has cambiado de parecer?”

Gumm inclinó su cabeza y miró al techo, pensativo.

“Déjame pensarlo. No, no lo creo. Aún no”.

Huang se inclinó sobre la mesa hacia él, tratando de parecer amenazante.

“Lo preguntaré por última vez”, dijo. “¿En dónde escondiste la camioneta?”

Gumm se encogió de hombros. “Y lo *diré* por última vez— ¿qué camioneta? No tengo una camioneta. Ni siquiera tengo carro. Mierda, ni siquiera tengo una licencia de conducir”.

Hablando en voz baja, Walder le informó a Riley y a Bill, “Esa última parte es verdad. No tiene licencia, ni registro de votantes, ninguna tarjeta de crédito, nada de nada. Realmente vive fuera del mapa. No es de extrañar que la camioneta no tuviera placa. Probablemente la robó. Pero no la pudo haber llevado lejos en el tiempo que tuvo. Tiene que estar cerca de su apartamento”.

El Agente Creighton estaba mirando a Gumm ahora con el ceño fruncido.

“Crees que esto es divertido, ¿verdad?”, dijo. “Tienes a una pobre mujer atada en alguna parte. Ya admitiste eso. Está muy asustada, y apuesto a que está hambrienta y sedienta. ¿Cuánto tiempo la vas a dejar sufriendo? ¿Realmente estarías dispuesto a dejarla morir así?”

Gumm se rio burlonamente.

“¿Es esta la parte dónde me golpean?” preguntó. “¿O es cuándo me dicen que pueden hacerme hablar sin dejar ninguna marca visible?”

Riley había intentado quedarse callada, pero no pudo contenerse más.

“No están preguntando las preguntas correctas”, dijo.

Pasó a Walder y se dirigió a la puerta que daba a la sala de interrogatorios.

“Espera, Agente Paige”, ordenó Walder.

Ignorándolo, Riley entró a la sala. Corrió hacia la mesa, colocó ambas manos sobre ella y se inclinó íntimamente hacia Gumm.

“Dime, Darrell”, gruñó. “¿Te gustan las muñecas?”

Por primera vez, la cara de Darrell demostró un rastro de alarma.

“¿Quién demonios eres tú?”, preguntó.

“Soy alguien a quien no le quieres mentir”, dijo Riley. “¿Te gustan las muñecas?”

Los ojos de Darrell recorrieron la sala.

“No sé”, dijo. “¿Muñecas? Son lindas, supongo”.

“Ay, crees que son más que lindas, ¿no?” dijo Riley. “Fuiste ese tipo de muchacho cuando eras pequeño, el tipo que le gustaba jugar con muñecas, el tipo que todos los niños se burlaban”.

Darrell se volvió hacia el espejo que estaba en su lado de la ventana de un solo sentido.

“Sé que hay alguien allí atrás”, dijo, sonando asustado ahora. “¿Alguien podría alejar a esta loca de mí?”

Riley caminó alrededor de la mesa, empujó a Huang a un lado y ahora estaba parada justo al lado de Gumm. Luego empujó su cara hacia su rostro. Él se inclinó hacia atrás, tratando de escapar de su mirada. Pero ella no le da espacio para respirar. Sus rostros estaban solo a tres o cuatro pulgadas de distancia.

“¿Y todavía te gustan las muñecas, no?” dijo Riley, golpeando su puño contra la mesa. “Muñecas para niñas. Te gusta quitarles la ropa. Te gusta verlas desnudas. ¿Qué te gusta hacer con ellas cuando están desnudas?”

Los ojos de Darrell se abrieron.

Riley sostuvo a su mirada por un largo momento. Ella vaciló, tratando de leer su expresión claramente. ¿Fue ese desprecio o repugnancia que hizo que cambiara su expresión de esa manera?

Abrió la boca para preguntar más, pero la puerta de la sala de interrogatorios se abrió detrás de ella. Oyó la voz severa de Walder.

“Agente Paige, quiero que salga de aquí ahora mismo”.

“Deme sólo un minuto”, dijo.

“¡Ahora!”

Riley se quedó parada sobre Gumm en silencio por un momento. Ahora sólo la miraba desconcertado. Miró y vio que Huang y Creighton estaban mirándola, incrédulos y estupefactos. Entonces se dio la vuelta y siguió a Walder a la sala contigua.

“¿Qué diablos fue eso?” Walder exigió. “Estás pasándote. No quieres que este caso cierre. *Está* cerrado. Supéralo. Todo lo que tenemos que hacer ahora es encontrar la víctima”.

Riley gimió en voz alta.

“Creo que están equivocados”, dijo. “No creo que este individuo reacciona a las muñecas de la manera en que lo haría el asesino. Necesito más tiempo para estar segura”.

Walder la miró fijamente por un momento, luego sacudió la cabeza.

“Este realmente no ha sido tu día, ¿cierto Agente Paige?”, dijo. “De hecho, diría que no has estado en tu máximo desempeño en todo este caso. Eh, bueno *sí* tuviste razón sobre una cosa. Gumm no parece haber tenido una conexión con el Senador, ni política, ni personal. Bueno, eso no importa mucho. Estoy seguro de que el Senador estará satisfecho que trajimos al asesino de su hija ante la justicia”.

Riley casi no pudo contener su temperamento.

“Agente Walder, con todo respeto—”, comenzó.

Walder interrumpió. “Y ese es tu problema, Agente Paige. Me has faltado gravemente el respeto. Y estoy cansado de tu insubordinación. No te preocupes, no presentaré un informe negativo. Has hecho un buen trabajo en el pasado y te estoy dando el beneficio de la duda ahora. Estoy seguro de que todavía estás traumatizada por todo lo que pasaste. Pero puedes volver a casa ahora. Manejaremos las cosas desde aquí”.

Luego Walder le dio unas palmaditas a Bill en el hombro.

“Me gustaría que te quedaras, Agente Jeffreys”, dijo.

Bill estaba echando humo ahora. “Si ella se va, yo me voy”, gruñó.

Bill condujo a Riley hacia fuera en el pasillo. Walder salió de la sala para verlos irse. Pero a corta distancia por el pasillo, Riley supo algo con certeza. La cara del sospechoso había mostrado disgusto, estaba segura de eso ahora. Sus preguntas sobre muñecas desnudas no le habían emocionado. Sólo lo habían confundido.

Riley estaba temblando toda. Ella y Bill continuaron su camino afuera del edificio.

“Él no es el tipo”, le dijo suavemente a Bill. “Estoy segura de eso”.

Bill miró hacia atrás, sorprendido, y ella se detuvo y lo miró fijamente con toda intensidad.

“*Ella* todavía está por ahí”, añadió. “Y no tienen ni idea donde está”.

*

Mucho tiempo después de que oscureciera, Riley caminaba de un lado a otro en su casa, reproduciendo todos los detalles del caso en su mente. Había incluso enviado correos electrónicos y mensajes de texto en un esfuerzo por alertar a miembros de la Oficina que Walder había arrestado al hombre que no era.

Había llevado a Bill a casa y había llegado tarde otra vez a buscar a April. Riley estaba agradecida de que April no había hecho un alboroto esta vez. Aún sumisa por el incidente de la marihuana, April había sido incluso hasta agradable mientras comieron y hablaron.

La medianoche vino y se fue, y Riley se sentía como si su mente iba en círculos. No estaba logrando nada. Necesitaba a alguien con quien hablar, alguien con quien compartir ideas. Pensó en llamar a Bill. Seguramente a él no le importaría recibir llamadas tan tarde.

Pero no, necesitaba a alguien más, alguien con ideas que no eran fáciles, alguien en cuyo juicio ella confiaba por experiencias pasadas.

Por último, se dio cuenta de que era ese alguien.

Llamó a un número en su teléfono celular y fue consternada al escuchar un mensaje grabado.

“Has contactado a Michael Nevins. Por favor deje un mensaje en el tono”.

Riley respiró profundamente y luego dijo, “¿Mike, podemos hablar? Si estás allí, contesta por favor. Es realmente una emergencia”.

Nadie respondió. No estaba sorprendida de que no estuviera disponible.

Trabajaba a toda hora a menudo. Sólo deseaba que esta no fuera una de esas veces.

Finalmente dijo, “Estoy trabajando en un caso horrible, y creo que tal vez eres la única persona que me puede ayudar. Conduciré hasta tu oficina a primera hora mañana por la mañana. Espero que te parezca bien. Como dije, es una emergencia”.

Finalizó la llamada. No había nada más que podría hacer ahora mismo. Sólo esperaba poder dormir un poco.

Capítulo 20

El sillón era cómodo y el entorno era elegante, pero la suave iluminación en la oficina de Mike Nevins no hizo nada para levantar los espíritus de Riley. Cindy aún estaba desaparecida. Sólo Dios sabía lo que le estaba sucediendo ahora mismo. ¿Estaba siendo torturada? ¿Cómo Riley había sido torturada?

Los agentes que buscaban el vecindario no la hallaron, incluso después de 24 horas. Eso no sorprendió a Riley. Sabía que buscaban en el área equivocada. El problema fue que ni ella ni nadie tenían ninguna pista de la zona correcta. No quería pensar en cuán lejos se la había llevado el asesino, o si todavía estaba viva.

“Estamos perdiéndola, Mike”, dijo Riley. “Con cada minuto que pasa, está sufriendo más. Se acerca más a la muerte”.

“¿Qué te hace tan segura de que tienen al hombre equivocado?” el psiquiatra forense Michael Nevins le preguntó.

Siempre inmaculadamente arreglado y con una camisa cara con un chaleco, Nevins tenía una imagen meticulosa y quisquillosa. A Riley le agradaba más por eso. Le parecía refrescante. Se habían conocido hace una década, cuando fue un consultor en un caso de alto perfil del FBI en el que ella trabajó. Su oficina estaba en D.C., así que no se reunían a menudo. Pero a lo largo de los años, a menudo notaban que juntar sus instintos y sus conocimientos profundos les daba una visión única de mentes desviadas. Había conducido a verlo a primera hora esta mañana.

“¿Dónde empiezo?” Riley respondió.

“Tómate tu tiempo”, dijo.

Bebió de la taza de delicioso té caliente que él le había dado.

“Lo vi”, dijo. “Le pregunté algunas cosas, pero Walder no me dejó pasar tiempo con él”.

“¿Y no encaja con tu perfil?”

“Mike, este chico Darrell Gumm es un aspirante”, continuó. “Tiene algún tipo de fantasía sobre psicópatas. Quiere ser uno. Quiere ser famoso por ello. Pero no tiene lo que se necesita. Es espeluznante, pero no es un asesino. Sólo que ahora puede actuar su fantasía perfectamente. Es su sueño hecho realidad”.

Mike se acarició la barbilla, pensativo. “¿Y no crees que el verdadero asesino quiere fama?”

Dijo, “Podría estar interesado en la fama, y quizás hasta la desee, pero no es lo que lo motiva. Es impulsado por algo más, algo más personal. Las víctimas representan algo, y él disfruta de su dolor debido a lo que representan. No son elegidas al azar”.

“¿Entonces cómo?”

Riley negó con la cabeza. Deseaba poder ponerlo en palabras mejor.

“Tiene algo que ver con muñecas, Mike. El hombre está obsesionado con ellas. Y las muñecas tienen algo que ver con cómo selecciona a las mujeres”.

Luego suspiró. En este punto, incluso no sonaba convincente para ella. Y, sin embargo, estaba segura que iba por el camino correcto.

Mike se quedó callado por un momento. Luego dijo: “Sé que tienes un talento para reconocer la naturaleza del mal. Siempre he confiado en tus instintos. Pero si tienes razón, este sospechoso tiene a todo el mundo engañado. Y no todos los agentes del FBI son unos tontos”.

“Pero algunos de ellos lo son”, dijo Riley. “No puedo sacar de mi mente a la mujer que secuestró ayer. Sigo pensando en lo está pasando ahora mismo”. Entonces soltó la razón de su visita con el psiquiatra. “Mike, ¿podrías interrogar a Darrell Gumm? Adivinarías su intención en un segundo”.

Mike se veía sorprendido. “No me llamaron para este caso”, dijo. “Revisé el caso esta mañana y me dijeron que el Dr. Ralston lo entrevistó ayer. Al parecer está de acuerdo en que Gumm es el asesino. Incluso logró que Gumm firmara una confesión escrita. El caso está cerrado para la Oficina. Piensan que ahora sólo tienen que encontrar a la mujer. Están seguros de que pueden hacer que Gumm hable”.

Riley puso los ojos en blanco con exasperación.

“Pero Ralston es un charlatán”, dijo. “Es el lameculos de Walder. Llegará a ninguna conclusión que Walder quiera”.

Mike no dijo nada. Sólo le sonrió a Riley. Riley estaba bastante segura de que Mike pensaba lo mismo que ella sobre Ralston. Pero era demasiado profesional para decirlo.

“No he sido capaz de descifrar este caso”, dijo Riley. “¿Por lo menos leerás los archivos y me dirás lo que piensas?”

Mike parecía estar perdido en sus pensamientos. Luego dijo: “Hablemos de ti un poco. ¿Cuánto tiempo llevas de vuelta en el trabajo?”

Riley tenía que pensar en eso. Este caso la había consumido, pero todavía era nuevo.

“Alrededor de una semana”, dijo.

Inclinó la cabeza con preocupación. “Estás presionándote demasiado. Siempre lo haces”.

“El hombre mató a una mujer en ese tiempo y secuestró a otra. Me debí haber quedado en el caso cuando vi su trabajo por primera vez hace seis meses. Nunca debí haberlo abandonado”.

“Fuiste interrumpida”.

Sabía que se estaba refiriendo a su propia captura y tortura. Había pasado horas describiéndosela a Mike y la había ayudado a lidiar con eso.

“Estoy de vuelta ahora. Y otra mujer está en problemas”.

“¿Con quién estás trabajando ahora?”

“Con Bill Jeffreys otra vez. Es buenísimo, pero su imaginación no es tan activa como la mía. Tampoco ha descifrado nada”, dijo.

“¿Cómo te va con eso? ¿Estar con Jeffreys cada día?”

“Bien. ¿Por qué no lo estaría?”

Mike la miró tranquilamente por un momento, luego se inclinó hacia ella con una expresión de preocupación.

“Quiero decir, ¿estás segura de que tu cabeza está despejada? ¿Segura que estás en este juego? Supongo que lo que estoy preguntando es, ¿cuál criminal realmente estás buscando?”

Riley entrecerró los ojos, un poco sorprendida por este aparente cambio de tema.

“¿Qué quieres decir con cuál?” preguntó.

“¿El nuevo, o el viejo?”

Un silencio cayó entre ellos.

“Creo que tal vez estás realmente aquí para hablar de ti”, dijo Mike suavemente. “Sé que te ha costado creer que Peterson murió en la explosión”.

Riley no sabía qué decir. No esperaba esto; no esperaba que las cosas cambiaran de esta manera.

“Eso es irrelevante”, dijo Riley.

“¿Y tus medicinas, Riley?” preguntó Mike.

Otra vez, Riley no respondió. No se había tomado su tranquilizante recetado durante días. No quería que afectara su concentración.

“No estoy seguro que me gusta a dónde vas con esto”, dijo Riley.

Mike tomó un largo sorbo de su taza de té.

“Estás cargando con un montón de equipaje emocional”, dijo. “Te divorciaste este año, y estoy consciente de que tus sentimientos acerca de esto están en conflicto. Y, por supuesto, perdiste a tu madre de una manera

horrible y trágica hace todos esos años.

El rostro de Riley se llenó de irritación. No quería hablar de esto.

“Hablamos de las circunstancias de tu propio secuestro”, continuó Mike. “Empujaste los límites. Tomaste un riesgo enorme. Tus acciones fueron bastante imprudentes”.

“Logré que Marie escapara”, dijo.

“A un gran costo para ti”.

Riley respiró profundamente.

“Estás diciendo que tal vez me lo busqué”, dijo. “Porque mi matrimonio se vino abajo, debido a cómo murió mi madre. Estás diciendo que quizás me lo merecía. Así que atraje esto a mí misma. Me puse a mí misma en esta situación”.

Mike sonrió con una sonrisa comprensiva.

“Sólo estoy diciendo que necesitas analizarte ahora mismo. Pregúntate lo que realmente está sucediendo adentro”.

Riley luchó para respirar, luchando contra las lágrimas. Mike tenía razón. Se había estado preguntando todas estas cosas. Por eso sus palabras la estaban golpeando tan duro. Pero había estado ignorando todos esos pensamientos medio sumergidos. Y ya era hora de que averiguara si nada de eso era cierto.

“Estaba haciendo mi trabajo, Mike”, dijo en una voz conmovida.

“Lo sé”, dijo. “No fue tu culpa. ¿Sabes eso? Es el sentimiento de culpa el que me preocupa. Atraes lo que sientes que mereces. Creas tus propias circunstancias de vida”.

Riley se puso de pie, incapaz de oír más.

“Yo no fui secuestrada, Doctor, porque lo atraje”, dijo. “Fui secuestrada porque existen psicópatas”.

*

Riley se apresuró a la salida más cercana que daba al patio abierto. Era un día de verano hermoso. Tomó varias respiraciones largas y lentas, calmándose un poco. Luego se sentó en un banco y enterró su cabeza en sus manos.

En ese momento su celular zumbó.

Marie.

Su instinto le dijo enseguida que la llamada era urgente.

Riley contestó y escuchó nada excepto jadeos convulsivos.

“Marie”, dijo Riley, preocupada, “¿qué pasa?”

Por un momento, Riley sólo escuchó sollozos. Marie estaba obviamente en un estado peor.

“Riley”, dijo Marie finalmente, “¿lo encontraste? ¿Has estado buscándolo? ¿*Alguien* ha estado buscándolo?”

Los espíritus de Riley se hundieron. Marie estaba hablando de Peterson, por supuesto. Quería asegurarle que estaba realmente muerto, que había muerto en la explosión. Pero, ¿cómo podía decirlo tan positivamente cuando ella misma tenía dudas? Recordó lo que la técnico forense Betty Richter le había dicho hace unos días de las probabilidades de que Peterson estaba realmente muerto.

Diría un 99 por ciento.

Esa cifra no había calmado a Riley. Y era lo último que Marie quería o necesitaba escuchar ahora mismo.

“Marie”, dijo Riley miserablemente, “no hay nada que pueda hacer”.

Marie dejó escapar un gemido de desesperación que congeló a Riley por completo.

“¡Ay, Dios, entonces sí *es él!*” exclamó. “No puede ser nadie más”.

Los nervios de Riley se pusieron de punta. “¿De qué estás hablando, Marie? ¿Qué pasó?”

Marie empezó a hablar rápidamente.

“Te *dije* que él me había estado llamando. Desconecté mi teléfono fijo, pero de alguna manera encontró mi número de teléfono celular. Me llama todo el tiempo. No dice nada, sólo llama y respira, pero sé que es él. ¿Quién más puede ser? Y ha estado aquí, Riley. Ha estado en mi casa”.

Riley se sintió cada vez más alarmada.

“¿Qué quieres decir?” preguntó.

“Oigo ruidos en la noche. Lanza cosas a la puerta y a la ventana de mi dormitorio. Piedritas, creo”.

El corazón de Riley saltó al recordar las piedritas en su puerta principal. ¿Era posible que Peterson realmente estuviera vivo? ¿Estaban en peligro otra vez?

Sabía que tenía que elegir sus palabras cuidadosamente. Marie estaba tambaleando claramente en un borde extremadamente peligroso.

“Voy para allá, Marie”, dijo. “Y haré que la Oficina le haga seguimiento a todo esto”.

Marie soltó una risa áspera, amarga y desesperada.

“¿Seguimiento?” dijo. “Olvídalo, Riley. Lo has dicho ya. No hay nada que puedas hacer. No vas a hacer nada. Nadie va a hacer nada. Nadie *puede* hacer nada”.

Riley se montó en su carro y puso el teléfono en altavoz para poder manejar y hablar al mismo tiempo.

“Quédate en el teléfono”, dijo, mientras prendió su carro, rumbo a Georgetown. “Vengo por ti”.

Capítulo 21

Riley luchó contra el tráfico mientras intentaba mantener a Marie en la línea. Condujo a través de un cruce después de que una luz amarilla se cambiara a roja; estaba conduciendo peligrosamente y lo sabía. Pero, ¿qué otra cosa podía hacer? Estaba en su propio coche, no en un vehículo de agencia, así que no tenía luces, ni sirenas.

“Voy a colgar, Riley”, dijo Marie por quinta vez.

“¡No!” Riley gritó una vez más, reprimiendo una oleada de desesperación. “Quédate en el teléfono, Marie”.

La voz de Marie sonaba cansada ahora.

“Ya no puedo hacer esto más”, dijo. “Sálvate a ti misma si puedes, pero yo realmente no puedo hacer esto. Me cansé de esto. Lo detendré todo ahora mismo”.

Riley se sentía lista para explotar de pánico. ¿Qué quería decir Marie? ¿Qué iba a hacer?

“Sí *puedes* hacerlo, Marie”, dijo Riley.

“Adiós, Riley”.

“¡No!” Riley gritó. “Sólo espera. ¡Espera! Eso es todo lo que tienes que hacer. Ya voy a llegar”.

Estaba conduciendo mucho más rápido que el flujo de tráfico, moviéndose entre las calles como una loca. Otros conductores le tocaron la bocina.

“No cuelgues”, Riley exigió ferozmente. “¿Me escuchas?”

Marie no dijo nada. Pero Riley podía escuchar sus llantos.

Los sonidos eran perversamente tranquilizadores. Al menos Marie todavía estaba allí. Por lo menos todavía estaba en el teléfono. ¿Pero podría Riley mantenerla allí? Sabía que la pobre mujer estaba cayendo en un abismo de terror puro. Marie ya no tenía un pensamiento racional en su cabeza; parecía estar casi loca de miedo.

Los propios recuerdos de Riley invadieron su mente. Días terribles en un estado bestial en el que el mundo de la humanidad simplemente no existía. Oscuridad total, la sensación de la existencia de un mundo afuera de la oscuridad escabullirse y una pérdida completa del sentido del paso del tiempo.

Tengo que luchar contra ellos, se dijo a sí misma.

Los recuerdos la envolvieron...

Con nada que escuchar o ver, Riley intentó mantener sus otros sentidos ocupados. Sintió el amargo sabor del miedo en su garganta, subiendo hasta convertirse en un cosquilleo eléctrico en la punta de su lengua. Rasguñó el piso de tierra en el que estaba sentada, explorando su humedad. Olía el moho que la rodeaba.

Esas sensaciones eran lo único que la mantenía en el mundo de los vivos.

En medio de la oscuridad, llegó una luz cegadora y el rugido de la antorcha de propano de Peterson.

Un golpe fuerte sacudió a Riley de su horrible ensoñación. Le llevó un segundo darse cuenta de que había golpeado su carro contra un encintado y que estaba en peligro de virar en el tráfico que se aproximaba. Bocinas sonaban.

Riley recuperó el control de su carro y miró a su alrededor. No estaba muy lejos de Georgetown.

“Marie”, gritó. “¿Sigues ahí?”

De nuevo, sólo oyó un sollozo ahogado. Y eso era bueno. ¿Pero qué podría hacer Riley ahora? Vaciló. Podría pedir ayuda del FBI en D.C., pero mientras que les daba la dirección y esperaba que los agentes llegaran a la escena, sólo Dios sabía lo que podía suceder. Además, eso significaría terminar la llamada con Marie.

Tenía que mantenerla en el teléfono, pero, ¿cómo?

¿Cómo iba a sacar a Marie de ese abismo? Ella misma casi había caído en él.

Riley recordó algo. Hace mucho tiempo, ella había sido entrenada en cómo mantener llamadas de crisis en la línea. Nunca había tenido que usar ese entrenamiento hasta ahora. Luchó para recordar lo que debía hacer. Había recibido esas clases hace mucho tiempo.

Parte de una lección volvió a ella. Fue enseñada a hacer cualquier cosa, *decir* cualquier cosa, para mantener a la persona que llamaba hablando. No importaba cuán sin sentido o irrelevante fuera. Lo que importaba era que el llamador siguiera oyendo una voz humana preocupada.

“Marie, hay algo que necesitas hacer para mí”, dijo Riley.

“¿Qué?”

El cerebro de Riley estaba corriendo frenéticamente, inventando qué

decir.

“Necesito que vayas a la cocina”, dijo. “Y quiero que me digas exactamente las hierbas y especias que tienes en tu estante”.

Marie no respondió por un momento. Riley estaba preocupada. ¿Marie estaba lo suficiente bien cómo para seguir esta distracción irrelevante?

“Está bien”, dijo Marie. “Voy allí ahora”.

Riley dio un suspiro de alivio. Tal vez esto le daría un poco de tiempo. Podía oír el tintineo de los tarros de especias por teléfono. La voz de Marie sonaba realmente extraña ahora, histérica y robótica al mismo tiempo.

“Tengo orégano seco. Y pimienta roja picada. Y nuez moscada”.

“Excelente”, dijo Riley. “¿Qué más tienes?”

“Tomillo seco. Y jengibre molido. Y pimienta negra”.

Marie hizo una pausa. ¿Cómo podría Riley seguir con esto?

“¿Tienes polvo de curry?” preguntó Riley.

Después de un tintineo de botellas, Marie dijo: “No”.

Riley habló lentamente, como si estuviera dando instrucciones de vida o muerte porque, en realidad, estaba haciendo exactamente eso.

“Bien, busca una libreta de papel y un lápiz”, dijo Riley. “Escribe eso. Necesitarás comprarlo a lo que vayas al supermercado”.

Riley escuchó el sonido de Marie escribiendo.

“¿Qué más tienes?” preguntó Riley.

Luego vino una pausa.

“Esto no es bueno, Riley”, dijo Marie en un tono de desesperación adormecida.

Riley tartamudeó sin poder hacer nada. “Sólo—hazlo, ¿sí?”

Otra pausa.

“Está aquí, Riley”.

Riley sintió un nudo en la garganta.

“¿Está en dónde?” preguntó.

“Está en la casa. Lo entiendo ahora. Ha estado aquí todo el tiempo. No hay nada que puedas hacer”.

Riley no dejaba de pensar mientras trataba de darle sentido a lo que estaba sucediendo. Marie podría haber caído en ilusiones paranoicas falsas. Riley lo entendía muy bien de sus propias luchas con TEPT.

Por otra parte, Marie podría estar diciendo la verdad.

“¿Cómo lo sabes, Marie?” Riley le preguntó, buscando una oportunidad de pasarse a un camión de mudanza lento.

“Lo escucho”, dijo Marie. “Oigo sus pasos. Está arriba. No, está en el pasillo delantero. No, está en el sótano”.

¿Está alucinando? Riley se preguntó.

Era bastante posible. Riley había escuchado muchos ruidos inexistentes en los días después de su secuestro. A veces, no podía confiar en sus cinco sentidos. El trauma engañaba la imaginación.

“Está en todas partes en la casa”, dijo Marie.

“No”, respondió Riley firmemente. “No puede estar en todas partes”.

Riley logró pasarse un camión de reparto lento. Se sentía inútil. Era una sensación terrible, casi como si se estuviera ahogando.

Cuando Marie habló de nuevo, ya no estaba sollozando. Sonaba resignada ahora, incluso misteriosamente tranquila.

“Tal vez es como un fantasma, Riley. Quizás eso fue lo que pasó durante la explosión. Mataste su cuerpo pero no mataste su maldad. Ahora puede estar en un montón de lugares a la vez. Ahora no hay forma de detenerlo, nunca. No puedes combatir a un fantasma. Ríndete, Riley. No puedes hacer nada. Yo tampoco puedo. Todo lo que puedo hacer es no dejar que lo mismo me suceda otra vez”.

“¡No cuelgues! Necesito que hagas otra cosa por mí”.

Hubo una pausa. Luego Marie dijo: “¿Qué? ¿Ahora qué, Riley?”

“Necesito que te quedes en la línea, pero necesito que llames al 911 desde tu teléfono fijo”.

La voz de Marie se convirtió en un leve gruñido. “Dios, Riley. ¿Cuántas veces tengo que decirte que corté mi fijo?”

En su confusión, a Riley se le había olvidado. Marie realmente sonaba un poco irritada. Y eso era bueno. La ira era mejor que el pánico.

“Además”, Marie continuó, “¿qué de bueno haría llamar al 911? ¿Qué pueden hacer para ayudarme? Nadie puede ayudar. Está en todas partes. Me atrapará tarde o temprano. También te atrapará a ti. Es mejor que ambas nos demos por vencidas”.

Riley se sentía obstaculizada. Los delirios de Marie estaban asumiendo una lógica insuperable. Y no tenía tiempo para convencer a Marie de que Peterson no era un fantasma.

“¿Somos amigas, no es cierto, Marie?” dijo Riley finalmente. “Una vez me dijiste que harías cualquier cosa por mí. ¿Eso fue verdad?”

Marie empezó a llorar otra vez.

“Claro que es cierto”.

“Entonces cuelga y llama al 911. No tiene que haber una razón. No tiene que hacer ningún bien. Sólo hazlo porque yo quiero que lo hagas”.

Cayó una pausa larga. Riley no podía ni oír a Marie respirar.

“Sé que quieres darte por vencida, Marie. Lo entiendo. Es tu decisión. Pero *yo* no quiero darme por vencida. Quizás es estúpido, pero no quiero hacerlo. Por eso te pido que llames al 911. Porque dijiste que harías cualquier cosa por mí. Y quiero que lo hagas. *Necesito* que lo hagas. Por mí”.

El silencio continuó. ¿Todavía estaba Marie en la línea?

“¿Lo prometes?” preguntó.

La llamada terminó con un clic. No sabía si Marie iba a pedir ayuda o no, y Riley no podía dejar nada a la suerte. Tomó su teléfono celular y llamó al 911.

“Habla Agente Especial Riley Paige, FBI”, le dijo al operador. “Estoy llamando sobre un posible intruso. Alguien muy peligroso”.

Riley le dio la dirección de Marie al operador.

“Tendremos un equipo allí inmediatamente”, dijo el operador.

“Excelente”, dijo Riley, y finalizó la llamada.

Luego Riley intentó marcar el número de Marie de nuevo, pero no respondió.

Alguien tiene que llegar a tiempo, pensó. Alguien tiene que llegar ahora mismo.

Mientras tanto, luchó contra una invasión renovada de recuerdos oscuros. Sabía que tenía que controlarse. Sin importar lo que fuera a pasar ahora, necesitaba mantener la calma.

Cuando la casa de ladrillos rojos de Marie entró en vista, Riley sintió una oleada de alarma. Ningunos vehículos de emergencia habían llegado todavía. Oyó las sirenas de la policía en la distancia. Iban en camino.

Riley se estacionó y corrió a la puerta frontal, dándose cuenta de que era la primera en responder. Cuando intentó el picaporte, la puerta se abrió. Pero, ¿por qué no estaba cerrada con llave?

Entró y sacó su arma.

“¡Marie!” Riley gritó. “¡Marie!”

No recibió ninguna respuesta.

Riley sabía con certeza que algo terrible había sucedido aquí, o estaba ocurriendo ahora. Caminó más por el pasillo delantero.

“¡Marie!” llamó otra vez. La casa permaneció silenciosa.

Las sirenas de la policía sonaban más fuerte ahora, pero todavía no había

llegado ninguna ayuda.

Riley estaba empezando a creer lo peor ahora—que Peterson había estado aquí y que quizás todavía estaba aquí.

Hizo su camino a lo largo del pasillo mal iluminado. Siguió llamando el nombre de Marie mientras estudiaba cada puerta. ¿Podría estar en el armario a la izquierda? ¿O en la puerta del baño a la derecha?

Si encontraba a Peterson, no la secuestraría de nuevo.

Mataría al cabrón de una vez por todas.

Capítulo 22

A pesar de los gritos de Riley, no hubo respuesta de Marie. No había ningún sonido en la casa, sólo los que ella estaba haciendo. El lugar se sentía vacío. Hizo su camino hasta las escaleras y cruzó cuidadosamente en un umbral.

Al terminar de cruzar la esquina, el aliento de Riley se quedó atascado en su garganta. Se sentía como si el mundo se estuviera derrumbándose debajo de ella.

Allí estaba Marie: suspendida en el aire, colgando por el cuello de un cordón atado a una lámpara en el techo. Una escalera volteada estaba en el piso.

El tiempo parecía detenerse mientras que la mente de Riley rechazaba la realidad.

Luego sus rodillas se doblaron y se colocó contra el marco de la puerta. Dejó escapar un sonido largo y áspero.

“¡NOOOO!”

Corrió por la sala, volteó la escalera y empezó a subir. Envolvió un brazo alrededor del cuerpo de Marie para aliviar la presión y tocó el cuello de Marie, buscando alguna señal de un pulso.

Riley estaba sollozando ahora. “Tienes que estar viva, Marie. Tienes que estar viva, maldita sea”.

Pero ya era demasiado tarde. El cuello de Marie estaba roto. Estaba muerta.

“Dios”, dijo Riley, desplomándose sobre la escalera. Sintió dolor en algún lugar de su abdomen. Quería morir también.

Mientras pasaban los momentos, Riley se dio cuenta de los sonidos que venían de la planta baja. Habían llegado los primeros en responder. Un mecanismo emocional familiar entró en acción. Dolor y miedo humano básico dio paso a una eficiencia fría y profesional.

“¡Aquí arriba!” gritó.

Pasó su manga por toda su cara para secar las lágrimas.

Cinco agentes fuertemente armados subieron por las escaleras. La mujer en el frente estaba visiblemente sorprendida de ver a Riley.

“Soy la Oficial Rita Graham, la jefa del equipo”, dijo. “¿Quién eres?”

Riley se bajó de la escalera y sacó su placa. “Agente Especial Riley

Paige, FBI”.

La mujer se veía incómoda.

“¿Cómo llegaste aquí antes que nosotros?”

“Ella era una amiga mía”, dijo Riley, totalmente en modo profesional ahora. “Su nombre era Marie Sayles. Me llamó. Me dijo que algo estaba mal, y ya iba en camino cuando llamé al 911. No llegué a tiempo. Está muerta”.

El equipo rápidamente revisó y confirmó la declaración de Riley.

“¿Suicidio?” preguntó la Oficial Graham.

Riley asintió. No tenía ninguna duda de que Marie se había suicidado.

“¿Qué es esto?” preguntó la líder del equipo, señalando una nota doblada en una mesa junto a la cama.

Riley miró la nota. Escrita en un garabato apenas legible, había un mensaje:

Esta es la única manera.

“¿Una nota de suicidio?”

Riley asintió otra vez. Pero sabía que no parecía una nota de suicidio habitual. No era una explicación, y sin duda no era una disculpa.

Es un consejo, pensó Riley. Es un consejo para mí.

El equipo tomó fotos y notas. Riley sabía que esperarían el forense antes de retirar el cuerpo.

“Hablemos abajo”, dijo la Oficial Graham. Llevó a Riley hasta la sala de estar, se sentó en una silla y le hizo un gesto a Riley para que se sentara también.

Las cortinas todavía estaban cerradas y ninguna luz estaba encendida en la sala. Riley quería abrir las cortinas y dejar entrar rayos de sol, pero sabía que no debía cambiar nada. Se sentó en el sofá.

Graham prendió una lámpara de mesa al lado de su silla.

“Dime lo que sucedió”, dijo la oficial, sacando un bloc de notas y un lápiz. Aunque tenía el rostro endurecido de una policía experimentada, tenía una mirada comprensiva en sus ojos.

“Fue víctima de un secuestro”, dijo Riley. “Hace casi ocho semanas. Ambas fuimos víctimas. Quizás leíste sobre eso. El caso de Sam Peterson”.

Los ojos de Graham se abrieron.

“Ay, Dios mío”, dijo. “El hombre que torturó y mató a todas esas mujeres, el de la antorcha. Así que fuiste— ¿fuiste la agente que se escapó e

hizo explotar la propiedad?”

“Sí”, dijo Riley. Luego, después de una pausa, dijo, “El problema es que no estoy segura si realmente lo exploté o no. No estoy segura de que está muerto. Marie no creía que estaba muerto. Eso es lo que finalmente la quebrantó. No podía estar sin saberlo. Y tal vez la *estaba* acosando otra vez”.

Mientras Riley continuaba su explicación, las palabras fluyeron automáticamente, casi como si ella se hubiera aprendido todo de memoria. Ahora se sentía completamente separada de la escena, escuchándose a sí misma informar cómo había sucedido esta cosa horrible.

Después de ayudar a la Oficial Graham a ponerse al día con el caso, Riley le dijo cómo contactar a los parientes de Marie. Pero mientras hablaba, sentía una ira crecer bajo su fachada profesional—una ira helada. Peterson había cobrado otra víctima. No importaba si estaba vivo o muerto. Había matado a Marie.

Y Marie había muerto absolutamente segura de que Riley estaba condenada a ser su próxima víctima, ya sea por él o por su propia mano. Riley quería tomar a Marie y sacudir físicamente esta desdichada idea de su cabeza.

¡No es la única manera!, quería decirle.

¿Pero creía eso? Riley no lo sabía. Parecían haber demasiadas cosas que no sabía.

El forense llegó mientras que Riley y la Oficial Graham estaban hablando. Graham se levantó y fue a recibirlo. Luego se volteó y le dijo a Riley, “Estaré arriba por unos minutos. Me gustaría que te quedaras y me contaras más”.

Riley negó con la cabeza.

“Tengo que irme”, dijo. “Tengo que ir a hablar con alguien”. Sacó su tarjeta y la dejó sobre la mesa. “Puedes contactarme”.

La oficial comenzó a oponerse, pero Riley no le dio la oportunidad; se levantó y salió de la casa oscura de Marie. Tenía asuntos urgentes que atender.

*

Una hora más tarde, Riley estaba conduciendo al oeste a través del campo de Virginia.

¿Realmente quiero hacer esto? se preguntó otra vez.

Estaba exhausta. No había dormido bien la noche anterior, y ahora había pasado por una verdadera pesadilla. Gracias a Dios que había hablado con Mike. La había ayudado a calmarse, pero estaba segura que él jamás aprobaría lo que iba a hacer ahora. No estaba muy segura de que estaba totalmente en sus cabales.

Estaba tomando la ruta más rápida desde Georgetown a la casa del Senador Mitch Newbrough. El político narcisista tenía mucho que responder. Estaba escondiendo algo, algo que podría darle una pista al verdadero asesino. Y eso lo responsabilizaba en parte de esta nueva víctima.

Riley sabía que iba a tener problemas. No le importaba.

Era tarde cuando detuvo su carro en la calle circular frente a la mansión de piedra. Se estacionó, se bajó del carro y caminó hasta las enormes puertas. Cuando sonó el timbre, fue recibida por un señor vestido formalmente—el mayordomo de Newbrough, asumió.

“¿Qué puedo hacer por usted, señora?” preguntó rígidamente.

Riley le mostró su placa.

“Agente Especial Riley Paige”, dijo. “El Senador me conoce. Necesito hablar con él”.

Con una mirada escéptica, el mayordomo se dio la vuelta. Levantó un walkie-talkie a sus labios, susurró y luego escuchó. El mayordomo se volvió hacia Riley con una sonrisita algo superior.

“El Senador no quiere verla”, dijo. “Fue muy enfático sobre ello. Buen día, señora”.

Pero antes de que el hombre pudiera cerrar las puertas, Riley pasó por él y entró a la casa.

“Notificaré a seguridad”, el mayordomo gritó.

“Hágalo”, Riley gritó sobre su hombro.

Riley no tenía idea de dónde buscar al Senador. Podría estar en cualquier parte en la monstruosa mansión. Pero supuso que no importaba. Probablemente podría lograr que él viniera a ella.

Se dirigió a la sala donde se había reunido con él antes y se sentó en el sofá enorme. Pretendía ponerse cómoda hasta que el Senador saliera.

Pocos segundos pasaron antes de que un hombre grande vestido con un traje negro entrara en la habitación. Riley sabía por su manera que era el guardia de seguridad del Senador.

“El Senador ha pedido que se vaya”, dijo, cruzando sus brazos.

Riley no se movió del sofá. Miró al hombre, evaluando qué tan

amenazante era. Era lo suficientemente grande como para poder sacarla por la fuerza. Pero sus propias habilidades de autodefensa eran muy buenas. Si intentara pelear con ella, podrían salir ambos mal heridos y, sin duda, algunas de las antigüedades del Senador se dañarían.

“Espero que te hayan dicho que soy del FBI”, dijo, mirándolo fijamente. Dudaba mucho que realmente apuntaría su arma a un agente del FBI.

El hombre la miró, no se intimidaba con facilidad. Pero no se acercó a ella.

Riley escuchó pasos acercarse detrás de ella y luego el sonido de la voz del Senador.

“¿Qué hora es, Agente Paige?” Soy un hombre muy ocupado”.

El guardia de seguridad se echó a un lado mientras Newbrough caminó delante de ella y se detuvo allí. La sonrisa fotogénica del político tenía un tono sarcástico. Se quedó callado por un momento. Riley sintió inmediatamente que iban a participar en una batalla de voluntades. Estaba decidida a no moverse del sofá.

“Se equivocó, Senador,” dijo Riley. “No había nada político sobre el asesinato de su hija—nada personal tampoco. Usted me dio una lista de enemigos, y estoy segura de que pasó la misma lista a su perro faldero en la Oficina”.

La sonrisa de Newbrough se torció en una leve burla.

“Supongo que te refieres al Agente Especial Encargado, Carl Walder”, dijo.

Riley sabía que su elección de palabras fue impetuosa y que lo lamentaría. Pero ahora no le importaba.

“Esa lista fue una pérdida de tiempo para la Oficina, Senador”, dijo Riley. “Y mientras tanto, otra víctima ha sido secuestrada”.

Newbrough estaba parado firmemente en su lugar.

“Entiendo que la Oficina ha realizado un arresto”, dijo. “El sospechoso ha confesado. Pero no ha dicho mucho, ¿cierto? Existe alguna conexión conmigo, puede estar segura de eso. Lo dirá todo a su debido tiempo. Me aseguraré que el Agente Walder se encargue de eso”.

Riley intentó ocultar su asombro. Después de otro secuestro, Newbrough todavía se consideraba el objetivo principal de la ira del asesino. El ego del hombre era verdaderamente indignante. Su capacidad de creer que *todo* era sobre él no tenía límites.

Newbrough inclinó la cabeza con aparente curiosidad.

“Pero parece que me estás culpando de alguna manera”, dijo. “Me siento ofendido por eso, Agente Paige. No es mi culpa que tu propia incompetencia ha llevado a la captura de otra víctima”.

El rostro de Riley se llenó de rabia. No se atrevió a contestar. Diría algo demasiado impetuoso.

Caminó a un gabinete de licores y se sirvió un vaso grande de lo que Riley supuso era un whisky muy caro. Obviamente estaba haciendo un punto al no preguntarle a Riley si quería un trago.

Riley sabía que era hora de que llegara al grano.

“La última vez que estuve aquí, hubo algo que no me dijo”, ella dijo.

Newbrough se volvió para mirarla otra vez, tomando un largo sorbo de su copa.

“¿No respondí todas tus preguntas?”, dijo.

“No es eso. Sólo que hubo algo que no me dijo. Sobre Reba. Creo que es hora de que me lo diga”.

Newbrough sostuvo su mirada penetrante.

“¿Le gustaban las muñecas, Senador?” preguntó Riley.

Newbrough se encogió de hombros. “Supongo que a todas las niñas les gustan”, dijo.

“No me refiero a cuando era niña. O sea como adulta. ¿Las coleccionaba?”

“Me temo que no lo sabría”.

Ésas fueron las primeras palabras que Newbrough había dicho hasta ahora que Riley realmente creía. Un hombre tan patológicamente egocéntrico sabía poco sobre los intereses y los gustos de nadie más, ni incluso los de su propia hija.

“Me gustaría hablar con su esposa”, dijo Riley.

“Claro que no”, dijo Newbrough. Estaba adoptando una nueva expresión ahora—una que Riley le había visto usar en la televisión. Al igual que su sonrisa, esta expresión era cuidadosamente ensayada, practicada sin duda miles de veces frente un espejo. Pretendía transmitir indignación moral.

“Realmente no tienes decencia, ¿cierto Agente Paige?” dijo, su voz temblando de ira. “Entras a una casa en duelo, trayendo ningún alivio, ni respuestas a una familia afligida. En su lugar haces acusaciones solapadas. Culpas a perfectos inocentes por tu propia incompetencia”.

Sacudió la cabeza en un gesto de rectitud herida.

“Que mala y cruel eres”, dijo. “Debes haber causado un dolor terrible a

un gran número de personas”.

Riley se sentía como si la hubieran golpeado en el estómago. Esta era una táctica para la cual no se había preparado—una vuelta completa de lo moral. Y le golpearía en sus propias dudas y culpa.

Sabe exactamente cómo jugar conmigo, pensó.

Sabía que tenía que irse ahora o haría algo de lo que ella se arrepentiría. Prácticamente la estaba provocando. Sin una palabra, se levantó del sofá y salió de la sala hacia la puerta de entrada.

Oyó la voz del Senador detrás de ella.

“Tu carrera está destruida, Agente Paige. Quiero que sepas eso”.

Riley pasó al mayordomo y salió de la casa. Se metió en su carro y comenzó a conducir.

Sintió oleadas de rabia, frustración y agotamiento. La vida de una mujer estaba en juego, y nadie estaba rescatándola. Estaba segura que Walder sólo estaba ampliando la zona de búsqueda por el apartamento de Gumm. Y Riley estaba segura de que estaban buscando en el lugar equivocado. Ella tenía que hacer algo. Pero ya no tenía ninguna idea qué hacer. Venir aquí ciertamente no había sido de ayuda. ¿Podría confiar en su propio juicio?

Riley no había conducido por más de diez minutos antes de que zumbara su teléfono celular. Lo miró y vio que era un texto de Walder. No le costó adivinar de qué trataba.

Bueno, pensó amargamente. Por lo menos el Senador no perdió tiempo.

Capítulo 23

Cuando Riley llegó a Quántico y entró en la Unidad de Análisis de Comportamiento, tanto el jefe y Bill la estaban esperando en la oficina de Walder. Notó que Bill debió haber sido llamado especialmente para esta reunión.

El Agente Especial Encargado, Carl Walder, se levantó de su escritorio. “¿El perro faldero del Senador?” dijo Walder, su cara infantil llena de ira. Riley bajó la mirada. Realmente había ido demasiado lejos con ese comentario.

“Lo siento, señor”, dijo.

“Lo siento no será suficiente, Agente Paige”, dijo Walder. “Te has descarrilado totalmente. ¿En qué estabas pensando, yendo a la casa del Senador a confrontarlo de esa manera? ¿Tienes alguna idea del daño que has hecho?”

Por “daño”, Riley estaba segura de que Walder estaba hablando de su propia vergüenza. No tenía que preocuparse mucho por eso.

“¿Has encontrado a Cindy McKinnon?” preguntó en voz baja.

“No, de hecho, no lo hemos hecho”, Walder dijo bruscamente. “Y, francamente, no estás ayudándonos a encontrarla”.

Eso hirió a Riley.

“¿Yo no estoy ayudando?” contestó. “Señor, se lo sigo diciendo, está culpando al hombre equivocado, y está buscando en el sitio—”

Riley se detuvo en medio de la oración.

Cindy MacKinnon era lo que importaba ahora mismo, no las continuas batallas de Riley con Walder. Este no era el momento para peleas estúpidas. Cuando habló otra vez, fue en un tono más suave.

“Señor, aunque siento que puede estar ocultando algo, quizás me equivoqué en ir a ver al Senador antes de consultarlo con usted, y pido disculpas. Pero olvídense de mí por un momento. Esa pobre mujer ha estado desaparecida por más de veinticuatro horas. ¿Qué pasa si tengo razón y alguien más la tiene cautiva? ¿Lo que está pasando ahora mismo? ¿Cuánto tiempo le queda?”

Bill añadió cautelosamente, “Tenemos que considerar la posibilidad, señor”.

Walder se sentó y no dijo nada por un momento. Riley podría notar por su expresión que también estaba preocupado por la posibilidad. Luego habló

muy despacio.

“La Oficina se encargará de ello”.

Riley no sabía qué decir. Ni siquiera entendía lo que quería decir Walder. ¿Estaba reconociendo su posible error? ¿O todavía estaba decidido a no desviarse de su plan actual?

“Siéntate, Agente Paige”, dijo Walder.

Riley se sentó en la silla al lado de Bill, quién la miró con creciente preocupación.

Walder dijo: “Supe lo que pasó con tu amiga hoy, Riley”.

Riley se impactó un poco. No estaba sorprendida que Walder sabía sobre la muerte de Marie. Después de todo, la noticia de que había sido la primera en la escena seguro que llegaría a la Oficina. Pero, ¿por qué lo estaba sacando a relucir ahora? ¿Detectaba un poco de simpatía en su voz?

“¿Qué pasó?” preguntó Walder. “¿Por qué lo hizo?”

“Ya no podía lidiar con eso”, Riley dijo en un susurro.

“¿No podía lidiar con qué?” preguntó Walder.

Cayó un silencio. No podía darle una respuesta completa a esa pregunta.

“He escuchado que no crees que Peterson está muerto”, dijo Walder.

“Creo que puedo entender por qué no puedes sacudir esa idea. Pero tienes que saber que no tiene sentido”.

Hubo otra pausa.

“¿Le dijiste eso a tu amiga?” preguntó Walder. “¿Le dijiste sobre esta idea obsesiva tuya?”

Riley se sonrojó. Sabía lo que venía ahora.

“Era demasiado frágil para eso, Agente Paige”, dijo Walder. “Deberías haber sabido que eso la haría perder la cordura. Deberías haber utilizado mejor juicio. Pero, francamente, Agente Paige, tu juicio está jodido. Odio decirlo, pero es cierto”.

Me está culpando por la muerte de Marie, Riley pensó.

Riley estaba luchando para contener las lágrimas ahora. Si eran lágrimas de dolor o indignación, no lo sabía. No tenía idea qué decir. ¿Dónde podría empezar? No plantó esa idea en la cabeza de Marie y ella lo sabía. Pero, ¿cómo podría hacer que Walder lo entendiera? ¿Cómo podría explicar que Marie tenía sus propios motivos para dudar de que Peterson estaba muerto?

Bill habló otra vez. “Señor, sea paciente con ella”.

“Creo que he sido demasiado paciente con ella, Agente Jeffreys”, dijo Walder, su voz volviéndose rígida. “Creo que he sido muy paciente”.

Walder sostuvo su mirada por un largo momento.

“Dame tu pistola y tu placa, Agente Paige”, dijo finalmente.

Riley escuchó a Bill dejar escapar un jadeo de incredulidad.

“Señor, esto es una locura”, dijo Bill. “La necesitamos”.

Pero a Riley no tenían que decírselo dos veces. Se levantó de su silla y sacó su pistola y su placa. Las colocó sobre el escritorio de Walder.

“Puedes limpiar tu oficina en tu propio tiempo”, dijo Walder, su voz firme y sin emociones. “Mientras tanto, debes irte a casa y descansar un poco. Y regresar a terapia. La necesitas”.

A lo que Riley se dio la vuelta para salir de la casa, Bill se puso de pie como si se fuera a ir con ella.

“Tú te quedas, Agente Jeffreys”, Walder exigió.

Los ojos de Riley se encontraron con los de Bill. Con una mirada, le dijo que no desobedeciera. No esta vez. Asintió hacia ella con una expresión afectada. Luego Riley salió de la oficina. Mientras caminaba por el pasillo, se sentía fría y entumecida, preguntándose qué hacer ahora.

Cuando salió al aire fresco de la noche, sus lágrimas finalmente comenzaron a fluir. Pero se sorprendió al darse cuenta de que eran lágrimas de alivio, no de desesperanza. Por primera vez en días, se sintió liberada, libre de limitaciones frustrantes.

Si nadie más iba a hacer lo que se tenía que hacer, todo quedaba en sus manos. Pero, al fin, nadie iba a decirle cómo hacer su trabajo. Encontraría al asesino, y salvaría a Cindy MacKinnon—sin importar lo que fuera necesario.

*

Después de que Riley, tarde otra vez, recogió a April y condujo a casa, notó al llegar a casa que no se sentía capaz de cocinar la cena esta noche. La cara de Marie todavía la atormentaba y se sentía más agotada que nunca.

“Ha sido un mal día”, le dijo a April. “Un día terrible. ¿Te conformarías con sándwiches de queso a la parrilla?”

“No tengo mucha hambre”, dijo April. “Gabriela me mantiene llena todo el tiempo”.

Riley sintió una punzada profunda de desesperanza. *Otro fracaso*, pensó.

Pero luego April le echó otro vistazo a su madre, esta vez con una pizca de compasión.

“Sándwiches de queso a la plancha sería perfecto”, dijo. “Los prepararé”.

“Gracias”, dijo Riley. “Eres un encanto”.

Sintió sus espíritus levantarse un poco. Por lo menos no habría ningún conflicto aquí en casa esta noche. Realmente necesitaba ese pequeño descanso.

Tuvieron una cena rápida y tranquila, luego April se fue a su cuarto para terminar tareas e ir a la cama.

Tan agotada como estaba, Riley sintió que no tenía mucho tiempo que perder. Se puso a trabajar. Abrió su laptop, buscó el mapa de la ubicación de las víctimas e imprimió la sección que quería estudiar.

Riley lentamente dibujó un triángulo en el mapa. Sus líneas unían los tres lugares donde las víctimas habían sido encontradas. El punto más al norte marcaba donde el cuerpo de Margaret Geraty había sido tirado en las tierras de labranza hace dos años. Un punto al oeste marcaba donde Eileen Rogers había sido más cuidadosamente colocada cerca de Daggett seis meses atrás. Por último, el punto al sur marcaba donde el asesino había logrado pleno dominio, posando a Reba Frye junto a un arroyo en el Parque Mosby.

Riley estudió la zona una y otra vez, pensando. Otra mujer quizás sea encontrada muerta en algún lugar en esta zona—si ya no estaba muerta. No había tiempo que perder.

Riley colgó su cabeza. Estaba tan cansada. Pero la vida de una mujer estaba en juego. Y ahora parecía que dependía de Riley salvarla, sin ayuda, ni sanción oficial. Incluso no contaba con Bill para que la ayudara. ¿Pero podría resolver este caso totalmente por su cuenta?

Tenía que intentarlo. Tenía que hacerlo por Marie. Tenía que demostrarle al espíritu de Marie—y quizás incluso a sí misma—que el suicidio no era la única opción.

Riley frunció el ceño mientras miraba el triángulo. Es una buena suposición que la víctima ahora estaba recluida en algún lugar de esa área de mil millas cuadradas.

Sólo tengo que mirar en el lugar correcto, pensó. ¿Pero en dónde?

Sabía que tendría que condensar su área de búsqueda, y no iba a ser fácil. Al menos estaba familiarizada con algunas de las zonas.

La parte superior del triángulo, el punto más cercano a Washington, sobre todo era exclusivo, rico y privilegiado. Riley estaba casi segura que el asesino no provenía de ese tipo de origen. Además, tenía que tener cautiva a la víctima en un lugar donde nadie pudiera oírla gritar. Los forenses no habían encontrado ninguna señal de que las bocas de las otras mujeres hayan sido

amordazadas o tapadas con cinta plástica. Riley dibujó una X a través de esa zona privilegiada.

Los dos puntos al sur eran zonas de parques. ¿Podría el asesino tener cautiva a la mujer en una cabaña de caza alquilada o en un campamento?

Riley lo pensó.

No, decidió. Eso sería demasiado temporal.

Todos sus instintos le dijeron que este hombre operaba en su propia casa —tal vez una casa donde había vivido toda su vida, donde había pasado una niñez miserable. Disfrutaría llevar a sus víctimas allí. Llevarlas a casa con él.

Así que tachó las áreas de parques. Lo que quedaba era sobre todo tierras agrícolas y pueblos pequeños. Riley sospechaba fuertemente que estaba buscando una casa de campo en algún lugar de esa zona.

Miró otra vez el mapa en su computadora, luego hizo zoom en el área bajo consideración. Su corazón se hundió al ver un montón de carreteras secundarias. Si tenía razón, el asesino vivía en alguna finca sucia en ese laberinto. Pero había demasiadas carreteras para que ella pudiera buscar en carro y, además, la granja quizás no sería visible desde la carretera.

Se quejó en voz alta con desesperación. Todo parecía volverse más imposible por minuto. El terrible dolor de la pérdida y el fracaso amenazaba con azotarla de nuevo.

Pero entonces dijo en voz alta, “¡Muñecas!”

Recordó la conclusión a la que había llegado ayer, que el asesino probablemente había visto a todas sus víctimas en una sola tienda que vendía muñecas. ¿Dónde podría quedar esa tienda?

Dibujó otra forma más pequeña en el mapa de papel. Estaba justo al este del triángulo grande, y sus esquinas marcaban los lugares donde habían vivido las cuatro mujeres. Se sentía bastante segura de que, en algún lugar en esa zona, quedaba una tienda donde todas las mujeres habían comprado muñecas, y donde el asesino las había visto. Tendría que encontrar esa tienda primero, antes de que pudiera rastrear el lugar donde se llevó a las mujeres.

De nuevo, puso el mapa en su computadora e hizo zoom. El punto más oriental de la zona más pequeña no quedaba muy lejos de donde vivía Riley. Vio que una carretera estatal formaba un arco que llegaba al oeste a través de varias pequeñas ciudades, ninguna de ellas ricas o históricas. Eran exactamente el tipo de ciudades que estaba buscando. Y cada una de ellas, sin duda, tenía algún tipo de tienda de juguetes o muñecas.

Imprimió el mapa más pequeño, luego realizó otra búsqueda, localizando

las tiendas en cada ciudad. Finalmente, Riley apagó su portátil. Tenía que dormir.

Mañana iría a buscar a Cindy MacKinnon.

Capítulo 24

Ya estaba anocheciendo cuando Riley se detuvo en Glendive. Había sido un día largo, y se estaba sintiendo desesperada. El tiempo estaba pasando demasiado rápido, y también cualquier posibilidad de encontrar cualquier pista crucial.

Glendive fue la octava ciudad en su ruta. En cada ciudad hasta el momento, Riley había entrado en tiendas que vendían juguetes y muñecas, haciéndole preguntas a quién sea que le hablara. Se sentía segura de que no había encontrado la tienda que estaba buscando.

Nadie en ninguna de las tiendas recordaba haber visto a las mujeres en las fotografías que les había mostrado. Por supuesto, las mujeres en cuestión eran similares en edad y apariencia a una docena de otras que un comerciante podía conocer en cualquier semana del año. Para empeorar las cosas, ninguna de las muñecas que Riley había visto exhibidas parecía ser la inspiración probable para las posiciones de las víctimas.

Cuando condujo hasta Glendive, Riley sintió una extraña sensación de *déjà vu*. La calle principal parecía misteriosamente como la de la mayoría de los otros pueblos, con una iglesia del ladrillo flanqueada en un lado por una sala de cine y en el otro lado por una farmacia. Todas estas ciudades estaban empezando a unirse en su mente exhausta.

¿En qué estaba pensando? se preguntó a sí misma.

La noche anterior había estado desesperada por dormir, y se había tomado sus tranquilizantes recetados. No había sido una mala idea. Pero acompañarlos con un par de tragos de whisky había sido imprudente. Ahora tenía un dolor de cabeza severo, pero tenía que seguir adelante.

Al estacionar su auto cerca de la tienda que planeaba visitar, vio que la luz del día estaba disminuyendo. Suspiró con desaliento. Tenía una ciudad y una tienda más que revisar esa noche. Faltaban por lo menos tres horas antes de que pudiera volver a Fredericksburg para buscar a April en la casa de Ryan. *¿Cuántas noches tenía llegando tarde?*

Sacó su celular y marcó el número de su casa. Esperaba contra toda esperanza que respondiera Gabriela. En cambio, oyó la voz de Ryan.

“¿Qué pasa, Riley?” preguntó.

“Ryan”, dijo Riley “lo siento mucho, pero—”

“Vas a llegar tarde otra vez”, dijo Ryan, terminando su oración.

“Sí”, dijo Riley. “Lo siento”.

Cayó un silencio.

“Mira, es realmente importante”, dijo Riley finalmente. “La vida de una mujer está en peligro. Tengo que hacer lo que estoy haciendo”.

“Lo he escuchado antes”, dijo Ryan en un tono de desaprobación. “Siempre es una cuestión de vida o muerte. Bueno, adelante. Ocúpate de eso. Es que estoy empezando a preguntarme por qué si quiera te molestas en recoger a April. Debería quedarse aquí y punto”.

Riley sintió su garganta apretarse. Tal como se había temido, Ryan sonaba como si se estuviera preparando para una pelea de custodia. Y no porque genuinamente deseaba criar a April. Estaba demasiado ocupado viviendo la vida para preocuparse por su hija. Lo único que querían era causarle dolor a Riley.

“Iré a buscarla”, dijo Riley, intentando mantener su voz firme. “Podemos hablar de esto más tarde”.

Finalizó la llamada.

Luego se bajó del carro y caminó la corta distancia a la tienda—se llamaba la Boutique de las Muñecas de Debbie. Entró y vio que el nombre era un poco presuntuoso para una tienda que vendía mercancía bastante estándar y de marcas.

Nada pintoresco ni sofisticado aquí, notó.

Parecía poco probable que este era el lugar que estaba buscando. La tienda que tenía en mente tenía que ser por lo menos un poco especial, un lugar que inspiraba una reputación de boca en boca que atraía a los clientes de pueblos circundantes. Aun así, Riley tenía echarle un vistazo para estar absolutamente segura.

Riley se acercó al mostrador, donde una mujer alta y de edad avanzada con lentes estaba en la caja registradora.

“Soy Agente Especial Riley Paige, FBI”, dijo, sintiéndose desnuda una vez más por no tener su placa. Hasta ahora, los otros empleados habían estado dispuestos a hablar con ella sin ella. Confiaba en que esta mujer también lo estaría.

Riley sacó cuatro fotografías y las colocó en el mostrador.

“Me pregunto si has visto a alguna de estas mujeres”, dijo, señalando a las fotos una por una. “Probablemente no recuerdes a Margaret Geraty, ella habría estado aquí hace dos años. Pero Eileen Rogers habría venido aquí hace unos seis meses, y Reba Frye habría comprado una muñeca hace seis semanas. Esta última mujer, Cindy MacKinnon, habría estado aquí a finales

de la semana pasada”.

La mujer contempló las fotos de cerca.

“Ay, Dios”, dijo. “Mi vista no es lo que solía ser. Déjame mirarlas más de cerca”.

Tomó una lupa y examinó las fotos. Mientras tanto, Riley se dio cuenta de que había alguien más en la tienda. Era un hombre bastante acogedor de altura y contextura promedio. Llevaba una camiseta y jeans bien gastados. Riley podría haberlo pasado por alto si no fuera por un detalle importante.

Llevaba un ramo de rosas.

Estas rosas eran reales, pero la combinación de rosas y muñecas podría señalar la obsesión de un asesino.

El hombre no estaba mirándola. Seguramente la había oído anunciarse como el FBI. ¿Estaba evitando el contacto visual?

Luego la mujer habló.

“No *creo* que he visto a ninguna de ellas”, dijo. “Pero como te dije, no veo nada bien. Y nunca he sido buena con las caras. Lamento no poder ser de más ayuda”.

“No se preocupe”, dijo Riley, poniendo las fotos en su cartera. “Gracias por tu tiempo”.

Volvió a mirar otra vez al hombre, que ahora estaba rebuscando por un estante cercano. Su pulso se aceleró.

Definitivamente podría ser él, pensó. Si compra una muñeca, sabré que es él.

Pero no funcionaría si se quedaba allí parada mirándolo. Si era culpable, probablemente no se delataría. Podría escabullirse.

Le sonrió a la mujer y salió de la tienda.

Afuera, Riley caminó una distancia corta por la calle y se quedó parada allí, esperando. Pocos minutos pasaron antes de que se abriera la puerta de la tienda y el hombre saliera. Todavía tenía las rosas en una mano. En la otra tenía una bolsa de mercadería recién comprada. Se volvió y comenzó a caminar a lo largo de la acera, alejándose de Riley.

Tomando largos pasos, Riley caminó tras él. Evaluó su tamaño y contextura. Ella era un poco más alta que él, y posiblemente un poco más fuerte. Ella probablemente estaba mejor entrenada. No iba a dejar que se escabullera.

Cuando pasaba por un callejón estrecho, el hombre debe haber escuchado pasos detrás de él. Se volvió de repente y la miró. Se puso a un lado, como si

para salir de su camino.

Riley lo empujó de lado dentro del callejón—lo empujó fuertemente. El espacio era estrecho, sucio y mal iluminado.

Asustado, el hombre hizo caer el paquete y las rosas. Las flores se esparcieron por el pavimento. Levantó un brazo como si para protegerse.

Tomó su brazo y lo torció detrás de su espalda, empujándolo de cara contra una pared de ladrillos.

“Soy Agente Especial Riley Paige, FBI”, dijo. “¿A dónde tienes a Cindy MacKinnon? ¿Todavía está viva?”

El hombre estaba temblando de pies a cabeza.

“¿Quién?” preguntó, su voz temblorosa. “No sé lo que quieres decir”.

“No juegues conmigo”, dijo Riley, sintiéndose más desnuda que nunca sin su placa— y sobre todo sin su arma. ¿Cómo podría arrestarlo sin su arma? Estaba bastante lejos de Quántico, y ni siquiera tenía un compañero que la ayudara.

“Señora, no sé de qué habla”, dijo el hombre, estallando en lágrimas.

“¿Para qué son esas rosas?” Riley exigió. “¿Para *quién* son?”

“¡Mi hija!” gritó el hombre. “Su primer recital de piano es mañana”.

Riley todavía lo estaba sosteniendo por el brazo derecho. La mano izquierda del hombre estaba contra la pared. Riley de repente notó algo que no había llamado su atención hasta ahora.

El hombre llevaba un anillo de bodas. Había estado muy segura de que el asesino no era casado.

“¿Recital de piano?”, dijo.

“Los estudiantes de la Sra. Tully”, gritó. “Puede preguntárselo a cualquier persona en la ciudad”.

Riley aflojó su agarre un poco.

El hombre continuó, “Le compré rosas para celebrar. Para cuando haga su reverencia. También le compré una muñeca”.

Riley soltó el brazo del hombre y caminó a donde había dejado caer el paquete. Lo recogió y sacó sus contenidos.

Era una muñeca, una de esas muñecas de niñas adolescentes que siempre la habían ofendido y molestado, las de los labios carnosos y pechos grandes. Pero tan espeluznante como era, no se parecía nada al tipo de muñeca que había visto cerca de Daggett. Esa muñeca era de una niña pequeña. También la muñeca que había visto en la foto de Cindy MacKinnon y su sobrina—con pelo rubio y vestida de rosado.

Tenía al hombre equivocado. Abrió la boca para respirar.

“Lo siento”, le dijo al hombre. “Estaba equivocada. Lo siento mucho”.

Todavía temblando con shock y confusión, el hombre estaba recogiendo las rosas. Riley se dobló para ayudarlo.

“¡No! ¡No!” exclamó el hombre. “¡No ayudes! ¡Aléjate! Sólo— ¡aléjate de mí!”

Riley se dio la vuelta y salió del callejón, dejando que el hombre recogiera las rosas y la muñeca de su hija. ¿Cómo podría haber dejado que esto sucediera? ¿Por qué fue tan lejos con esto? ¿Por qué no había notado el anillo de bodas del hombre en el momento en que lo vio?

La respuesta era simple. Estaba agotada, y su cabeza le dolía terriblemente. No estaba pensando claramente.

Mientras caminaba confundida por la acera, un escaparate de neón para un bar llamó su atención. Quería un trago. Sentía como si necesitaba un trago.

Entró en el lugar tenuemente iluminado y se sentó en el bar. El camarero estaba ocupado atendiendo a otro cliente. Riley se preguntaba qué hacía el hombre que acababa de acosar. ¿Estaba llamando a la policía? ¿Estaba a punto de ser aprehendida? Sin duda sería una amarga ironía.

Pero supuso que el hombre probablemente no llamaría a la policía. Después de todo, le costaría explicar lo que había sucedido. Incluso podía sentir vergüenza al haber sido atacado por una mujer.

De todos modos, si había llamado a la policía, y estaban en camino para buscarla, tratar de escapar no funcionaría. Si tuviera que hacerlo, enfrentaría las consecuencias de sus acciones. Y quizás merecía ser arrestada. Recordó su conversación con Mike Nevins, cómo había señalado a su atención sus propios sentimientos de inutilidad.

Tal vez tengo razón al sentirme inútil, pensó. Tal vez hubiera sido mejor si Peterson me hubiera matado.

El camarero caminó hacia ella.

“¿Qué desea, señora?” preguntó.

“Un whisky con hielo”, dijo Riley. “Que sea un doble”.

“Sale enseguida”, dijo el camarero.

Se recordó a sí misma que ella no solía beber mientras trabajaba. Su recuperación agonizante de TEPT se había caracterizado por episodios ocasionales de consumo intenso, pero había creído que eso había quedado en el pasado.

Tomó un sorbo. La bebida áspera se sintió reconfortante al bajar.

Todavía tenía otra ciudad más para visitar, y por lo menos una persona más para entrevistar. Pero ella necesitaba algo para calmar sus nervios.

Bueno, pensó con una sonrisa amarga, por lo menos no estoy oficialmente en servicio.

Se terminó la bebida rápidamente, luego se convenció a sí misma de no ordenar otra. La tienda de juguetes en la ciudad próxima iba a cerrar pronto, y tenía que llegar de inmediato. El tiempo se agotaba para Cindy MacKinnon— si ya no se había agotado.

Al irse del bar, Riley sintió que caminaba al borde de un abismo familiar. Pensaba que había dejado atrás todo ese horror, dolor y auto-aversión en el pasado. ¿Empezaría a sentirlo de nuevo?

¿Cuánto tiempo más podría evadir sus jalones mortales?

Capítulo 25

El celular de Riley zumbó la mañana siguiente. Estaba sentada en su mesa, mirando el mapa que había seguido ayer, planificando una nueva ruta para hoy. Cuando vio que la llamada era de Bill, sus nervios se aceleraron. ¿Esto serían buenas o malas noticias?

“¿Bill, qué está pasando?”

Oyó a su ex compañero suspirando miserablemente.

“Riley, ¿estás sentada?”

El corazón de Riley se hundió. Estaba alegre que *de verdad* estaba sentada. Sabía ahora que el tono de voz de Bill sólo podía significar una cosa terrible, y sintió que sus músculos se debilitaron de temor.

“Han encontrado a Cindy MacKinnon”, dijo Bill.

“Y está muerta, ¿cierto?” dijo Riley.

Bill no dijo nada por un momento, pero su silencio respondió la pregunta. Riley sentía lágrimas en sus ojos—lágrimas de impotencia y conmoción. Luchó contra ellas, decidida a no llorar.

“¿En dónde la encontraron?” preguntó Riley.

“Bastante lejos al oeste de las otras víctimas, en el bosque nacional, casi en el borde de Virginia Occidental”.

Miró su mapa. “¿Cuál es la ciudad más cercana?” Le dijo y ella encontró la ubicación aproximada. No estaba dentro del triángulo hecho por los otros tres sitios donde los cuerpos habían sido encontrados. Pero, aun así, debía haber algún tipo de relación con los otros sitios. No podía descifrar que era.

Bill continuó describiendo el descubrimiento.

“La puso al lado de un acantilado en una zona abierta, no habían árboles alrededor de la zona. Estoy en la escena ahora. Es horrible. Se está volviendo cada vez más audaz, Riley”.

Y actuando más rápido, Riley pensó con desesperación. Sólo había mantenido a esta víctima viva por unos días.

“Entonces Darrell Gumm realmente es el hombre equivocado”, dijo Riley.

“Eres la única que lo dijo”, respondió Bill. “Tenías razón”.

A Riley le costó comprender la situación.

“¿Así que Gumm ha sido liberado?” preguntó.

Bill refunfuñó de molestia.

“Para nada”, dijo. “Va a ser acusado de obstrucción de la justicia. Tiene

mucho que responder. Pero ni parece importarle. Pero trataremos de mantener su nombre fuera de las noticias tanto como podamos. Ese malparido amoral no merece la publicidad”.

Un silencio cayó entre ellos.

“Joder, Riley”, dijo Bill, “si sólo Walder te hubiera escuchado Walder, tal vez la pudiéramos haber salvado”.

Riley dudaba de eso. No era como si ella hubiera tenido pistas sólidas; pero tal vez con esa mano de obra redirigida, algo podría haber salido a relucir en esas horas preciosas.

“¿Tienes fotos?” preguntó. Su corazón latía.

“Sí, Riley, pero—”

“Sé que no deberías mostrármelas. Pero tengo que verlas. ¿Puedes enviármelas?”

Después de una pausa, dijo Bill, “Hecho”.

Unos instantes más tarde, Riley estaba mirando una serie de imágenes espantosas en su teléfono celular. La primera fue una foto de cerca de ese rostro que había visto en una foto tan sólo unos días atrás. En ese entonces la mujer había estado radiante de amor por una niña feliz y su muñeca nueva. Pero ahora ese rostro estaba pálido, sus ojos cosidos para mantenerlos abiertos, una horrible sonrisa pintada en sus labios.

Mientras miraba las otras fotos, vio que la exhibición era igual a cómo había sido posado el cuerpo de Reba Frye. Todos los detalles estaban allí. La pose era muy precisa. El cuerpo estaba desnudo y exployado, sentado en posición vertical como una muñeca. Una rosa artificial estaba en el suelo entre sus piernas.

Esta era la firma verdadera del asesino, su mensaje. Este fue el efecto que quería lograr todo el tiempo. Había logrado maestría con sus víctimas tres y cuatro. Riley sabía perfectamente que estaba listo para hacerlo otra vez.

Después de mirar las fotos, Riley regresó al teléfono con Bill.

“Lo siento”, dijo, su voz conmocionada con horror y tristeza.

“Sí, yo también”, dijo. “Pero, ¿tienes alguna idea en absoluto?”

Riley pasó las imágenes que había visto por su mente.

“Asumo que la peluca y la rosa son iguales que en las otras víctimas”, dijo. “La cinta, también”.

“Sí. Se ven iguales”.

Pausó de nuevo. ¿Qué pistas podría esperar encontrar el equipo de Bill?

“¿Llegaste lo suficientemente temprano para buscar pistas, huellas?”

preguntó.

“La escena fue asegurada temprano esta vez. Un guardabosque la encontró y llamó a la Oficina directamente. Nada de policías locales. Pero no encontramos nada útil. Este tipo es cuidadoso”.

Riley pensó por unos momentos. Las fotos habían mostrado el cuerpo de una mujer sentada en el césped, apoyada contra una formación rocosa. Preguntas estaban zumbando en su mente.

“¿El cuerpo estaba frío?” preguntó.

“Sí lo estaba para cuando llegamos”.

“¿Cuánto tiempo crees que había estado allí?”

Podía escuchar a Bill hojeando a través de su cuaderno.

“No estoy seguro, pero fue puesta en esa pose pronto después de su muerte. De acuerdo a la coloración, dentro de unas horas. Sabremos más después de que el forense se ponga a trabajar”.

Riley sentía su impaciencia habitual. Quería tener una idea más clara de la cronología del asesino.

Preguntó, “¿Podría haberla posado dónde la mató y luego haber traído al sitio después de que el cuerpo entrara en rigor mortis?”

“Probablemente no”, dijo Bill. “No veo nada extraño sobre la posición. No creo que ya estuviera tiesa antes de que la trajera aquí”.

“¿Por qué? ¿Crees que la trajo aquí y luego la mató?”

Riley cerró los ojos y se puso a pensar.

Finalmente dijo, “No”.

“¿Estás segura?”

“La mató dondequiera que la tenía cautiva y luego la llevó al sitio. No la habría llevado allí viva. No quisiera luchar con un ser humano en su camioneta o en el sitio”.

Sus ojos todavía cerrados firmemente, Riley buscó en su mente para poder obtener un sentido de la mente del asesino.

“Sólo quisiera traer los materiales para el mensaje que quisiera transmitir”, dijo. “Una vez que estaba muerta, eso es lo que era para él. Una obra de arte, no una mujer. Así que la mató, la lavó, la secó, preparó el cuerpo tal y como lo quiso, todo cubierto con vaselina”.

La escena estaba empezando a reproducirse en su imaginación en detalles vívidos.

“La trajo al lugar cuando estaba entrando el rigor mortis”, dijo. “Lo cronometró perfectamente. Después de matar a tres otras mujeres, entendió

exactamente cómo funcionaría. Usó la aparición del rigor como parte de su proceso creativo. La posó mientras se endurecía, poco a poco. La moldeó como la arcilla”.

A Riley le resultó difícil decir lo que vio sucediendo luego en su mente, o en la mente del asesino. Finalmente salieron las palabras.

“Cuando terminó de esculpir el resto de su cuerpo, su barbilla todavía estaba reclinada sobre su pecho. Sentía los músculos de sus hombros y cuello, sintiendo el estado exacto de la flexibilidad restante, e inclinó su cabeza hacia arriba. La mantuvo allí hasta que se endureció. Pudo haber tomado dos o tres minutos. Fue paciente. Luego dio un paso atrás y disfrutó de su obra”.

“Dios”, Bill murmuró en una voz conmovida. “Eres buena”.

Riley suspiró amargamente y no respondió. No pensaba que era buena, ya no. Sólo era buena para entrar en mentes enfermas. ¿Qué decía eso sobre ella? ¿Cómo le hacía eso bien a nadie? Ciertamente no había ayudado a Cindy MacKinnon.

Bill preguntó, “¿Qué tan lejos crees que mantiene cautivas a las víctimas mientras están todavía vivas?”

Riley hizo algunos cálculos mentales rápidos, visualizando un mapa de la zona en su cabeza.

“No muy lejos de donde la posó”, dijo. “Probablemente ni a dos horas de allí”.

“Eso todavía cubre mucho territorio”.

Los espíritus de Riley disminuían por minuto. Bill tenía razón. No estaba diciendo una sola cosa que podría ser de ayuda.

“Riley, te necesitamos de vuelta en este caso”, dijo Bill.

Riley refunfuñó.

“Estoy segura de que Walder no lo cree”, dijo.

Tampoco lo creo yo, pensó.

“Bueno, Walder está equivocado”, dijo Bill. “Y voy a decirle que está equivocado. Haré que vuelvas al trabajo”.

Riley absorbió las palabras de Bill por un momento.

“Es un riesgo muy grande para ti”, dijo por fin. “Walder puede despedirte también si causas problemas”.

Bill tartamudeó, “Pero—pero Riley—”

“Nada de ‘peros,’ Bill. Si te despiden, nunca se resolverá este caso”.

Bill suspiró. Su voz estaba cansada y resignada.

“Está bien”, dijo. “Pero, ¿tienes alguna idea en absoluto?”

Riley pensó por un momento. El abismo en el que había estado mirando el último par de días se volvía más amplio y profunda. Sintió que lo poco que quedaba de su determinación se estaba escapando entre sus dedos. Había fallado, y una mujer estaba muerta.

Aun así, quizás había otra cosa más que podía hacer.

“Tengo algunas ideas por ahí”, dijo. “Te lo haré saber”.

Mientras finalizaban la llamada, el olor a tocino frito y café llegó a Riley desde la cocina. April estaba allí. Había estado haciendo desayuno desde que Riley se había levantado de la cama.

¡Sin pedirselo! pensó Riley.

Tal vez pasar tiempo con su padre la estaba haciendo apreciar a Riley, por lo menos un poco. A April nunca le gustaba estar cerca de Ryan. Sea cual sea la razón, Riley estaba agradecida incluso por la comodidad más pequeña en una mañana como esta.

Se sentó allí pensando qué hacer después. Había planeado conducir al oeste hoy, siguiendo la nueva ruta que había trazado. Pero se sentía derrotada, completamente abatida por este terrible giro de los acontecimientos. Ayer no había estado en el punto máximo de sus capacidades e incluso había sucumbido a ese trago en Glendive. No podía hacer lo mismo hoy, no en su presente estado mental. Seguramente cometería errores. Y ya se habían cometido demasiados errores.

Pero la ubicación de la tienda todavía era importante, quizás más importante que nunca. El asesino estaría buscando a su próxima víctima, si ya no lo había hecho. Riley abrió su portátil y compuso un correo electrónico para Bill, con una copia de su mapa adjuntado.

Le explicó a Bill qué ciudades y cuáles tiendas deberían ser revisadas. Bill probablemente debería centrarse en encontrar la casa del asesino, escribió. Pero tal vez podría persuadir a Walder a que enviara a alguien para que hiciera la ruta de Riley—mientras que Walder no se enterara de que era su idea.

Se sentó allí, mirando el mapa una y otra vez, y lentamente comenzó a detectar un patrón que no había visto antes. No era que los sitios estaban relacionados entre sí, sino que se extendían en una forma desequilibrada de otro punto en su mapa, la zona delimitada por las direcciones de las cuatro mujeres. Mientras lo estudiaba, se convenció más de que la selección de las víctimas estaba centrada alrededor de algún lugar en particular que todos

visitaron, una tienda de muñecas. Y a donde fuera que el asesino se llevaba a sus víctimas, probablemente no quedaba lejos de donde las veía por primera vez.

Pero, ¿por qué no había sido capaz de encontrar la tienda? ¿Estaba abordando esto de la forma incorrecta? ¿Estaba tan pegada a una sola idea que no podía ver otras pistas? ¿Estaba sólo imaginando un patrón que le conducía por el camino completamente equivocado?

Riley exploró su mapa y se lo envió a Bill con sus notas.

“El desayuno está listo, mamá”.

Al sentarse con su hija, Riley se encontró luchando contra las lágrimas otra vez.

“Gracias”, dijo. Comenzó a comer en silencio.

“¿Mamá, qué pasa?” preguntó April.

A Riley le sorprendió la pregunta. ¿Notó un poco de preocupación en la voz de su hija? La chica seguía siendo bastante taciturna con Riley la mayoría de las veces, pero al menos no había sido abiertamente grosera durante unos días.

“No pasa nada”, dijo Riley.

“Eso no es cierto”, dijo April.

Riley no dijo nada en respuesta. No quería arrastrar a April en la horrible realidad del caso. Su hija ya estaba lo suficientemente angustiada.

“¿Ese era Bill en el teléfono?” preguntó April.

Riley asintió en silencio.

“¿Para qué llamó?” preguntó April.

“No puedo hablar de eso”.

Un largo silencio cayó entre ellas. Ambas siguieron comiendo.

Finalmente, April dijo: “Sigues tratando de hacer que hable contigo. Eso va en ambos sentidos, sabes. Nunca me hablas, no realmente. De verdad que ya no hablas con nadie”.

Riley dejó de comer y reprimió un sollozo. Era un buen comentario. Y era cierto. Ella ya no hablaba con nadie. Pero no podía decirlo.

Se recordó a sí misma que era sábado, y que no llevaría a April a la escuela. Y no había hecho ningún plan para que April se quedara con su padre. Y a pesar de que Riley no iba a dirigirse al oeste en busca de pistas, todavía había algo que tenía que hacer.

“April, tengo que irme”, dijo. “¿Estarás bien aquí sola?”

“Claro”, dijo April. Luego, en una voz verdaderamente triste, preguntó,

“Mamá, ¿podrías por lo menos decirme a dónde vas?”
“Voy a un funeral”.

Capítulo 26

Riley llegó a la sala en Georgetown poco antes de que el servicio de Marie estaba programado para comenzar. Odiaba los funerales. Para ella, eran peores que llegar a una escena del crimen con un cuerpo recién asesinado. Siempre la hacían sentirse horrible. Sin embargo, Riley sentía que aún debía algo, y no estaba seguro de lo que era, a Marie.

La funeraria tenía una fachada de paneles prefabricados de ladrillo y columnas blancas en el pórtico delantero. Entró en un vestíbulo alfombrado y con aire acondicionado que llevaba a un pasillo empapelado en suaves colores pastel calibrados para no ser ni deprimentes, ni alegres. El efecto fue contraproducente en Riley, añadiendo a su sensación de desesperación. Se preguntaba por qué las funerarias no podían ser sólo los lugares sombríos y poco atractivos que realmente deberían ser, como los mausoleos o morgues, con ninguna de estas falsas decoraciones.

Pasó varias salas, algunas con ataúdes y visitantes, otras vacías, hasta que llegó a dónde debía celebrarse el servicio de Marie. En el otro extremo de la habitación vio el ataúd abierto, hecho de madera bruñida con una manija larga de cobre a lo largo de los lados. Tal vez una docena de personas habían llegado, muchas de ellas sentadas, algunas de ellas socializando y susurrando. Se oía música suave de órgano en la sala. Una fila de visualización pequeña pasaba por el ataúd.

Se colocó en la fila y pronto se encontró parada junto al ataúd, mirando hacia abajo a Marie. A pesar de toda la preparación mental de Riley, todavía le dio una sacudida. El rostro de Marie estaba demasiado pasivo y sereno, no torcido y agonizando, como lo había estado cuando estaba colgando de esa lámpara. Este rostro no estaba lleno de estrés y miedo, como lo había estado cuando habían hablado en persona. Se veía mal. En realidad, parecía peor que mal.

Se movió rápidamente del ataúd, notando una pareja de ancianos sentados en primera fila. Supuso que eran los padres de Marie. Estaban flanqueados por un hombre y una mujer más cercanos a la edad de Riley. Debían ser el hermano y la hermana de Marie. Riley pensó en sus conversaciones con Marie y recordó que sus nombres eran Trevor y Shannon. No tenía idea de cómo se llamaban los padres de Marie.

Riley pensó en ir hacia allá y ofrecerle sus condolencias a la familia. Pero, ¿cómo se introduciría a sí misma? ¿La mujer que rescató a Marie de su

cautiverio, sólo para encontrar su cadáver más tarde? No, seguramente ella era la última persona que querían ver ahora mismo. Era mejor dejarlos llorar su muerte en paz.

Mientras caminó a la parte posterior de la sala, Riley se dio cuenta de que ella no reconocía ni a una sola persona. Eso parecía extraño y terriblemente triste. Después de sus incontables horas de chats por video y su único encuentro cara a cara, no tenían ni un amigo en común.

Pero sí tenían un terrible enemigo en común—el psicópata que las había mantenido en cautiverio. ¿Estaba aquí hoy? Riley sabía que los asesinos comúnmente visitaban los funerales y las tumbas de sus víctimas. Tanto como se lo debía a Marie, también tenía que admitir que esa fue la razón real por la cual había venido aquí hoy. Para encontrar a Peterson. También es por eso que llevaba un arma oculta, su Glock personal que normalmente mantenía en una caja en el maletero de su carro.

Mientras caminaba hacia la parte posterior de la sala, analizó los rostros de los que ya estaban sentados. Había visto la cara de Peterson en el resplandor de su antorcha, y había visto fotos de él. Pero nunca lo había visto cara a cara. ¿Lo reconocería?

Su corazón latía con fuerza mientras miraba todas las caras sospechosamente, buscando un asesino en cada una. Pronto se volvieron en un sólo rostro de agonía, mirándola fijamente con confusión.

Riley se sentó en un asiento de pasillo en la última fila, separada de todos, donde podía ver a cualquier persona que entraba o salía al no ver ningún sospechoso obvio.

Un pastor joven se acercó a un podio. Riley sabía que Marie no había sido religiosa, así que lo del pastor debió haber sido idea de su familia. Los rezagados se sentaron, y todo el mundo se calló.

En una voz baja y profesional, el pastor comenzó con palabras familiares. “Aunque pase por el valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque tú estás conmigo; tu vara y tu cayado me infunden aliento.”

El pastor hizo una pausa por un momento. En el breve silencio, una sola frase hizo eco en la mente de Riley...

“No temeré mal alguno”.

De alguna manera, le pareció a Riley algo grotescamente inadecuado de decir. ¿Qué significaba “no temer mal alguno”? ¿Cómo posiblemente podría ser una buena idea? Si Marie hubiese tenido más miedo unos meses antes, hubiese sido más cautelosa, tal vez no hubiera caído en las garras de

Peterson.

Este definitivamente era un momento para tenerle miedo a la maldad. Había mucha maldad en el mundo.

El pastor comenzó a hablar otra vez.

“Mis amigos, nos hemos reunido aquí para lamentar la pérdida y celebrar la vida de Marie Sayles—hija, hermana, amiga y colega...”

El pastor empezó un sermón repetitivo sobre la pérdida, la amistad y la familia. Aunque calificó la “muerte” de Marie como “prematura”, no hizo ninguna mención de la violencia y el terror que había atormentado las últimas semanas de su vida.

Riley no le prestó atención a su sermón. Tal como lo hizo, recordó las palabras de la nota de suicidio de Marie.

“Esta es la única manera”.

Riley sintió un nudo de culpa dentro de ella, volviéndose tan grande que casi no podía respirar. Quería correr hasta el frente de la sala, empujar a un lado al pastor, y confesarle a la congregación que todo era su culpa. Le había fallado a Marie. Le había fallado a todos los que amaban a Marie. Se había fallado a sí misma.

Riley reprimió la necesidad de confesar, pero su intranquilidad comenzó a tornarse en una claridad brutal. Primero había sido los ladrillos prefabricados, las columnas blancas tontas y los papeles tapices de colores pastel de la funeraria. Luego el rostro de Marie, tan antinatural y ceroso en el ataúd. Y ahora aquí estaba el predicador, gesticulando y hablando como una especie de juguete, un autómatas en miniatura, y la congregación de pequeñas cabezas subiendo y bajando mientras les hablaba.

Es como una casa de muñecas, Riley notó.

Y Marie estaba posada en el ataúd—no un cadáver real, sino uno de mentira, en un funeral de mentira.

Riley se sintió horrorizada. Los dos asesinos—Peterson y quién sea que había matado a Cindy MacKinnon y a las otras—se fusionaron en su mente. No importaba que el emparejamiento era totalmente irracional y sin fundamento. No podía distinguirlos. Se volvieron uno para ella.

Parecía que este funeral bien elaborado fue el toque final del monstruo. Anunciaba que habría muchas más víctimas y muchos funerales más.

Mientras estaba sentada allí, Riley notó por el rabillo de sus ojos a alguien llegar en silencio al servicio y sentarse al otro extremo de la fila de atrás. Volvió la cabeza un poco para ver quién había llegado en medio del

servicio y vio un hombre vestido casualmente, con una gorra de béisbol que tapaba sus ojos. Su corazón latió más rápido. Parecía grande y lo suficientemente fuerte para ser quien la había subyugado cuando la capturó. Su rostro era duro, apretaba la mandíbula, y pensó que se veía culpable. ¿Podría ser el asesino que estaba buscando?

Riley se dio cuenta que casi estaba hiperventilando. Calmó su respiración hasta que pudo pensar con claridad. Tenía que abstenerse de saltar y detener al recién llegado. El servicio evidentemente estaba llegando a su fin, y no podía interrumpirlo e irrespetar la memoria de Marie. Tenía que esperar. ¿Y si no era él?

Pero, para su sorpresa, se puso repentinamente de pie y salió silenciosamente de la sala. ¿La había visto?

Riley se levantó de un salto y lo siguió. Sintió cabezas girar ante su repentina conmoción, pero eso no importaba ahora.

Paseó por el pasillo de salón fúnebre hacia la entrada principal y, al abrir la puerta, vio que el hombre caminaba rápidamente a lo largo de la acera. Sacó su pistola y salió corriendo tras él.

“¡FBI!”, gritó. “¡Detente!”

El hombre se volteó para mirarla.

“¡FBI!” repitió, una vez más sintiéndose desnuda sin su placa. “Mantenga sus manos donde pueda verlas”.

El hombre que la miraba se veía absolutamente desconcertado.

“¡Identificación!”, le exigió.

Sus manos temblaban, si era de temor o indignación, Riley no lo sabía. Sacó una cartera con una licencia de conducir y mientras lo analizaba, vio que lo identificaba como un residente de Washington.

“Aquí está mi identificación”, dijo. “¿Dónde está la tuya?”

La resolución de Riley comenzó a desaparecer. ¿Había visto la cara de este hombre antes? No estaba segura.

“Soy abogado”, dijo el hombre, aún muy agitado. “Y conozco mis derechos. Más te vale que tengas una buena razón para sacarme un arma sin razón. Aquí mismo en una calle de la ciudad”.

“Soy la Agente Riley Paige”, dijo. “Necesito saber por qué asistías a ese funeral”.

El hombre la miró de cerca.

“¿Riley Paige?” preguntó. “¿La agente que la rescató?”

Riley asintió. El rostro del hombre se llenó de desesperación.

“Marie era una amiga”, dijo. “Hace meses, éramos cercanos. Y luego esta cosa terrible le sucedió a ella y...”

El hombre ahogó un sollozo.

“Había perdido contacto con ella. Fue mi culpa. Era una buena amiga, y yo no me mantuve en contacto. Y ahora nunca tendré una oportunidad de...”

El hombre negó con la cabeza.

“Ojalá pudiera regresar y hacer las cosas de forma distinta. Me siento tan mal por eso. Ni siquiera pude aguantar quedarme durante todo el funeral. Tuve que irme”.

Este hombre se sentía culpable y muy mal. Por razones muy parecidas a las suyas.

“Lo siento”, dijo Riley suavemente, bajando su arma. “Lo siento mucho. Encontraré al hijo de puta que le hizo esto”.

Al darse la vuelta para irse, lo escuchó gritar en tono perplejo.

“¿Pensé que ya estaba muerto?”

Riley no respondió. Dejó al hombre desconsolado allí en la acera.

Y al alejarse, sabía exactamente a dónde tenía que ir. Un lugar que nadie entendería, quizás excepto Marie.

*

Riley condujo por las calles que pasaban desde las elegantes casas de Georgetown a un vecindario en ruinas en una zona industrial una vez próspera. Muchos edificios y tiendas estaban abandonados, y los habitantes eran pobres. Entre más condujo, peor se hacía.

Finalmente se estacionó a lo largo de un bloque que consistía enteramente de casas condenadas. Se bajó del carro y rápidamente encontró lo que estaba buscando.

Dos hogares vacantes flanqueaban un área amplia e infértil. No hace mucho, había tres casas desiertas allí. Peterson había vivido como un ocupante ilegal en la casa del medio, utilizándola como su guarida secreta. Había sido el lugar perfecto para él, demasiado separado de habitantes vivos para que cualquier persona pudiera oír los gritos que venían de debajo de la casa.

Ahora el espacio había sido nivelado, las casas derrumbadas, la hierba comenzando a crecer allí. Riley trató de visualizar cómo se veía cuando las casas todavía estaban allí. No era fácil. Sólo había estado aquí una vez

cuando las casas estaban de pie. Y había sido de noche.

Mientras caminaba al claro, comenzó a recordar...

Riley había estado persiguiéndolo todo el día, hasta la noche. Bill no estaba con ella debido a una emergencia, y Riley imprudentemente había decidido seguir al hombre aquí sola.

Lo vio entrar en la miserable casita con ventanas tapadas con madera. Luego se fue de nuevo unos pocos momentos después. Estaba a pie, y no sabía a dónde iba.

Brevemente consideró pedir apoyo. Decidió no hacerlo. El hombre se había ido, y si la víctima realmente estaba dentro de esa casa, no podía dejarla sola y en tormento por un minuto más. Caminó hasta en el porche y se empujó entre las tablas que sólo parcialmente bloqueaban la puerta.

Encendió su linterna. El rayo de luz se reflejaba contra al menos una docena de tanques de gas propano. No era una sorpresa. Ella y Bill sabían que el sospechoso estaba obsesionado con el fuego.

Entonces oyó un rasguño debajo de los tablones, luego un llanto débil...

Riley pausó el flujo de los recuerdos. Miró a su alrededor. Se sentía muy segura que ahora estaba parada en el mismo lugar que temía y había buscado. Fue aquí donde ella y Marie habían sido enjauladas en ese sótano de poca altura oscuro y sucio.

El resto de la historia todavía estaba cruda en su mente. Riley había sido capturada por Peterson cuando liberó a Marie. Marie había tambaleado por un par de millas en un estado de completo shock. Cuando la encontraron, no tenía idea en dónde había estado cautiva. Riley se quedó sola en la oscuridad, buscando como salir.

Después de una pesadilla interminable, atormentada repetidamente por la antorcha de Peterson, Riley se había soltado. Cuando lo hizo, golpeó a Peterson hasta casi dejarlo inconsciente. Cada golpe le dio una gran sensación de vindicación. Tal vez los golpes, esa pequeña vindicación, habían permitido que sanara mejor que Marie, reflexionó.

Luego, enloquecida de temor y agotamiento, Riley había abierto todos los tanques de propano. Al huir de la casa, lanzó un fósforo encendido al interior. La explosión la lanzó a la calle. Todo el mundo estaba asombrado de que

había sobrevivido.

Ahora, dos meses después de la explosión, Riley estaba parada mirando su obra nefasta, un espacio vacío donde nadie vivía y era probable que nadie viviría en mucho tiempo. Parecía una imagen perfecta de lo que se había convertido su vida. En cierto modo, parecía el final del camino—al menos para ella.

Una espantosa sensación de vértigo se apoderó de ella. Todavía parada en ese sitio, se sintió como si estuviera cayendo, cayendo, cayendo. Cayó en ese abismo que había estado abriéndose. Incluso en plena luz del día, el mundo parecía terriblemente oscuro, aún más oscuro de lo que había sido en esa jaula en el sótano de poca altura. El abismo no parecía tener fondo, su caída no parecía tener fin.

Riley recordó una vez más la evaluación de Betty Richter de las probabilidades de que Peterson había muerto.

Diría un 99 por ciento.

Pero ese fastidioso uno por ciento de alguna manera hacía que el otro noventa y nueve por ciento fuera absurdo y no tuviera sentido. Y además, incluso si Peterson hubiera muerto realmente, ¿qué diferencia hacía? Riley recordó las palabras terribles de Marie en el teléfono el día de su suicidio.

Tal vez es como un fantasma, Riley. Quizás eso fue lo que pasó durante la explosión. Mataste su cuerpo pero no mataste su maldad.

Sí, eso era. Había estado luchando una batalla perdida toda su vida. Después de todo, el mal poseía el mundo, tan ciertamente como atormentaba este lugar donde ella y Marie habían sufrido tan terriblemente. Era una lección que debió haber aprendido de niña, cuando no pudo evitar que su madre fuera asesinada. Entendió aún más la lección por el suicidio de Marie. Rescatarla había sido inútil. No tenía sentido rescatar a nadie, ni a sí misma. El mal prevalecería al final. Era tal como Marie le había dicho por teléfono.

No puedes combatir a un fantasma. Ríndete, Riley.

Y Marie, mucho más valiente de lo que Riley había sabido, finalmente tomó el asunto en sus propias manos. Había explicado su decisión en cinco palabras simples.

Esta es la única manera.

Pero quitarte tu propia vida no era valentía. Era cobardía.

Una voz rompió a través de la oscuridad de Riley.

“¿Está bien, señora?”

Riley levantó la mirada.

“¿Qué?”

Luego, lentamente, se dio cuenta de que estaba de rodillas en un terreno vacío. Lágrimas corrían por su rostro.

“¿Debo llamarle a alguien?” preguntó la voz. Riley vio que una mujer se había detenido en la acera cercana, una mujer mayor en ropa desgastada pero con una mirada preocupada en el rostro.

Riley controló su llanto y se puso de pie, y la mujer se alejó. Riley se quedó parada allí, adormecida. Si no podía ponerle fin a su propio horror, sabía cómo poder adormecerse contra él. No era valiente, y no era honorable, pero a Riley ya no le importaba. No iba a resistirlo más. Se metió en su carro y manejó a casa.

Capítulo 27

Manos aún temblorosas, Riley buscó la botella de vodka que tenía escondida en el gabinete de cocina, la que prometió que nunca tocaría de nuevo. Abrió la botella y trató de servirse discretamente, para que April no escuchara. Puesto que se parecía mucho al agua, esperaba poder bebérsela abiertamente sin mentir sobre ello. No quería mentir. Pero la botella sonaba indiscretamente.

“¿Qué pasa, Mamá?” April preguntó detrás de ella en la mesa de la cocina.

“Nada”, respondió Riley.

Oyó a April refunfuñar un poco. Podía notar que su hija sabía lo que estaba haciendo. Pero no había manera de verter el vodka en la botella. Riley quería botarla, realmente quería hacerlo. Lo último que quería hacer era beber, especialmente frente a April. Pero nunca se había sentido tan mal, tan agitada. Sentía como si el mundo estaba conspirando contra ella. Y realmente necesitaba un trago.

Riley deslizó la botella de nuevo dentro del gabinete, luego fue a la mesa y se sentó con su vaso. Tomó un sorbo largo, y quemó su garganta de una manera reconfortante. April la miró fijamente por un momento.

“¿Eso es vodka, verdad, mamá?”, dijo.

Riley no dijo nada, sintiéndose culpable. ¿April se merecía esto? Riley la había dejado en casa todo el día, llamando de vez en cuando para ver como estaba, y la niña había sido perfectamente responsable y no se había metido en problemas. Ahora Riley era la que estaba siendo furtiva e imprudente.

“Te enojaste conmigo por fumar marihuana”, dijo April.

Riley aún no dijo nada.

“Ahora es cuando se supone que me dices que esto es diferente”, dijo April.

“*Es diferente*”, dijo Riley con cansancio.

April la miró.

“¿Cómo?”

Riley suspiró, sabiendo que su hija tenía razón y sintiendo una profunda sensación de vergüenza.

“La hierba es ilegal”, dijo. “Esto no. Y—”

“Y eres una adulta y yo soy una niña, ¿cierto?”

Riley no respondió. Por supuesto, eso era exactamente lo que había

comenzado a decir. Y por supuesto, era hipócrita.

“No quiero discutir”, dijo Riley.

“¿Realmente vas a empezar de nuevo con este tipo de cosas?” dijo April. “Bebiste tanto cuando estabas lidiando con todos esos problemas—y jamás me dijiste qué pasó”.

Riley sintió su barbilla apretarse. ¿Era de ira? ¿Qué razón tenía para estar enojada con April, al menos ahora?

“Hay algunas cosas que simplemente no puedo decirte”, dijo Riley.

April puso los ojos en blanco.

“¿Dios, Mamá, por qué no? Quiero decir, ¿nunca seré lo suficiente mayor como para saber la horrible verdad sobre lo que haces? No puede ser mucho peor de lo que me imagino. Créeme, me imagino muchas cosas”.

April se levantó de su silla y caminó al gabinete. Bajó la botella de vodka y empezó a servirse un trago.

“Por favor no hagas eso, April”, dijo Riley débilmente.

“¿Cómo vas a detenerme?”

Riley se levantó y le quitó la botella a April suavemente. Luego se sentó de nuevo y se sirvió el contenido del vaso de April en el suyo.

“Sólo termina de comer, ¿está bien?” dijo Riley.

April estaba comenzando a llorar.

“Mamá, me gustaría que pudieras verte a ti misma en este momento. Tal vez entenderías lo mucho que me duele verte así. Y lo mucho que me duele que nunca me dices nada. Duele demasiado”.

Riley intentó hablar pero vio que no pudo.

“Habla con alguien, mamá”, dijo April, empezando a sollozar. “Si no quieres hablar conmigo, habla con otra persona. Tiene que haber *alguien* en quien puedes confiar”.

April se fue a su cuarto, cerrando la puerta detrás de ella.

Riley enterró su rostro entre sus manos. ¿Por qué se seguía equivocando tanto con April? ¿Por qué no podía mantener las partes feas de su vida separadas de su hija?

Todo su cuerpo convulsionó con sollozos. Su mundo había girado completamente fuera de control y no podía formar ni un sólo pensamiento coherente.

Se quedó sentada allí hasta que las lágrimas dejaron de fluir.

Llevándose la botella y el vaso con ella, entró en la sala de estar y se sentó en el sofá. Prendió el televisor y vio el primer canal que apareció. No

tenía idea qué película o programa de TV estaban pasando, y no le importaba. Sólo se sentó allí mirando sin comprender las imágenes y dejando que las voces sin sentido entraran en su mente.

Pero no pudo evitar las imágenes que pasaban por su mente. Vio los rostros de las mujeres que habían sido asesinadas. Vio la llama cegadora del soplete de Peterson moviéndose hacia ella. Y vio la cara muerta de Marie, cuando Riley la había encontrado colgando y cuando había sido tan ingeniosamente colocada en el ataúd.

Empezó a sentir una nueva emoción, una que temía mucho. Era miedo.

Estaba aterrorizada de Peterson, y podía sentir su presencia vengativa a su alrededor. No era tanto la cuestión de que si estaba vivo o muerto. Había tomado la vida de Marie y Riley no pudo sacudir la convicción de que ella era su próximo objetivo.

También temía, tal vez incluso más, el abismo en el que estaba cayendo ahora. ¿Realmente estaban separados los dos? ¿Peterson no era el que había causado este abismo? Esta no era la Riley que conocía. ¿El TEPT nunca tenía un final?

Riley perdió la noción del tiempo. Su cuerpo entero zumbaba y dolía con su miedo multifacético. Bebió constantemente, pero el vodka no la estaba adormeciendo.

Finalmente fue al baño y rebuscó por el gabinete de medicinas hasta encontrar lo que estaba buscando. Finalmente los encontró con manos temblorosas: sus tranquilizantes recetados. Debía tomarse uno al acostarse y no lo mezclarlo nunca con alcohol.

Con manos temblorosas, se tomó dos.

Riley volvió al sofá de la sala y miró la TV otra vez, esperando que el medicamento surtiera efecto. Pero no estaba funcionando.

Pánico le tenía en un agarre helado.

El cuarto parecía estar dando vueltas ahora, haciéndola sentir náuseas. Cerró los ojos y se estiró en el sofá. Los mareos cesaron un poco, pero la oscuridad detrás de sus párpados era impenetrable.

¿Cuánto más podían empeorar las cosas? se preguntó a sí misma.

Supo enseguida que era una pregunta estúpida. Las cosas iban a empeorar más y más para ella. Las cosas nunca mejorarían. El abismo no tenía fondo. Lo único que podía hacer era entregarse a la caída y a la desesperación fría.

Lo negro de la intoxicación se apoderó de ella. Perdió el conocimiento y pronto comenzó a soñar.

Una vez más, la llama blanca de la antorcha de propano cortó por la oscuridad. Oyó la voz de alguien.

“Vamos. Sígueme”.

No era la voz de Peterson. Era familiar, sin embargo— extremadamente familiar. ¿Alguien había venido a rescatarla? Se levantó y comenzó a seguir a quien sea que llevaba la antorcha.

Pero, para su horror, la antorcha arrojaba su luz sobre un cadáver tras otro—primero Margaret Geraty, luego Eileen Rogers, luego Reba Frye, luego Cindy MacKinnon—todas desnudas y horriblemente posadas. Finalmente la luz cayó sobre el cuerpo de Marie, suspendido en el aire, su cara horriblemente contorsionada.

Riley oyó la voz otra vez.

“Chica, de verdad que has arruinado las cosas”.

Riley se dio vuelta y buscó. En el ardiente resplandor, vio la persona que estaba sosteniendo la antorcha.

No era Peterson. Era su propio padre. Llevaba el uniforme de gala de coronel de Marina. Eso le pareció extraño. Se había retirado hace ya muchos años. Y no lo había visto, ni le había hablado, en más de dos años.

“Vi algunas cosas terribles en Vietnam”, dijo con una sacudida de su cabeza. “Pero esto realmente me enferma. Sí, arruinaste bastante las cosas, Riley. Por supuesto que aprendí hace mucho tiempo a no esperar nada de ti”.

Agitó la antorcha para que alumbrara un último cuerpo. Era su madre, muerta y sangrando de la herida de bala.

“Podrías prácticamente haberle disparado tu misma”, dijo su padre.

“Era sólo una niña, papá”, gemía Riley.

“No quiero escuchar ninguna de tus malditas excusas”, gritó su padre. “Nunca le has traído a una alma humana un sólo momento de alegría o felicidad, ¿sabes? Nunca le hiciste nada bueno a nadie. Ni siquiera a ti misma”.

Le dio la vuelta a la perilla de la antorcha. La llama se apagó. Riley volvió a estar en completa oscuridad.

Riley abrió los ojos. Era de noche, y la única luz en la sala vino de la televisión. Recordaba su sueño claramente. Las palabras de su padre seguían

resonando en sus oídos.

Nunca le has traído a una sola alma humana un sólo momento de alegría o felicidad.

¿Era verdad? ¿Le había fallado a todos tan miserablemente, incluso a las personas que más amaba?

Nunca le hiciste nada bueno a nadie. Ni siquiera a ti misma.

Su mente estaba nublada y no podía pensar con claridad. Tal vez no podía traerle a nadie verdadera felicidad y alegría. Tal vez simplemente no había amor verdadero dentro de ella. Tal vez no era capaz de amar.

Al borde de la desesperación, buscando alguna ayuda, Riley recordó las palabras de April.

Habla con alguien. Alguien en quien puedes confiar.

En su confusión embriagada, no pensando claramente, casi automáticamente Riley marcó un número en su teléfono celular. Después de unos instantes, oyó la voz de Bill.

“¿Riley?” preguntó, sonando más que medio dormido. “¿Tienes alguna idea de la hora que es?”

“No tengo ninguna idea”, dijo Riley, arrastrando las palabras.

Riley escuchó a una mujer preguntar, “¿Quién habla, Bill?”

Bill le dijo a su esposa, “Lo siento, tengo que atender esta llamada”.

Oyó los pasos de Bill y una puerta cerrarse. Supuso que se fue a algún lugar para hablar en privado.

“¿De qué trata todo esto?” preguntó.

“No lo sé, Bill, pero—”

Riley se detuvo por un momento. Se sentía al borde de decir cosas que lamentaría después—tal vez para siempre. Pero no pudo frenarse.

“Bill, ¿crees que podrías salir un rato?”

Bill dejó escapar un gruñido de confusión.

“¿De qué estás hablando?”

Riley respiró profundamente. ¿De *qué* estaba hablando? Se le estaba haciendo difícil ordenar sus pensamientos. Pero sabía que quería ver a Bill. Era un instinto primitivo, un impulso que no podía controlar.

Con la poca conciencia que le quedaba, sabía que debía decir *Lo siento* y colgar. Pero el miedo, la soledad y la desesperación se apoderaron de ella, y se hundió más todavía.

“Quiero decir...” continuó, arrastrando sus palabras, tratando de pensar coherentemente, “sólo tú y yo. Pasar tiempo juntos”.

Hubo sólo silencio en la línea.

“Riley, es el medio de la noche”, dijo. “¿Qué quieres decir con *pasar tiempo juntos*?” exigió, su irritación claramente aumentando.

“Quiero decir...” comenzó, buscando, queriendo detenerse, pero incapaz de hacerlo. “Quiero decir...Pienso en ti, Bill. Y no sólo en el trabajo. ¿No piensas en mí, también?”

Riley sentía un peso terrible aplastándola tan pronto como lo dijo. Estuvo mal, y no había manera de retractarse.

Bill suspiró amargamente.

“Estás borracha, Riley”, dijo. “No me reuniré contigo. No vas a manejar a ningún lado. Tengo un matrimonio que estoy tratando de salvar y... bueno, tú tienes tus propios problemas. Compite. Trata de dormir un poco”.

Bill finalizó la llamada abruptamente. Por un momento, la realidad parecía estar en un estado de suspensión. Luego Riley sintió una terrible claridad.

“¿Qué hice?” dijo en voz alta.

En sólo unos momentos, había tirado a la basura una relación profesional de diez años. Su mejor amigo. Su único compañero. Y probablemente la relación más exitosa de su vida.

Había estado segura de que el abismo en el que había caído no tenía fondo. Pero ahora sabía que estaba equivocada. Tocó fondo y golpeó el piso. Aun así, estaba cayendo. No sabía si sería capaz de levantarse de nuevo.

Tomó la botella de vodka de la mesa de café—no sabía si tomarse lo último de sus contenidos o botar lo que quedaba. Pero su coordinación entre manos y ojos estaba completamente arruinada. No podía tomar el control de ella.

La sala daba vueltas, hubo un estruendo, y todo se puso negro.

Capítulo 28

Riley abrió los ojos, luego los entrecerró, tapando su rostro con sus manos. Tenía un fuerte dolor de cabeza, su boca seca. La luz de la mañana que entraba por la ventana era cegadora y dolorosa, recordándole misteriosamente de la luz blanca de la antorcha de Peterson.

Escuchó la voz de April decir, “Me encargaré de eso, Mamá”.

Hubo un leve traqueteo y disminuyó el resplandor. Abrió los ojos.

Vio que April acababa de cerrar las persianas, dejando afuera la luz de la mañana. Se acercó al sofá y se sentó al lado de donde Riley todavía estaba acostada. Cogió una taza de café y se la ofreció.

“Cuidado, está caliente”, dijo April.

El cuarto todavía dando vueltas, Riley se sentó lentamente y alcanzó la taza. Agarrando la taza con cuidado, ella tomó un pequeño sorbo. Sí, estaba bastante caliente. Quemó sus dedos y su lengua. Aun así, fue capaz de sostenerla, y tomó otro sorbo. Al menos el dolor le dio una sensación de que había vuelto a la vida.

April estaba mirando al espacio.

“¿Vas a querer desayuno?” April le preguntó en una voz distante y vacante.

“Tal vez más tarde”, dijo Riley. “Lo prepararé”.

April sonrió un poco triste. Indudablemente, podía ver que Riley no estaba en ninguna condición para preparar nada.

“No, yo lo hago”, dijo April. “Sólo dime cuando quieras comer”.

Ambas se quedaron calladas. April siguió mirando a otra parte. Riley se sintió humillada. Vagamente recordaba su vergonzosa llamada a Bill anoche, luego sus últimos pensamientos antes de perder el conocimiento—ese conocimiento horrible que realmente había tocado fondo. Y ahora, para empeorar las cosas, su hija estaba aquí para ser testigo de su ruina.

Todavía sonando distante, April le preguntó, “¿Qué vas a hacer hoy?”

Parecía una pregunta extraña y a la vez buena. Era hora de que Riley hiciera planes. Si éste era el fondo, necesitaba comenzar a salir de allí.

Recordó su sueño, las palabras de su padre, y mientras lo hizo, se dio cuenta que era tiempo de enfrentar algunos de sus demonios.

Su padre. La presencia más oscura de su vida. Él es quien siempre estaba en la parte posterior de su conciencia. Sentía a veces que era la fuerza

impulsadora detrás de toda la oscuridad que se había manifestado en su vida. Él, de todas las personas, era el que tenía que ir a ver. Bien sea si era una necesidad primordial por el amor de un padre, su deseo de enfrentar cara a cara la oscuridad en su vida, o un deseo de sacudirse de estar atormentado por su sueño, no lo sabía. Pero el impulso la consumía.

“Creo que iré a visitar a Abuelo”, dijo.

“¿Abuelo?” preguntó, sorprendida. “No lo has visto en años. ¿Por qué irías a verlo? Creo que me odia”.

“No lo creo”, dijo Riley. “Siempre ha estado demasiado ocupado odiándome a mí”.

Otro silencio cayó, y Riley sintió que su hija estaba juntando el coraje.

“Quiero que sepas algo”, dijo April. “Boté el resto de la vodka. No quedaba mucho. También boté el whisky que quedaba en el gabinete. Lo siento. Supongo que no era de mi incumbencia. No debí haberlo hecho”.

Lágrimas vinieron a los ojos de Riley. Seguramente esto era lo más adulto y responsable que April había hecho.

“No, lo que hiciste estuvo bien”, dijo Riley. “Fue lo correcto. Gracias. Siento que no pude hacerlo yo”.

Riley se limpió una lágrima y juntó su propio coraje.

“Creo que es hora de que hablemos”, dijo Riley. “Creo que es hora que te cuente algunas cosas que has querido que te cuente”. Ella suspiró. “Pero no será agradable”.

April finalmente se volvió y la miró, anticipación en sus ojos.

“Ojalá realmente lo hicieras, Mamá”, dijo.

Riley respiró profundamente.

“Un par de meses atrás, estaba trabajando en un caso”, dijo. Sintió alivio al empezar a contarle a April sobre el caso Peterson. Se dio cuenta que debió haber hecho esto hace mucho tiempo.

“Me volví demasiado impaciente”, continuó. “Estaba sola y me encontré en una situación, y no estuve dispuesta a esperar. No pedí apoyo. Pensé que podía encargarme sola”.

April dijo, “Eso lo que haces todo el tiempo. Tratas de encargarte de todo sola. Incluso sin mí. Sin siquiera hablar conmigo”.

“Tienes razón”.

Riley se armó de valor.

“Saqué a Marie del cautiverio”.

Riley vaciló, y luego siguió. Oyó su propia voz temblar.

“Me atrapó”, continuó. “Me mantuvo en una jaula. Tenía una antorcha”.
Rompió a llorar, todo su terror reprimido saliendo a la superficie. Estaba tan avergonzada, pero no podía parar.

Para su sorpresa, sintió la mano reconfortante de April en su hombro y oyó a April llorar.

“Está bien, mamá”, dijo.

“No podían encontrarme”, Riley continuó entre sollozos. “No sabían dónde buscar. Fue mi culpa”.

“Mamá, no es tu culpa”, dijo April.

Riley se secó las lágrimas, tratando de controlarse.

“Finalmente logré escaparme. Exploté todo el lugar. Dicen que el hombre está muerto. Que no puede lastimarme ahora”.

Hubo un silencio.

“¿Y lo está?” preguntó April.

Riley desesperadamente quería decir que sí, para tranquilizar a su hija. Pero en cambio se encontró diciendo:

“No lo sé”.

El silencio continuó.

“Mamá”, dijo April, un nuevo tono en su voz, uno de bondad, de compasión, de fortaleza, uno que Riley nunca había oído antes, “salvaste la vida de alguien. Deberías estar muy orgullosa de ti misma”.

Riley sintió un temor nuevo mientras sacudió la cabeza lentamente.

“¿Qué?” preguntó April.

“Estuve allí ayer”, dijo Riley. “Marie. Su funeral”.

“¿Ella está muerta?” preguntó, estupefacta.

Riley sólo pudo asentir.

“¿Cómo?”

Riley vaciló. No quería decirlo, pero no tuvo otra opción. Le debía toda la verdad a April. Estaba cansada de retener las cosas.

“Se suicidó”.

Oyó a April jadear.

“Ay, Mamá”, dijo, llorando. “Lo siento mucho”.

Ambas lloraron por mucho, mucho tiempo, hasta que finalmente se asentaron en un relajante silencio, ya cansadas.

Riley respiró profundamente, se inclinó y le sonrió a April, alejando el pelo de sus mejillas mojadas con amor.

“Tienes que entender que habrán cosas que no te podré decir”, dijo Riley. “Bien sea porque no se lo puedo decir a nadie, o porque no sería seguro que lo sepas, o tal vez simplemente porque no creo que debes estar pensando en ellas. Tengo que aprender a ser la madre aquí”.

“Pero algo tan grande como esto”, dijo April. “Me debiste haber dicho. Eres mi madre, después de todo. ¿Cómo se supone que supiera por lo que estabas pasando? Tengo la edad suficiente. Puedo entender”.

Riley suspiró.

“Supongo que pensé que tenías lo suficiente para preocuparte. Especialmente con la separación de tu papá y yo”.

“La separación no fue tan dura, fue peor el hecho de que no hablaras conmigo”, April respondió. “Papá siempre me ignoraba excepto cuando me daba órdenes. Pero—es como si ya no estabas”.

Riley tomó la mano de April y la apretó con fuerza.

“Lo siento”, dijo Riley. “Por todo”.

April asintió.

“También lo siento”, dijo.

Se abrazaron, y mientras Riley sentía el flujo de lágrimas de April por su cuello, juró ser diferente. Juró cambiar. Cuando este caso estuviera detrás de ella, se convertiría en la madre que siempre quiso ser.

Capítulo 29

Riley condujo a regañadientes al corazón de su infancia. Lo que ella esperaba encontrar allí, no sabía. Pero sabía que era una misión crucial—por sí misma, de todos modos. Se preparó para ver a su padre. Sin embargo, sabía que tenía que enfrentarse a él.

Las Montañas Apalaches estaban a su alrededor, lejos al sur de sus recientes investigaciones. El viaje aquí había sido un tónico de alguna manera, y con las ventanas abajo, se estaba comenzando a sentir mejor. Había olvidado lo hermoso que era el Valle de Shenandoah. Se encontró manejando través de carreteras rocosas y junto a ríos que fluían.

Pasó por un pueblo típico de montaña—un poco más que un conjunto de edificios, una gasolinera, un supermercado, una iglesia, un puñado de casas, un restaurante. Recordó cómo había pasado los primeros años de su infancia en un pueblo como este.

También recordó lo triste que se había sentido cuando se mudaron a Lanton. Su madre había dicho que la razón era que era una ciudad universitaria y tenía mucho más para ofrecer. Habían restablecido las expectativas de vida de Riley cuando aún era muy joven. ¿Quizás las cosas hubieran sido mejores si hubiese pasado su vida en este mundo más sencillo y más inocente? ¿Un mundo en dónde no era probable que su madre fuera asesinada a balazos en un lugar público?

La ciudad desapareció detrás de ella en las múltiples curvas de las carreteras de montaña. Después de unas pocas millas, Riley cruzó en un camino de tierra.

En poco tiempo llegó a la cabaña que su padre había comprado después de retirarse de la Marina. Un carro viejo y magullado estaba estacionado cerca. No había estado allí en más de dos años, pero conocía bien el lugar.

Se estacionó y salió de su carro. Mientras caminaba hacia la cabaña, respiró el aire limpio del bosque. Era un hermoso día soleado, y a esta altura la temperatura era fresca y agradable. Se deleitó en la espléndida tranquilidad, interrumpida solamente por cantos de aves y el susurro de las hojas en la brisa. Se sintió bien estar rodeada por el bosque.

Caminó hacia la puerta, más allá de un tocón de árbol donde su padre cortaba su leña. Había una pila de madera cerca—su única fuente de calor en el clima frío. También vivía sin electricidad, pero el agua de manantial

entraba en la cabaña.

Riley sabía que esta vida sencilla era una cuestión de decisión, no de pobreza. Con sus excelentes beneficios, podría haberse retirado a cualquier parte que quisiera. Eligió hacerlo aquí, y Riley no podía culparlo. Tal vez algún día ella haría lo mismo. Por supuesto, una pensión substancial parecía notablemente menos probable, ahora que había perdido su placa.

Empujó la puerta y se abrió de una vez. Por estos lares, había poco que temer de los intrusos. Entró y miró a su alrededor. La única habitación cómoda era tenue, con varias linternas de gas apagadas por aquí y por allá. El revestimiento de pino despedía un olor a madera cálido y agradable.

Nada había cambiado desde la última vez que había estado allí. Todavía no había cabezas de ciervos montadas, ni cualquier otra señal de animales de caza. Su padre mataba a unos cuantos animales, pero solamente para comida y ropa.

El silencio fue interrumpido por un disparo afuera. Sabía que no era temporada de ciervos. Probablemente estaba disparando animales más pequeños—ardillas, cuervos o marmotas. Salió de la cabaña y caminó cuesta arriba pasando el ahumadero donde almacenaba su carne, luego siguió un sendero por el bosque.

Pasó por el arroyo cubierto de dónde provenía su agua dulce. Llegó al borde de lo que quedaba de un antiguo huerto de manzanas. Pequeñas frutas colgaban de los árboles.

“¡Papá!” gritó.

Nadie respondió. Siguió caminando por el huerto. Pronto vio a su padre parado cerca de allí—un hombre alto y desgarbado, vestido con una gorra de caza y un chaleco rojo, sosteniendo un rifle. Tres ardillas muertas yacían a sus pies.

Volvió su rostro hacia ella, no viéndose ni un poco sorprendido de verla—y tampoco alegre.

“No deberías estar aquí sin un chaleco rojo, niña”, gruñó. “Suerte que no te maté a tiros”.

Riley no respondió.

“Bueno, no hay nada aquí que disparar ahora”, dijo irritado, descargando su pistola. “Los alejaste a todos, con tus gritos y ruidos. Por lo menos tengo ardillas para la cena”.

Comenzó a caminar cuesta abajo hacia su cabaña. Riley lo siguió, apenas capaz de seguirle el paso. Después de años de jubilación, todavía caminaba

con su viejo porte militar, todo su cuerpo enrollado como un gran resorte de acero.

Cuando llegaron a la cabaña, no la invitó a que entrara, ni tampoco esperaba que lo hiciera. En cambio, arrojó las ardillas en una cesta en la puerta, luego caminó al tocón cerca de la pila de leña y se sentó allí. Se quitó su gorra, revelando pelo gris que aún era cortado al estilo marinero. No miró a Riley.

Sin lugar para sentarse, Riley se dejó caer en los escalones de la entrada.

“Se ve bien adentro de tu cabaña”, dijo, tratando de encontrar algo de qué hablar. “Veo que todavía no estás montando trofeos”.

“Sí, bueno”, dijo con una sonrisa, “nunca tomé trofeos cuando maté en Vietnam. No voy a empezar a hacerlo ahora”.

Riley asintió. Había oído esa observación a menudo, siempre con su típico humor sombrío.

“¿Qué estás haciendo aquí?” preguntó su padre.

Riley comenzó a preguntarse. ¿Qué había esperado de este hombre tan duro, tan incapaz de afecto básico?

“Tengo algunos problemas, papá”, dijo.

“¿Con qué?”

Riley negó con la cabeza y sonrió tristemente. “No sé dónde empezar”, dijo.

Escupió en el suelo.

“Fue algo muy tonto lo que hiciste, dejar que ese psicópata te atrapara”, dijo.

Riley estaba sorprendida. ¿Cómo lo supo? No había tenido ninguna comunicación con él durante un año.

“Pensé que vivías totalmente fuera del mapa”, dijo.

“Voy a la ciudad de vez en cuando”, dijo su padre. “Me entero de cosas”.

Casi dijo que lo “muy tonto” había salvado la vida de una mujer. Pero rápidamente lo recordó—eso no era cierto en absoluto, no en el largo plazo.

Aun así, a Riley le pareció interesante que él sabía sobre esto. Se había tomado la molestia de averiguar algo que le había sucedido. ¿Qué más podría saber acerca de su vida?

Probablemente no mucho, pensó. O al menos nada de lo que he hecho bien según sus normas.

“¿Y caíste a pedazos después de todo esto con el asesino?” preguntó.

Eso hizo que Riley se enfureciera.

“Si te refieres a si sufrí de estrés postraumático, sí, lo hice”.

“TEPT”, repitió, riéndose cínicamente. “No puedo recordar qué significan esas malditas letras. Simplemente una manera elegante de decir que eres débil, así lo veo yo. Nunca sufrí de ese TEPT, ni después de que llegué a casa de la guerra, ni después de todo lo que vi e hice y lo que me hicieron. No veo cómo alguien logra salirse con la suya usando eso como excusa”.

Quedó en silencio, mirando al espacio, como si ella no estuviera allí. Riley se dio cuenta de que esta visita no iba a terminar bien. Debería al menos hablar un poco sobre lo que estaba sucediendo en su vida. No tendría nada bueno que decir al respecto, pero al menos sería una conversación.

“Estoy teniendo problemas con un caso, papá”, dijo. “Es otro asesino en serie. Tortura a mujeres, las estrangula y las coloca al aire libre”.

“Sí, me enteré de eso también. Las posa desnudas. Bastante enfermizo”. Escupió de nuevo. “Y déjame adivinar. Estás en desacuerdo con la Oficina sobre ello. Los poderes no saben lo que están haciendo. No te escuchan”.

Riley se sorprendió. ¿Cómo lo adivinó?

“Me pasó lo mismo en Vietnam”, dijo. “Los mandamases no parecían siquiera entender que estaban luchando en una maldita guerra. Dios, si me hubieran dejado tener el control, hubiéramos ganado. Me enferma pensar en ello”.

Riley oyó algo en su voz que no oía a menudo—o rara vez notaba, al menos. Era arrepentimiento. Realmente lamentaba no haber ganado la guerra. No importaba que no era para nada culpable. Se sentía responsable.

Riley se dio cuenta de algo al estudiar su rostro. Se parecía más a él que a su madre. Pero era más que eso. Ella *era* como él— no sólo en su forma horrible con las relaciones, pero con su determinación terca, su arrogante sentido de la responsabilidad.

Y no era en conjunto algo malo. En este raro momento de parentesco, se preguntaba si tal vez realmente podría decirle algo que necesitaba saber.

“Papá, lo que hace—es tan feo, dejando los cuerpos desnudos y tan horriblemente posados, pero—”

Se detuvo, tratando encontrar las palabras adecuadas.

“Los lugares en los que las deja siempre son tan hermosos—bosques y arroyos, escenarios naturales como esos ¿Por qué crees que escoge esos lugares para hacer algo tan feo y malvado?”

Los ojos de su padre se volvieron hacia el interior. Parecía estar explorando sus propios pensamientos, sus propios recuerdos, hablando tanto

acerca de sí mismo como de otra persona.

“Quiere empezar de nuevo”, dijo. “Quiere regresar al principio. ¿No es lo mismo contigo? ¿No deseas volver al lugar donde comenzó todo y empezar otra vez? ¿Regresar a cuando eras una niña? ¿Encontrar el lugar donde salió todo mal y hacer que tu vida sea diferente?”

Hizo una pausa por un momento. Riley recordó sus pensamientos al conducir aquí—qué triste se había sentido de niña cuando tuvo que irse de estas montañas. Había realmente una verdad elemental en lo que su padre le estaba diciendo.

“Por eso es que yo vivo aquí”, dijo, cayendo más profundo en su ensueño.

Riley se quedó sentada tranquilamente, absorbiendo esto. Las palabras de su padre empezaron a traer algo en foco. Durante mucho tiempo, había asumido que el asesino retenía y torturaba a las mujeres en la casa de su infancia. No se le había ocurrido que él eligió ese entorno por una razón—para volver a su pasado y cambiar todo de alguna manera.

Todavía no mirándola, le preguntó, “¿Qué te dice tu instinto?”

“Tiene algo que ver con muñecas”, dijo Riley. “Es algo que la Oficina no entiende. Están abordando todo de la forma incorrecta. Él está obsesionado con las muñecas. Esa es la clave de alguna manera”.

Gruñó y movió sus pies.

“Bueno, simplemente tienes que seguir tu instinto”, dijo. “No dejes que esos bastardos te digan qué hacer”.

Riley estaba estupefacta. No era como si él le estaba dando un cumplido. No era como si él quería ser agradable. Era el mismo patán irascible que siempre había sido. Pero, de alguna manera, le estaba diciendo exactamente lo que necesitaba oír.

“No voy a darme por vencida”, dijo.

“Más te vale que no te des por vencida”, gruñó.

No había nada más que decir. Riley se levantó.

“Fue bueno verte, papá”, dijo. Y lo decía a medias. Él no respondió, simplemente se quedó sentado mirando el suelo. Se metió en su carro y se alejó de la cabaña.

Mientras manejó, se dio cuenta que se sentía diferente de cuando venía en camino—y, de alguna manera extraña, mucho mejor. Sentía, que algo se había resuelto entre ellos.

También sabía algo que no había sabido antes. Donde fuera que vivía el asesino, no era en ningún edificio de apartamentos, ni en ninguna alcantarilla

o incluso alguna choza miserable en el bosque.

Sería en un lugar de belleza—un lugar donde la belleza y el horror estaban igualmente posados, lado a lado.

*

Un poco más tarde, Riley estaba sentada en el mostrador de una cafetería en la ciudad cercana. Su padre no le había ofrecido nada que comer, que no era una sorpresa, y ahora ella tenía hambre y necesitaba algún alimento para el viaje a casa.

Justo cuando la camarera colocó su sándwich de tomate, tocino y lechuga en el mostrador frente a ella, zumbó el celular de Riley. Miró para ver quién estaba llamando, pero no había ninguna identificación. Contestó la llamada con cautela.

“¿Habla Riley Paige?” preguntó a una mujer con una voz eficiente.

“Sí”, dijo Riley.

“Tengo al Senador Mitch Newbrough en la línea. Él quiere hablar con usted. ¿Podría quedarse en la línea, por favor?”

Riley sintió una sacudida de alarma. De todas las personas con las que no quería hablar, Newbrough ocupaba el primer puesto en la lista. Tenía ganas de terminar la llamada sin otra palabra, pero luego lo pensó mejor.

Newbrough ya era un enemigo poderoso. Hacer que la odiara aún más no era una buena idea.

“Me quedaré en la línea”, dijo Riley.

Unos segundos más tarde, oyó la voz del Senador.

“Habla el Senador Newbrough. Hablo con Riley Paige, supongo”.

Riley no sabía si sentirse furiosa o aterrorizada. Hablaba como si ella fuera la que lo estaba llamando a él.

“¿Dónde encontraste este número?” preguntó.

“Encuentro las cosas cuando quiero hacerlo”, dijo Newbrough en una voz típicamente fría. “Quiero hablar contigo. En persona”.

El terror de Riley aumentó. ¿Qué posible razón podría tener para querer verla? Esto no podía ser bueno. Pero, ¿cómo podría decir que no sin empeorar las cosas?

“Podría ir a tu casa”, dijo. “Sé dónde vives”.

Riley casi le preguntó cómo sabía su dirección. Pero se recordó a sí misma que ya había respondido esa pregunta.

“Preferiría que nos encargáramos de esto ahora mismo por teléfono”, dijo Riley.

“Me temo que eso no es posible”, dijo Newbrough. “No puedo hablar de esto por teléfono. ¿Qué tan pronto puedes reunirte conmigo?”

Riley se sentía presa por la voluntad poderosa de Newbrough. Quería decir que no, pero de alguna manera no podía hacer hacerlo.

“No estoy en la ciudad ahora mismo”, dijo. “Llegaré a casa mucho más tarde. Mañana por la mañana llevaré a mi hija a la escuela. Podemos reunirnos en Fredericksburg. Tal vez en una cafetería”.

“No, no en un sitio público”, dijo Newbrough. “Necesita ser en un sitio menos visible. Los periodistas tienden a seguirme. Me comienzan a molestar cada vez que tienen la oportunidad. Prefiero quedarme fuera de su radar. ¿Qué tal en Quántico, en la sede de la Unidad de Análisis de Conducta?”

Riley no podía alejar la amargura de su voz.

“Ya no trabajo allí, ¿recuerda?”, dijo. “Debe saber eso mejor que nadie”. Hubo una breve pausa.

“¿Conoce el Club de Campo Jardines de Magnolia?” preguntó Newbrough.

Riley suspiró por lo absurdez de la pregunta. Ciertamente no andaba en ese tipo de círculos.

“No puedo decir que lo conozco”, dijo.

“Es fácil de encontrar, a medio camino entre mi granja y Quántico. Nos vemos allí a las diez y media a.m.”

A Riley no le gustaba esto. No se lo estaba preguntando, le estaba dando una orden. Después de arruinar su carrera, ¿por qué quería ordenarla a hacer algo?

“¿Es demasiado temprano?” Newbrough preguntó cuándo Riley no respondió.

“No”, dijo Riley, “es sólo que—”

Newbrough interrumpió, “Entonces nos vemos allí. Es sólo para miembros, pero les avisaré que vas para que te dejen pasar. Querrás hacer esto. Verás que es importante. Confía en mí”.

Newbrough terminó la llamada sin decir adiós. Riley estaba atónita.

“*Confía en mí*”, había dicho.

A Riley le podría haber parecido cómico si no estuviera tan perturbada. Junto a Peterson y el otro asesino al que estaba buscando, Newbrough posiblemente era la persona en la que menos confiaba en el mundo. Confiaba

en él menos que confiaba en Carl Walder. Y eso era decir algo.

Pero al parecer no tenía opción. Tenía algo que decirle, ella podía sentirlo. Algo que incluso podía llevarla al asesino.

Capítulo 30

Riley se acercó al Club de Campo Jardines de Magnolia y fue detenida en un pequeño edificio blanco en la entrada. Una barrera verde y blanca bloqueaba su camino, y un guardia de seguridad uniformado sosteniendo un portapapeles salió caminó del edificio y caminó hasta al lado del conductor de su carro.

Riley bajó la ventana.

“¿Tu nombre?”, el guardia preguntó bruscamente.

Riley no sabía nada del protocolo para entrar al club, pero Newbrough había dicho que les avisaría que ella vendría.

“Soy Riley Paige”, dijo. Luego tartamudeó, “Soy, eh, una invitada del Senador Newbrough”.

El guardia ojeó la lista y luego asintió con la cabeza.

“Adelante”, dijo.

La barrera se levantó y Riley entró.

El carril de entrada pasaba por los jardines del mismo nombre, extremadamente lujosos, coloridos y fragantes durante esta época del año. Finalmente se detuvo en un edificio de ladrillo con columnas blancas. A diferencia de los de la funeraria que había visitado recientemente, estas columnas eran reales. Riley se sentía como si se había tropezado con algún tipo de plantación sureña del siglo XIX.

Un aparcacoches se acercó a su carro, le dio una tarjeta y tomó sus llaves. Se llevó el carro para estacionarlo.

Riley estaba parada sola en frente a la gran entrada, sintiéndose tan fuera de lugar como se había sentido en la casa del Senador. Vestida con jeans casuales, se preguntó si incluso le permitirían entrar. ¿No había algún tipo de un código de vestimenta en lugares como este? Gracias a Dios que su chaqueta cubría su funda del hombro.

Un portero uniformado caminó a recibirla.

“¿Su nombre, señora?” preguntó.

“Riley Paige”, dijo, preguntándose si le pediría algún tipo de identificación.

El portero miró su lista. “Por aquí, señora”, dijo.

La escoltó por un largo pasillo y a un pequeño comedor privado. No tenía idea si darle una propina o no. Realmente no tenía ni idea de cuánto le pagan

al hombre. ¿Podía ganar más que un agente del FBI? Pensó que era posible que ofrecerle una propia fuera más torpe que no darle una. Pensó que era mejor no arriesgarse.

“Gracias”, le dijo al hombre.

Él asintió, no mostrando ninguna señal de decepción, y se devolvió por donde había venido.

La sala era pequeña pero sin duda era el comedor más elegante que había visto. No tenía ventanas, pero el único cuadro en la pared era un óleo original de los jardines que había pasado afuera.

La mesa contaba con plata, una vajilla de porcelana, cristal y lino. Escogió una silla cubierta de felpa que miraba la puerta y se sentó. Quería ver el Senador Newbrough cuando llegara.

Si llega, ella pensó. No tenía ninguna razón para pensar que no llegaría. Pero esta situación parecía tan irreal, así que no sabía qué esperar.

Un camarero vestido de blanco entró y colocó una bandeja con quesos y una variedad de galletas en su mesa.

“¿Le gustaría algo para tomar, señora?” preguntó cortésmente.

“Sólo agua, gracias”, dijo Riley. El camarero salió y volvió dentro de segundos con una jarra de cristal con agua y dos vasos. Le sirvió agua y dejó la jarra y el otro vaso en la mesa.

Riley se tomó su agua. Tenía que admitirse a sí misma que disfrutaba de la sensación del vaso elegante en su mano. Sólo tenía que esperar uno o dos minutos antes de que el Senador llegara, viéndose igual de frío y severo como antes. Cerró la puerta detrás de él y se sentó en el lado opuesto de la mesa.

“Me alegro de que hayas venido, Agente Paige”, dijo. “Te traje algo”.

Sin más ceremonia, Newbrough colocó un cuaderno grueso y forrado en cuero sobre la mesa. Riley lo miró cautelosamente. Recordó la lista de enemigos que Newbrough le había dado cuando se conocieron. ¿Esto sería igualmente problemático?

“¿Qué es esto?” preguntó.

“El diario de mi hija”, dijo Newbrough. “Lo recogí en su casa después de que fue... encontrada. Lo tomé porque no quería que nadie lo viera. Eso sí, no sé qué dice. Nunca lo he leído. Pero estoy bastante segura que incluye cosas que no quiero que se vuelvan públicas”.

Riley no sabía qué decir. No tenía idea por qué podía querer que ella tuviera esto. Podía notar que Newbrough estaba sopesando lo que iba a decir a continuación cuidadosamente. Desde la primera vez que se reunió con él,

había estado segura de que él había estado reteniendo información. Zumbaba con la esperanza de que ahora se lo dijera todo.

Finalmente dijo: “Mi hija estaba teniendo problemas con drogas durante el último año de su vida. Cocaína, heroína, éxtasis, todo tipo de drogas duras. Su marido la había encaminado en eso. Era una de las razones por la cuales fracasó su matrimonio. Su madre y yo teníamos la esperanza que lo superara cuando murió”.

Newbrough hizo una pausa, mirando el diario.

“Al principio pensé que su muerte estaba conectada de alguna manera con todo eso”, dijo. “Su grupo de usuarios y traficantes era desagradable. No quería que esto saliera a la luz. Lo entiendes, estoy segura de eso”.

Riley no estaba segura de que lo entendía. Pero estaba sorprendida.

“Las drogas no tuvieron nada que ver con el asesinato de su hija”, dijo.

“Ya entendí eso”, dijo Newbrough. “Otra mujer fue encontrada muerta, ¿cierto? Y sin duda habrá más víctimas. Parece que estuve equivocado al pensar que esto tuvo algo que ver conmigo o con mi familia”.

Riley quedó atónita. ¿Con qué frecuencia este hombre increíblemente egoísta admitía que estaba equivocado en algo?

Le dio unas palmaditas al diario con la mano.

“Llévate esto. Puede tener alguna información para ayudarte con tu caso”.

“Ya no es *mi* caso, Senador”, dijo Riley, permitiendo que un rastro de su amargura saliera a flote. “Creo que ya sabe que fui despedida del FBI”.

“Ay, sí”, dijo Newbrough, inclinando la cabeza pensativamente. “Fue mi error. Bueno, no es nada que yo no pueda arreglar. Serás reincorporada. Dame un poco de tiempo. Mientras tanto, espero que puedas hacer uso de esto”.

Riley se sentía abrumada por el gesto. Respiró profundamente.

“Senador, creo que le debo una disculpa. La— la última vez que nos reunimos no estaba en mi mejor momento. Acababa de ir al funeral de una amiga, y estaba consternada. Dije cosas que no debí haber dicho”.

Newbrough asintió con la cabeza en aceptación silenciosa de sus disculpas. Era evidente que no iba a disculparse con ella, aunque sabía lo mucho que se lo merecía. Tenía que conformarse con su admisión de que había cometido un error. Por lo menos estaba tratando de hacer las paces. Eso importaba más que una disculpa, de todos modos.

Riley tomó el diario sin abrirlo.

“Hay sólo una cosa que me gustaría saber, Senador”, dijo. “¿Por qué está

dándome esto a mí y no al Agente Walder?”

Los labios de Newbrough se torcieron en una pequeña sonrisa.

“Porque hay una cosa que he aprendido de ti, Agente Paige”, dijo. “No eres el perro faldero de nadie”.

Riley no podía responder. Este respeto repentino de un hombre que de lo contrario parecía solamente respetarse a sí mismo simplemente la dejó atontada.

“Ahora tal vez le gustaría almorzar”, dijo el Senador.

Riley lo pensó. Tan agradecida como se sentía con el cambio de actitud de Newbrough, todavía no se sentía muy cómoda con él. Seguía siendo un hombre frío, frágil y desagradable. Y, además, tenía trabajo por hacer.

“Si no le molesta, sería mejor que me vaya”, dijo. Señalando el diario, agregó, “Necesito comenzar a usar esto de inmediato. No hay tiempo que perder. Ah—y prometo no dejar que nada que encuentre aquí se haga público”.

“Aprecio eso”, dijo Newbrough.

Amablemente se levantó de su silla mientras Riley salió de la sala. Salió del edificio y le dio el boleto al aparcacoches. Mientras esperaba que buscara su carro, abrió el diario.

Al ojear las páginas, vio enseguida que Reba Frye había escrito bastante sobre su uso de drogas ilícitas. Riley también tuvo la impresión inmediata de que Reba Frye era una mujer muy absorta en sí misma que parecía estar obsesionada con resentimientos y disgustos insignificantes. Pero, después de todo, ¿no era ese el punto de un diario? Era un lugar donde uno tenía todo el derecho a estar absorto en sí mismo.

Además, pensó Riley, aunque Reba había sido tan narcisista como su padre, definitivamente no merecería ese terrible fin. Riley sintió un escalofrío al recordar las fotos que había visto del cadáver de la mujer.

Riley continuó hojeando el diario. Su carro se detuvo en el camino de grava, pero ella ignoró al aparcacoches, hipnotizada. Se quedó parada allí, con manos temblorosas, y leyó hasta el final, desesperada por cualquier mención del asesino, de algo, de cualquier pista. Pero se sintió hecha polvo al no encontrar ninguna.

Comenzó a bajar el libro pesado, sintiéndose destrozada. No podía soportar otro callejón sin salida.

Entonces, justo al bajarlo, un pequeño pedazo de papel, escondido entre dos páginas, comenzó a deslizarse del libro. Lo tomó y lo estudió, curiosa.

Al examinarlo, su corazón de repente latió con fuerza en su pecho.
En un estado total de shock, dejó caer el diario.
Estaba sosteniendo un recibo.
De una tienda de muñecas.

Capítulo 31

Allí estaba. Después de todos los callejones sin salida, Riley apenas podía creer lo que estaba sosteniendo. En la parte superior del recibo escrito a mano estaba el nombre y la dirección de la tienda: Las Modas de Madeline en Shellysford, Virginia.

Riley estaba perpleja. No sonaba como una tienda de muñecas o de juguetes.

Encontró el sitio web de Las Modas de Madeline en su teléfono celular. Curiosamente, era una tienda de ropa de mujer.

Pero miró más de cerca y vio que también vendían muñecas de colección. Sólo podían irse a ver con cita previa.

Un escalofrío subió por la espalda de Riley.

Este tiene que ser el lugar, pensó.

Recogió el diario con manos temblorosas y pasó las páginas para encontrar la entrada de la fecha en el recibo. Y allí estaba:

Acabo de comprar la pequeña muñeca perfecta para Debbie. Su cumpleaños es en un mes, pero es difícil comprarle regalos.

Allí estaba escrito. Reba Frye había comprado una muñeca para su hija en una tienda en Shellysford. Riley se sentía segura que todas las víctimas habían comprado muñecas allí, también. Y allí fue en donde el asesino las había visto por primera vez.

Riley abrió un mapa en su teléfono, y demostró que Shellysford quedaba a una hora en carro. Tenía que llegar allá tan pronto como fuera posible. Quizás ya el asesino había visto a otra víctima.

Pero necesitaba obtener información. Y necesitaba hacer una llamada telefónica dolorosa que había propuesto por demasiado tiempo.

Tomó sus llaves del aparcacoches desconcertado, se metió en su carro y salió como flecha, sus neumáticos chillando en el camino bien cuidado del club. Al acelerar y pasarse la puerta, marcó el número de teléfono celular de Bill, preguntándose si se molestaría en contestar. No podía culparlo si no quería hablar con ella de nuevo.

Para su alivio, escuchó la voz de Bill por el teléfono.

“Hola”, dijo.

El corazón de Riley dio un salto. No sabía si estar aliviada o aterrada por oír su voz.

“Bill, habla Riley”, dijo.

“Sé quién habla”, dijo Bill.

Cayó un silencio. Esto no iba a ser fácil. Y sabía que no merecía que lo fuera.

“Bill, no sé por dónde empezar”, dijo. Su garganta se hinchó de emoción y le resultaba difícil hablar. “Lo siento mucho. Es que—bueno, todo se había vuelto tan malo, y simplemente no estaba en mis cabales, y—”

“Y estabas borracha”, dijo Bill, interrumpiendo.

Riley suspiró miserablemente.

“Sí, estaba borracha”, dijo. “Y te pido disculpas. Espero que puedas perdonarme. Lo siento mucho”.

Vino otro silencio.

“Está bien”, dijo Bill finalmente.

El corazón de Riley se hundió. Conocía más a Bill que a nadie más en el mundo. Así que podía oír un mundo de significado en esas dos palabras contundentes. No la estaba perdonando, ni siquiera estaba aceptando sus disculpas—al menos no todavía. Todo lo que estaba haciendo era reconocer que ella se *había* disculpado.

De todos modos, este no era el momento de arreglar las cosas. Había una cuestión mucho más urgente que atender.

“Bill, tengo una pista”, dijo.

¿Qué?” preguntó en una voz aturdida.

“Encontré la tienda”.

Bill sonaba preocupado ahora.

“¿Riley, estás loca? ¿Qué estás haciendo, todavía trabajando en el caso? Walder te *despidió*, por amor a Dios”.

“¿Desde cuándo he esperado permiso? De todos modos, parece que me van a reincorporar”.

Bill resopló con incredulidad.

“¿Quién dice?”

“Newbrough”.

“¿De qué estás hablando?” Bill le preguntó, sonando cada vez más agitada. “Dios, Riley, no fuiste a su casa otra vez, ¿cierto?”

Los pensamientos de Riley se agitaron. Había mucho que explicar. Tendría que contar sólo lo básico.

“No, y fue diferente esta vez”, dijo. “Fue extraño, y no puedo entrar en detalles ahora mismo. Pero Newbrough me dio información nueva. Bill, Reba Frye compró una muñeca en una tienda en Shellysford. Tengo pruebas. Tengo el nombre de la tienda”.

“Eso es loco”, dijo Bill. “Hemos tenido agentes buscando en toda esa zona. Han visitado cada ciudad allí. Creo que incluso ni encontraron una tienda de muñecas en Shellysford”.

A Riley le estaba resultando más y más difícil contener su emoción.

“Eso es porque no hay una”, dijo. “Es una tienda de ropa que vende muñecas, pero sólo las puedes ver con cita previa. Se llama Las Modas de Madeline. ¿Estás en la Unidad de Análisis de Conducta?”

“Sí, pero—”

“Entonces haz que alguien revise el lugar. Encuentra todo lo que puedas sobre las personas que han trabajado allí. Estoy en camino para allá ahora”.

La voz de Bill era ruidosa y frenética.

“Riley, ¡no lo hagas! No tienes autorización. Ni siquiera tienes una placa. Y, ¿qué pasa si encuentras al tipo? Es peligroso. Y Walder te quitó el arma”.

“Tengo mi propia arma”, dijo Riley.

“Pero no serás capaz de detener a nadie”.

Con un gruñido de determinación, Riley dijo: “Haré todo lo que tenga que hacer. Otra vida podría estar en peligro”.

“No me gusta esto”, dijo Bill, sonando más resignado ahora.

Riley finalizó la llamada y pisó el acelerador.

*

Bill estaba sentado en su oficina, mirando a su teléfono celular, atónito. Se dio cuenta de que sus manos estaban temblando. No estaba seguro de la razón. ¿Enojo y frustración? ¿O era de miedo por Riley, por cualquier cosa imprudente que estaba a punto de hacer?

Su llamada borracha hace dos noches lo había dejado confundido y devastado. Era un cliché que los compañeros de la ley se sintieran a menudo más cercanos el uno al otro que a sus propios esposos. Y Bill sabía que era verdad. Durante mucho tiempo, se sentía más cercano a Riley que se había sentido con cualquier otra persona en su vida.

Pero no había lugar para el romance en su línea de trabajo. Complicaciones o dudas en el trabajo podían tener resultados nefastos.

Siempre había mantenido las cosas profesionales entre Riley y él, y tenían mucha confianza. Pero ahora había violado esa confianza.

Bueno, obviamente ella estaba consciente de su error. ¿Pero qué quería decir cuándo dijo que sería reincorporada? ¿Trabajarán juntos otra vez? No estaba seguro si quería eso. ¿La relación profesional dinámica y cómoda que habían compartido estaba arruinada para siempre?

Pero no podía preocuparse de todo eso ahora. Riley le había pedido que revisara los empleados de una tienda. Él pasaría esa petición, pero no a Carl Walder. Bill agarró su teléfono y llamó la extensión del Agente Especial Brent Meredith. Meredith no estaba en la cadena de mando apropiada en este caso, pero Bill sabía que podía contar con él para hacer el trabajo.

Planeaba que la llamada fuera corta y eficiente. Tenía que conducir a Shellysford ahora mismo y tenía la esperanza de que pudiera llegar antes de que Riley Paige hiciera algo realmente estúpido.

Como hacer que la mataran.

Capítulo 32

El corazón de Riley estaba latiendo con fuerza en anticipación a lo que llegó a la pequeña ciudad de Shellysford. Las Modas de Madeline fue fácil de encontrar. Estaba a plena vista en la calle principal, y su nombre aparecía en la ventana delantera. Shellysford era un poco más lujoso de lo que se esperaba. Algunos edificios históricos se habían mantenido en buen estado, y la calle principal era bastante elegante. La tienda de ropa de aspecto bastante chic encajaba bien en su entorno próspero.

Riley estacionó en la acera frente a la tienda, se bajó de su carro y analizó lo que tenía a su alrededor. Inmediatamente se dio cuenta de que uno de los maniqués de la tienda estaba sosteniendo una muñeca—una princesa en un vestido rosado con una tiara brillante. Los agentes que investigaron esta ciudad, sin embargo, pueden fácilmente haber tomado esto como un mero adorno. Sólo un pequeño cartel en la ventana sugería lo contrario: *Muñecas de Colección se Muestran con Cita Previa*.

Una campana encima de la puerta sonó a lo que Riley entró, y la mujer en el mostrador miró en su dirección. Se veía ser de mediana edad pero parecía muy joven, y su pelo entrecano estaba completo y saludable.

Riley sopesó sus opciones. Sin su placa, tenía que tener cuidado. Sin embargo, había logrado que otros minoristas le hablaran sin ella. Pero absolutamente no quería asustar a esta mujer.

“Permiso”, dijo Riley. “¿Eres Madeline?”

La mujer sonrió. “Bueno, mi nombre es Mildred realmente, pero me conocen por el nombre Madeline. Me gusta más. Y suena mejor para el nombre de una tienda. ‘Las Modas de Mildred’ simplemente no suena igual”. La mujer sonrió y guiñó un ojo. “No atraería a la clientela deseada”.

Hasta ahora, todo bien, pensó Riley. La mujer era abierta y habladora.

“Es un lugar encantador”, dijo Riley, mirando a su alrededor. “Pero parece mucho trabajo para una sola persona. ¿Tienes algún tipo de ayuda? Seguramente no haces todo esto sola”.

La mujer se encogió de hombros.

“Hago casi todo sola”, dijo. “A veces viene una adolescente que trabaja en la caja registradora mientras que ayudo a los clientes. Este es un día tranquilo, sin embargo. No había necesidad de que viniera”.

Aun considerando el enfoque correcto, Riley caminó a un estante de ropa

y tocó la mercancía.

“Ropa muy hermosa”, dijo. “No muchas tiendas llevan vestidos como estos”.

Madeline se veía complacida.

“No, no es probable que encuentres vestidos como esos en otros lugares”, dijo. “Son todos de alta moda, pero los compro de outlets cuando los estilos son descontinuados. Así que por las normas de grandes ciudades, estos serían la moda de ayer”. Luego con otro guiño y una sonrisa, añadió, “Pero en un pueblo pequeño como Shellysford—bueno, son lo más nuevo”.

Madeline sacó un vestido de color lavanda del estante.

“Te verías maravillosa con este vestido”, dijo. “Es perfecto para tu color de piel, y para tu personalidad también, sospecho”.

Riley no lo creía. De hecho, no podía verse a sí misma usando cualquiera de los trajes elegantes de la tienda. Sin embargo, estaba segura que este vestido hubiera sido más apropiado para el club de campo que lo que llevaba ahora.

“En realidad”, dijo Riley, “esperaba ver algunas de tus muñecas”.

Madeline se veía un poco sorprendida.

“¿Hiciste una cita?” preguntó. “Si lo hiciste, parece que se me olvidó. ¿Y cómo te enteraste de nuestra colección de muñecas?”

Riley sacó el recibo de su cartera de mano y se lo mostró a Madeline.

“Alguien me dio esto”, dijo Riley.

“Ah, una referencia”, dijo Madeline, obviamente complacida. “Bueno, en ese caso puedo hacer una excepción”.

Caminó hacia la parte trasera de la tienda y abrió una amplia puerta plegable, y Riley la siguió a una pequeña habitación trasera. Sus estantes estaban alineados con muñecas, y un par de estantes parados en el piso estaban llenos de accesorios de muñecas.

“Comencé este pequeño negocio secundario hace unos años”, dijo Madeline. “Tuve la oportunidad de comprar las acciones de un fabricante que dejó el negocio. El dueño era mi primo, así que cuando cerraron me dieron una oferta especial. Estoy feliz de pasar esos ahorros a mis clientes”.

Madeline tomó una muñeca y la miró con orgullo.

“¿No son encantadoras?”, dijo. “A las niñas pequeñas les encantan. A sus padres también. Y estas muñecas ya no se hacen, así que son verdaderamente de colección, aunque no son antigüedades. Y mira todos estos trajes. Cualquiera de mis muñecas puede usar cualquiera de estos trajes”.

Riley analizó las filas de muñecas. Se parecían bastante, aunque su color de pelo variaba. También su ropa, que incluía vestidos modernos, vestidos de princesas y trajes históricos. Entre los accesorios, Riley vio muebles de muñecas que iban con cada estilo. Los precios de las muñecas estaban todos por encima de cien dólares.

“Espero que entiendas por qué no mantengo esta sección abierta”, explicó Madeline. “La mayoría de mis clientes individuales no vienen a comprar muñecas. Y, entre nosotros”, añadió, bajando la voz a un susurro, “muchos de estos artículos más pequeños son muy fáciles de robar. Así que tengo cuidado a quien se los muestro”.

Arreglándole el vestido a una muñeca, Madeline preguntó, “Por cierto, ¿cuál es tu nombre? Me gusta saber los nombres de todos mis clientes”.

“Riley Paige”.

Luego Madeline entrecerró los ojos con una sonrisa inquisitiva.

“¿Y quién fue la cliente que te refirió?” preguntó.

“Reba Frye”, dijo Riley.

La cara de Madeline se oscureció.

“Ay, Dios”, dijo. “La hija del Senador Estatal. Recuerdo cuando vino. Y me enteré de...” se quedó en silencio por un momento. “Ay, Dios”, añadió, sacudiendo su cabeza tristemente.

Luego miró a Riley cautelosamente.

“Por favor, dime que no eres una periodista”, dijo. “Si es así, tendrás que irte. Sería terrible publicidad para mi tienda”.

“No, soy una agente del FBI”, dijo Riley. “Y la verdad es que estoy aquí para investigar el asesinato de Reba Frye. Me reuní con su padre, el Senador Newbrough, justo hace un rato. Me dio este recibo. Por eso estoy aquí”.

Madeline parecía cada vez más inquieta.

“¿Puedes mostrarme tu placa?” preguntó.

Riley ahogó un suspiro. Tenía que farolear para lograr salir de esta. Tenía que mentir, así sea un poco.

“Estoy fuera de servicio”, dijo. “No llevamos placas cuando estamos fuera de servicio. Es el procedimiento estándar. Sólo vine aquí en mi propio tiempo para averiguar todo lo que pudiera”.

Madeline asintió con simpatía. Parecía creerle. Riley no intentó demostrar su alivio.

“¿Qué puedo hacer para ayudar?” preguntó Madeline.

“Sólo dime todo lo que puedas acerca de ese día. ¿Quién más vino a

trabajar? ¿Cuántos clientes vinieron?”

Madeline tendió su mano. “¿Puedo ver el recibo? Para ver la fecha”.

Riley le entregó el recibo.

“Ay, sí, recuerdo”, Madeline dijo cuándo lo miró. “Ese fue un día loco hace varias semanas”.

Riley le empezó a prestar aún más atención.

“¿Loco?” preguntó Riley. “¿Cómo así?”

Madeline frunció el ceño, tratando de recordar.

“Un colector vino”, dijo. “Compró veinte muñecas. Me sorprendió que tuviera el dinero. No se veía tan rico. Era un hombre mayor que se veía bastante triste. Le di un precio especial. Todo realmente era un lío mientras mi chica y yo arreglamos toda esa mercancía. No estamos acostumbradas a este tipo de negocios. Todo fue un desorden por un largo rato”.

La mente de Riley hizo clic, juntando esta información.

“¿Reba Frye estuvo en la tienda al mismo tiempo que el colector?” preguntó.

Madeline asintió. “Sí”, dijo ella. “Ahora que lo mencionas, estuvo allí justo en ese momento”.

“¿Mantienes un registro de tus clientes?” preguntó Riley. “¿Con información de contacto?”

“Sí, sí lo mantengo”, dijo Madeline.

“Necesito ver el nombre y la dirección del hombre”, dijo Riley. “Es muy importante”.

La expresión de Madeline se volvió más cautelosa.

“¿Dijiste que el Senador te dio este recibo?” preguntó.

“¿De qué otra forma pude haberlo conseguido?” preguntó Riley.

Madeline asintió. “Estoy segura de que eso es cierto, pero...”

Hizo una pausa, luchando con su decisión.

“Ay, lo siento”, dijo, “pero no puedo hacerlo—no puedo dejar que mires los registros. No tienes ninguna identificación, y mis clientes merecen su privacidad. No, realmente, Senador o sin Senador, no puedo dejar que los mires sin una orden judicial. Lo siento, pero simplemente no me parece correcto. Espero que lo entiendas”.

Riley respiró profundamente mientras trataba de evaluar la situación. No dudaba de que Bill llegara tan pronto como pudiese. Pero, ¿cuándo sería? ¿Y la mujer seguiría insistiendo en ver una orden? ¿Cuánto más tiempo significaría eso? La vida de alguien más podría estar en riesgo en ese mismo

momento.

“Entiendo”, dijo Riley. “¿Pero está bien si sólo miro por aquí un poco? Podría encontrar algunas pistas”.

Madeline asintió. “Por supuesto”, dijo. “Quédate el tiempo que necesites”.

Una táctica de distracción rápidamente tomó forma en la mente de Riley. Comenzó a rebuscar entre las muñecas mientras que Madeline arreglaba algunos de los accesorios. Riley alcanzó para arriba en un estante alto como si estuviera tratando de bajar una muñeca. En cambio, se las arregló para sacar una fila entera de muñecas del estante.

“¡Ay!” dijo Riley. “¡Lo siento mucho!”

Se echó para atrás en la manera más torpe que pudo. Chocó contra un estante de accesorios e hizo caerlos todos.

“¡Ay, lo siento mucho!” dijo Riley de nuevo.

“No te preocupes”, dijo Madeline, sonando un poco irritada, “Sólo—sólo déjame encargarme de eso”.

Madeline comenzó a recoger la mercancía dispersa. Riley apresuradamente salió de la sala y se dirigió a la recepción. Mirando para atrás para asegurarse de que Madeline no la estaba mirando, Riley se zambulló detrás del escritorio. Rápidamente vio un libro de registros en un estante bajo la caja registradora.

Riley ojeó el libro con manos temblorosas. Encontró rápidamente la fecha, el nombre del hombre y su dirección. No tenía tiempo para escribirlo, así que se lo aprendió de memoria.

Apenas había salido del mostrador cuando Madeline regresó de la trastienda. Parecía que Madeline estaba bastante sospechosa ahora.

“Es mejor que te vayas”, dijo. “Si regresas con una orden, podré ayudarte. Sin duda quiero ayudar al Senador y a su familia en cualquier manera que pueda. Me siento terrible por todo esto que están pasando. Pero ahora creo que debes irte”, añadió.

Riley caminó derecho a la puerta frontal.

“E—Entiendo”, tartamudeó. “Lo siento mucho”.

Corrió a su carro y se metió en él. Sacó su celular y marcó el número de Bill.

“¡Bill, tengo un nombre!” casi gritó cuando respondió. “Su nombre es Gerald Cosgrove. Y tengo su dirección”.

Recordándola cuidadosamente, le dijo la dirección a Bill.

“Estoy a unos pocos minutos de esa dirección”, dijo Bill. “Llamaré y mencionaré su nombre y dirección para ver qué tipo de información puede recopilar la Oficina. Te llamaré de nuevo inmediatamente”.

Bill finalizó la llamada. Riley se movió nerviosamente, esperando con impaciencia. Miró hacia atrás a la tienda y notó que Madeline estaba parada cerca de la ventana, mirándola sospechosamente. Riley no podía culpar a Madeline por su desconfianza. Su comportamiento había sido bastante extraño.

El celular de Riley zumbó. Contestó la llamada.

“Zas”, dijo Bill. “El tipo aparece como un delincuente sexual”, añadió. La dirección que me diste no queda lejos. Tal vez estás un poco más cerca de él que yo”.

“Me dirigiré para allá ahora mismo,” dijo Riley, pisando el acelerador.

“¡Por amor a Dios, Riley, no entres allí sola!” le gritó en respuesta.

“Espérame afuera. Llegaré tan pronto como pueda. ¿Me escuchas?”

Riley finalizó la llamada y empezó a conducir. No, ella no podía esperar.

*

En menos de quince minutos, Riley llegó a un lote aislado y polvoriento. Una casa móvil desvencijada estaba en el medio. Riley estacionó su carro y se bajó.

Un carro viejo estaba estacionado en la calle frente el lote, pero Riley no vio ninguna señal de la camioneta que el testigo describió después del secuestro de Cindy MacKinnon. Por supuesto, Cosgrove podría tenerla en otro lugar. O tal vez la había desechado por temor a que la pudieran rastrear.

Riley se estremeció cuando vio un par de cobertizos con puertas cerradas con candados en la parte posterior del lote. ¿Allí fue en dónde mantuvo a las mujeres cautivas? ¿Tenía una cautiva ahora mismo, torturándola y preparándose para matarla?

Riley miró a su alrededor, analizando la zona. El lote no estaba completamente aislado. Había unas cuantas casas y tráileres no tan lejos de allí. Aun así, parecía probable que nadie viviera lo suficientemente cerca para escuchar a una mujer gritando en uno de esos cobertizos.

Riley sacó su arma y se acercó al tráiler. Estaba colocado sobre una base permanente y parecía que llevaba allí muchos años. Hace algún tiempo, alguien había plantado un parterre junto al tráiler para que se viera más como

una casa regular. Pero ahora el parterre estaba lleno de malezas.

Hasta el momento, el lugar cumplía con sus expectativas. Se sentía segura de que había llegado al lugar correcto.

“Se te acabó el juego, cabrón”, murmuró en voz baja. “Nunca le quitarás la vida a otra persona”.

Cuando llegó al tráiler, golpeó la puerta de metal.

“¡Gerald Cosgrove!” gritó. “Es el FBI. ¿Estás ahí?”

No hubo respuesta. Riley subió los escalones y miró a través de la ventanita de la de la puerta. Lo que vio adentro la hizo estremecerse.

El lugar parecía estar lleno de muñecas. No vio un alma viviente, solo muñecas de todos los tamaños y formas.

Riley movió el picaporte. Estaba cerrado. Golpeó en la puerta otra vez. Esta vez escuchó la voz de un hombre.

“Vete. Sólo déjame en paz. No hice nada”.

Riley pensó que oyó a alguien moverse adentro. La puerta del tráiler estaba diseñada para abrirse hacia fuera, así que no podía patearla. Disparó su pistola en la cerradura. La puerta se abrió.

Riley irrumpió en la pequeña sala principal. Momentáneamente se deslumbró por el gran número y variedad de muñecas. Debía haber habido cientos de ellas. Simplemente estaban por todas partes—en estantes, en mesas e incluso en el piso. Tomó un momento para que viera a un hombre entre ellas, encogido de miedo en el piso contra una pared de separación.

“No dispaes”, rogó Cosgrove, sus manos levantadas y temblorosas. “No lo hice. No me dispaes”.

Riley saltó hacia él y lo puso a sus pies. Le dio la vuelta y colocó una mano detrás de su espalda. Guardó su pistola y sacó sus esposas.

“Dame tu otra mano”, dijo.

Temblando de pies a cabeza, obedeció sin vacilar. Riley rápidamente lo esposó y lo hizo sentarse en una silla.

Era un hombre débil en sus sesenta con pelo gris fino. Se veía bastante patético, sentado allí con lágrimas corriendo por su rostro. Pero Riley no sentía lástima por él. El espectáculo de estas muñecas era suficiente para decirle que era un hombre enfermo y retorcido.

Antes de que pudiera hacer cualquier pregunta, oyó la voz de Bill.

“Dios, Riley. ¿Derribaste la puerta?”

Riley se volvió y vio a Bill entrando en el tráiler.

“No quería abrirla”, dijo Riley.

Bill gruñó en voz baja. “Pensé que te dije que esperaras afuera”, dijo.

“Y yo pensé que sabías que no lo haría”, dijo Riley. “De todos modos, me alegra que estés aquí”. Este parece ser nuestro tipo”.

El hombre estaba sollozando ahora.

“¡No lo hice! ¡No fui yo! ¡Cumplí mi condena! ¡Todo eso quedó en el pasado!”

Riley le preguntó a Bill, “¿Qué te enteraste de él?”

“Cumplió su condena por intento de abuso infantil. Nada desde allí— hasta ahora”.

Esto le pareció a Riley que tenía bastante sentido. Este monstruoso hombre sin duda se había trasladado a presas más grandes y ahora era más cruel.

“Eso fue hace años”, dijo el hombre. “Me he portado bien desde entonces. Me tomo mis medicamentos. Ya no siento esas necesidades. Todo quedó en el pasado. Cometieron un error”.

Bill le preguntó en un tono cínico, “¿Entonces eres un hombre inocente, eh?”

“Está bien. Lo que pensaron que hice, no fui yo”.

“¿Y todas estas muñecas?” preguntó Riley.

A través de sus lágrimas, Cosgrove sonrió con palabras entrecortadas.

“¿No son bellas?” dijo. “Las coleccioné poco a poco. Tuve suerte un par de semanas atrás y encontré esta gran tienda en Shellysford. Tantas muñecas y tantos vestidos diferentes. Gasté todo mi cheque del Seguro Social allí, compré todas las que pude”.

Bill negó con la cabeza. “De verdad no quiero saber qué hacer con ellas”, dijo.

“No es lo que piensas”, dijo Cosgrove. “Son como mi familia. Mis únicas amigas. Son todo lo que tengo. Sólo me quedo en casa con ellas. No es como si puedo darme el lujo de salir a cualquier lado. Ellas me tratan bien. No me juzgan”.

Eso preocupó a Riley. ¿Cosgrove tenía una víctima en cautiverio ahora?

“Quiero revisar tus cobertizos”, le dijo.

“Adelante”, dijo. “No hay nada allí. No tengo nada que ocultar. Las llaves están allí”.

Asintió con la cabeza hacia un manojito de llaves colgando junto a la puerta herida. Riley caminó y las tomó.

“Voy por ahí a revisar”, dijo.

“No sin mí”, dijo Bill.

Juntos, Bill y Riley utilizaron las esposas de Bill para sujetar a Cosgrove a la puerta de su refrigerador. Luego salieron y caminaron alrededor del tráiler. Abrieron el candado del primer cobertizo y miraron adentro. No había nada allí excepto un rastrillo de jardín.

Bill entró en el cobertizo y miró a su alrededor.

“Nada”, dijo. “Ni siquiera ninguna señal de sangre”.

Caminaron al siguiente cobertizo, lo abrieron y miraron adentro. Aparte de un cortacésped de mano oxidado, el cobertizo estaba completamente vacío.

“Las tenía que haber mantenido en cautiverio en otro lado”, dijo Bill.

Bill y Riley volvieron al tráiler. Cosgrove todavía estaba sentado allí, mirando terriblemente a su familia de muñecas. A Riley le pareció un espectáculo inquietante—un hombre sin una vida real propia, y ciertamente sin ningún futuro.

Aun así, le parecía un enigma. Decidió preguntarle unas cosas.

“Gerald, ¿dónde estuviste el pasado miércoles por la mañana?”

“¿Qué?” Cosgrove respondió. “¿Qué quieres decir?” No lo sé. No recuerdo el miércoles. Aquí, supongo. ¿Dónde más estaría?”

Riley lo miró con creciente curiosidad.

“Gerald”, dijo, “¿qué día es hoy?”

Los ojos de Cosgrove se abrieron en confusión desesperada.

No— no lo sé”, tartamudeó.

Riley se preguntó— ¿cómo posiblemente podría ser verdad? ¿Qué no sabía qué día era? Sonaba perfectamente sincero. Ciertamente no parecía amargado o enojado. No vio ninguna lucha en él. Sólo miedo y desesperación.

Entonces se recordó a sí misma a no dejarse llevar por él. Un verdadero psicópata podría engañar a veces incluso a un veterano experimentado con mentiras.

Bill soltó a Cosgrove de la nevera. Cosgrove todavía estaba esposado detrás de su espalda.

Bill gritó, “Gerald Cosgrove, estás bajo arresto por el asesinato de tres mujeres...”

Bill y Riley lo escoltaron fuera del tráiler mientras Bill continuaba con los nombres de las víctimas y los derechos de Cosgrove. Luego lo metieron al carro que Bill había conducido aquí—un vehículo de la Oficina bien

equipado con mallas entre los asientos delanteros y los de atrás. Riley y Bill lo empujaron al asiento trasero. Lo ataron y lo esposaron de forma segura. Luego sólo se quedaron parados por un momento sin decir una palabra.

“Joder, Riley, lo hiciste”, murmuró Bill con admiración. “Encontraste al desgraciado—incluso sin su placa. La Oficina te dará la bienvenida con los brazos abiertos”.

“¿Quieres que te acompañe?” preguntó Riley.

Bill se encogió de hombros. “No, lo tengo bajo control. Lo llevaré para que sea detenido. Llévate tu carro”.

Riley decidió no discutir, preguntándose si Bill todavía albergaba resentimiento hacia ella por la otra noche.

Mientras observaba a Bill irse, Riley quería felicitarse a sí misma por su éxito y su redención. Pero cualquier sensación de satisfacción la eludió. Sentía que algo no estaba bien. Seguía oyendo las palabras de su padre.

Simplemente tienes que seguir tu instinto.

Poco a poco mientras conducía, Riley comenzó a darse cuenta de algo. Su instinto le estaba diciendo que no tenían al hombre correcto.

Capítulo 33

Riley condujo a April a la escuela la mañana siguiente y, al dejarla a la escuela, todavía sentía esa corazonada. La había molestado toda la noche y no la había dejado dormir.

¿Es el tipo? siguió preguntándose a sí misma.

Antes de que April se bajara del carro, se dirigió a ella con una expresión de genuina preocupación.

“¿Mamá, qué pasa?” preguntó.

La pregunta sorprendió a Riley. Ella y su hija parecían haber entrado en una nueva fase de su relación—una mucho mejor de la que habían estado antes. Aun así, Riley no estaba acostumbrada a que April se preocupara por sus sentimientos. Se sentía bien, pero extraño.

“Se nota, ¿no?” dijo Riley.

“Demasiado”, dijo April. Sostuvo suavemente la mano de su madre. “Vamos. Dímelo”.

Riley pensó por un momento. Esa sensación todavía no era fácil de poner en palabras.

“Yo...” comenzó, luego arrastró sus palabras, no estando segura de qué decir. “No estoy segura de que arresté al hombre correcto”.

Los ojos de April se abrieron.

“No...no estoy segura qué hacer”, añadió Riley.

April respiró profundamente.

“No dudes de ti misma, Mamá”, respondió April. “Lo haces mucho. Y siempre te lamentas de haberlo hecho. ¿No es eso lo que siempre me dices también?”

April sonrió, y Riley sonrió de vuelta.

“Llegaré tarde a clases”, dijo April. “Podemos hablar de esto después”.

April besó a Riley en la mejilla, se bajó del carro, y caminó a la escuela.

Riley se quedó sentada allí, pensando. No empezó a manejar inmediatamente. En su lugar, llamó a Bill.

“¿Tienes algo?” dijo cuándo contestó.

Oyó a Bill suspirar profundamente.

“Cosgrove es bastante extraño”, dijo. “Ahora está hecho un desastre—exhausto y deprimido, llorando bastante. Creo que probablemente empiece a hablar pronto. Pero...”

Bill hizo una pausa. Riley tuvo la sensación de que él también estaba luchando con la duda.

“¿Pero qué?” preguntó Riley.

“No lo sé, Riley. Parece tan desorientado, y no creo que sabe siquiera lo que está sucediendo. Se desliza dentro y fuera de la realidad. A veces no parece entender que ha sido detenido. Tal vez todos esos medicamentos que se está tomando lo están volviendo loco. O quizás es psicosis”.

Las dudas de Riley se activaron otra vez.

“¿Qué te dice?” preguntó.

“Sigue preguntando por sus muñecas”, dijo Bill. “Está preocupado por ellas, como si fueran niños o mascotas que él no debería dejar en casa. Sigue diciendo que no pueden estar sin él. Es completamente dócil, ni un poco agresivo. Pero no nos está dando ninguna información. No dice nada sobre las mujeres, o si tiene una en cautiverio ahora mismo”.

Riley analizó las palabras de Bill en su mente por un momento.

“¿Qué te parece?” preguntó finalmente. “¿Piensas que es él?”

Riley detectó una creciente frustración en la voz de Bill.

“¿Cómo podía no serlo? Es decir, todo apunta a él y a nadie más. Las muñecas, los antecedentes penales, todo. Estuvo en la tienda al mismo tiempo que ella. ¿Qué más podíamos pedir? ¿Cómo podíamos habernos equivocado?”

Riley no dijo nada. No podía discutir. Pero sabía que Bill estaba luchando contra sus propios instintos.

Luego preguntó: “¿Realizaron una búsqueda de los empleados anteriores de Madeline?”

“Sí”, dijo Bill. “Pero eso no nos llevó a ninguna parte. Madeline siempre contrata a chicas de secundaria para trabajar la caja registradora. Lo ha estado haciendo desde que ha estado en el negocio”.

Riley refunfuñó con desaliento. ¿Cuándo obtendrían un descanso en este caso?

“De todos modos”, dijo Bill “un psicólogo de la Oficina entrevistará a Cosgrove hoy. Tal vez puede obtener alguna percepción, decirnos donde estamos parados”.

“Está bien”, dijo Riley. “Mantenme al tanto”.

Finalizó la llamada. Su carro estaba encendido, pero ella aún no se había ido de la escuela. ¿A dónde iba a ir? Si Newbrough realmente estaba tratando de hacer que la reincorporaran, no lo había logrado todavía. Todavía no tenía

una placa—ni un trabajo.

Debería irme a casa, pensó.

Pero tan pronto como empezó a conducir, las palabras de su padre pasaron por su mente de nuevo.

Simplemente tienes que seguir tu instinto.

Ahora mismo, su instinto le estaba diciendo alto y claro que necesitaba volver a Shellysford. No sabía exactamente por qué, pero sólo tenía que hacerlo.

*

La campana encima de la puerta de la tienda sonó a lo que Riley entró. No vio clientes. Madeline levantó la mirada de su trabajo en la recepción y frunció el ceño. Riley podría ver que la dueña de la tienda no estaba feliz de volverla a ver.

“Madeline, lo siento mucho por lo de ayer”, dijo Riley, caminando hacia el escritorio. “Fui tan torpe, y lo siento. Espero que realmente no haya roto nada”.

Madeline cruzó sus brazos y miró a Riley.

¿Qué quieres ahora?” preguntó.

“Todavía estoy luchando con este caso”, dijo Riley. “Necesito tu ayuda”.

Madeline no respondió durante unos segundos.

“Todavía no sé quién eres, o incluso si eres del FBI”, dijo.

“Lo sé, y no te culpo por no confiar en mí”, Riley suplicó. “¿Pero tenía el recibo de Reba Frye, recuerdas? Sólo pude haberlo conseguido por su padre. Realmente me envió aquí. Sabes que eso es verdad”.

Madeline negó con la cabeza cautelosamente.

“Bueno, supongo que eso debe significar algo. ¿Qué quieres?”

“Sólo déjame mirar la colección de muñecas otra vez”, dijo Riley.

“Prometo no hacer un desastre esta vez”.

“Está bien”, dijo Madeline. “Pero no te dejaré sola”.

“Eso es justo”, dijo Riley.

Madeline caminó hacia la parte trasera de la tienda y abrió las puertas plegables. Mientras Riley se movió entre las muñecas y los accesorios, Madeline se quedó parada en la puerta, mirándola fijamente. Riley entendió las dudas de la mujer, pero este escrutinio no era bueno para su concentración, sobre todo porque realmente no sabía lo que debía estar

buscando.

Justo en ese momento, sonó la campana sobre la puerta principal. Tres clientes muy bulliciosos irrumpieron en la tienda.

“Ay, Dios”, dijo Madeline. Volvió a la tienda de ropa para atender a sus clientes. Riley tenía las muñecas para sí sola, al menos por el momento.

Las estudió de cerca. Algunas estaban de pie, pero otras estaban sentadas. Todas las muñecas tenían vestidos y trajes. Pero a pesar de que estaban vestidas, las muñecas sentadas tenían exactamente la misma pose que las víctimas de asesinato desnudas, sus piernas rígidamente separadas. El asesino obviamente había tomado su inspiración de este tipo de muñeca.

Pero eso no era suficiente para Riley. Tenía que haber otro tipo de pista por aquí.

Los ojos de Riley reposaron en una fila de libros de cuentos ilustrados en un estante inferior. Se agachó y comenzó a quitarlos del estante, uno por uno. Los libros eran historias de aventuras bellamente ilustradas sobre niñas pequeñas que parecían muñecas. Las muñecas y las niñas en las portadas tenían los mismos vestidos. Riley se dio cuenta de que los libros y las muñecas originalmente debían ser vendidos como una colección.

Riley se estremeció al ver una de las portadas. La niña tenía el pelo largo y rubio, con ojos azules brillantes. Su vestido rosado y blanco tenía rosas drapeadas en la falda. Tenía una cinta rosada en el pelo. El libro llevaba por nombre *Un Gran Baile Para una Belleza Sureña*.

Riley sintió un hormigueo en la piel al mirar la cara de la niña más de cerca. Sus ojos eran de color azul brillante y estaban bastante abiertos, y tenía enormes pestañas negras. Sus labios, en forma de una sonrisa exagerada, eran gruesos y de color rosado brillante. No había duda. Riley sabía con certeza que el asesino estaba obsesionado con esta imagen.

En ese momento, la campana sonó otra vez a lo que los tres clientes salieron de la tienda. Madeline regresó a la trastienda, visiblemente aliviada de que Riley no había causado ningún daño. Riley le mostró el libro.

“Madeline, ¿tienes la muñeca que va con este libro?” preguntó.

Madeline miró la portada y luego echó un vistazo en los estantes.

“Bueno, debí haber tenido varias de ellas en un momento u otro”, dijo. “No veo ninguna de ellas ahora mismo”. Pensó por un momento y luego añadió, “Ahora que lo pienso, vendí la última hace mucho tiempo”.

Riley apenas pudo evitar que su voz temblara.

“Madeline, sé que no quieres hacer esto. Pero *tiene*s que ayudarme a

buscar los nombres de las personas que podrían haber comprado esta muñeca. No puedo empezar a decirte lo importante que es esto”.

Madeline ahora parecía compadecerse de la agitación de Riley.

“Lo siento, pero no puedo”, dijo. “No es que no quiero, es que no puedo. Ya han pasado diez o quince años. Incluso mi libro de registros no llega hasta allá”.

Los espíritus de Riley se hundieron. Otro callejón sin salida. Lo había llevado tan lejos como pudo. Venir aquí había sido una pérdida de tiempo.

Riley se volteó para irse. Cruzó la tienda y abrió la puerta, y al sentir el aire fresco, algo la golpeó. El olor. El aire fresco del exterior le hizo darse cuenta de lo viciado que era el aire adentro. No rancio, pero...acre. Parecía fuera de lugar en una tienda femenina como esta. ¿Qué era?

Luego Riley entró en cuenta. Amoníaco. ¿Pero qué significaba eso?

Sigue tus instintos, Riley.

A mitad de camino por la puerta, se detuvo y se volvió, mirando hacia atrás a Madeline.

“¿Trapeaste los pisos hoy?” preguntó.

Madeline negó con la cabeza, perpleja.

“Utilizo una agencia de empleos temporarios”, dijo. “Envían un conserje”.

El corazón de Riley latió con fuerza.

“¿Un conserje?” preguntó, su voz apenas un susurro.

Madeline asintió.

“Viene durante nuestro horario de mañana. No todos los días. Se llama Dirk”.

Dirk. El corazón de Riley golpeó con fuerza y se estremeció.

“¿Dirk qué?” le preguntó.

Madame se encogió de hombros.

“No sé su apellido”, respondió. “No escribo sus cheques. La agencia de empleos temporarios quizás lo sepa, pero es un grupo bastante descuidado. Dirk no es muy confiable, si quieres saber la verdad”.

Riley respiró profundamente para calmar sus nervios.

“¿Estuvo aquí esta mañana?” preguntó.

Madeline asintió.

Riley se acercó a ella y convocó toda su intensidad.

“Madeline”, instó, “hagas lo que hagas, *no* dejes que ese hombre vuelva a tu tienda. Más nunca”.

Madeline se tambaleó hacia atrás por la conmoción.

“¿Quieres decir que es—?”

“Es peligroso. Muy peligroso. Y tengo que encontrarlo de inmediato. ¿Tienes su teléfono?” ¿Tienes alguna idea de su dirección?”

“No, tendrías que preguntarle a la agencia de empleos temporarios”, Madeline dijo en una voz temerosa. “Tendrán toda su información. Ten, voy a darte su tarjeta de presentación”.

Madeline rebuscó alrededor de su escritorio y encontró una tarjeta de la Agencia de Personal Miller. Se la entregó a Riley.

“Gracias”, dijo Riley con un jadeo. “Muchas gracias”.

Sin otra palabra, Riley salió corriendo de la tienda y entró en su carro y trató de llamar a la agencia. El teléfono sonó y sonó. No tenía mensaje de voz.

Hizo una nota mental de la dirección y comenzó a conducir.

*

La Agencia de Personal Miller quedaba a una milla al otro lado de Shellysford. Ubicado en un edificio comercial de ladrillo, parecía que había estado funcionando por muchos años.

A lo que Riley entró, vio que era una operación de baja tecnología que no se había mantenido al día. Había un sólo equipo casi obsoleto a la vista. El lugar estaba bastante lleno, con varios trabajadores aspirantes llenando formularios en una mesa larga.

Otras tres personas—clientes, al parecer—estaban hacinados alrededor de la recepción. Se quejaban en voz alta y todos a la vez acerca de los problemas que estaban teniendo con los empleados de la agencia.

Dos hombres de pelo largo trabajaban en el escritorio, ahuyentando a los quejumbrosos y tratando de seguirle el ritmo a las llamadas telefónicas. Parecían ser flojos de unos veinte y tantos y no parecían estar gestionando las cosas muy bien.

Riley logró hacer su camino hacia el frente, donde cogió a uno de los hombres jóvenes entre llamadas telefónicas. Su etiqueta decía “Melvin”.

“Soy la Agente Riley Paige, FBI”, anunció, con la esperanza de que, en la confusión, Melvin no pediría ver su placa. “Estoy aquí en la investigación de un asesinato. ¿Eres el gerente?”

Melvin se encogió de hombros. “Supongo”.

Por su expresión vacante, Riley supuso que estaba drogado o no era muy inteligente, o posiblemente ambos. Al menos no parecía estar preocupado por ver cualquier identificación.

“Estoy buscando al hombre que tienen trabajando en Madeline's”, dijo. “Un conserje. Su nombre es Dirk. Madeline no parece conocer su apellido”.

Melvin murmuró a sí mismo, “Dirk Dirk, Dirk... Ah, sí. Lo recuerdo. 'Dirk el Imbécil', así lo llamábamos”. Llamando a otro hombre joven, le preguntó: “Oye, Randy, ¿qué le sucedió a Dirk el Imbécil?”

“Lo despedimos”, respondió Randy. “Él seguía llegando tarde a los trabajos, cuando se molestaba en aparecer. Un puto dolor en el culo”.

“Eso no puede ser”, dijo Riley. “Madeline dice que todavía está trabajando para ella. Apenas fue esta mañana”.

Melvin se veía perplejo.

“Estoy seguro de que lo despedimos”, dijo. Se sentó en la computadora vieja y comenzó una especie de búsqueda. “Sí, sí lo despedimos, hace unas tres semanas”.

Melvin entrecerró los ojos en la pantalla, más perplejo que antes.

“Oye, esto es raro”, dijo. “Madeline sigue enviándonos cheques, a pesar de que ya no está trabajando. Alguien debería decirle que deje de hacerlo. Está desperdiciando un montón de dinero”.

La situación se estaba volviendo cada vez más clara para Riley. A pesar de haber sido despedido y no estaba recibiendo pagos, Dirk todavía estaba yendo a trabajar en Madeline's. Tenía sus propios motivos para querer trabajar allí—motivos siniestros.

“¿Cuál es su apellido?” preguntó Riley.

Los ojos de Melvin deambularon sobre la pantalla del ordenador. Al parecer estaba mirando los registros de empleado de Dirk.

“Es Monroe”, dijo Melvin. “¿Qué más quieres saber?”

Riley se sentía aliviada de que Melvin no estaba siendo demasiado escrupuloso acerca de compartir lo que debería ser información confidencial.

“Necesito su dirección y número de teléfono”, dijo Riley.

“No nos dio un número de teléfono”, dijo Melvin, todavía mirando la pantalla. “Tengo una dirección, sin embargo. 1520 Calle Lynn”.

Ahora, Randy había tomado interés en la conversación. Estaba mirando sobre el hombro de Melvin a la pantalla del ordenador.

“Espera”, dijo Randy. “Esa dirección es falsa. Los números de las casas en la Calle Lynn no son tan altos”.

Riley no estaba sorprendida. Dirk Monroe obviamente no quería que nadie supiera donde vivía.

“¿Y un número de Seguro Social?” preguntó.

“Ya lo tengo”, dijo Melvin. Anotó el número en un pedazo de papel y se lo entregó a Riley.

“Gracias”, dijo Riley. Tomó el papel y se alejó. Tan pronto como puso un pie fuera, llamó a Bill.

“Oye, Riley”, Bill dijo cuándo respondió. “Quisiera poder darte buenas noticias, pero nuestro psicólogo entrevistó a Cosgrove y está convencido de que el hombre no es capaz de matar a nadie, mucho menos a cuatro mujeres. Dijo—”

“Bill”, interrumpió. “Tengo un nombre—Dirk Monroe. Es el tipo que estamos buscando, estoy segura de eso. No sé dónde vive. ¿Puedes investigarlo con su Social? ¿Ahora?”

Bill tomó el número y puso a Riley en espera. Riley fue de aquí para allá en la acera ansiosamente mientras esperaba. Finalmente Bill regresó a la línea.

“Tengo la dirección. Es una granja a unas treinta millas al oeste de Shellysford. Una carretera rural”.

Bill le leyó la dirección.

“Iré para allá”, dijo Riley.

Bill balbuceó.

“Riley, ¿de qué estás hablando? Déjame pedir apoyo. Este tipo es peligroso”.

Riley sintió que todo su cuerpo vibraba de adrenalina.

“No discutas conmigo, Bill”, dijo. “Deberías ser más inteligente ahora”.

Riley finalizó la llamada sin decir adiós. Ya estaba conduciendo.

Capítulo 34

Cuando la granja entro a la vista, Riley se sintió agitada de una manera que no esperaba. Era como si había conducido a una pintura al óleo de una América rural ideal. La casa blanca de estructura de madera estaba ubicada cómodamente en un pequeño valle. La casa era vieja, pero obviamente mantenida en condiciones decentes.

Algunos edificios estaban esparcidos en terrenos cercanos. No estaban en las mismas condiciones que la casa. Tampoco un granero grande que parecía listo para derrumbarse. Pero esas estructuras se veían aún más encantadoras debido a su deterioro.

Riley se estacionó cerca de la casa. Revisó la pistola en su funda y se bajó del carro. Respiró el aire claro y limpio de campo.

No debería ser tan precioso aquí, pensó Riley. Y sin embargo sabía que tenía perfecto sentido. Desde que había hablado con su padre, vagamente comprendió que la guarida del asesino bien podría ser un lugar hermoso.

Aún así, había un tipo de peligro para el cual no se había preparado. Era el peligro de ser aquietada por el puro encanto de su entorno, de bajar la guardia. Tenía que recordarse a sí misma que un mal horrible convivía con esta belleza. Sabía que estaba a punto de encontrarse a sí misma cara a cara con el verdadero horror del lugar. Pero no tenía idea del lugar en donde lo encontraría.

Riley se dio la vuelta y miró sus alrededores. No vio ninguna camioneta en el terreno. O Dirk estaba conduciendo a algún lugar, o la camioneta estaba dentro de uno de los edificios o en el granero. El hombre en sí podría estar en cualquier lugar, por supuesto—en uno de los edificios, posiblemente. Pero decidió echarle un vistazo a la casa primero.

Un ruido la sobresaltó, y su visión periférica cogió una ráfaga de movimiento rápido. Pero fue sólo un puñado de pollos sueltos. Varias gallinas estaban picoteando el suelo. Nada más se movía excepto briznas altas y hojas en los árboles a lo que una suave brisa sopló por ellos. Se sentía completamente sola.

Riley se acercó a la casa de campo. Cuando llegó a los escalones, sacó su arma, y luego caminó hasta en el porche. Llamó a la puerta principal. No hubo respuesta. Tocó otra vez.

“Tengo una entrega para Dirk Monroe”, gritó. “Necesito una firma para dejarla”.

Todavía nada.

Riley se bajó del porche y comenzó a circundar la casa. Las ventanas eran demasiado altas como para ver dentro de ellas, y encontró que la puerta trasera también estaba cerrada con llave.

Volvió a la puerta frontal y tocó otra vez. Hubo sólo silencio. La cerradura de la puerta era una simple y pasada de moda para una llave maestra. Llevaba un pequeño kit para abrir cerraduras en su bolso de mano para estas situaciones. Sabía que el gancho de una llave de tensión plana pequeña haría el truco.

Colocó su pistola en su funda y encontró la llave. La insertó en la cerradura, luego la tomó y la torció hasta que la cerradura rotó. Cuando intentó el picaporte, la puerta se abrió. Sacando su pistola otra vez, entró.

El interior tenía la misma calidad pintoresca como el paisaje exterior. Era una casa de campo perfecta, muy aseada y limpia. Había dos grandes sillas suaves en la sala de estar con piezas tejidas en los brazos y el espaldar.

La habitación la hacía sentirse como si miembros familiares amistosos podrían salir en cualquier segundo a darle la bienvenida, invitándola a ponerse cómoda. Pero a lo que Riley estudió su entorno, esa sensación menguó. Parecía como si nadie viviera en esta casa. Todo estaba demasiado limpio.

Recordó las palabras de su padre.

Quiere empezar de nuevo. Quiere regresar al principio.

Eso es justo lo que estaba tratando de hacer aquí. Pero estaba fallando, porque su vida de alguna manera había sido irremediabilmente defectuosa desde el principio. Seguramente lo sabía y eso lo atormentaba.

En lugar de encontrar su camino hacia una infancia más feliz, se había atrapado a sí mismo en un mundo irreal—una exhibición que podría estar en algún museo histórico. Un bordado de punto de cruz enmarcado hasta colgaba en la pared de la sala de estar. Riley se acercó para mirarlo.

Las pequeñas x cosidas componían la imagen de una mujer en un vestido largo sosteniendo una sombrilla. Debajo de ella había unas palabras bordadas...

Una Belleza Sureña es siempre
amable
cortés
gentil...

La lista continuó, pero Riley no se molestó en leer el resto. Entendió el mensaje. La costura no era nada más que ilusiones. Obviamente, esta granja nunca había sido una plantación. Ninguna Belleza Sureña había vivido aquí, bebiendo té dulce y ordenando a sus sirvientes.

Aun así, la fantasía debe ser apreciada por alguien que vivía aquí—o había vivido aquí en el pasado. Tal vez esa persona compró una muñeca alguna vez, una muñeca que representaba una Bella Sureña en un libro de cuentos.

Pendiente por si escuchaba cualquier sonido, Riley se movió silenciosamente por el pasillo. Por un lado, una puerta en forma de arco daba paso a un comedor. Su sensación de estar en un tiempo pasado se volvió más fuerte. El sol entraba por cortinas con encajes que colgaban de las ventanas. Las mesa y las sillas estaban posicionadas perfectamente, como si esperando una cena familiar. Pero, como todo lo demás, el comedor parecía no haber sido utilizado durante mucho tiempo.

Una cocina grande y anticuada estaba al otro lado del pasillo. Allí, también, todo estaba en su lugar, y no había ningún indicio de que había sido usada recientemente.

Por delante de ella, al final del pasillo, había una puerta cerrada. Mientras Riley se movía en esa dirección, un grupo de fotografías enmarcadas en la pared llamó su atención. Las examinó al pasar. Parecían ser fotos normales de familia, algunas blancas y negras, algunas a color. Eran bastante viejas—quizás hasta un siglo.

Eran justo el tipo de fotos que se pueden encontrar en cualquier hogar—padres, abuelos ancianos, niños, y la mesa del comedor llena de festines de celebración. Muchas de las imágenes estaban desteñidas.

Una foto que no parecía tener más que un par de décadas parecía ser la imagen de escuela de un niño—un estudiante con un nuevo corte de pelo y una sonrisa rígida e insensible. La foto a su derecha era de una mujer abrazando a una niña en un vestido adornado.

Luego, Riley notó que la niña y el niño tenían exactamente la misma cara y se conmocionó. Realmente eran la misma persona. La niña con la mujer no era una niña, pero el niño con un vestido y una peluca. Riley se estremeció. La expresión en la cara del niño con disfraz le dijo que no se trataba de un caso de un disfraz inofensivo o un travestismo cómodo. En esta fotografía, la sonrisa del niño era angustiada e infeliz, incluso enojada y rencorosa.

La foto final mostraba al niño como a los diez años. Estaba sosteniendo una muñeca. La mujer estaba parada detrás del niño, sonriendo una sonrisa que brillaba con alegría totalmente fuera de lugar. Riley se inclinó más cerca para ver la muñeca y jadeó de sorpresa.

Allí estaba—una muñeca que coincidía con la imagen en el libro en la tienda. Era exactamente igual, con el pelo largo y rubio, ojos azules brillantes, y cintas rosadas. Hace años, la mujer le había dado al niño esta muñeca. Debía haberlo obligado a tenerla, esperando que la valorara y la amara.

La expresión torturada en la cara del niño contaba la historia real. No pudo fingir una sonrisa esta vez. Su rostro estaba lleno de repugnancia y auto-aversión. Esta foto capturaba el momento cuando algo se quebrantó dentro en él, nunca jamás sería igual. Justo en ese momento, la imagen de la muñeca se fijó a su imaginación infantil e infeliz. Jamás podría sacudirla. Era una imagen que él recreaba con mujeres muertas.

Riley se alejó de las imágenes. Se movió hacia la puerta cerrada al final del pasillo. Tragó saliva.

Ahí está, pensó.

Estaba segura de ello. Esa puerta era la barrera entre la belleza muerta, artificial e irreal de esta casa de campo y la realidad horrible que había detrás de ella. Esa habitación donde la máscara falsa de la normalidad feliz caía de una vez por todas.

Sosteniendo su pistola en su mano derecha, abrió la puerta con su mano izquierda. La habitación estaba oscura, pero incluso en la tenue luz del pasillo, podía ver que era completamente diferente del resto de la casa. El piso estaba lleno de restos.

Encontró un interruptor al lado de la puerta y encendió la luz. Un solo bombillo reveló una pesadilla exhibida en frente de ella. Lo primero que se registró en su mente fue un tubo metálico en el centro de la habitación, atornillado al piso y al techo. Las manchas de sangre en el piso indicaban lo que había sucedido allí. Los gritos de las mujeres hicieron eco en su mente, casi abrumándola.

No había nadie dentro de la habitación. Riley se estabilizó a sí misma y dio un paso adelante. Las ventanas estaban clausuradas con tablas de madera y no entraba luz del sol. Las paredes eran rosadas, con imágenes de cuentos pintadas en ellas. Pero estaban pintarrajeadas por manchas feas.

Mobiliario infantil—sillas y bancos para niñas—estaban volcados y rotos.

Había trozos de muñecas en todos lados—extremidades y cabezas amputadas y pedazos de pelo. Pequeñas pelucas de muñecas estaban clavadas a las paredes.

Corazón latiendo con miedo y con rabia, recordando su propio cautiverio, Riley caminó más adentro de la habitación, hipnotizada por la escena, por la furia, por la agonía que sentía aquí.

Hubo un sonido repentino detrás de ella y, de repente, se apagaron las luces.

Riley, presa del pánico, se dio la vuelta para disparar su arma, pero perdió su oportunidad. Algo pesado y duro golpeó su brazo. Su arma se deslizó a la oscuridad.

Riley intentó esquivar el siguiente golpe, pero un objeto rígido y pesado rebotó contra su cráneo con un chasquido. Se cayó y se movió hacia un rincón oscuro de la habitación.

El golpe seguía haciendo eco entre sus oídos. Destellos de conmoción oscilaron en la oscuridad de su mente. Había sido herida y lo sabía. Luchó por aferrarse a su conciencia, pero se sentía como arena deslizándose entre sus dedos.

Allí estaba otra vez—esa llama blanca en la oscuridad. Poco a poco, la luz brillante reveló quién la tenía en sus manos.

Esta vez era la madre de Riley. Estaba de pie justo en frente de Riley, la herida de bala fatal sangrando en medio de su pecho, su rostro pálido y con aspecto de muerta. Pero cuando su madre habló, fue con la voz del padre de Riley.

“Chica, estás haciendo todo mal”.

Riley sintió unos mareos repugnantes. Todo seguía dando vueltas. Su mundo no tenía sentido. ¿Qué estaba haciendo su madre, sosteniendo este terrible instrumento de tortura? ¿Por qué estaba hablando con la voz de su padre?

Riley gritó: “¿Por qué no eres Peterson?”

De pronto, la llama se extinguió, dejando sólo rastros persistentes de luz fantasma.

De nuevo, oyó la voz de su padre gruñendo en la oscuridad.

“Ese es tu problema. Deseas enfrentar a todo el mal en el mundo—todo al mismo tiempo. Tienes que tomar tu decisión. Un monstruo a la vez”.

Su cabeza todavía estaba nadando, Riley intentó comprender el mensaje. “Un monstruo a la vez”, murmuró.

Su conciencia fluía, burlándose de ella con ráfagas de lucidez. Vio que la puerta estaba entreabierta y un hombre estaba parado allí en contra del pasillo tenuemente iluminado. No podía distinguir su cara.

Tenía algo en su mano—una palanca, ahora entró en cuenta. Parecía estar descalzo. Debió haber estado en algún lugar en la casa todo este tiempo, esperando el momento adecuado para venir y sorprenderla.

Su brazo y su cabeza le dolían horriblemente. Sintió un calor pegajoso y líquido en el lado de su cráneo. Estaba sangrando bastante. Luchaba contra la inconsciencia.

Oyó al hombre reírse, y la risa no era una voz familiar. Sus pensamientos se confundieron irremediamente. No era la voz de Peterson, tan cruel y burlona en esa oscuridad. ¿Y dónde estaba su antorcha? ¿Por qué era todo tan diferente?

Buscó a tientas en su mente la verdad de su situación.

No es Peterson, se dijo a sí misma. Es Dirk Monroe.

Se murmuró en voz alta a sí misma, “Un monstruo a la vez”.

Este monstruo estaba empeñado en matarla.

Se arrastró por el piso. ¿Dónde estaba su arma?

El hombre se movió hacia ella, haciendo pivotar la palanca con una mano, cortando el aire con ella. Riley se puso de pie antes de que aterrizara un golpe en su hombro y la derribara de nuevo. Se preparó para otro golpe, pero luego escuchó el sonido de la palanca cayendo al piso.

Algo fue enrollado alrededor de su pie izquierdo, jalándola. Había puesto una cuerda alrededor de ese pie y la estaba arrastrando lentamente por el suelo, a través de la basura y hacia el tubo de en medio de la habitación. Era el lugar donde cuatro mujeres ya habían sufrido y se habían muerto.

Riley intentó sondear sus pensamientos. No la había escogido. Nunca la había visto comprando una de esas muñecas que odiaba tan profundamente. Aun así, tenía la intención de aprovechar al máximo su llegada. Iba a hacerla su próxima víctima. Estaba determinado a hacerla sufrir. Iba a morir sufriendo.

Sin embargo, Riley pilló un destello de justicia inminente. Bill y un equipo llegarían aquí pronto. ¿Qué haría Dirk cuando el FBI irrumpiera en la casa? La mataría, por supuesto, y al instante. Nunca permitiría que la

rescataran. Pero estaba condenado de todas maneras.

¿Pero por qué Riley tenía que ser su última víctima? Vio los rostros de las personas que amaba—April, Bill—incluso su padre. Ahora Riley sabía que compartía con él un vínculo terco de sabiduría oscura, una comprensión de la maldad sin límites del mundo. Pensó en el trabajo que vivía para hacer todos los días y, lentamente, sintió una nueva determinación. No dejaría que la reclamara tan fácilmente. Moriría en sus propios términos, no en los suyos.

Rebuscó por el suelo con su mano. Encontró algo sólido—no una parte de una muñeca, pero algo duro y afilado. Agarró el mango del cuchillo. Seguro era el cuchillo que había utilizado en las cuatro mujeres.

El tiempo se volvió más y más lento. Entró en cuenta de que Dirk apenas había pasado la cuerda alrededor del tubo central. Ahora estaba colocando su pie contra el mismo.

Estaba dándole la espalda, demasiado segura que ella ya estaba derrotada. Su mente estaba ocupada con atarla al poste—y en lo que le haría luego.

Su impudencia le dio a Riley una oportunidad, sólo una oportunidad, antes de que se volteara. Aún boca abajo en el piso, colocó su cuerpo en posición sentada. Él notó esto y empezó a darse vuelta, pero ella se movió más rápido. Luchó para sacar su pie derecho de debajo de ella, luego se puso de pie para enfrentarlo.

Hundió el cuchillo en su estómago, y luego lo sacó y lo apuñaló una y otra vez. Lo oyó gritar y quejarse. Siguió apuñalándolo localmente hasta que perdió el conocimiento.

Capítulo 35

Riley abrió los ojos. Todo su cuerpo le dolía, sobre todo su hombro y su cabeza. El rostro de Bill inundó su vista. ¿Estaba soñando?

“¿Bill?”, preguntó.

Sonrió, viéndose aliviado. Todavía tenía algo suave contra su cabeza, deteniendo el flujo de sangre.

“Bienvenida”, dijo.

Riley entró en cuenta de que todavía estaba en la habitación, con el tubo cerca. La agarró un momento de pánico.

“¿Dónde está Dirk?” preguntó.

“Muerto”, dijo Bill. “Le diste justo lo que se merecía”.

Riley se seguía preguntando si estaba soñando.

“Tengo que verlo”, jadeó. Logró voltear su cabeza. Luego vio a Dirk en el piso, boca abajo en una piscina de su propia sangre. Ojos abiertos. No parpadeaban.

Bill giró su cabeza de nuevo para que lo mirara.

“No trates de moverte”, dijo. “Estás bastante herida. Vas a estar bien. Pero has perdido bastante sangre”.

Un espasmo de mareos le dijeron que Bill tenía razón. Sólo logró enunciar cinco palabras antes de volver a perder el conocimiento.

“Un monstruo a la vez”.

Capítulo 36

El Agente Especial Brent Meredith cerró el sobre de manila grueso lleno de fotografías e informes escritos, estando satisfecho. Riley sintió la misma satisfacción, y estaba segura de que Bill y Flores también. Todos estaban sentados en la mesa de la sala de conferencias de la Unidad de Análisis de Conducta. Si sólo Riley no estuviera vendada y con dolor, el momento hubiera sido perfecto.

“Así que la madre de Dirk quiso una hija en vez de un hijo”, dijo Meredith. “Trató de convertirlo en una Belleza Sureña. Probablemente era sólo era la punta del iceberg. Dios sabe por lo que pasó siendo niño”.

Bill se recostó en su asiento.

“No le demos demasiada simpatía”, dijo. “No todo el mundo con una infancia mala se convierte en un sádico asesino. Él tomó sus propias decisiones”.

Meredith y Flores asintieron, estando de acuerdo.

“¿Pero alguien sabe lo que le sucedió a la madre de Dirk?” preguntó Riley.

“Los registros muestran que murió hace cinco años”, dijo Flores. “Su padre desapareció mucho antes de eso, cuando Dirk todavía era un bebé”.

El silencio se apoderó del grupo. Riley entendió exactamente lo que significaba. Estaba en la presencia de tres personas cuyas vidas estaban dedicadas a destruir el mal. Incluso en su satisfacción, el espectro de más maldad, y mucho más trabajo por hacer, se cernía sobre todos ellos. Nunca se acabaría. No para ellos.

En ese momento, Carl Walder entró por la puerta. Estaba sonriente.

“Gran trabajo, chicos”, dijo. Deslizó el arma y la placa de Riley por la mesa hacia ella. “Te pertenecen”.

Riley sonrió irónicamente. Walder no iba a pedir disculpas y mucho menos reconocería su propia culpa. Pero así era mejor. Riley no sabía cómo respondería si realmente dijera que lo sentía. Probablemente no con gracia.

“Por cierto, Riley”, dijo Walder. “El Senador me llamó esta mañana, te envía sus mejores deseos para tu recuperación, y también te envía las gracias. Al parecer te tiene en un pedestal”.

Riley ahora tuvo que fingir que esto no le parecía divertido. Estaba segura que Walder le estaba devolviendo su placa y su arma precisamente por esa

llamada. Recordó una de las últimas cosas que Newbrough le había dicho.

“No eres el perro faldero de nadie”.

Lo mismo no se podría decir nunca de Carl Walder.

“Cuando puedas, pasa por mi oficina”, dijo Walder. “Hablemos de una promoción. Un cargo administrativo, tal vez. Te lo mereces”.

Walder salió de la oficina sin decir más. Riley oyó a sus compañeros respirar de alivio porque se había ido así de rápido.

“Debes pensarlo, Riley”, dijo Meredith.

Riley se rio entre dientes.

“¿Puedes realmente verme en un trabajo administrativo?”

Meredith se encogió de hombros.

“Has trabajado duro. Has hecho más trabajo difícil de campo que la mayoría de los agentes hacen en su vida. “Tal vez deberías convertirte en instructora. Serías genial formando agentes por tu experiencia y perspicacia. ¿Qué te parece?”

Riley lo pensó. ¿Qué tenía realmente para enseñar a agentes jóvenes? Todo lo que tenía era sus instintos y los instintos no podían enseñarse. No había manera de capacitar a las personas a seguir sus instintos. O los tenían o no.

Además, ¿realmente deseaba que otros tuvieran sus instintos? Vivía demasiado asustada de sus propios pensamientos, atormentada por su inquietante capacidad de comprender una mente malvada. Era difícil vivir con eso.

“Gracias”, dijo Riley, “pero me gusta donde estoy”.

Meredith asintió y se levantó de su silla. “Bueno, vamos a dar el día por terminado. Descansemos, chicos”.

La reunión se disolvió, y Riley y Bill se encontraron caminando por el pasillo en silencio. Salieron del edificio y se sentaron juntos en un banco afuera. Transcurrieron largos minutos. No parecían saber que decir. Había mucho que decir.

“Bill”, preguntó tentativamente, “¿crees que podemos ser compañeros otra vez?”

Después de una pausa, Bill dijo “¿Qué crees?”

Se volvieron y se miraron a los ojos. Riley podía ver dolor persistente en el rostro de Bill. La herida que había infligido con su llamada borracha todavía no había sanado. Iba a tomar mucho tiempo.

Pero ahora sabía algo más, algo que había sido cierto por mucho tiempo,

pero que nunca se había dejado admitir antes. Su lazo con Bill era intenso y poderoso, y seguramente él sentía lo mismo. Ya no era un secreto que podían ocultar. No había manera de que las cosas volvieran a lo que eran antes.

Su asociación había terminado. Ambos lo sabían. No tenían que decirlo en voz alta.

“Vete a casa, Bill”, dijo Riley suavemente. “Intentar arreglar las cosas con tu esposa. Tienes que pensar en tus hijos”.

“Lo haré”, dijo Bill. “Pero espero no perder tu amistad”.

Riley le dio unas palmaditas en su mano y sonrió.

“No hay ninguna posibilidad de que eso suceda”, dijo.

Ambos se pusieron de pie y caminaron hacia sus carros.

*

“¿En qué piensas, Mamá?” preguntó April.

Riley y April habían estado sentadas en la sala de estar, viendo televisión. Esa misma tarde, Riley le había dicho a April todo lo que había ocurrido, o al menos todo lo que sentía que podía decirle.

Riley vaciló antes de responder la pregunta de April. Pero sabía que tenía que decirlo en voz alta. Además, ya April lo sabía. No era un secreto. Era algo que Riley no pudo sacar de su mente.

“Maté a un hombre hoy”, dijo Riley.

April la miró con amor y preocupación.

“Lo sé”, susurró. “¿Cómo se siente eso?”

“Es difícil expresarlo con palabras”, dijo Riley. “Es terrible. Es algo que nadie tiene derecho a hacer—nunca, en realidad. Pero a veces es lo único que puedes hacer”.

Riley hizo una pausa. “Siento algo más”, dijo. “No estoy segura que debo decirlo”.

April se rio. “Pensé que no íbamos a volver a esa época silenciosa, Mamá”.

Riley se compuso y dijo, “Me siento viva. Que Dios me ayude, pero me hace sentir viva. Y ahora sé que cualquier mujer que entre a la tienda de Madeline a comprar una muñeca no estará en peligro. Estoy... bueno, sólo me alegro por ella. Me alegro que pudiera darle eso, aunque nunca lo sepa”.

Riley apretó la mano de April.

“Es tarde y tienes que ir a la escuela mañana”, dijo.

April besó a su madre en la mejilla.

“Buenas noches, Mamá”, dijo April, y luego se fue a su habitación.

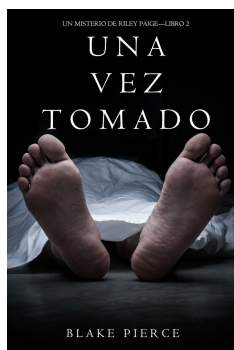
Riley sintió una nueva oleada de dolor y cansancio. Entró en cuenta de que sería mejor que se fuera a la cama o se quedaría dormida en el sofá.

Se puso de pie y caminó hacia su habitación. Ya estaba en su camión, y no se molestó en entrar al baño a cepillarse los dientes. Sólo quería ir directamente a la cama.

Cuando entró en su habitación y encendió la luz, algo captó su atención inmediatamente. Su corazón dio un vuelco.

Había algo que no encajaba en su cama, algo que andaba mal.

Era un puñado de piedritas.



[Una Vez Tomado](#) (Un Misterio de Riley Paige--Libro #2)

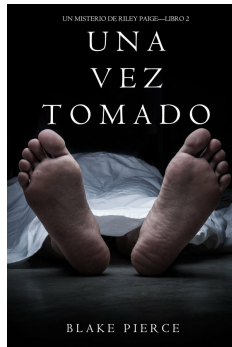
Mujeres están siendo asesinadas en el norte del estado de Nueva York, sus cuerpos encontrados misteriosamente colgando en cadenas. El FBI está en el caso. Dada la naturaleza bizarra de los asesinatos y la falta de pistas, sólo hay una agente a la que pueden recurrir—la Agente Especial Riley Paige.

Riley, recuperándose de su último caso, se muestra renuente a tomar uno nuevo, ya que todavía está convencida de que un ex asesino en serie sigue por ahí, acechándola. Sin embargo, sabe que su habilidad para entrar en la mente de un asesino en serie y su carácter obsesivo es lo que se necesita para resolver este caso, y simplemente no puede negarse—incluso si la llevará al extremo.

La búsqueda de Riley la lleva a las profundidades de la mente engañada de un asesino y a orfanatos, manicomios y prisiones en un esfuerzo para entender su psicosis. Sabe que el asesino atacará pronto, luego de entrar en cuenta que se está enfrentando a un verdadero psicópata. Pero con su propio trabajo en riesgo, su propia familia un blanco y su frágil psique descomponiéndose, quizás sea demasiado para ella—y también demasiado tarde.

Un thriller psicológico oscuro con suspenso emocionante, UNA VEZ TOMADO es el libro #2 de una nueva serie fascinante—con un nuevo personaje querido—que te dejará pasando páginas hasta bien entrada la noche.

El Libro #3 en la serie de Riley Paige estará disponible pronto.



Una Vez Tomado
(Un Misterio de Riley Paige--Libro #2)

Blake Pierce

Blake Pierce es un ávido lector y fan de toda la vida de los géneros de misterio y thriller. UNA VEZ DESAPARECIDO es la primera novela de Blake. A Blake le encanta comunicarse con sus lectores, así que por favor no dudes en visitar www.blakepierceauthor.com para unirte a la lista de correo electrónico, recibir un libro gratis, recibir regalos gratis, conectarte en Facebook y Twitter y mantenerte en contacto.